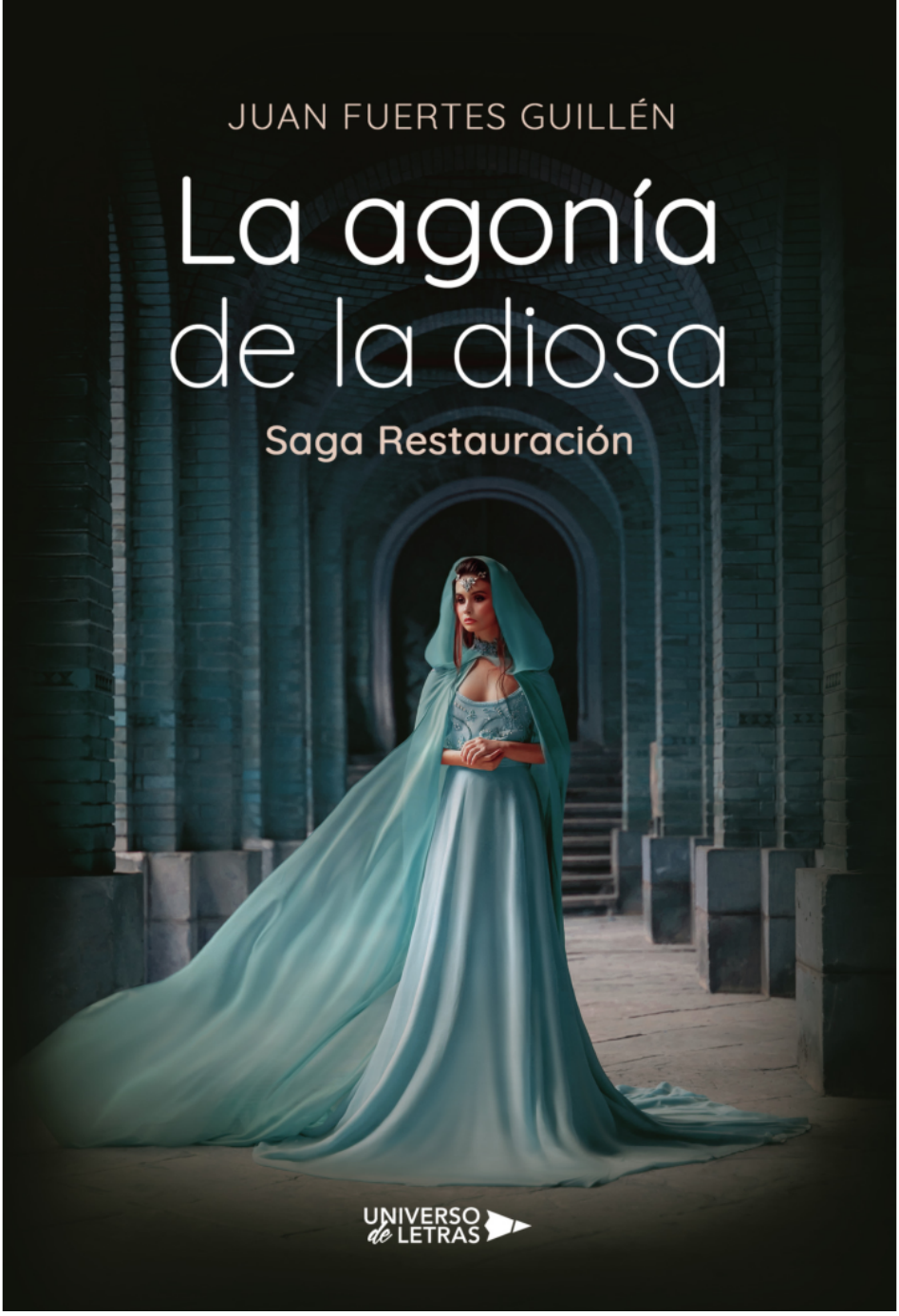
JUAN FUERTES GUILLÉN

La agonía de la diosa

Saga Restauración

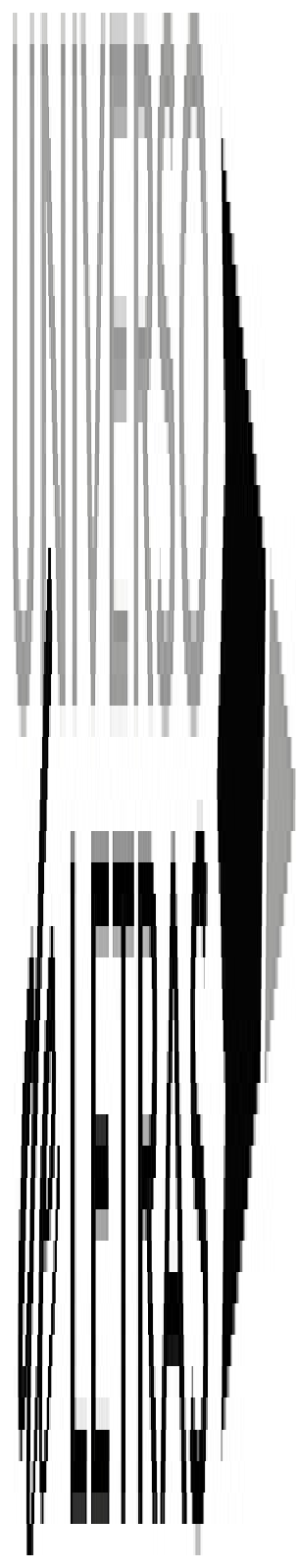


UNIVERSO de LETRAS

La agonía de la diosa

Saga Restauración

Juan Fuertes Guillén



La agonía de la diosa
Juan Fuertes Guillén

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Juan Fuertes Guillén, 2021

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras
Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

www.universodeletras.com

Primera edición: 2021

ISBN: 9788418675478
ISBN eBook: 9788418856631

Para mi hermana elegida y compañera de vida, Esperanza de la Encarnación. Ella es quien finalmente consiguió que escribiera lo que tengo que contar.

Este libro está dedicado a ella y a las mujeres de mi vida: Sonia, la guerrera; Teresa, la militante; Fátima, la libre.

A grandes mujeres que dedican su vida a la lucha para mejorar el mundo: Graciela, mi cariño y el cariño de los campesinos colombianos; Lucía, Montserrat y Carmen Sofía, las médicas que hacen del paciente un ser completo y no solo un órgano enfermo; Susana, la que ha encontrado la espiritualidad como vía de expresión de su humanidad; Piky, que sigue adelante con valentía contra todos los obstáculos que presenta la vida.

También a los hombres que me aman y a los que amo. Lucas y Yago encabezan esa lista en la que Paulino, Fernando y mis hermanos de madurez ocupan puestos de honor.
Un guiño de agradecimiento a Daniel y Lorena, sanadores de la mente a quienes debo

esas piedras flotantes que basculan bajo mi peso, entre sólidas y precarias, en el camino de regreso hacia mí mismo.

Nota para el lector

Un 10 % de cada libro electrónico y un euro de cada libro vendido en edición impresa hasta 10 000 ejemplares será destinado a Médicos Sin Fronteras. Esta organización ha sido elegida por Fátima A. G., gran conocedora de conflictos armados y consecuencias humanitarias. El dinero de la donación se destinará para aliviar el sufrimiento ocasionado por la guerra a la población civil siria.

PRIMERA PARTE

La emperatriz Belsia de la casa Ío

Baetal, la capital del imperio, el Ombligo del Mundo, estaba en el lugar más privilegiado de la Tierra, al menos bajo el punto de vista de Belsia.

Las temperaturas no subían de veinticinco grados en verano ni bajaban de quince en invierno. Las lluvias jamás eran torrenciales, la vegetación era abundante y las estaciones se distinguían por las distintas tonalidades de verde. Si la diosa lo permitía, Baetal sería el último lugar del planeta en saber qué son la nieve o la sequía.

Era difícil engalanar una ciudad que ya era hermosa por propio derecho, pero los artífices estaban haciendo un trabajo excepcional para la coronación. En pocos días, Belsia pasaría la corona del imperio a su hija Defia. Su tiempo como emperatriz había sido efímero, pero nadie habría podido sospechar que su esposo moriría tan pronto a pesar de su afición a las drogas recreativas y su amor desmedido por la comida.

Dedicó unos momentos para recordar al difunto emperador Dorio, el décimo de su nombre en la línea dinástica de la casa Gravia. Aún le habría faltado casi todo un año para cumplir los cincuenta, pero su cuerpo acusaba un envejecimiento bastante mayor gracias a una vida de excesos. De sus dos años en el trono, lo único que dejaría para la memoria eran los planos inconclusos de la ampliación de la Ciudad Prohibida.

«¡Por Cresia, qué vida tan inútil!», pensó.

Sonrió interiormente. Era curioso cómo funciona la mente humana. De todos los dioses y diosas, había elegido instintivamente a la diosa de la venganza.

Dorio X Gravia se había criado en un ambiente de severidad opresiva. Su casa era la que representaba el dedo corazón de la Mano de la Diosa, cuyo lema era «Defensores autem per fidem», defensores de la fe. Hasta que se casaron, su vida había estado sometida a la observancia religiosa más estricta.

Una niñez en el seno de la casa Gravia debía ser atroz. Palacios y mansiones austeros, lúgubres y silenciosos. Capillas eternamente en penumbra, rezos y sacrificios constantes, susurros culpables en vez de juegos ruidosos de esos que permiten a los niños gastar los excesos de energía y abonar la creatividad.

Cuando tuvieron a su primera hija, la confianza de saber que llegaría a ocupar el trono, gracias a haber asegurado la descendencia por vía matrilineal, le abrió la veda a Dorio para comportarse como un adolescente. Se dedicó a probar todos y cada uno de los placeres que le habían sido negados en el pasado. Resarcirse de la continencia a la que había sido obligado le

llevó hasta la tumba.

Belsia se lo había advertido por primera vez hacía años, tras una de las raras ocasiones en que hacían el amor desde el nacimiento de su tercera hija:

—Dorio, querido, la corte habla de tus desmanes. Tal vez deberías plantearte que el refinamiento está en la dosificación de los placeres. Si sigues comiendo y bebiendo la vida como si fuera un banquete interminable, nadie te respetará como emperador cuando muera mi padre.

Dorio metía un pie en la pernera de los pantalones haciendo equilibrios sobre el otro pie y apoyando el hombro contra el poste de la cama que crujía bajo su peso. La miró con aprecio y una gran sonrisa inocente se le dibujó en la cara bonachona. Belsia era esbelta y bella a pesar de haber pasado ya la treintena. Su matrimonio por razón de Estado le había forzado a convivir con ella de por vida. Pero la obligación había resultado ser más agradable de lo que esperaba y, sin amarla, había llegado a tomarle un sincero cariño.

—Exactamente, mi señora —le gustaba llamarla así, se había convertido en su apelativo cariñoso—. ¿De qué sirve ser heredero al trono y tener control sobre la tierra entera si, en realidad, hay que dosificar esa abundancia como si fuera a acabar mañana? —contestó con tanta naturalidad y tan convencido que Belsia no tuvo ánimo para contrariarle. De hecho, un cariño sincero, mezclado con un instinto maternal desbordante, la puso en movimiento. Sin poder contenerse, saltó de la cama para rodear el cuerpo de Dorio con los brazos y apretarlo fuerte contra el suyo. En ocasiones, tenía esos arranques de afecto que se convertían en un suplicio por su deber de reprimirlos en público. Así que aprovechaba para dar rienda suelta y expresarlos físicamente cada vez que tenía oportunidad.

—Dorio, mi cariño y mi señor, la abundancia del mundo acabará mañana si no hacemos algo para remediarlo —le dijo al oído.

—Del mañana nos ocuparemos cuando llegue, querida. Hoy, tenemos que seguir enriqueciendo a nuestros nobles, aunque eso signifique que a sus descendientes no les quede mundo que explotar. —La apretó un poco más contra su corpachón y se deshizo del abrazo para rendir su homenaje personal al copioso desayuno que le esperaba.

Belsia volvió al momento presente, contemplaba el amanecer en el horizonte desde una de las terrazas altas del palacio de la emperatriz. Allí arriba, podía ver el trazado de la Ciudad Prohibida. El templo principal, con la Cámara del Corazón de la Diosa y las capillas y templos dedicados a cada deidad menor; el palacio del emperador, los palacetes imperiales; el palacio del imperio donde estaban los despachos gubernamentales; estancias de sirvientes; canales, puentes, jardines, torres de distintas alturas..., sí que merecía el nombre. La ciudad prohibida era una ciudad gestada dentro de la ciudad. Situada en el centro de Baetal, su existencia daba vida a la capital, a pesar del aislamiento provisto por la muralla que la preservaba del contacto directo con el mundo.

El palacio empezó a despertar.

El silencio de la noche se quebraba con los primeros rayos de sol. En la quietud absoluta,

los ruidos provenientes de las cocinas viajaban sin distorsión. Pronto los criados se afanarían por todas partes para que la vida de palacio se reanudara sin interferencias.

Se recordó a sí misma que ya habían pasado once meses y dos semanas desde la muerte de Dorio X. Solo quedaban dos semanas más para la coronación de la siguiente emperatriz.

Durante un año, Belsia había tomado las riendas del imperio según marcaba la tradición. Defia, su primogénita, pasaría la prueba de la transmigración de la diosa y continuaría su linaje en el trono como única regente hasta la coronación de su esposo seis meses más tarde.

Respiró hondo y bajó a su gabinete. Era una habitación no muy grande que estaba comunicada con el salón. En ella, se reunía con personas de confianza. Allí se sentía arropada y en control. Necesitaba pasar un tiempo entre esas paredes antes de ir a despachar sobre los asuntos de gobierno.

El imperio había vivido, como mucho, poco más de doscientos años de paz, sumando todos los periodos entreguerras desde que la emperatriz Hitoi ordenó el comienzo de los registros imperiales.

El último conflicto de media intensidad estaba erosionando el dominio que el imperio había conseguido sobre la totalidad del planeta. En ochocientos años ininterrumpidos de guerra de guerrillas, los restauracionistas habían debilitado el control imperial del territorio en grandes extensiones, muchas de ellas densamente pobladas.

Habían dado en llamar al conflicto la Tercera Rebelión de los Relapsos. Durante los últimos reinados, los emperadores sucesivos no habían puesto gran interés en sofocar por completo la rebelión, habían asumido que el coste de las ofensivas, tanto en términos económicos como en vidas humanas, era excesivo y, además, la existencia de los enfrentamientos armados daba pingües beneficios si se manejaba adecuadamente.

Con el ascenso al trono de su yerno, la belicosidad estaba asegurada ya que era el turno de la casa Extens. El temor de Belsia era que el recrudecimiento de las ofensivas contra los insurgentes y los daños a la población civil se verían multiplicados.

«Pierdo mi objetivo con la angustia de la anticipación —pensó—. Necesito centrarme en la estrategia de diálogo con la restauración, no en la brutalidad que está por caer sobre ellos».

Tras reprenderse a sí misma de esta forma, retomó los informes de sus espías personales a cargo de recopilar información sobre los rebeldes. Los había hecho trabajar aislados de los Servicios Imperiales de Inteligencia, no podía permitir que sus avances llegaran al conocimiento de la bestia que ocuparía el trono vacante.

Los restauracionistas atacan Mer'r

Situado en una casucha de las afueras, el ambiente del centro de mando de los restauracionistas para la operación en curso era denso. Siempre se sentía aprensión antes de un combate.

A pesar de la pérdida efectiva de control imperial sobre el territorio, las fuerzas de la Tercera Rebelión de los Relapsos debían seguir ocultándose fuera de las poblaciones y evitar campamentos permanentes donde podían ser claramente identificados y sitiados.

Habían pasado muchos reinados desde los disturbios que fueron sofocados por el emperador Larcos Gravia. En la pequeña ciudad de Duitar, la gran hambruna del sur había causado la muerte de casi el veinte por ciento de los pobladores. El territorio estaba bajo control de la casa Krono.

La escasez se había agudizado por una disputa territorial a miles de kilómetros de Duitar con la casa Ío. La hostilidad creciente durante las negociaciones entre ambas casas llevó a un embargo comercial. Los nobles de la casa Ío no dudaron en suspender los envíos de alimentos básicos en el periodo de mayor necesidad.

Diez mil duitaros se alzaron en armas, convencidos de que preferían morir luchando por sus familias a consumirse lentamente por inanición. No eran una gran amenaza, ya que no disponían de auténticos arsenales y sus ataques no pasaban de disturbios en los que quemaban mobiliario urbano, intentaban con algún éxito apuñalar a los agentes de dispersión y lanzaban piedras a los vehículos oficiales. La casa Krono pidió al emperador una misión de asistencia alimentaria para suprimir las revueltas que amenazaban con debilitar aún más su posición negociadora frente a los Ío.

Una vez controlada la situación. Cuando los duitaros habían reaprovisionado sus despensas y depuesto las armas, el emperador Larcos mandó pasar a cuchillo a todos los que habían participado directa o indirectamente en los enfrentamientos. Los verdugos imperiales recibieron la orden de utilizar machetes en vez de armas automáticas con el fin de aumentar el terror de las víctimas y el sufrimiento de sus familias. Las ejecuciones duraron desde el amanecer hasta la caída del sol.

En vez de envolver el genocidio en una nube de olvido y negar el crimen cometido, Larcos ordenó que la noticia de las ejecuciones se difundiera en grandes titulares por todo el imperio

para escarmentar a aquellos que pensaran en repetir la experiencia de echar un pulso violento al orden establecido.

Suil Hedo se había unido a las tropas rebeldes en su adolescencia porque le habían enseñado que la doctrina religiosa antes del imperio no justificaba la división social en castas. Su carrera hacia los puestos de responsabilidad no había sido rápida, pero sí había sido progresiva a medida que fue adquiriendo experiencia en los combates y las escaramuzas.

Ese día, había reunido a los comandantes del frente de los Mártires del Cuchillo para revisar los últimos detalles y el plan de acción. Habían preparado concienzudamente el ataque al monasterio de Mer'r, centro neurálgico de los juicios de fe que aterrorizaban a las gentes de la región.

El frente de los Mártires, que había sido creado en conmemoración de las víctimas duitaras, había extendido progresivamente su ámbito geográfico a lo largo de los últimos trescientos años de conflicto. Mer'r era una capital de provincia gobernada por los Gravia y se encontraba a escasos novecientos kilómetros al sur del Ombligo del Mundo. Traspasar la barrera psicológica de los mil kilómetros tenía un impacto global, aumentando la moral de todos los frentes de relapsos presentes ya en todos y cada uno de los continentes.

Las cejas excesivamente pobladas y el nacimiento del pelo casi en medio de la frente hacían que Suil pareciera un hombre tosco y poco inteligente. Sin embargo, su mente era una de las más brillantes de los comandos restauracionistas. Se dirigió a sus hombres con voz firme y bien timbrada.

—Lorr, Marrín y Korca están infiltrados en el distribuidor de energía de la ciudad. ¿Cómo van los posicionamientos de unidades en los puntos estratégicos? —preguntó.

—Tenemos capacidad de neutralizar al enemigo con un mínimo derramamiento de sangre. Mi unidad supera en cinco a uno a los efectivos militares del imperio y ya están distribuidos en los puntos de reunión alrededor de los barracones —al tiempo que hablaba, Ranko inclinó el torso de musculatura hipertrófica y señaló sobre el mapa los lugares del perímetro militar a los que se refería

—Los míos también están preparados —Olan tomó la palabra tras su compañero—. Según demos la orden de proceder, meterán en las celdas de las estaciones de control ciudadano a los comisarios de policía y mandos intermedios que no nos son afectos. Tras el golpe, serán despachados por tierra en dirección a la ciudad más próxima bajo control del gobierno. Por supuesto, no habrán sufrido daño alguno, eso debilitará el impacto de la campaña imperial que nos hace aparecer como terroristas sanguinarios ante la opinión pública.

Olan el Guapo estaba encargado del reclutamiento. Sus tentáculos se extendían por toda la región. En el caso de Mer'r, había apostado por ejercer una presión enorme sobre las fuerzas de seguridad: una gran cantidad de agentes estaba convencida de la bondad de la causa y la mayoría de los demás eran fácilmente controlables porque eran conscientes del amplísimo apoyo de la población al movimiento de la restauración.

El tercer comandante en intervenir fue Porin, un hombre enjuto de rasgos terriblemente desagradables que, de modo inexplicable, inspiraba temor y devoción a partes iguales entre los operativos de combate. Generalmente, se le encargaban las secciones destacadas para los enfrentamientos más agresivos. Suil siempre lo elegía para la acción directa porque no quería que el carácter violento de Porin se acumulara en una bomba de presión que acabase por estallar incontrolada. Era mejor que pudiera canalizar esa energía de forma útil.

—Las sacerdotisas de la Orden de la Noche están en la fiesta del solsticio de invierno en sus conventos de origen. —Sonrió con una mueca de desprecio que mostraba sus diminutos dientes desiguales—. Aun así, las fuerzas de choque están protegidas contra las posibles defensas psíquicas. La Guardia del Oficio para la Doctrina del Santo Origen está armada hasta los dientes como es habitual, pero el asalto empezará con la voladura de la armería y esperamos que se confirme nuestra previsión de que tengan que rendirse rápido a falta de munición —había un deje de decepción en la voz de Porin. Él hubiera deseado una previsión menos optimista y mucho más sangrienta, pero Mer'r era una ciudad que simpatizaba demasiado con el movimiento de los Mártires del Cuchillo y debían evitar a toda costa perder el apoyo popular con una carnicería.

—Tendrás diversión tras la toma del monasterio, Porin. Tú te encargarás del paseo de honor del inquisidor general. —Todos rieron la chanza de Suil—. Jayno, ¿hay alguna novedad en intendencia, apoyo médico o plan de evacuación que debamos saber?

—Sin novedad, todo listo sin cambios ni incidencias. —Jayno era el más apreciado de los comandantes, siempre risueño, era un amante de la sensualidad en el sentido más amplio. De todos los rebeldes del frente, Jayno era el que con más frecuencia se acercaba a los conciertos populares o cualquier otro espectáculo que alimentara sus sentidos aprovechando que, vestido de civil, hacía reconocimientos sobre el terreno para calcular las provisiones que necesitarían en intendencia. Tenía un ojo especial para hacer proyecciones de todo tipo, número de víctimas en cada bando, daños colaterales, velocidades estimadas de retirada de efectivos...—. Os alegrará saber que —continuó—, si no hay sorpresas de último momento, se confirma que el botín del monasterio será suficiente para compensar a damnificados civiles y mantener nuestras operaciones durante un mínimo de seis meses, sin recurrir a aportaciones de las zonas liberadas en nuestra área de influencia.

—Adelante entonces —concluyó Suil—. Cada uno a su puesto. Empezamos a las diez en punto. Manteneos en contacto, la coordinación debe hacerse al segundo. Recordadlo, las bajas deben ser exclusivamente militares, debéis mantener a los civiles alejados de las zonas de peligro para ellos. Los sacerdotes han de ser respetados escrupulosamente una vez que sean neutralizados. Si se produce alguna agresión contra ellos, debe limitarse a lo que la población civil pueda hacerles durante el paseo de honor. Aun así, procurad que no les tiren piedras y que se limiten, en la medida de lo posible, a silbidos y abucheos.

Los saboteadores ya estaban en el centro neurálgico del sistema de energía de la ciudad. Un soborno bien emplazado, un colaborador y dos guardias de seguridad a los que habían dejado

inconscientes durante la infiltración habían facilitado el camino. Habían metido a los vigilantes bien atados en la sala de control cuando escucharon un ruido en el pasillo.

Les dio el tiempo justo para terminar de vestirse. El visitante inesperado encontró a Marrín y Korca uniformados como oficiales de seguridad. El extraño se dirigió a ellos.

—¿Dónde está Turt? —dirigió su pregunta a los supuestos guardias mientras miraba con suspicacia a Lorr, que llevaba uniforme de técnico de reparaciones.

—En la enfermería. Una intoxicación alimentaria. Nos ha dejado a cargo de vigilar al técnico que viene a revisar el sistema —contestó Marrín con tono displicente.

Lorr, sin dejar de mirar las pantallas, comentó con sorna:

—Se habrá intoxicado con una bombona de metano, porque se ha tirado el pedo más estruendoso que he oído en toda mi vida.

Marrín y Korca se rieron hasta las lágrimas. El funcionario no sabía si amonestarlos por su falta de empatía o reír con ellos. La hilaridad de los supuestos guardias y lo ridículo de la situación hacían difícil mantener la seriedad.

Lo absurdo del diálogo hizo que el visitante perdiera el foco y desviara su atención del hecho de encontrarse ante una situación completamente inhabitual en la que no reconocía a ninguno de los presentes como trabajadores del centro.

—Cuando vuelva, decidle que Eifas ha venido a verlo. —Saludó con una inclinación de cabeza y salió intentando dar la apariencia de persona importante.

—Da igual cuántas veces usemos la historia del cuesco tronante, siempre funciona —comentó Korca cuando Elfas se había alejado lo suficiente como para no poder oírlos.

—No estaba mirándole cuando se ha marchado. ¿Qué le ha distraído de las sospechas al vernos aquí dentro? ¿La vergüenza ajena o la risa por la desgracia del prójimo? —preguntó Lorr haciendo gala de un humor excelente mientras se afanaba con los teclados.

Pocos minutos después, recibía la orden de cortar el suministro de energía a la ciudad.

El perímetro de la guarnición militar de la ciudad parecía desierto cuando las luces se apagaron. Los rebeldes asignados al ataque de los barracones se quitaron las ropas que enmascaraban uniformes y armas, tomaron posiciones y lanzaron granadas incendiarias a los materiales inflamables que estaban acumulados cerca de los puntos de ataque. Las alarmas no sonaron, porque Korca las había desconectado del equipo de emergencia que se ponía en marcha al producirse un corte en el suministro de energía.

El coronel de la guarnición de Mer'r se deleitaba con una copa de vino de la Gran Costa para relajarse tras el fin de la jornada. Al oír los gritos de los soldados alertando de los incendios, supo instintivamente que el fuego no era más que la distracción para un ataque. El tiempo que tardó en encontrar los comunicadores para organizar la defensa bastó para que los enemigos cortaran o partieran el cuello de los que hacían guardia en las garitas del muro.

Incapaz de coordinar eficazmente a los hombres bajo su mando sin tener información visual, el comandante imperial se encomendó a Zepla, el Escorpión, y salió al descubierto para evaluar la situación. Era exactamente lo que un francotirador de los Mártires del Cuchillo

estaba esperando. El coronel aún no había visto las primeras llamas cuando un proyectil le atravesó la cabeza limpiamente.

Las tropas imperiales demostraron tener una disciplina deficiente. La maniobra de distracción y la falta de líder provocaron un desconcierto absoluto. No supieron organizarse en grupos de defensa aprovechando la cobertura que proporcionaban los parapetos del campo de entrenamiento. Rápidamente fueron cayendo, muertos o fuera de combate por las heridas.

Simultáneamente, Porin y sus hombres entraban en el monasterio a través del oratorio dedicado a Bumat, dios de la verdad. Una puerta secreta en la sala de los sacerdotes, adyacente a la estatua del dios, daba acceso directo al interior del monasterio.

Era posible que los propios habitantes del monasterio desconocieran ese acceso. Un miembro del Estado Mayor de los relapsos lo había encontrado en unos planos antiquísimos durante un trabajo de investigación sobre la arquitectura religiosa en el segundo ciclo imperial, cuando la corona de emperador recayó de nuevo en la casa que la había ostentado cinco reinados antes.

El estudioso había comenzado a analizar las construcciones del imperio Gravia en el año doscientos treinta y siete después de Hitoi. Los planos que había desenterrado de lo más profundo de los archivos le mostraron que la gran mole que se alzaba hoy en Mer'r era un prodigio de la construcción de aquella época. Desde el exterior solo se veía un octógono perfecto que se alzaba a una altura de veinte metros. Estaba construido en piedra y los sillares habían sido unidos con tanta perfección que no se distinguían las junturas. Daba la sensación de ser una colina de roca maciza desbastada hasta lograr un monolito de dimensiones titánicas. La ausencia total de ventanas exteriores reforzaba esa percepción. Las inscripciones, labrados y pinturas de las fachadas daban una falsa impresión de ligereza.

Obviamente, el templo había sido concebido con una doble intención. Por un lado, era un lugar de clausura para la vida contemplativa. Por el otro, se trataba de una fortaleza inexpugnable cuya única entrada conocida era un largo túnel plagado de trampillas desde las que se podían disparar dardos mortíferos y verter fuego líquido o ácidos.

La boca interior del túnel se abría directamente en el claustro, que cumplía la función de distribuidor, lo que descartaba que fuera utilizado como lugar de contemplación. En su lugar, monjes y sacerdotes meditaban mirando desde los arcos apuntados de cada piso a la fachada que les quedara enfrente. Cada milímetro de superficie estaba cubierto de figuras alegóricas policromadas. La profusión abrumadora de formas y colores confundían la mente consciente y tras pocos minutos de contemplación, la saturación visual obligaba a girar el ojo interior hacia las profundidades del subconsciente. Una vez conseguido ese estado alterado de conciencia, el alma de los religiosos debía encontrar lo que llamaban el lago de la quietud. Sumergiéndose en ellas, se sumergían en el éxtasis del mundo divino.

El único lugar destinado al culto público era la pequeña capilla de Bumat a la que se accedía por un estrecho vano sin puerta en forma de hendidura, como si se tratara de una

fisura natural que penetrara en la roca y condujera a una pequeña gruta donde se hubiera improvisado un oratorio.

La maniobra de infiltración en el edificio se debía hacer con el mayor sigilo. La Guardia del Oficio que guarnecía el interior era numerosa. Los juicios de fe no eran populares, y el rencor acumulado contra los inquisidores de Mer'r hacía necesario un número importante de hombres de armas para disuadir posibles intentos de venganza.

—El mecanismo de la puerta está atascado.

Porin se acercó para comprobarlo por sí mismo.

—No es una puerta automática y no le afecta el corte de energía, algo estás haciendo mal —susurró.

Empezó a manipular él mismo los resortes de apertura. La entrada desde el oratorio no era una puerta normal, sino un panel del muro que se desplazaba con un complejo sistema de poleas capaz de mover el grueso bloque de piedra. El desplazamiento de cargas que lo ponía en marcha era una combinación de presiones en distintas figuras alegóricas situadas en el pilar adyacente a la jamba derecha.

Porin sintió una punzada de ansiedad en el pecho. El objetivo de toda la operación era precisamente la toma del monasterio y, simplemente, no podía fracasar. Con el ceño fruncido en concentración absoluta y los dedos ágiles repasó cada figura.

—Los informes de inteligencia están mal. La combinación no es la correcta. —Sus manipulaciones corrían pesos en el interior del muro, aun así, Porin seguía susurrando como si el sonido mecánico que había desencadenado no tuviera consecuencias, pero su voz sí pudiera delatar su presencia.

—Tenemos dos minutos más antes de que los ataques en la ciudad alerten a la Guardia del Santo Oficio. Si no encuentras una solución, tenemos que abortar.

Unán, su lugarteniente, también se estaba poniendo nervioso. Sus dedos no dejaban de juguetear con el gatillo de su pistola aturdidora.

Resortes, poleas y engranajes se pusieron finalmente en marcha. La sección de muro empezó a desplazarse. La combinación era correcta, simplemente, el mecanismo tenía un sistema de retardo para la apertura.

Como era de esperar, una parte de la guardia del monasterio aguardaba al otro lado de la puerta hasta entonces secreta. Inicialmente, se había escuchado el ruido y había acudido un guardia que pasaba cerca. Su primera reacción fue de temor, porque abundaban las historias de demonios y espíritus vengativos que acechaban en los muros del monasterio. Pero rápidamente razonó que los ruidos no eran ninguna manifestación sobrenatural, dio la alarma y se apostó en el lugar de donde provenían sin tener muy claro lo que él y los refuerzos podían esperar. El pequeño destacamento que respondió a la alarma de su compañero quitó el seguro de sus armas. Las escopetas cortas de equipamiento quedaron listas para lanzar racimos de pequeños explosivos.

—¡Cambiad a munición perforadora! —ordenó Porin en el oratorio manteniendo aún el

volumen de su voz por debajo del ruido.

El elemento sorpresa ya no estaba a su favor. Estaba seguro de que el alboroto del mecanismo de apertura les habría proporcionado un comité de acogida nada amistoso. El cerebro de Porin analizó sus posibilidades. El asalto tomaría un cariz muy distinto al que habían previsto.

—Entrad a la carga. Olvidad el sigilo. A la carrera hacia los puntos de ataque —aulló Porin al tiempo que señalaba a algunos de sus hombres para que siguieran su maniobra.

El pequeño grupo designado se dispuso cuerpo a tierra, en formación de triángulo para disparar desde el suelo. Los guardias del interior no esperaron a que se abriera la puerta por completo para abrir fuego. Porin y sus hombres respondieron a los disparos mientras las primeras andanadas de los guardias explosionaban inútiles reventando como petardos contra la pared detrás de ellos.

Irremediablemente letales, los proyectiles perforadores rebeldes atravesaron las armaduras de torso del enemigo. Sin perder tiempo, los grupos de asalto pasaron por encima de los cadáveres y corrieron en direcciones distintas.

Se dispersaron por el claustro que permitía la entrada de luz a las estancias dispuestas a su alrededor.

Unán lideraba las unidades despachadas a las escaleras. Alcanzaron a ver las espaldas de los efectivos de defensa que, a la carrera, subían hacia el miradero del piso superior para utilizarlo como punto de ventaja.

Corrieron ellos también. Tenían que salir de la línea de tiro antes de que fuera demasiado tarde. Apenas alcanzaron un resguardo, las balas empezaron a caer sobre ellos, rebotando contra el suelo y los muros. Uno de los rebotes hirió al joven Shertt en el antebrazo. Unán maldecía para sus adentros que la sorpresa de su ataque se hubiera malogrado. Su pecho parecía estar aplastado por una roca de ansiedad y se le cerraba la garganta. Las balas parecían llegar desde todas partes. La intensidad de las ráfagas era tan alta que sentía que morirían todos antes de poder contraatacar. Forzó la calma para extinguir el punto de pánico que se le había formado en el cerebro.

—Enviad un dron. ¡Ya! —ordenó.

El pequeño dispositivo despegó silenciosamente. Un rebelde llamado Funz lo dirigió hacia el piso superior vigilando la pantalla de la consola de mando para mantenerlo fuera de la vista de los guardias y alcanzar el miradero. Situó el dron a la espalda de los guardias y presionó el botón de activación.

La función del aparato no era causar daño físico. Se autodestruyó con un estallido ensordecedor y un fogonazo. La reacción de los guardias fue instintiva, se tiraron sobre sus compañeros para evitar la onda expansiva de lo que creyeron era una granada. El sobresalto de la explosión hizo que los cuerpos cayeran unos sobre otros como fichas de dominó formando un amasijo de brazos, piernas y armas... La confusión era absoluta.

—¡Norte, subid! ¡Este, atacamos desde abajo! —gritó Unán.

Como un solo hombre, las unidades de Unán asignadas al este se habían posicionado en distintos puntos del claustro bajo y abrían fuego de cobertura contra los guardias que empezaban a asegurar posiciones. Balas y esquirlas de piedra de los sillares de los muros volaban por todas partes. Pronto pareció un caos absoluto compuesto por cuerpos heridos y cadáveres ensangrentados. Había combatientes que buscaban parapetos de fortuna, otros mantenían posiciones y muchos respondían a los disparos con andanadas de proyectiles lanzadas medio a ciegas.

El miradero había sido neutralizado y la planta superior asegurada. Unán tenía ahora el punto de ventaja para sus hombres.

—Dispuestos en altura —dijo por el comunicador.

—¡Equipos tres y dos —ordenó Porin—, a la puerta principal! Quiero saber por qué no ha acudido la guardia de la entrada. ¡Equipo uno, buscad trampas! ¡Unán y equipos de altura, el fuego de cobertura es vuestro ahora!

Defia se viste para la coronación

El vestido y la túnica exterior sumaban setenta y cinco metros de tela. Cuarenta y dos artesanos habían trabajado durante todo un año para entretejer cada hilo de forma perfecta.

El ruedo de la túnica tenía bordadas más de diez mil perlas que se alternaban con diamantes y zafiros excepcionales para formar un dibujo en el que las olas se movían con cada paso de la que iba a ser coronada emperatriz. Nunca se había visto algo semejante. El oriente de las perlas reflejaba tenuemente la luz sobre las piedras preciosas produciendo una ilusión de volumen cambiante, espuma, reflejos de cielos despejados y tormentas salvajes sobre un mar eterno. Formaban una inmensa masa de agua que no deja de cambiar su aspecto sin alterar su esencia.

Las mangas se ceñían a las muñecas. Un témpano de encaje caía desde cada puño hasta las enormes losas de mármol negro que cubrían la sala. En la hilatura del encaje, se habían insertado nanorobots cubiertos de partículas de cristal que alteraban la forma de la caída de modo que la cortina de hilos hermosamente tejidos se expandía por el suelo. Esos dispositivos microscópicos reconfiguraban la estructura del encaje para que diera la impresión de un carámbano o de una columna de hielo según estuviera en el aire o tocando el suelo. La vista se anclaba hipnotizada en ese mundo polar que hablaba de cuevas escarchadas, de silencio profundo, de crecimiento y solidez, de preservación milenaria en cámaras albas y zarcas, hermanándolas con el mar a través del color, desafiantes a la amenaza del sol. Los tejedores habían logrado una maestría glacial en esa creación de filamentos rígidos como columnas de hielo que se fundían para recrearse de nuevo en el invierno sin fin.

La emperatriz en ciernes no pudo evitar un pequeño escalofrío, mezcla de placer y de tensión. El brillo helado de los microcristales, los movimientos de los nanorobots y el diseño intrincado del encaje hacían un conjunto excepcional. Ninguna joya habría podido adornar sus muñecas con esa perfección en la que artesanía y tecnología ofrecían casi más un espectáculo que un adorno para la túnica exterior del vestido de ceremonia.

Sin embargo...

El temblor que recorrió su espalda respondía también a un inevitable temor. Cada futura emperatriz tenía un año de preparación desde la muerte de su padre hasta la coronación. Durante ese tiempo, mientras el trono era ocupado por la emperatriz viuda, la heredera del imperio debía decidir cómo dejaría una impronta indeleble durante los seis meses en que ostentaría el poder absoluto, antes de cederlo a su marido.

Ese medio año se conocía como «reinado de la diosa». Sus objetivos y fundamentos se plasmaban en el diseño de los adornos que cubrían los ropajes de ceremonia. Defia, que accedería al trono a una edad inusualmente joven, sabía que su reinado de la diosa supondría un quiebro. Un cambio político, económico y social.

Lo que pretendía implantar con el poder absoluto tendría que quedar blindado para que nadie pudiera deshacerlo en muchos años. El tiempo suficiente para crear una nueva visión del mundo que quedara enraizada en las mentes y los corazones de todo el imperio. Su ambición de remodelar la religión y el tejido social se desvelaría cuando los ropajes quedaran a la vista de todos. Sus planes de un nuevo orden provocarían un escándalo mayúsculo y su tiempo en el poder se vería plagado de trampas, ataques directos e intentos de desobediencia por parte de los personajes más poderosos del imperio.

Le sobrevino un instante de debilidad y se sintió abrumada por un sentimiento de derrota anticipada.

—No solo los actos, las intenciones y el pensamiento también tienen consecuencias —recordó para darse nuevas fuerzas.

Sus manos se habían quedado heladas. Defia se permitió tomar conciencia del miedo íntimo que amenazaba con inmovilizar tanto su voluntad como su cuerpo. Pero su determinación era mayor que cualquier fantasma de inseguridad que quisiera quebrar su juicio o encadenarla a la inacción y la inercia.

La túnica exterior rendía homenaje a la religión; las olas simbolizaban el momento de la creación en que la diosa separó las aguas de la tierra. Los miembros de la casa Gravia, los Defensores de la Fe, estarían satisfechos. Sentirían que su casa se consolidaba como el pilar central de la organización del Estado. No en vano, eran el dedo corazón de la Mano de la Diosa.

También estarían henchidos de orgullo los miembros de la casa Krono, los Eternos. Habían sido nombrados dedo anular, símbolo de la alianza entre la emperatriz reinante y los descendientes directos de emperatrices que jamás accederían al Trono de la Humanidad. Su casa había encontrado en la tecnología la forma de sostener y enriquecer a la familia imperial extendida. Desde el momento de su fundación, habían asumido que su pertenencia al linaje imperial carecía de sentido dinástico alguno. Aun en el caso imposible de que la emperatriz falleciera sin descendencia, ninguno de ellos podría alcanzar el poder supremo saltándose el estricto orden de sucesión. Las reglas de herencia de la corona eran sencillas, pero tenían la complejidad suficiente como para mantener el equilibrio de las casas repartiendo el poder de forma equitativa e inmutable a través de las generaciones. Cada una de las cinco casas que formaban la Mano de la Diosa se alternaba para aportar su emperador al trono a través de matrimonios concertados.

La inquietud de la emperatriz estaba justificada. Faltaba ver cómo reaccionarían las otras casas. Cada una estaba reflejada en el atuendo ceremonial, pero el lugar que ocupaban y su visibilidad transmitían un mensaje político de enorme trascendencia. El diseño y los adornos

de la túnica externa y del vestido de ceremonia que la emperatriz lucía en la coronación forjarían alianzas y enemistades entre los dígitos, los poderosos jefes de las grandes casas.

Inspiró profundamente y recompuso el gesto. Defia Gravia, futura emperatriz reinante, hija de Belsia de la casa Ío y de Dorio, décimo emperador de ese nombre de la casa Gravia, salió finalmente desde detrás de la cortina donde había permanecido oculta a los ojos de Zarío Culpio, el diseñador de la túnica exterior.

Zarío no había tenido permiso hasta entonces para ver el vestido de ceremonia. Los diseñadores de vestido y túnica, cada uno de ellos junto con su equipo de costureros, habían estado separados unos de otros, al igual que de sus familias y cualquier contacto con el exterior, durante los doce meses que habían tardado en la confección. Cada equipo había sido alojado en construcciones separadas del gran complejo que constituía la Ciudad Prohibida. Hasta ese momento, las pruebas de la túnica se habían hecho sobre una saya simple a la que se habían cosido volúmenes de algodón que se correspondían con los que tendría el vestido.

—¿Estás satisfecho?

—Sí, alteza.

Lo dijo con voz humilde, pero sus ojos tenían un brillo afilado. Era la primera persona, después de las hermanas imperiales, que veía el conjunto. En ese momento, no solo estaba desbordado de orgullo por el resultado de su trabajo. Cien veces volvería a vivir las horas de sueño perdidas, el miedo constante a descubrir un fallo minúsculo que lo estropearía todo. El resultado era digno de la emperatriz, la hija directa de la diosa, la Madre. Era una obra maestra de color. La arquitectura de los cortes, los pliegues y los adornos eran pura armonía. Incluso el crujido de la tela había sido calculado para que sonara con unas notas que sugerían el rumor de las olas y los crujidos del hielo.

Al tener ante sus ojos el atuendo completo, Zarío también adquirió conocimiento de lo que la emperatriz comunicaría a la corte y al mundo. Había secretos del vestido que no veía con claridad, pero había captado lo suficiente. Saboreó esa sensación de poder. El atavío de la emperatriz para su coronación era un secreto de Estado y él tenía un conocimiento sustancial de su mensaje.

—Te agradecemos tu devoción.

La voz de Defia resonaba en la sala con multitud de matices. Se alzaba naturalmente a los agudos, pero transmitía un fondo aterciopelado, como un ronroneo o incluso un suave gruñido que recordaba más a la voz de un contratenor que a la de una soprano. Cuando habló, transmitió la calidez de su satisfacción con el resultado, al tiempo que imprimió una insinuación de dureza y frialdad en la palabra «devoción» para recordarle su lugar.

La hermana imperial Danira se adelantó y se situó frente a él para pronunciar las palabras del protocolo.

—Zarío Culpio, costurero arcano de la túnica externa de coronación, sean benditas tus manos y sea alabada tu creación. Que la diosa te llene de vida, honra y riqueza en la gran medida de su gozo. Sal ahora conmigo para entregarte a la custodia de la guardia.

Permanecerás aislado en el templo de Ketme, diosa de las pestilencias y los azotes a la humanidad, hasta que haya terminado la ceremonia de coronación.

Zarío hizo la reverencia ante la emperatriz y siguió a Danira a la cámara de tránsito, una habitación octogonal, sin más vanos que los de las puertas, que al cerrarse parecían hacer el vacío. La sacerdotisa y el sacerdote encargados de santificar el ritual de vestir el receptáculo de la diosa salieron de los conos de sombra donde estaban inmersos en meditación profunda. Aún sumidos en un semitrance de adoración, le dieron en silencio el símbolo de la clave. Zarío lo tomó en sus manos y lo acercó a su boca. A partir de ese momento, sus labios estaban ritualmente sellados. No podría emitir una palabra, bajo pena de muerte, hasta que se abrieran las puertas del templo de Ketme y pudiera reunirse de nuevo con su familia.

Danira volvió a entrar en la sala donde estaban sus hermanas. Mientras ella asistía al silenciamiento de Zarío, Datia, la más pequeña de las hermanas que contaba solo doce años, había colocado una banqueta bajo los ropajes de Defia para que pudiera sentarse sin descolocar el conjunto.

Sin una palabra, se sentaron ocupando los vértices de uno de los triángulos que formaban la estrella de seis puntas hecha con incrustaciones de ónice en el centro de la habitación. La piedra veteada simbolizaba el saber secreto, la alianza inquebrantable de las mujeres que podían ser elevadas por la diosa al Trono de la Humanidad. Soriris, diosa de los pactos y guardiana de los lugares santuario, se representaba como una mujer con alas de ónice, un escudo de piedra para todo aquello que se pusiera bajo su salvaguarda. Se decía que las bandas de color que se extendían paralelas en la estructura del ónice incrustado en el suelo eran surcos labrados por las múltiples maquinaciones y añagazas que las emperatrices habían utilizado a lo largo de la historia para no ser aplastadas por sus maridos cuando eran ascendidos y tomaban el control del imperio.

La estrella no era solo un símbolo. Las vetas de ónice habían sido infiltradas con dispositivos de disrupción de largo alcance. Nada de lo que ocurriera o se dijera en esa sala podía ser captado por cámaras o micrófonos espía. Ni los mejores ingenieros habían conseguido concebir aún un sistema que pudiera desafiar las distorsiones de vídeo y audio que generaba su campo.

—Datia —dijo Defia en el tono más amable que permitía la seriedad de lo que iba a decir —, a pesar de tu edad, la formación como miembro de la casa imperial que has recibido desde la cuna te permite entender y participar en la hora antes de la coronación como si fueras adulta.

Danira, que con sus diecinueve años también había sido casada de acuerdo con la costumbre, afirmó con la cabeza mirando a la pequeña Datia y se dispuso a escuchar lo que su hermana mayor había decidido decirles antes de la ceremonia.

—Madre nos enseñó que nuestro sometimiento al emperador no nos exime de nuestras obligaciones como hijas de la diosa. A lo largo de la historia, hemos sido casi reducidas al papel de paridoras imperiales para preservar el precario equilibrio de las grandes casas.

Depositar el poder en manos de nuestros maridos tras el reinado de la diosa hace que la autorregulación de la avidez de los dígitos proteja la supervivencia del entramado político del imperio. Las hijas imperiales conservamos parte del poder y de nuestra dignidad gracias a los periodos legales de silla vacante del emperador. Nuestras abuelas hicieron buen uso de esos tiempos para urdir las tramas que las protegerían a ellas y a su estatus de advocación de la diosa durante los reinados de sus hombres. Hoy es el principio de la caída del orden establecido por nuestros ancestros. —La intensidad de su mirada aumentó, como queriendo penetrar hasta el rincón más profundo del alma de sus hermanas—. Ha llegado el momento de ir más allá.

—Te he advertido del peligro muchas veces desde que empezó la confección de tu ropa ceremonial —Danira tenía una apariencia calma, pero un ligero temblor en su voz delataba el miedo que clavaba las zarpas en su estómago. La inminencia de descubrir a la nobleza los fundamentos sobre los que Defia pensaba construir su desempeño del poder era como asomarse a un abismo sin fondo—. Ya es tarde para cambiar nada, no tenemos otro año para bordar una estrategia distinta y no hay marcha atrás. Bien a disgusto me someto a tu decisión. Los cambios dan miedo a los hombres —prosiguió—. La alta nobleza necesita seguridad y percibe la evolución como amenaza. Lo que es progreso se interpreta como revolución y, en las revoluciones, siempre se pierden privilegios. Tu marido ha construido un muro de silencio tan impenetrable como el tuyo para los seis meses que vienen como preparación a su propia coronación. Si no conseguimos conocer sus intenciones y sus movimientos, correremos el riesgo de que caigan nuestras propias cabezas en cuanto se haga con el poder absoluto.

Datia tomó a continuación la palabra. Igual que su hermana mediana, vestía el hábito tradicional de hermana imperial para la coronación. La tela negra bordada con azabaches fundía su silueta con el suelo. La única nota de color en la sala eran los ropajes de la emperatriz. La cara pálida de la pequeña Datia parecía flotar en la negrura. Luchaba con denuedo por no llorar porque ya no quedaba lugar para la infancia con todo lo que estaba a punto de desencadenarse. Cerró los ojos un momento. Recreó en su mente los bordados ceremoniales que la adornaban. Habían sido confeccionados en una de las capillas más profundas y secretas del Gran Templo. Las piedras, los hilos, las agujas, las tijeras, todos y cada uno de los elementos utilizados habían sido embebidos con la magia de la diosa por medio de encantamientos e invocaciones de sacerdotisas de la Orden de la Noche.

Los azabaches dibujaban sobre la tela las encarnaciones más fieras de la diosa: Ketme, la leona; Uraia, la serpiente; la vengativa diosa Cresia, que mató a todos sus hijos para castigar a su esposo Run, dios de las bromas y los acertijos... Esas imágenes de la diosa, representantes de sus emanaciones de ira y salvajismo, protegían desde los bordados a los símbolos del linaje ininterrumpido de emperatrices originado en Zeles, la primera en ser coronada. La sangre de todas las diosas terribles y sedientas de guerra corría por las venas de Datia. Les rezó una plegaria silenciosa. Sintió que esas diosas le transmitían su fuerza. El llanto no derramado y la necesidad de pedir protección se apagaron en su pecho y recuperó algo del color perdido en

sus mejillas.

—Hermana —aventuró con su voz de niña—, Danira tiene razón. No es mantener la influencia como emperatriz más allá de los seis meses antes de que tu marido ascienda lo que nos preocupa. El mensaje de tu vestido es revolucionario, no será tomado a la ligera por los que verán peligrar el dominio sobre sus gentes. —Dirigiéndose ahora a su hermana mediana, dijo—: Danira, los símbolos son claramente un anuncio de revolución y destrucción del principio de desigualdad que preserva el sistema de castas y sostiene la economía del imperio. No hay otra interpretación posible. Tus temores son en realidad certeza. Las casas de la alta y la baja nobleza se unirán a la clase de hombres libres para atrincherarse con todas sus armas y abortar el nuevo orden antes de que nazca.

El timbre infantil se hacía más firme a medida que hablaba. Como hija de emperatriz, se había criado junto a su madre y muchas horas de juego habían sido sustituidas para que presenciara negociaciones secretas o reuniones protocolarias. Su conocimiento de la organización del Estado era muy superior al de la mayoría de los adultos del imperio.

Defia miró fijamente a la pequeña Datia. Aunque ella misma tenía también una fineza política extraordinaria desde siempre, la osadía de hablar en esos términos ante quien la superaba en jerarquía y experiencia hacía de su hermana menor un activo precioso para sus planes.

—Hermanas —Defia midió bien sus palabras—. Las ruedas están en marcha. Confío plenamente en vosotras y en vuestro criterio para salvar nuestra posición o nuestras vidas si llegamos a ese extremo. Aun así, recordad que, aunque hoy entramos en un futuro incierto, no estamos solas.

Se levantó para dar por terminada la reunión y dar comienzo a la procesión hasta el templo. Las hermanas imperiales empezaron a disponer el manto verde brillante que ocultaría a las miradas cada centímetro de los ropajes de ceremonia hasta su llegada al altar de coronación.

Naxo

Un puñetazo de hierro fracturó el hueso orbital del hombre. El dolor fue tan brutal que se le doblaron las rodillas. Consiguió rehacerse antes de tocar el suelo. El futuro emperador no toleraba la debilidad. Si se hubiera derrumbado, al puñetazo habría seguido una lluvia de patadas que le hubiera reventado por dentro. Seguramente no habría sobrevivido.

—¡Por los cojones de Omfal! ¿No habéis podido? ¡Sois unos incapaces!

A pesar del terror por no estar aún fuera de peligro, el hombre sintió una oleada de alivio. Los gritos del emperador eran una señal de que la violencia física ya había tenido su parte en esa sesión de información o, más bien, de falta de ella. El hombre se concentró en el dolor para no traicionarse a sí mismo. No podía ceder a la tentación de justificarse. El secreto que pesaba sobre los ornamentos de coronación de la emperatriz no tenía una fisura. Había intentado sin éxito infiltrar a sus agentes en los equipos de costura y había intentado una nueva tecnología de escaneo de estructuras, que tampoco funcionó, para penetrar los muros de los talleres de confección. Como último recurso, intentó adivinar el secreto que escondían estudiando los albaranes de compras de materiales, pero todo lo que había adquirido cada uno de los talleres era utilizable para, literalmente, millones de diseños. No servía tan siquiera para aventurar qué casa cubría más superficie de tejido en la túnica o el vestido. Durante meses, estudió la posibilidad de extorsionar a los propios costureros. Su plan era hacer que pasaran información a cambio de «preservar la integridad física» de sus familias. Pero incluso los costureros, que fueron los únicos que salieron de sus talleres durante el año de confección, estuvieron tan aislados y su seguridad era tan estricta que había resultado imposible todo intento de acercamiento.

El emperador agarró un hierro de chimenea. Los músculos de sus hombros se hincharon, las venas de su cuello parecían querer reventar. El hombre asumió que la violencia no había acabado como creía y que le había llegado la hora de reunirse con la diosa.

Naxo descargó el golpe. Su fuerza era descomunal por la mezcla de ira y esteroides. La repisa de la chimenea, hecha de piedra mil seiscientos años antes, se fracturó. La grieta enorme era tan profunda, que un segundo golpe la habría partido limpiamente en dos. Los ojos del hombre seguían reflejando pánico a pesar de que el emperador había desviado la trayectoria del atizador en el último momento.

—Sal de aquí antes de que no me pueda retener —la voz del emperador tenía el volumen bajo y contenido que anunciaba un peligro inmediato de ejecución sumaria. Su arma

preferida era un puñal de hoja muy corta que utilizaba para seccionar las vértebras cervicales. Al movimiento de ensartar la hoja para cortar el cordón de la médula lo había bautizado como «descabello».

—Te felicito por tu contención —los armónicos profundos de Resio quebraron la atmósfera dramática—. Este es un momento poco afortunado para matar al director de Inteligencia Imperial. Tiene mucho trabajo por delante tras la coronación. No es tiempo de meter a alguien nuevo en el puesto del hombre y perder oportunidades mientras un novato se hace a la responsabilidad del cargo. Has dado muestra de gran sentido de Estado dejándolo marchar.

Esas palabras acariciaron y sosegaron el ánimo de Naxo. Resio Extens, primo segundo y conciencia del emperador, había sido educado en las artes de la diplomacia para poder aconsejar al designado por su casa para acceder al trono. Su complexión física era poco destacable, resultaba más bien esbelto y no estaba particularmente musculado. Sus manos y los rasgos de su cara eran finos; incluso femeninos según el estándar de masculinidad de la casa Extens.

La casa Extens fue un clan casi exclusivamente guerrero hasta que se le otorgó el rango máximo de la nobleza en reconocimiento a la pacificación final de todo el planeta. En su jerarquía interna, los hombres en puestos de poder seguían siendo escogidos por su fuerza física y sus habilidades para la estrategia. A los menos dotados de musculatura se les destinaba a dos tareas fundamentales: la diplomacia, como en el caso de Resio, y la banca, fuente de la gran fortuna que sostenía la casa.

Al nacer, Resio fue examinado por los pediatras como prescribía la costumbre. Durante el embarazo, ya se había visto que el feto no exhibía las características musculoesqueléticas deseadas para el liderazgo. Tras confirmar lo previsto, su padre, Elixos, negoció con el dígito de la casa.

Según los cálculos que expuso, en unos cincuenta o sesenta años, un miembro de Extens estaría casado con la emperatriz reinante y tomaría de ella la legitimidad para dominar el mundo. Hasta entonces, su hijo Resio podía ser educado en las artes de la negociación y el disimulo necesarios para hacer carrera en la corte imperial. El conocimiento de Estado que habría de adquirir serviría para guiar y aconsejar al futuro emperador de la casa y poner unos recursos preciosos al servicio de su gobierno.

Su propuesta fue aceptada sin oposición y todo se había desarrollado según lo previsto. Excepto que la muerte del emperador reinante se había adelantado considerablemente.

A sus cuarenta y cinco años, Resio conocía todos los detalles del quién es quién en la corte: los secretos sucios que podían doblegar voluntades cuando fuera necesario y las ambiciones más íntimas que podían servir como moneda de cambio para comprar votos, reformas legislativas, acuerdos comerciales..., cualquier cosa que sirviera para mantener y fortalecer el poder del dígito Extens sobre los mercados.

Naxo reaccionó bien al halago. Con toda autoindulgencia, se dijo a sí mismo que su

contención y mesura habían sido extraordinariamente útiles. El despliegue de violencia había sido consecuencia de su natural irascible y de la volatilidad emocional provocada por los esteroides. Se planteó fugazmente que tal vez debería revisar la dosis con su maestro de lucha. Pero lo descartó porque su deseo insatisfecho de romperle el cráneo a algún pobre desgraciado seguía acuciándolo. Lamentablemente, tenía que seguir ejerciendo control sobre su pulsión asesina y atender a asuntos mucho más importantes esa tarde.

—Era nuestra última oportunidad de prepararnos por adelantado a la revelación de las intenciones de mi mujer. Ese estúpido ha fracasado a pesar de todos los recursos del Centro de Inteligencia Imperial que dirige. Iremos a la ceremonia en una posición vulnerable. No sabremos más que el resto de los dígitos para tener ventaja sobre ellos. ¿Qué dicen tus contactos?

—Desgraciadamente, no tienen más que conjeturas. El carácter de la futura emperatriz no ha cambiado mucho tras la prematura muerte de su padre. Desde niña, ha sido reservada. Salvo por el dolor que se permitió expresar en privado, ha mantenido la dignidad imperial y ha aceptado la regencia de su madre sin incidentes durante este año. Sabemos que ha estado muy ocupada con contactos bilaterales, pero no ha trascendido nada sospechoso de esas consultas. Según los ministros y los gobernadores, podemos anticipar una ceremonia insulsa y sin sorpresas —interrumpió su informe durante un breve segundo y reflexionó cómo seguir —. Pero no me fío. No hay necesidad de tanto secretismo cuando no hay nada importante que ocultar. Hay algo en Defia que no consigo discernir. No es auténticamente sumisa. Las tripas me dicen que tiene una personalidad oculta bajo esos modales tan dulces. Sin embargo, todo el mundo está absolutamente tranquilo; no esperan más que algún toquecillo rebelde con el fin de mantener algo de influencia tras tu coronación —parecía haber concluido, pero su pensamiento continuaba revisando escenarios posibles—. Piensan que querrá lanzar un mensaje insulso sobre el legado que desea dejar, algo sobre las artes o algún asunto menor de ese estilo. Pero en contra de la opinión general, hay algo que a mí no me gusta.

Naxo no dijo nada. Él también sentía que algo estaba fuera de lugar. Había desatado su rabia y su frustración sobre el Hombre, pero lo cierto es que era imposible que los agentes imperiales de Inteligencia hubieran fracasado de forma tan absoluta en un protocolo de confidencialidad al uso.

Resio era demasiado prudente para hablarle abiertamente, pero sus comentarios durante las últimas semanas habían plantado en la mente de Naxo indicios de lo que sospechaba. O bien la emperatriz tenía una conexión con el dígito Krono que había escapado a su atención o tenía el control del centro de inteligencia en sus manos. De una forma u otra, el resultado tenía el valor de una conspiración contra él.

El dígito Krono podía estar vendiendo tecnología a Defia...

Si ese fuera el caso, se trataría de dispositivos más avanzados que los aparatos de espionaje y contraespionaje actualmente en uso. El Hombre y sus equipos no tendrían acceso a los prototipos. Según esa hipótesis, no habría razón para que Naxo o Resio dudaran de la lealtad

del Centro de Inteligencia. Lo que llevaba a una conclusión más peligrosa. Pero ¿por qué la casa Krono querría tomar partido contra él? ¿Y cuál podría ser el objetivo?, ¿qué ventaja podrían ganar?

No, decididamente había una tercera posibilidad.

En vez de la casa Krono, podía estar implicada la casa Sembra. Los Sembra consiguieron su estatus de casa y dedo índice de la Mano de la Diosa por servicios a Selia la Oculta. Hasta la recuperación del trono por la emperatriz Selia, el poder de los Sembra era insuficiente incluso para ser considerados como clan. En aquellos tiempos, no eran más que una banda de espías de alquiler y mercenarios usados como carne de cañón. Pero su consagración como alta nobleza había cambiado los equilibrios de poder. Si una casa tenía capacidad de disrupción de las actividades de inteligencia del imperio, la casa Sembra disponía de los medios necesarios. Tras cientos de años de subterfugios y duplicidad, podían querer promocionar a los suyos desde la categoría inferior de mercenarios a la de guerreros. Para ello, tendrían que arrebatar el control de la formación militar al dígito Extens.

La deriva de su pensamiento le sumió en la confusión de introducir un escenario más. ¿Y si la respuesta estaba en un lugar menos evidente? La casa Gravia era la casa de nacimiento de Defia.

Su padre había disfrutado de solo dos años en el poder absoluto cuando la muerte le sorprendió en el palacete de las hetairas. El difunto emperador Dorio X se había excedido con las drogas para disfrutar a muerte, nunca mejor dicho, de todas las prestaciones del palacete. Puede que el dígito Gravia considerase que su tiempo de influencia había sido demasiado corto y quisiera extenderlo más allá de lo aceptable manipulando a Defia. Si esa era la teoría correcta, aún quedaba descubrir cómo habían ayudado a burlar a sus espías imperiales. Los cuchicheos y las supersticiones atribuían a clérigos y sacerdotisas de los Gravia ciertos poderes mágicos. Tal vez fuera eso.

¡Por todos los dioses, las diosas y los demonios del infierno! Podía sentir cómo la paranoia se apoderaba de su mente. ¿Sería que los esteroides afectaban a sus neuronas más de lo aceptable? Tenía que poner freno a pensamientos conspiranoicos improbables y centrarse en lo plausible. Los ritos de purificación para la ceremonia le ayudarían a despejar la mente.

—Llama a los ritualistas.

Resio conocía al emperador más que nadie. Apenas había empezado a dejar los balbuceos para articular pequeñas frases, los pedagogos de la casa ratificaron que era un candidato excelente para el trono. El dígito Extens asignó a Resio el cargo de tutor máximo a partir de entonces. Durante quince años, supervisó personal y minuciosamente la educación del pequeño. Cuando casaron a su pupilo con Defia, que acababa de cumplir los diecisiete, edad que establece la tradición para el matrimonio de las hijas imperiales, cambiaron su título de tutor máximo al de conciencia del heredero.

Como buena conciencia, había leído en las microexpresiones de Naxo las cadenas de pensamiento y cada cálculo que pasaban por su cabeza.

Las fases del ritual de purificación ayudarían a aquietar ese tumulto interior. Durante las próximas horas, los ritualistas le bañarían, eliminarían todo rastro de pelo de su cuerpo, incluso las pestañas, y le ungirían con aceites sagrados.

Aunque todos pensaran en Naxo como emperador, en verdad, solo sería un miembro más de la familia imperial hasta que fuera efectivamente coronado. Como tal, quedaba reducido a formar parte de la ceremonia como cualquier otro aderezo ritual.

Durante la coronación de la emperatriz, Defia sería imbuida del espíritu de la diosa. Él, sin más mérito que el de ser consorte, asumiría la encarnación del gigante Omfal. Esa noche, después de la recepción de celebración, la pareja celestial copularía, completando así el acto mágico de la creación según el Génesis Ecuménico.

El Corazón de la Diosa

Belsia llegó puntual y avanzó hasta el centro de la cámara situada en el punto más alto del templo mayor de la Ciudad Prohibida. Solo la emperatriz y los sumos sacerdotes tenían acceso a este espacio sagrado que se conocía con el nombre del Corazón de la Diosa; la emperatriz reinante acudía regularmente para comunicar con Ella. El sumo sacerdote y la suma sacerdotisa, nunca por separado, entraban en el Corazón los días señalados como santos para ejecutar los movimientos sagrados, una especie de danza que, como un corazón humano, hacía fluir la energía divina por los *iura regalia*, símbolos materiales del poder de la emperatriz y de la fuerza vital de la diosa que alienta el Trono de la Humanidad.

Belsia les hizo saber que ya estaba dispuesta y los ritualistas cerraron las puertas del Corazón de la Diosa. Según avanzaban los afanes para la ordenación de los *iura regalia*, empezó a notar pequeños cambios a nivel físico.

Conocía bien la ceremonia, se la había escuchado contar a su madre y, siendo todavía muy pequeña, había asistido a la de su abuela. Estaba preparada para recibir a la diosa, para ser su receptáculo por última vez. Procuró concentrar su atención en cada sensación que se manifestara en su cuerpo por imperceptible que resultara.

Repentinamente, los ojos de Belsia giraron hacia arriba, ocultando los iris bajo sus párpados superiores y mostrando un globo ocular surcado por cientos de capilares carmesíes. Los ritualistas se apresuraron para hacer la primera prueba de la llegada de la diosa.

Tomaron con extremo cuidado el puñal de Maart, forjado con un mineral que aún no había podido ser completamente descrito por los científicos más aventajados. Su hoja solo pudo ser forjada con el calor del fragmento de estrella que había caído a la puerta del primer templo milenios atrás. Con la violencia del impacto el meteorito se quebró a su caída y, de su interior, se desprendió un fragmento alargado y estrecho de metal lechoso con un filo tan incisivo que podía cortar un diamante. La empuñadura y la vaina habían tenido que ser construidas con los fragmentos de roca del meteorito, porque la hoja cortaba todos los materiales que intentaron utilizar para poder empuñarlo sin cercenarse los dedos.

La suma sacerdotisa recitó sobre el puñal la primera fórmula ritual.

—El día ha llegado, oh, diosa. Tu cuerpo ha dado fruto y ahora vierte la esencia de la vida. Surja tu sangre y ábrase el camino de la luz.

A continuación, desenvainó la hoja y, con un cuidado exquisito, rozó el pecho de la emperatriz con el filo. Una única gota de sangre manó hasta la superficie buscando la tela del

vestido, donde se empapó sin perder el brillo original. Belsia no sintió la laceración. Seguidamente, los ritualistas realizaron profundos cortes en los brazos desnudos de la emperatriz. Constataron que la piel se abría solo para cerrarse inmediatamente, sin signo alguno de sangrado, y que, con cada corte, la mancha de sangre en el tejido que cubría el pecho adquiría un color más intenso, pero no se extendía hacia el abdomen. Una luz empezó a generarse en el plexo solar de la emperatriz, y los ojos de Belsia volvieron a mostrar los iris.

Solo entonces, el sacerdote se acercó a la emperatriz portando en su mano el *anima mundi*, el orbe de arcilla que guarda los últimos deseos de la diosa para la emperatriz que deja el trono, los mensajes secretos. Los labios del sacerdote se mantuvieron cerrados, no había fórmula ritual. De este modo, se reforzaba el silencio sepulcral que encubre los conocimientos arcanos. La espalda y el cuello de la emperatriz se arquearon. Los músculos a la vista estaban tensos como la cuerda de un arco listo para disparar.

Los acólitos tomaron la mano izquierda de la emperatriz y la extendieron hacia el frente con la palma hacia arriba. El sacerdote depositó el orbe sobre ella. Un temblor sutil sacudió la estructura del templo. Los ritualistas sintieron vibrar las mangas, los pliegues de sus túnicas e incluso el propio cabello. Todo vibraba al unísono como un instrumento bien afinado. Todo, menos la emperatriz. Los ritualistas encargados de la comprobación pasaron el paño de prueba entre el suelo y los pies de la emperatriz. El espacio era imperceptible al ojo de los presentes. La quietud del cuerpo de Belsia, producto de la sutil levitación, manifestó la inmutabilidad de la diosa frente al temblor de todo lo material.

Luego, la vibración se disolvió como las ondas en la superficie de un lago que hubiera sido suavemente alterada al caer una hoja en su centro. Los pies de Belsia volvieron a posarse sobre el suelo y sus músculos se relajaron.

La sacerdotisa avanzó de nuevo hacia la emperatriz. Los acólitos pusieron sobre un pedestal una representación en mimbre del demonio Habaseo, el engañador, el recadero de Run, dios de las bromas.

—Danos, oh, diosa, la última prueba de tu presencia. Castiga a tus enemigos, bendice a los que te son fieles. Colmas ya con tu presencia el corazón de la emperatriz, que tu amor y tu luz desborden ahora hacia nosotros.

Extrajo el broche de rubí de su estuche dorado. La piedra reflejaba la luz de la cámara como si se alegrara de volver al contacto directo con el Corazón. La sacerdotisa prendió el broche sobre la mancha de sangre del vestido.

Muchos de los asistentes, el sumo sacerdote muy especialmente, esperaron inquietos la gran manifestación. Bajo sus túnicas ceremoniales, se habían puesto amuletos protectores para escudarse de la justicia de la diosa. Era conocido que el rubí modera la violencia y la ira. Solo una piedra con esas propiedades podía matizar el flujo de poder que nutre las advocaciones más agresivas de la divinidad. De todas formas, ninguno de los que portaban talismanes confiaba en que su devoción fuera protección suficiente.

El aire alrededor de la emperatriz empezó a reverberar, como si olas de calor salieran del

suelo para envolverla. La luz rielaba sobre las ondas de aire ascendente. El rostro de la emperatriz empezó a desdibujarse. Los rasgos se suavizaron, las arrugas y líneas de expresión se rellenaron con grasa infantil que redondeó sus mejillas. Los ojos de una niña miraron con inocencia a la sacerdotisa. Mientras, sin detenerse, la transformación avanzó y los rasgos dulces de la infancia dejaron paso a líneas más rectas. La mirada adquiría profundidad. Aún tenía el brillo del descubrimiento de la vida, del disfrute de cada experiencia y cada novedad. Sus labios adquirieron volumen y voluptuosidad. Todo en ella hablaba de la exaltación de los sentidos.

Poco a poco se volvió más reflexiva. Adquirió un aire de circunspección que se fue tornando suspicaz. Empezaron a formarse arrugas alrededor de los ojos y las mejillas perdieron toda lozanía. La cara de la emperatriz mostró signos de envejecimiento gradual hasta que los párpados enrojecidos quedaron enmarcados por piel fláccida. Casi ocultaban una mirada maliciosa, que escrutaba desde órbitas hundidas por una decrepitud milenaria. La mirada de la Vieja, la guardiana del ultramundo, se adueñó de las voluntades de los asistentes. Sintieron que unos dedos deformes por la artrosis hurgaban en sus conciencias. Buscaban sus temores, sus pensamientos más oscuros, los pecados inconfesables. La boca desdentada se abrió para emitir un sonido gutural, la llamada que concentra las energías sutiles hasta convertirlas en fuerza destructora.

El resplandor del pecho se fue intensificando. Toda la luz de la cámara se recogió en la piedra del broche. La gema emitía una nota grave cuya vibración era igual a la del rugido de la Vieja. Cada átomo del rubí se esforzaba por no quebrarse, la tensión molecular alcanzó su límite de resistencia a causa de la fuerza vital expansiva de la diosa. Un fogonazo abrasador explotó hacia el frente y la representación de Habaseo quedó reducida a una capa de cenizas humeantes apenas perceptible.

Aún deslumbrado, el sumo sacerdote se tocó el pecho. Falto de visión por la explosión de luz, necesitaba comprobar al tacto que aún sentía su cuerpo y que no era su espíritu desencarnado el que se mantenía en pie en medio de la escena. Casi podía oír el aleteo de los demonios psicopompos en forma de buitre que lo llevarían al reino de la muerte para ser condenado o salvado por los jueces del tribunal de las almas.

Aliviado y agradecido, el dulce Esilo, sumo sacerdote a quien los juegos políticos internos de las órdenes religiosas no habían quitado un ápice de espiritualidad, se dirigió a los asistentes.

—La diosa se ha manifestado y estamos todos intactos. —Interiormente elevó una plegaria de agradecimiento. Durante la ceremonia de la emperatriz Vormundia, en el siglo VI después de Hitoi, el fogonazo de la gema había dejado quince muertos entre los asistentes—. Alteza imperial, os dejamos ahora según la tradición. Lamento que la sucesora de vuestra hija aún no ha nacido y no os puede acompañar físicamente, pero estoy seguro de que su espíritu no encarnado está aquí.

Cueta, la suma sacerdotisa, se inclinó ante la emperatriz para despedirse también. Estaba

impávida, cosa incomprensible para los pocos que habían tenido un atisbo de su personalidad, porque no había nadie en el imperio que superase su corrupción ni fuera más vicioso en sus maquinaciones. Esa imperturbabilidad era su arma más eficaz. Nadie sospecharía jamás la extensión y profundidad de la podredumbre de su alma. Cueta era capaz de mirar a su próxima víctima a los ojos y darle una bendición desbordante de amor sin que el más mínimo gesto traicionara sus intenciones. Alguien tan maligno solo podía haber sobrevivido intacto a la ceremonia con un amuleto forjado en los mismos infiernos.

Cuando el último de los acólitos había salido del Corazón y cerró la puerta, la emperatriz Belsia se acercó con paso sosegado y armonioso a la estatua de la Vieja. Se inclinó hacia ella hasta que se tocaron sus frentes. Belsia se sentía inundada de luz, su mente estaba abierta al universo. En su estado de conciencia ampliada, el pasado y el futuro formaban un continuo en el que el equilibrio se mantenía gracias a las advocaciones de la diosa que sostenían a la humanidad en los puntos de inflexión.

Únicamente las emperatrices y sus descendientes femeninas conocían el libro de Oro. Su existencia se había mantenido en el más estricto secreto. La vibración de la energía de la diosa era la única llave para abrir el receptáculo donde se escondía.

Manteniendo el estado de comunión con el cosmos, se arrodilló para manipular el pedestal. El vientre agostado de la Vieja se abrió para poner a disposición de la emperatriz el fruto que va más allá de la vida. El libro de Oro emitía una luz matizada por reflejos de tinta fresca.

Belsia era la undécima emperatriz que escribía en él los avatares de los buscadores, así como las revelaciones que habían recibido en cada una de las pruebas. Por cada transmisión de la corona, había una entrada en el libro escrita por la propia diosa. Las líneas, en ocasiones de significado completamente inextricable, se creaban y tomaban forma en el vientre de la Vieja durante la ceremonia de transición.

La nieta de la emperatriz saliente acompañaba el momento de recibir el libro y descubrir el mensaje divino. Belsia lo había hecho en la ceremonia de su abuela, la emperatriz Ramia, justo antes de la coronación de su madre, Tertia la Bella.

No volvió a tener el libro en sus manos hasta después de ser coronada ella misma y fue entonces cuando la historia de los diez últimos reinados, sendero del fin de los tiempos, se desplegó ante sus ojos en todos sus detalles.

En esta ocasión, estaba sola, sin nieta a quien transmitir la llama secreta del libro de Oro. Abrió el libro por las últimas páginas. La tinta fresca olía a sándalo e irradiaba un calor sutil que la arropó animándola a leer la última comunicación.

«*El pie está en el aire para dar el último paso.*
La duodécima búsqueda levanta el velo definitivo.
Con las últimas muertes se rompe el sello que guarda la llave de la salvación.
El peligro acecha. Los demonios Asaj, Cumiel, Inara, Emeín y Zuna querrán destruir el

mundo antes que permitir el regreso de la verdadera luz.

La divinidad debe completarse de nuevo. No aguanta más la separación. La descomposición del cuerpo de la diosa es la tierra fértil del futuro.

El platillo de la balanza bajará con el peso de la justicia o el fiel se romperá clavándose en la semilla que nunca llegará a germinar.

Los tambores de guerra llaman por fin a la puerta imperial. Caiga el Trono de la Humanidad. Caiga la venda de los mitos que han sostenido los pilares de la historia.

El tiempo de la gran destrucción ha llegado. Pueda la última emperatriz vivir diez mil años o llorad la muerte del mundo que no volverá a conocer la vida».

Las lágrimas corrían libremente por el rostro de Belsia. Ya sabía que su hija tendría que vivir la edad más oscura de la historia. Su reinado sería la noche que repara o la que se lleva las almas de los muertos con el cambio de luna. Solo que los muertos serían todos y cada uno de los habitantes del planeta si los demonios conseguían su propósito.

El calor del texto no conseguía amortiguar el frío que atravesaba su alma. Cerró el libro y lo devolvió al seno de la Vieja. Se replegó sobre sí misma.

Aferró con su mano el broche de rubí que continuaba emitiendo un resplandor inquebrantable.

Ocultando la congoja tras una coraza de voluntad férrea, Belsia traspasó el umbral de la puerta para unirse a su procesión hasta el templo. Nunca había mostrado un semblante más sereno y hermoso.

El séquito de oficiantes que la llevaría a la ceremonia de coronación se inclinó espontáneamente, aunque no lo marcaba el protocolo, ante la magnificencia que emanaba su señora.

La familia Eru y la coronación

Shab escoltaba a su madre y a su hermana hacia la puerta de servicio del edificio que cerraba la explanada del Gran Templo. Parecían una tríada divina con sus ropas de gala y sus joyas más preciadas. Rivalizaban en belleza entre sí. Su madre, Lacarr Eru, seguía siendo la prostituta más celebrada por la nobleza. Sus pechos no habían descendido ni un ápice ni su vientre se había ajado a pesar de los partos.

Ella se sentía orgullosa de sus hijos. Shab, el mayor, había cumplido los veintitrés y tenía el cuerpo del dios Gío, señor de los placeres y los torneos galantes. Esla, la pequeña, era cinco años más joven. Su larga melena negra y espesa, que cubría su espalda por completo, brillaba como las alas de un cuervo extendidas bajo el sol intenso del verano. Los hilos de diamantes negros hábilmente mezclados con su cabello multiplicaban la luz del día con cada movimiento de su curvilíneo cuerpo menudo.

No había nadie en oficio de la prostitución que hubiera sabido educar mejor a sus vástagos para continuar el negocio familiar. Lacarr había dispuesto tutores de distintas edades, desde los quince a los sesenta y cinco años para formarlos desde que dieron sus primeros pasos. Les enseñaron a leer y escribir con los poemas más hermosos de los bardos cuyos nombres vivirían para siempre. La historia les fue transmitida junto con la música. Y tanto los juegos infantiles como las clases de lucha se mezclaban entre risas con las caricias, besos, abrazos y ardiente desnudez de sus tutores más amados.

Cuando cumplieron los ocho años, sus hijos tomaron, cada uno a su tiempo, los primeros amantes de pago bajo la mirada atenta de su madre protectora.

No había elección para los de su clase. La niñez no existía. Lacarr, como hija y nieta de prostitutas intocables, había sufrido innumerables violaciones hasta que fue lo suficientemente mayor como para engranar unos mecanismos mentales que le permitieran construir una vida sin fantasmas del pasado. Hizo lo que pudo para que sus hijos no sufrieran como trauma lo que el derecho de nacimiento había reservado para ellos. Según el Santo Oficio, los dioses determinan de quién nacemos para que las almas que albergamos aprendan la lección que les permitirá gozar de la contemplación de la diosa tras el juicio en el tribunal de las almas.

Así es que Lacarr dispuso que solo los nobles más dulces y cariñosos tuvieran acceso a esos pequeños cuerpos que no conocerían sino el placer más tierno y la devoción de todos los que formaban parte de sus vidas. Mientras ella tuviera un mínimo de influencia o riqueza, sus

hijos jamás se verían sujetos a violencias y humillaciones.

Shab y Esla charlaban animadamente mientras subían por la estrecha escalera a duras penas iluminada. En solo un par de tramos, llegaron los tres a la puerta del enorme y lujoso apartamento que dominaba la plaza. El alquiler del balcón, cubierto por una celosía, equivalía a una pequeña fortuna, pero valía la pena. Nadie los vería desde fuera, pero Lacarr se había asegurado de que todo personaje importante supiera que estaban allí y los admirasen por ello. La familia Eru tenía una maestría absoluta en tocar los puntos adecuados para medrar en el mundo de la doble moral.

—Estoy muy emocionada con la ceremonia. Me gustaría estar en el templo para tener la experiencia de ver en persona la transmigración entre emperatrices en vez de estar aquí escondida y verlo en las pantallas de la plaza. —Una parte de Esla se sentía vejada por tener que esconderse tras una celosía. Era dolorosamente consciente de que no la protegía del mundo, sino que protegía al mundo de la indecencia que suponían ella y su familia para los demás. La plaza estaba llena de hombres libres. Intocables como prostitutas, artistas y trabajadores no cualificados debían mantenerse aislados de las castas superiores.

El oro servía para superar las barreras entre castas, pero hacía falta una riqueza desmesurada para hacer pasar a toda una familia de intocables a formar parte de la pequeña nobleza. Su madre y su hermano no se conformaban con ser ascendidos a la casta de hombres libres; para borrar su pasado, necesitaban brillar mucho más alto.

—Hemos calculado el tiempo a la perfección —dijo Shab contento como un niño—. Veo movimiento, ya llega la última delegación. —Estaba muy excitado, el ambiente festivo de la plaza era contagioso.

Los uniformados de control ciudadano abrieron un pasillo entre la multitud. La casa Extens se dirigía al templo. Les correspondía a ellos llegar en último lugar como casa del próximo emperador. Los ojos de Shab se iluminaron.

Lacarr había elegido a un miembro de esa casa para engendrarlo. En su oficio, una genética privilegiada era esencial. Se había encargado de que los entrenamientos en lucha y danza alargaran los músculos de su hijo para que tuvieran más armonía y atractivo.

El estandarte de la casa Extens era un mangual sobre campo dorado. Shab había elegido un entrenamiento intensivo en su manejo. La bola de metal erizada de púas capaces de traspasar armaduras requería una gran habilidad ya que, al estar unida al mango por una cadena, un error en el impulso podría hacer que el golpe cayera sobre uno mismo causando heridas mortales.

Kulio, el jefe de la casa, llevaba su arma emblemática en la mano derecha. En su calidad de caudillo de la casa heredera, también le correspondía llevar un casco decorado con la cimera de Uraia, la serpiente, con el fin de extender la protección divina a todos los asistentes en el templo. Tenía una frente orgullosa y un cuerpo fuerte. A sus setenta y cinco años, estaba en forma tanto física como mentalmente, pero se alegraba de ir en una silla de manos. Todos los elementos ceremoniales, el mangual, el yelmo, la cimera, los collares de insignias de su rango y

el grueso cinturón eran de oro. El peso habría sido excesivo para llevarlo a pie, aunque hubiera sido veinte años más joven.

Su mirada estaba completamente perdida. Sumergido en sus propios pensamientos, no tenía tiempo ni necesidad de saludar a la multitud. «Este desfile está sangrando nuestras arcas. Naxo tiene que cambiar las cosas cuando disponga del trono o le mataré con mis propias manos —pensó—. Nuestros ingresos financieros por la subida de las participaciones en grano casi no bastan para compensar el coste que el grano en sí alcanza en el mercado. Esos destripaterrones de la casa Ío han jugado bien sus cartas esta vez creando una escasez. Pero se les ha ido la mano, estamos al borde de una hambruna».

Las gentes que llenaban la plaza jaleaban el cortejo. La ceremonia tardaría poco en comenzar y las pantallas gigantes distribuidas en la plaza para emitir lo que ocurría en el interior del templo mostraban que todas las casas nobles ya ocupaban sus lugares.

Kulio bajó de la silla que lo portaba a la entrada del templo. Su familia extendida, los hombres y mujeres más ricos e influyentes de la casa se colocaron ordenadamente detrás de él, haciendo un despliegue impresionante de mantos ricamente decorados y diademas excesivas de formas extravagantes hechas con materiales del lujo más codiciado.

Avanzaron por el pasillo central bajo las bóvedas desmesuradamente altas que se sostenían sobre pilares delgadísimos de un material capaz de soportar el peso de una pequeña colina. Llegar hasta sus lugares asignados les tomó una eternidad porque la nave era lo suficientemente grande para albergar veinte mil invitados en las grandes ceremonias. El volumen vacío del centro de la construcción contrastaba con la decoración de las capillas y oratorios dispuestos a lo largo de los muros. Todos y cada uno de los dioses y diosas del panteón estaban representados individualmente y se aumentaban los adornos con la profusión de exvotos de fieles que habían recibido protección y favores para los temas específicos que correspondían a cada deidad menor.

Naxo estaba preparado para subir al altar como consorte y representar al gigante Omfal durante la coronación. Su traje era de un tejido prácticamente indistinguible de la piel humana. Se adaptaba a cada detalle de su cuerpo como si formara parte de sí mismo. La única diferencia era que estaba decorado con lo que parecían escarificaciones que escenificaban el relato del Génesis según Zotisis, gran sacerdote inmaculado del Oficio para la Doctrina del Santo Origen.

> «*En el principio, solo existía la conciencia de la diosa. Entonces se alzó y el tiempo empezó a pasar. Plantó su pie izquierdo y separó el mar de los cielos y de la tierra. Levantó la mano derecha y se iluminaron la luna y el sol. Con su primer paso empujó el aire y se formaron los vientos. Durante veintiocho días su mente y sus manos dieron forma a las montañas, ordenaron las estrellas en los cielos, inventó los árboles y las semillas, las lluvias y los ríos, los animales del aire, la tierra y el agua. Viendo cómo las criaturas se apareaban y la naturaleza fructificaba, se acarició el pecho, suspiró, dirigió las palmas de las manos hacia los cielos e invocó el nombre de*

Omfal, creando así al primer gigante con el que copuló. De su vientre surgió el huevo de plata primordial que Omfal abrió para que surgiera la hija que, alentada por el Ánima Cósmica, pobló el planeta con las cinco razas».

El cuerpo de Naxo era en verdad impresionante, su gran musculatura le hacía parecer mucho más alto y, cosa que le proporcionaba una seguridad desmedida en sí mismo, el traje permitía ver la forma de sus genitales, que eran objetivamente de un tamaño por encima de la media. Verse en el espejo una vez vestido le había provocado una de las erecciones más duras de su vida.

Ocupó su lugar sobre un pedestal a la derecha del altar y disfrutó de las miradas de admiración y de deseo que recorrían su cuerpo como si fueran miles de yemas de dedos que lo acariciaran. Le hacían consciente de su fuerza y su potencia. Su boca exhibía una sonrisa que acababa en un rictus arrogante. Estaba seguro de que el propio Omfal debía estar disfrutando de tener una representación tan digna. Sentía cómo su pene se volvía a llenar de sangre, engordando y creciendo hasta alcanzar su máximo tamaño. Deseó que el tiempo pasara rápido para poder penetrar salvajemente a la emperatriz como cierre de las obligaciones rituales del día. Le haría sentir su sexo llenándola y llevándola a un éxtasis inefable desde la primera embestida. La haría saber quién estaba realmente encima y ella se sometería para siempre incapaz de resistirse a la magia del placer.

Los sumos sacerdotes subieron al altar por lados opuestos. Portadora de los atributos del sol, la sacerdotisa se situó en el centro y el sacerdote avanzó hasta quedar de pie delante de Naxo. En sus manos, sujetaba el orbe de arcilla.

La procesión de Defia había discurrido por el camino de la transformación. Desde la cámara del vestido, habían recorrido el perímetro del palacio de la emperatriz, pasando por delante de las capillas que lo rodeaban mientras sus hermanas pronunciaban fórmulas rituales de invocación. Cada paso le hacía sentirse simultáneamente más fuerte y asustada. Desde pequeña, había sido educada para el trono y para el matrimonio, pero todo su ser se rebelaba. Había cumplido fielmente con sus obligaciones e incluso había dado a luz ya a unos gemelos. Sin embargo, era cada vez más difícil cumplir con el papel de esposa. No sentía repulsión por Naxo a nivel físico, al contrario, le parecía hermoso. Pero faltaba el deseo para poder mantener la imagen de pareja imperial perfecta. Cuando estaba con él, sentía su cuerpo como una entidad separada de su mente y de su espíritu. No lo amaba ni deseaba, no amaba ni deseaba a ningún hombre.

«¡Yecta! —con su pensamiento llamó a la joven telépata que había protegido el secreto de los vestidos de coronación confundiendo a los espías—, tú me conoces mejor que nadie, casi mejor que yo misma. Necesito tu ayuda. No me siento digna. Temo que la diosa destruya mi cuerpo en el momento de la transmigración. No puedo ser emperatriz».

Yecta había entrado a su servicio al morir su padre. Belsia se la había cedido con la recomendación de no confiar a nadie sus capacidades telepáticas. Era mejor que pensaran que

era rara o incluso una especie de hechicera para preservarla frente a intentos de envenenamiento y, sobre todo, para que fuera un arma más eficaz.

Desde el primer momento se gustaron. Acordaron que Yecta no hurgaría en sus pensamientos y que bloquearía su conexión para captar, en la medida de lo posible, solo lo que Defia quisiera compartir. Sin embargo, el control de Defia sobre sus sentimientos no era total y, en ocasiones, su estado de ánimo inundaba la mente de Yecta.

La petición de auxilio llegó íntegramente, casi palabra por palabra, con el vibrato de desvalimiento que se filtra inevitablemente en la voz durante situaciones de extrema vulnerabilidad. La fuerza de las energías puestas en marcha por las invocaciones y los cánticos la mantenían a salvo de un colapso nervioso que amenazaba como una bomba de tiempo en el diafragma.

La telépata no manifestó ningún signo de haber escuchado, pero concentró todas sus energías en encontrar un punto de equilibrio y de serenidad en su interior. Respiró profundamente y envió ese sentimiento profundo de paz y seguridad proyectándolo como una avalancha de luz que arrollara a su paso toda aquella angustia concentrada en el plexo solar de su señora.

El alivio fue inmediato. Se extendió desde el centro de su cuerpo y sintió cómo diluía la tensión que agarrotaba su cuello y su espalda como si fuera un chal de hierro que se fundía con los músculos y las vértebras hasta provocar un dolor insidioso y atenazador.

«Gracias», pensó y, en su alivio, aceptó el juicio de la diosa y su posible muerte durante la coronación.

La expectación dentro del templo se acercaba a su punto máximo. Los primeros miembros del cortejo tomaron sus puestos como planetas alrededor de la suma sacerdotisa. Defia, con su manto verde, ocupó el lugar de la Tierra en el orden del universo. Yecta, junto al resto de sacerdotes y acólitos, se quedó al pie de la gran plataforma dispuesta a dar el apoyo que fuera necesario.

Millares de ojos estaban fijos sobre el altar sin perder detalle. La juventud de los futuros emperadores auguraba un reinado muy largo. Lo que ocurriera en la ceremonia marcaría largas décadas de murmuraciones e intrigas. En la plaza, las gentes callaron y se hizo un silencio devoto en el que se podía oír cualquier movimiento o sonido involuntario. El ambiente adquirió un cariz de temerosa intriga. El aire mismo quedó en suspenso, esperando acontecimientos que podían desembocar en gritos de júbilo o de desgarro.

La emperatriz viuda hizo su entrada y se situó en el centro del altar, sentándose en el Trono de la Humanidad que había sido trasladado allí para la ocasión. Cinco sacerdotes se acercaron portando cinco elementos para anclar el diseño de la estrella de cuatro puntas de la destrucción.

La madera, que se nutre de la tierra, fue depositada en el este. La tierra, que retiene el agua, se puso en el área central, a los pies de la emperatriz. El agua, que apaga el fuego, fue vertida en una concavidad al norte. El fuego, que funde el metal, ardió en el sur. El metal, que corta la

madera, fue depositado en el oeste.

Al colocar en su lugar el último elemento, el resplandor del rubí ocupó la totalidad del altar. La intensidad de la luz no era cegadora, pero tenía una consistencia casi sólida. Cueta, la suma sacerdotisa, se dirigió entonces hacia Defia y retiró el manto verde que cubría la túnica exterior. Todo el mundo dejó de respirar para contemplar e interpretar los símbolos que quedaron expuestos.

Los miembros de las casas Gravia y Krono cayeron de rodillas, impelidos por una fuerza extraterrena. Los jefes de las casas se sintieron tocados por la gracia de la diosa. Su valor, a ojos del imperio, se había multiplicado. La futura emperatriz sería su valedora. Los enemigos tradicionales, religión y ciencia, se complementarían y crecerían juntos. Era un camino no exento de escollos, pero las posibilidades que se abrían para ambas casas eran infinitas.

Las sospechas de Naxo se centraron en ellos. ¿Serían las dos casas las que conspiraban contra él? Si solo era una, ¿cuál? Quería bajarse del pedestal y sacudir a los jefes de esas casas hasta que confesaran. Respiró hondo. Un movimiento en falso, un cambio de expresión facial y estaría perdido. Sería considerado un pretendiente al trono del emperador débil de carácter; prefería morir a dar esa imagen.

Cueta sonrió interiormente. La religión tendría un papel relevante. Como suma sacerdotisa, mantendría un ascendiente sobre la emperatriz que pocos podían alcanzar y ninguno superaría. Su ansia de poder se extendió más allá de las fantasías que visualizaba en imágenes desbocadas. Tuvo que hacer un esfuerzo para volver a centrarse en la ceremonia. Empezó a caminar rodeando a la emperatriz en su trono. El sol trazaba así el círculo que encierra la estrella de la destrucción y la contiene. Defia caminaba detrás de ella, como la Tierra camina en el firmamento siguiendo el curso del Sol alrededor del centro de la Vía Láctea en su largo periplo de doscientos millones de años.

El silencio seguía siendo absoluto. Los asistentes estaban mesmerizados por la ceremonia que, de una forma indefinible, los coaccionaba a quedar encerrados en sí mismos, incapaces de comunicarse entre ellos.

Las grandes casas juran fidelidad

Shab no podía retirar los ojos de la pantalla gigante de la plaza. Había asistido también a la coronación anterior, pero, en esta ocasión, algo extraño estaba sucediendo. Un vínculo, un cordón inmaterial se anudaba alrededor de su columna y se extendía hasta alcanzar el altar conectando con la luz que lo inundaba. Sus pulmones se movían al ritmo de la respiración de Defia. Era inquietante, tenía una sensación de finalidad, aunque parecía cubierta por un velo que no le permitía adivinar a dónde le llevaría.

Danira y Datia, las hermanas imperiales, se incorporaron a la órbita alrededor de la emperatriz, una luna negra que acompañaba a la Tierra y su marea oscura que refleja la ausencia de luz del vacío.

Defia se adentró en sus propios pensamientos. Mientras caminaba, hacía su propio recorrido interior que la había llevado hasta allí. Su madre la había guiado desde la cuna para aceptar y cumplir con su papel en la historia. Belsia había vertido en su cerebro de bebé y niña toda la frustración acumulada por las emperatrices desde hacía muchas generaciones. La diosa pedía un cambio, pero también les había exigido que preparasen el camino para la que vendría y que, durante todas sus vidas anticipadoras del gran momento, se sometieran al orden establecido haciendo una labor de zapa desde las sombras. Con ella, una de las pocas mujeres que alcanzaba el Trono de la Humanidad siendo todavía tan joven, se cerraba el camino de la espera y empezaba el de la acción.

El temor y la duda horadaban su estómago y su cerebro como larvas de destrucción y derrota. El peso del vestido le recordaba que estaba anclada en el presente y ayudaba a que mantuviera el paso firme. En el ojo de la mente, se formaban imágenes con la materialización del odio de las casas hacia ella y su reinado. Hermanos luchando contra hermanos, guerra y devastación hasta el último confín del imperio se dibujaban con sanguinaria precisión.

Forzó su voluntad a imitar el hielo de sus mangas. Tenía que ser dura, inapelable como los glaciares de las grandes cordilleras. Debía avanzar con el ímpetu de las avalanchas, arrasar lo que se interpusiera en su camino sin darle más atención que la conciencia de aplastarlo bajo un peso blanco, implacable, inmisericorde.

Sin embargo, su sangre roja ponía un cálido contrapunto advirtiéndola de que solo podría llegar al pueblo e implantar el cambio si conservaba su humanidad. Lloró por dentro, iniciando así el duelo por los que caerían en el camino.

Completado el círculo, Defia se arrodilló frente a la emperatriz. Sus hermanas retiraron la túnica exterior. La espalda del vestido blanco estaba bordada con hilos de nácar, otro logro tecnológico de la casa Krono que hacía un guiño al mar de la túnica exterior y la casa Gravia. El dibujo irisado representaba cuernos de la abundancia entrelazados que derramaban los frutos de la tierra y del mar sobre pueblos y ciudades.

Imburg, jefe de la casa Ío, entró en pánico. Los miembros de su casa habían incurrido en grandes deudas con la casa Sembra, cuyos miembros controlaban el comercio de maderas, piedras y metales preciosos. El apetito insaciable de los Ío por los bienes de lujo los había llevado a pedir créditos, cada vez a mayor interés, a los banqueros de la casa Extens. Había estado acumulando trigo, arroz y maíz en sus almacenes, en vez de sacarlos al mercado, para aumentar su precio artificialmente y hacer más acuciante la demanda. Si liberaba las reservas como parecían anunciar los cuernos de la abundancia del vestido, el valor caería y su casa estaría abocada a la ruina para hacer frente a los pagos de sus deudas.

Belsia se puso en pie, sacó el puñal de Maart que llevaba en el fajín e hizo un corte tan fino como el que causaría el hielo de un copo de nieve que cayera suavemente sobre el pecho de su hija. La sangre manó profusamente y tiñó de rojo todo el vestido. Enfundó el puñal en su vaina y ayudó a Defia a ponerse de pie a su lado derecho.

La suma sacerdotisa desprendió el broche del pecho de Belsia y lo prendió en el vestido empapado. La sangre del vestido empezó a retirarse en dirección al rubí que emitía una luz y una vibración más intensas con cada gota que absorbía en su interior. Pronto, el fulgor y el sonido fueron apenas soportables. Los presentes en el templo mantenían la vista puesta en el altar y las manos a los costados sin taparse los oídos, aunque lo único que deseaban era cubrirse la cabeza para protegerse.

La luz y la vibración traspasaron los muros del templo e inundaron la plaza. La emperatriz Belsia habló. Sus palabras tomaron forma y recorrieron el entramado de vibración que lo ocupaba todo. Cada uno de los presentes escuchó su mensaje resonante en el interior de su cabeza.

«Yo, Belsia, emperatriz de la casa Ío, encarnación de la diosa, señora de la Tierra, os lo anuncio. Defia Gravia, hija imperial, merecedora del broche sagrado, combustible inagotable del fuego de rubí, abre su alma y su cuerpo para recibir a la diosa, continuar siendo brújula y norte desde el Trono de la Humanidad y continuar la sucesión hasta el día de la última muerte».

El sumo sacerdote Esilo descendió del altar y puso el orbe de arcilla sobre un pilar de ónice labrado con la imagen de la diosa Soriris.

Belsia y su hija se giraron para mirarse frente a frente y ambas hincaron la rodilla rindiéndose homenaje mutuamente. Cueta tomó la corona de la cabeza de la emperatriz y la colocó sobre la de su hija Defia. Se alzaron. Belsia sacó el puñal envainado de su fajín y lo puso en el de su hija.

La nueva emperatriz se dirigió al Trono de la Humanidad y se quedó en pie mirando a su

pueblo. La intensidad de la luz que emanaba del broche se atenuó y todos pudieron ver de nuevo con claridad.

Su vestido era blanco otra vez excepto las imágenes bordadas en esparto que cubrían el frontal y brillaban con el color rojo de la sangre nueva y llena de vida.

En el pecho del vestido, se percibía la Torre del Poder quebrada. Los símbolos de las casas caían de su cúspide en ruinas. En la falda, se repetían las insignias de la nobleza alternadas con los símbolos que representaban los oficios de los hombres libres y la casta de los intocables. Estaban dispuestos en una rueda cuyo eje era el orbe de arcilla, el *anima mundi*, y giraban de modo que ninguno de los símbolos quedara permanentemente arriba o abajo.

Los gritos de indignación de los nobles estaban encadenados en sus gargantas. Hubieran querido destronar a la emperatriz antes de que pudiera sentarse en el trono y arrastrarla por la plaza del templo en castigo por el insulto y la vejación que les acababa de infligir. Sin embargo, la poderosa magia que emanaba de Defia los mantenía subyugados, incapaces de moverse o desafiarla. Hacerlo les podía costar la vida en un momento en que la diosa estaba presente con tanta fuerza.

La recién coronada emperatriz sintió cómo la luz se filtraba en su garganta para fundirse con sus palabras y llegar al último rincón de las conciencias. Perdió control de su cuerpo, los ojos giraron dentro de sus órbitas hasta esconder las pupilas, sus pies dejaron el contacto con el suelo y se elevó por encima de todas las cabezas.

—¡Pueblo de la Tierra! ¡Humanidad!

El sonido de la llamada retumbó penetrando en cada molécula sólida hasta imbuirse y resonar desde las entrañas de la tierra.

—Habéis caminado durante milenios hacia el abismo. Habéis aniquilado al ser humano al sustituirlo por categorías destructoras de su esencia. Habéis pervertido la naturaleza. Os he dado mis advocaciones y mis hijos para guiar vuestras conciencias y habéis creado vuestros propios dioses nacidos de la codicia. Oíd ahora mi mensaje. ¡El tiempo ha llegado! ¡La convulsión se abre paso! Mi trono es el Trono de la Humanidad. Habéis llamado a las puertas del caos y, finalmente, os las han abierto. ¡Es la época de la decisión!

El cuerpo de la emperatriz descendió de nuevo hasta posar los pies en el suelo del altar. Sus ojos permanecían en blanco, negándose a mirar y, paradójicamente, transmitiendo la imagen de cada uno de los rostros al cerebro de Defia con perfecta nitidez.

Levantó la mano derecha por encima de su cabeza con los dedos extendidos y la palma hacia el frente. El aire se calentó al alrededor de la mano hasta inflamarse formando una bola de fuego.

Naxo, hasta entonces petrificado por lo que estaba ocurriendo, notó cómo su cuerpo se movía con voluntad propia. Sintió su conciencia alerta, pero encerrada en un rincón de su cabeza desde el que no tenía dominio sobre sus músculos. Descendió del pedestal de Omfal y con movimientos pétreos, carentes de toda fluidez, avanzó hasta el orbe, puso la mano sobre él y, con la vista fijada en la emperatriz, una voz ajena salió de su cuerpo.

—¡Soy fiel! —pronunció. Dio unos pasos atrás y se tendió boca abajo ante el pilar de Soriris.

Completamente aterrorizados, los jefes de las cinco casas avanzaron hacia el orbe repitiendo el gesto y pronunciando la fórmula de vasallaje.

—Soy el dígito pulgar de la Mano de la Diosa, soy la casa Extens, soy fiel —dijo Kulio, el guerrero, mientras su pensamiento iba en todas direcciones.

—Soy el dígito índice de la Mano de la Diosa, soy la casa Sembra, soy fiel —Sumfold Sembra, el comunicador y sospechoso de manejar las mafias del imperio, el jefe de casa más joven de la historia, ascendido a la edad de treinta y dos años, pronunció la fórmula de lealtad a la emperatriz. Se sorprendió a sí mismo al comprender que una parte íntima de su alma estaba jurando honestamente.

—Soy el dígito corazón de la Mano de la Diosa, soy la casa Gravia, soy fiel. —Órtigen estaba al borde de las lágrimas. Su voz de barítono temblaba ostensiblemente. Era un hombre en el punto cumbre de la madurez y dirigía su casa imponiendo la ortodoxia más estricta. Sintió que su juramento era una auténtica herejía puesto que, al pronunciarlo, sancionaba el mensaje de la emperatriz que iba en contra de todos los preceptos por los que se regía su conducta. Pero no podía arriesgarse a ser incinerado. No cuando su casa había sido doblemente ensalzada en los vestidos de coronación. Tenía que reflexionar y consultar con los teólogos antes de lanzar un desafío abierto.

—Soy el dígito anular de la Mano de la Diosa, soy la casa Krono, soy fiel. —Waqit había sido elegido jefe de la casa a los cincuenta años por su alta capacidad en cálculos complejos y visión tecnológica, pero su comprensión de los asuntos políticos era prácticamente nula. No entendía el alcance de lo que ocurría, pero aplicó su máxima «en caso de duda, haz lo mismo que todos, luego resolverás».

—Soy el dígito auricular, soy la casa Ío, soy fiel. —Imburg, conocido por algunos como el Granjero, solo podía pensar en lo mortificado que estaba porque transpiraba tan abundantemente que se estaban haciendo círculos de sudor en su túnica ceremonial. Era tanta su vergüenza que podía visualizar cómo las gotas de su humillación corrían libremente entre sus glúteos, empapando su ropa interior y chorreando hasta dejar charcos como constancia líquida de su juramento ante el orbe. Intentando mantener los brazos pegados al cuerpo, regresó a su sitio igual que sus predecesores y respiró aliviado al comprobar que el suelo ante el pilar de Soriris estaba seco.

Las fórmulas de fidelidad de los dígitos sonaron huecas en los oídos de la emperatriz. Por el contrario, su espíritu registró uno a uno los juramentos solemnes que se pronunciaron en silencio a lo largo del imperio. Satisfecha, se sentó por fin en el trono y sus pupilas volvieron a ser visibles.

Celebración de la coronación de Defia

El gran salón de celebraciones estaba dispuesto para la recepción. Tres plataformas circulares eran el escenario de los artistas que amenizarían la velada. Una de las plataformas era para acrobacias aéreas, cuatro cintas dobles de telas colgaban desde el techo a diez metros de altura. Los acróbatas, escasos de ropa y con maquillajes corporales exquisitos, harían sus piruetas jugando con las alturas y la belleza de los colores.

Erenia estaba fascinada con el espacio. Las altas paredes de piedra no bastaban para sostener una extensión tan vasta de techumbre por lo que los arquitectos habían recurrido al abovedado. Observó que los dos escenarios dedicados a la música estaban en los lugares donde la difusión del sonido era máxima. Practicó unas escalas simplemente por el placer de escuchar cómo las notas reverberaban en las paredes. Su voz hizo que todos los presentes levantaran la vista e interrumpieran la preparación del mobiliario y las decoraciones. Esto bastó para que su espíritu se elevara inmediatamente y se lanzó en un ejercicio de ornamentaciones musicales de gran complejidad. Solo duró unos segundos, pero cuando terminó, todos los presentes se arrancaron en un aplauso atronador.

Tremis y Erenia tenían el honor de cantar para la nobleza. Tremis era el juglar más reputado. Tenía la capacidad de captar el ánimo de su público y elegir las historias de acuerdo con lo que más se necesitaba en el momento. Nunca pactaba los temas y nunca decepcionaba. Su voz de barítono era increíblemente expresiva, daba a cada nota la oscuridad o el brillo que deseaba de modo que podía aumentar la melancolía o exaltar el entusiasmo de sus baladas y romances llevando al público a momentos de éxtasis.

Erenia, sin embargo, era una soprano de coloratura. Conseguía alcanzar el fa sobreagudo con una facilidad sorprendente y su voz llenaba las salas más saturadas con un tono límpido que acallaba todo sonido y arrastraba inevitablemente a escuchar cada matiz y cada nota. Las audiencias quedaban hipnotizadas. Defia la había elegido especialmente para provocar momentos de silencio durante la celebración. Su lugar sería la plataforma de la orquesta.

Todo estaba calculado al milímetro en la manipulación del estado de ánimo de los invitados. Las emociones estarían sobredimensionadas y podía ocurrir cualquier cosa si no se reconducían adecuadamente.

Erenia se dirigió a la habitación donde se vestiría para la velada. Estaba en la zona de la

servidumbre y, cuando abrió la puerta, sus expectativas se vieron cumplidas con creces. El cuarto no era pequeño, pero sí triste. Descuidado, no tenía decoración alguna y la única apertura al exterior era un ventanuco que estaba en la misma pared que el cabecero de un camastro vestido con sábanas limpias y llenas de remiendos.

Una sirvienta estaba a su disposición para ayudarla a vestirse. Tenía tres vestidos para la velada. Comenzó a maquillarse bajo una luz blanca y potente que no podía favorecer a nadie.

—¡Al menos, el espejo no está deteriorado! —exclamó en voz muy queda.

Tremis, en una habitación cercana, se ajustó el jubón y las calzas. El sonido de la orquesta llegaba hasta su camerino. Por primera vez en muchos años, su confianza estaba mermada. Había visto la coronación en las pantallas dentro de la Ciudad Prohibida y no sabía qué ánimo tendrían los invitados a la celebración. En las calles, había un ambiente festivo. La mayoría de los hombres libres no tenía conciencia de lo que había acontecido en realidad. Solo registraron que la diosa se había manifestado y que había aceptado a Defia como emperatriz. Sin embargo, los intocables que estaban a cargo de los entretenimientos callejeros sí habían captado que había un mensaje de esperanza para ellos. Sus cantos y piruetas tenían una alegría contagiosa que mantenía a la multitud con el espíritu alto y ganas de disfrutar.

Movió la cabeza con preocupación. Tenía el presentimiento de que había tantas cosas que podían salir mal en esa velada que, necesariamente, alguna de ellas llegaría a materializarse.

Las delegaciones de las casas de la alta y la baja nobleza debían estar entrando ya en el salón según el orden protocolario.

Los asistentes a la celebración habían cambiado sus trajes para el templo por otros más festivos. Las mujeres llevaban en su mayoría grandes escotes que tapaban escasamente las areolas de los pezones y faldas de gran circunferencia en los ruedos según la moda ese año. Los hombres se habían apretado al máximo los corsés para lucir las cinturas más estrechas, resaltando la anchura de los hombros y el grosor de sus muslos.

Resio intentaba calmar a Naxo, que estaba fuera de sí mientras se cambiaba de vestuario.

—¡Esa zorra! ¡Esa maldita desquiciada! —gritaba al tiempo que tiraba contra las paredes todos los objetos que tenía a su alcance—. ¿Una coronación aburrida? ¿Una coronación aburrida? Esta noche, el gigante Omfal va a aplastar el cráneo de esa iluminada antes de preñar su cadáver. ¡Quiero las cabezas de todos los espías asignados al vestido sobre mi mesa de desayuno!

Resio se mantuvo impertérrito, aunque, en su interior, tenía los mismos deseos de desfogarse.

—Tengo un presente para ti. Lo tenía preparado en caso de que hubiera una sorpresa desagradable —dijo.

Llamó por un intercomunicador y una puerta disimulada en la pared se abrió dejando paso a tres hombres. Naxo miraba incrédulo. No había regalo que le pudiera compensar. Se había humillado por completo al jurar fidelidad y tumbarse sobre el suelo como un intocable. Pero su mirada de descrédito fue dejando lugar a una mirada de placer malsano según

comprendía lo que estaba viendo.

El primero de los hombres portaba una caja de madera rectangular, obviamente, se trataba del estuche de un arma blanca. Lo abrió para deleitarse con lo que vendría a continuación.

—Es una falcata —dijo Resio—. La hoja curva asimétrica que gira en el contorno hacia delante para retroceder a continuación hacia el eje de simetría en la punta hace que sea perfecta para cortar.

—Gracias, Resio —la voz de Naxo tremolaba de placer anticipado. Se tomó el tiempo para admirar las decoraciones en ataujía con hilo de plata. La empuñadura en forma de gancho protector de la mano llevaba una cadena cerrando el conjunto para formar una guarda completa. El pomo estaba tallado en forma de cabeza de caballo. El trabajo era de una maestría absoluta.

—Notarás que las acanaladuras en el lado opuesto al filo le quitan una parte importante del peso —continuó Resio—. De este modo, mantienes el máximo de agilidad sin perder precisión en el tajo gracias al centro de equilibrio hacia la mitad de la espada.

Mientras admiraba esa absoluta maravilla, Naxo se dirigió al guardia que custodiaba al tercer hombre que iba encadenado.

—Llévalo a la estancia contigua y átale en aspa.

—Es un condenado a muerte. Ni siquiera tendremos que preocuparnos por ocultar el cadáver —apuntó Resio—. Pero no te tomes demasiado tiempo. Hacer esperar un poco es de buen gusto, pero llegar tarde es una ofensa a los invitados.

Las conspiraciones de la corte y la Laídike

La música marcaba unos compases melódicos que aportaban calidez al ambiente, pero no molestaban para mantener conversaciones, incluso en un volumen quedo y conspiratorio. Los jefes de las casas hacían su ronda de saludos e identificaban a aquellos con los que querrían hablar más en profundidad. Sus acompañantes ejercían a la perfección el papel de cortesanos que, por encima de la perturbación que sentían en mayor o menor medida, mantenían el semblante sonriente, amable y despreocupado que exigía una celebración al uso.

Arúa, la hermana de Naxo, se había esforzado especialmente con su vestuario. Tenía unos pechos breves, pero extraordinariamente firmes gracias a la cantidad de ejercicio y la práctica en el manejo de las armas a los que se sometía como mujer aún no casada de la familia Extens. Llevaba directamente sobre la piel un fajín de brocado dorado para resaltar su pertenencia a la familia imperial. Por encima, se había puesto una blusa de gasa completamente transparente cuyo cuello, tupido de bordados y abotonado con perlas, subía hasta casi la nuca y la barbilla. Sin embargo, sus pechos se mostraban a través del tul, engrosados por el empuje del fajín y adornados con joyas que tapaban lo estrictamente necesario para no ser expulsada por impudicia.

Cuando vio entrar a Cueta, esperó un momento para calcular su trayectoria. Caminó, saludando a un lado y a otro, hasta llegar a un punto de coincidencia.

—Gran sacerdotisa —dijo haciendo una pequeña genuflexión.

—Mi querida Arúa. ¿Cómo estás? Me alegro de verte. —Sonrió con calidez, como haría con una verdadera amiga—. Precisamente, esperaba encontrarme contigo esta noche. Los asuntos religiosos requieren un fuerte apoyo y tú eres una persona muy especial.

—Me halagas, Cueta. Pero no sé en qué podría ser yo de utilidad. La emperatriz ha dado su respaldo incondicional al sacerdocio y no hay nada que yo pueda aportar por encima de eso —dijo con humildad.

Cueta volvió a sonreír con un encanto todavía más acentuado que la primera vez. Interiormente, su humor no podía ser más opuesto a lo que mostraba su expresión. Era Arúa quien la había buscado, se había dado perfecta cuenta de cómo había navegado entre los grupos de invitados para coincidir con ella. Sin embargo, la prisa por reclutarla para su causa había puesto a la suma sacerdotisa en posición de debilidad negociadora. Tenía que haber

esperado a que fuera Arúa quien planteara lo que quería de ella. Pero ya era demasiado tarde.

—Querida niña —Cueta avanzó su mano y acarició el hombro de Arúa—, sé que te has negado al matrimonio a pesar de haber alcanzado la edad adecuada. Eso solo puede indicar un interés en el sacerdocio. Tu entrenamiento en lucha y estrategia serían de un valor inestimable. Ya sabes que los rebeldes están cada vez más fuertes y debemos protegernos. La mayoría de ellos son auténticos herejes.

—Tengo que reconocer que me dejas sin palabras, me tenía por mejor jugadora en el campo de la estrategia de la corte y pensaba que mis intenciones no eran tan transparentes. Lo cierto es que lo que mi corazón desea es servir en aquello que soy mejor, la guerra y la inteligencia, pero son campos reservados a los hombres. El único lugar donde puedo hacerlo es junto a ti. Pero hay una salvedad. No me siento preparada para hacer votos a la diosa. ¿Y si me arrepiento y quiero en el futuro ser esposa y madre? —Arúa habló con los ojos bajos y su tono traicionaba a la niña desvalida que Cueta intuía en su interior.

—¡Oh, mi preciosa jovencita! —Cueta proyectó sobre ella toda la ternura maternal junto a la seguridad que puede transmitir alguien que cuenta con una ingente experiencia de vida —. ¡Qué bien te entiendo! Hagamos una cosa, solicitaré a tu padre que formes parte de mi entorno inmediato para que puedas conocer de cerca las virtudes de la vida religiosa. De este modo, podrás desarrollar tu potencial y tendrás tiempo para decidir tu verdadera vocación.

El rostro de Arúa se transformó en la viva imagen de la alegría y el agradecimiento.

—Eres extremadamente generosa —dijo doblando la rodilla en una reverencia más profunda que la de su saludo.

—Ven esta semana a mi residencia y ultimaremos los detalles —contestó la suma sacerdotisa dando por terminada la conversación.

Con los rostros iluminados de contento por el encuentro, se separaron para seguir trabajando contactos. Cueta estaba tremendamente satisfecha porque había resultado tener la mano ganadora a pesar de haber calculado tan mal su frase de apertura. Ahora tendría a una niña ingenua a la que formar según sus intereses y posicionada en el mejor lugar para tender sus redes en el entorno del futuro emperador.

Arúa no podía creer su suerte. Había anticipado que le resultaría más difícil obtener un puesto tan cerca de la suma sacerdotisa.

«Tengo que informar a la emperatriz cuanto antes. Mi misión empieza con una ventaja mayor de lo que habíamos previsto», pensó y continuó los intercambios de sonrisas caminando hacia su hermano.

En un extremo del salón, Órtigen e Imburg, los jefes de las casas Gravia e Ío, hablaban con un gesto serio rayano en lo fúnebre. Ambos inclinaban la cabeza de modo que pudieran hablar en el volumen más bajo que permitía el ruido ambiental.

Órtigen ya tenía previsto hacía tiempo que vestiría de negro como corresponde a una casa cuyos lazos eran férreos con las órdenes religiosas, especialmente con el Oficio para la Doctrina del Santo Origen. Su pelo, prematuramente blanco, contrastaba con sus cejas y

ropas negras. Su mirada era lúgubre y tenía un punto de ira contenida.

—Estamos desolados, ¡a un paso de la pobreza alimentaria! —salmodiaba Imburg gimoteando—. La culpa es de los vientos desérticos que han provocado escasez de lluvias. El arroz que sobreviva será de escasa calidad e incluso los cultivos de secano tendrán una productividad muy baja. Completamente insuficiente para cubrir la demanda.

El rostro de Imburg exhibía una gama extensísima de gestos con variados matices de dolor y preocupación. No había previsto en absoluto que la emperatriz se inmiscuyera de forma directa en la manipulación de precios de productos de la tierra. Sus almacenes secretos estaban a rebosar, así que tendría que edificar nuevos silos en lugares inidentificables para esconder tanto como pudiera antes de que fuera descubierto y confiscado. Mirando furtivamente a un lado y a otro, buscaba imprimir un tono de confidencia inconfesable a lo que contaba para hacer más creíble su discurso. La importancia que iba a tener la casa Gravia podía ser su salvación si lograba que su influencia previniera «injustificadas auditorías de sus reservas» por parte del imperio.

—¿Estás responsabilizando a las actividades de mi casa por los vientos? —la voz de Órtigen era como la escarcha—. El clima no depende de la contaminación de nuestras fábricas, sino de la voluntad de la diosa. Te aconsejo que hagas ofrendas más adecuadas para ganar su favor. Tenemos un templo en la ciudad de Voksus dedicado a Avasca, diosa de las lluvias y las inundaciones. Seguro que agradecerán unas toneladas de trigo para sus actividades de caridad. Los dioses saben cuánto sufren los más necesitados. Entretanto —apaciguó su tono—, yo me ocuparé de facilitarte una buena negociación con los Krono para que inviertan más en investigación de nuevos fertilizantes y sistemas de riego.

El suelo se abría bajo los pies de Imburg en forma de pozo sin fondo que amenazaba con tragarlo a él y a toda su casa. Jamás se había sentido más incompetente. Había estado al borde de crear una crisis sin precedente con la casa Gravia, que no solo era la casa religiosa que poseía los templos y recintos religiosos, sino que también era la casa dedicada a la industria como fuente principal de lucro. No se le había ocurrido pensar que Órtigen relacionaría a los Ío con el pábulo a las teorías conspirativas que difundían los rebeldes, que acusaban al progreso y al desarrollo de ser culpables de un supuesto proceso de desertificación del planeta. Tampoco había previsto que le pediría un soborno de forma tan descarada. Lejos de amenazar sequía, su cielo personal se poblaba de ciclópeos nubarrones negros.

Imburg hurgaba entre sus neuronas en desbandada para encontrar algo que le pudiera proporcionar alguna ventaja, cuando la voz de Erenia se apoderó del gran salón.

El aria comenzaba con un *cantabile* en el que la letra describía el deleite de las cinco razas por las bondades de la creación. Las notas recorrían los tonos medios y subían airosas para puntuar los elogios a la diosa. Lo que había empezado con suavidad progresó rápidamente hacia ornamentaciones vocales complejas. Erenia acometió finalmente la *cabaletta* con actitud resuelta, la diosa se ofrecía a la humanidad para saciar el hambre y la sed. Las notas subían y bajaban con velocidad creciente. Entonces, Erenia hizo la elevación final de la voz a

los resonadores superiores, abrió la garganta por completo y ensanchó la apertura de su boca. El sonido se recogió concentrándose en la cabeza y subió a agudos celestiales de una ligereza y una belleza que arrebataron las conciencias llevándolas a un arrobamiento cercano a la experiencia mística. Cascadas de notas volaban haciendo giros y piruetas en arabescos imposibles. La última nota brotó en un chorro imparable de sonido que cabalgó sobre la fuerza arrasadora de los instrumentos de la orquesta, arrancando de la audiencia una emoción exultante que no había experimentado jamás.

Erenia se giró mirando a lo alto de la escalinata de entrada y depositó la devoción de su voz en el último impulso sobre la emperatriz que se erguía magnífica escoltada por sus dos hermanas y dando nuevo valor al término de alteza.

Los presentes también se giraron hacia ella y los aplausos brotaron desde sus almas, involuntarios e incontenibles. La magia de la música y del esplendor que emanaba de la emperatriz se habían apoderado de ellos llevándolos a una necesidad de liberación de emociones que solo se podía expresar a través de una ovación potente como el fragor de cientos de cañones.

Defia empezó a bajar lentamente las escaleras, absorbiendo el estruendo de su victoria sobre las emociones de la nobleza y se detuvo unos escalones antes de poner el pie en el salón.

Los aplausos fueron sustituidos por las gargantas de todos los presentes, quienes, hincando la rodilla, con una sola voz gritaron:

—¡Diez mil años! ¡Diez mil años! ¡Diez mil veces diez mil años!

Entonces Defia finalizó su entrada y, mientras avanzaba hacia el trono para presidir el banquete, Tremis, acompañado solo de un laúd, inició la balada de Zeles y el florecimiento del primer reinado creando una atmósfera de expectación y esperanza en el futuro.

La profecía de los buscadores de Maarcia la Hereje

De vuelta en la cámara sellada con la estrella de ónice, Danira y Datia asistían a su hermana. La ayudaron a quitarse el vestido y las joyas que había lucido en la celebración. Su madre, Belsia, estaba sentada en una descalzadora viendo a sus hijas afanarse con las abotonaduras y los cierres. Una punzada persistente de sentimientos encontrados estaba instalada en su pecho. Sentía un orgullo sin límites por el éxito de la velada. Defia lo había preparado todo con una planificación impecable. Ver cómo los invitados se arrancaban a aplaudir y lanzar gritos de júbilo, a pesar de la cólera que debían experimentar sabiendo que el nuevo reinado pondría el máximo empeño en acabar con sus privilegios, resultaba incluso un poco hilarante. Por otro lado, cada pieza del vestuario y cada joya se iban apilando como insultos a su sentido de la justicia. Un solo artículo podría alimentar durante varios años a una de las familias que sobrevivían en medio de la pobreza.

—Defia, cariño, la costumbre es que la nueva emperatriz visite sola el Corazón y vea por sí misma el libro de Oro. Aun así, el tuyo es el reinado decisivo donde se finalizará el cumplimiento de las profecías secretas. Necesitarás toda la ayuda posible. Si lo deseas, puedo estar contigo cuando abras el libro de Oro por primera vez y guiarte en lo que puedas necesitar —ofreció.

—Antes de responder —interrumpió Datia—. Cuando Danira y yo acompañábamos la órbita del Sol en la coronación he tenido una visión.

—¿Has visto un resplandor verde en una caverna? ¡Eso es lo que he visto yo! —dijo Danira muy excitada.

—¡Sí, sí! —Datia dio dos saltitos como una niña pequeña. Sus ojos empezaron a brillar de entusiasmo—. Está en el pico Estrom, en la cordillera de Biet. Lo he reconocido por las ilustraciones de mis libros de estudio.

—El Estrom fue el primer pico excavado de lo que forma actualmente el monasterio de Brige. Allí es donde se forman los eruditos que sirven como consejeros en los niveles políticos y administrativos más importantes del imperio. —Danira sintió la necesidad de mostrar que ella también tenía conocimientos. Se arrepintió inmediatamente porque su inseguridad innata había vuelto a quedar al descubierto de forma evidente.

—Parece que no necesitamos esperar a mañana para que te consulte, madre. ¿Sabes algo

de esto? —preguntó Defia mientras se quitaba la ropa interior despreocupadamente.

—Lo buscaremos en el libro para asegurarnos, pero creo que es una pieza que se menciona entre las profecías de Maarcia la Hereje —contestó Belsia—. Según la leyenda, los monjes silentes excavaron en la ladera del pico Estrom para preparar celdas donde los que quisieran aumentar aún más el sacrificio pudieran separarse no solo del mundo, sino de sus propios compañeros de silencio. Hicieron una galería profunda para comulgar con la Madre y vivir su devoción al interior de su seno. Cuando estimaron que estaban en las entrañas del pico y que, si seguían cavando, se empezarían a acercar a la ladera opuesta, cayó una de las paredes de piedra, dejando al descubierto una caverna. Una luz titilaba en el fondo y vieron que era una gran esmeralda sobre la que ardía una lengua de fuego. Se dice que la caverna contiene el último secreto de la diosa. Maarcia la Hereje, en su compilación de profecías condenadas por la ortodoxia, consignó unas líneas que bien podrían referirse a esa gema:

> «Subirán los buscadores a lo más hondo y cruzarán al otro lado, pasarán la prueba de la iluminación o morirán de hambre y sed en la oscuridad de no comprender la llama del conocimiento. ¿Encontrarán la verdad que anda perdida, enterrada bajo las mentiras que construyen las capas del trono?».

El silencio se hizo en la sala. Parecía que la temperatura había bajado varios grados de repente. Danira se sacudió ostensiblemente para quitarse la impresión y cambió el tema.

—Bueno —dijo con una voz que pretendía ser más ligera que el ánimo general—, ya estás preparada para tu marido.

Defia estaba desnuda bajo una camisola translúcida que llegaba hasta los tobillos. Igual que Naxo, había sido depilada y rasurada por completo por lo que parecía más un animal de sacrificio que una novia exultante de deseo. De hecho, pensó que era un símil muy adecuado para su estado de ánimo.

—Sí —confirmó Defia—, marchaos ahora. Yecta me acompañará a la Cámara del Cosmos para el último rito de hoy. Mañana iremos al Corazón y seguiremos indagando qué viene a continuación.

Besó a sus hermanas y, cuando se acercó a su madre para despedirse, Belsia la abrazó fuerte y le habló al oído.

—Ten presencia de ánimo, cariño mío. Falta cada vez menos para que te puedas comportar como quien realmente eres —susurró.

Defia descansó la cabeza por unos instantes sobre el hombro de su madre. Solo ella conocía su secreto y fue ella precisamente quien la ayudó a mantenerlo a salvo hasta que tuvo uso de razón suficiente para conocer las consecuencias que tendría si saliera a la luz.

Esperó a que salieran y se dirigió a una puerta en la pared opuesta. Yecta estaba al otro lado, esperando pacientemente.

—Entra un momento, por favor —dijo.

Defia estaba aún conmovida por la despedida de su madre. Todavía necesitaba contacto humano y ser acunada como un recién nacido. Yecta captó todo eso y le pidió que se sentara en el suelo, junto a ella, y le pusiera la cabeza en el regazo, para acariciarla y darle consuelo.

El tiempo pareció suspenderse. Defia dejó que por su mente pasara todo lo que necesitaba descargar de sus hombros.

Los millones de caras y voces que juraron fidelidad desde el corazón se agolpaban sobre ella como la losa de mármol de una tumba. La lealtad de todos ellos no era sumisión y acatamiento, sino una exigencia de cumplir con la promesa de cambiar el orden establecido y sustituirlo por el imperio de la justicia. Las historias personales de cada uno, sufriendo necesidades, enfermedad, rechazo, abusos e intolerancia, se abrían paso a codazos en su alma para rogarle que pusiera fin a su padecimiento y al de las generaciones por venir.

Las caricias de Yecta ayudaron a calmar el tumulto de voces dolientes. Poco a poco, los miedos más inmediatos fueron tomando su lugar. No podía librarse de acudir a la Cámara del Cosmos para que Naxo y ella materializaran el acto de la concepción del huevo de plata. No hacía falta ser telépata o sensitiva para captar la rabia y la agresividad que se habrían desencadenado en su marido. Le conocía lo suficiente como para adivinar que su necesidad de hacer daño y prevalecer harían que su depravado concepto de la hombría le empujaría a una violación y no a un acto de celebración de la feracidad divina.

Para Yecta, el mutismo físico se convertía en estruendo psíquico. Podía observar cómo cada fibra de su cuerpo respondía a los golpes, las humillaciones y los duelos que poblaban los pensamientos de la emperatriz. Tanto dolor pasando en tromba por el pensamiento de Defia se traducía en la rompiente de una ola gigantesca que amenazaba con despedazar su propio cuerpo. Dejó que un sentimiento de amor creciente por esa mujer que se refugiaba en ella se extendiera como un bálsamo que ayudaría a ambas a tomar esa carga y convertirla en un arma de superación.

Cuando sintió que la turba de almas suplicantes se apaciguaba y escuchó el espanto de anticipación al rito de la cópula entre la diosa y Omfal, paró sus caricias y ejerció una pequeña pero firme presión en los músculos del cuello de Defia.

—No temas —susurró—. Yo estaré a pocos metros de la entrada de la cámara. Durante estos meses, he afinado mi capacidad de sintonizar con la mente de Naxo. Cuando esté contigo, instilaré pensamientos en él para que reduzcan el deseo de utilizar su miembro como instrumento de ataque. Le susurraré lugares de paz y momentos felices de siesta sobre la hierba al borde de un lago.

—Hazlo así, sí, por favor —dijo Defia incorporándose—. Pero no te quedes fuera, te esconderé dentro de la cámara para que puedas socorrerme si llegara el caso. Ni siquiera las dos juntas podemos reducirle físicamente, pero conseguiríamos tiempo para que una de nosotras llame a la guardia si fuera necesario.

Sintiéndose más segura, se levantó y encabezó la marcha hacia lo que pudiera suceder.

Conspiración en la corte. Plan de Naxo

El párpado derecho de Resio no paraba de temblar. Sus niveles de estrés estaban completamente disparados. Seguía sin saber si había una conspiración más allá de la bomba soltada por la emperatriz. Sus indagaciones a través de las casas habían sido por completo inútiles. Todos sus contactos estaban evaluando lo que se había transmitido durante la coronación y nadie se posicionaba. Naxo, con su incontinencia verbal, había empezado a dejar caer el apodo de «la Loca» al referirse a la recién coronada Defia. En cada ocasión que lo había hecho, el eco recibido había sido un silencio sepulcral que había acabado con la conversación. Pero casi le preocupaba más la falta de violencia. No había gritado, no había golpeado a ningún criado y no había abierto la boca más que para seguir bebiendo.

—No te desanimes —fue lo mejor que se le ocurrió para hacerle empezar a hablar.

—No estoy desanimado, no soy una mujer sin recursos. —Al menos, parecía que su agresividad seguía latente y enfocada en su misoginia. Resio respiró un poco mejor.

—Las casas tienen simpatía por tu situación. Miran hacia ti como su mejor baza —mintió.

—Sí, soy el único cuerdo de esta jornada. Eso lo tengo claro. Soy la esperanza del imperio. Es un gran peso y una enorme responsabilidad para la que me he estado preparando toda la vida —dijo Naxo.

Su megalomanía también estaba intacta. Hubiera sido mejor si se le hubiera bajado un par de grados; pero, al menos, era material con el que Resio podía trabajar. Aun así, esa no era su manera de hablar. Tenía que descubrir cuál era el problema porque una gran masa de agua contenida es fuente de energía y también, potencialmente, una fuerza destructora brutal e indomeñable. Optó por ser directo.

—Dime qué tienes en la cabeza. Hay algo que te preocupa y no puedo adivinar qué es.

—Me preocupa la diosa —contestó Naxo con una voz átona—. Sé que me está poniendo a prueba. Me está diciendo que ha llegado el momento en que sea yo, el emperador, quien sea su vehículo y su portavoz. Lo que no entiendo es por qué me ha obligado a jurar fidelidad.

A Resio le fallaron las rodillas y se dejó caer en un sillón cercano. La virtud que hacía de Naxo un buen candidato al trono para la casa Extens era su carácter manipulable. De este modo, la casa reinaría a través de él. Lo que no habían identificado nunca eran signos de debilidad mental que apuntaran a que caería finalmente en un delirio manifiesto como el que

estaba teniendo lugar.

—Elabóralo más para que pueda entenderlo, porque no te sigo —le dijo, necesitaba más información para poder saber qué estaba pasando por esa mente enajenada.

Intuía que su estado obviamente perturbado iba a acabar en un estallido de violencia. Si eso ocurría en la Cámara del Cosmos, las consecuencias serían devastadoras. Se levantó del sillón, con las piernas aún temblando, y vertió subrepticiamente un tranquilizante en la copa de vino que Naxo había llenado unos segundos antes.

—Durante milenios, la legitimidad del trono viene siendo por vía femenina. Las palabras de la diosa han sido que «durante milenios hemos caminado hacia el abismo». También ha dicho que ha llegado el tiempo del caos y que hay que decidir.

A medida que hablaba, se iba animando. Se le veía recuperar su habitual paso elástico y su porte enérgico al moverse por la cámara mientras se explicaba.

—Es evidente que el caos es el cambio del orden establecido, el vestido lo mostraba así. Seguramente, el diseño ha sido una inspiración divina, no una decisión consciente de mi esposa. Si no recuperamos el orden natural en el que el imperio debe recaer exclusivamente sobre el emperador, acabaremos siendo destruidos. ¡Piénsalo! —continuó—. Según el Génesis, la diosa hizo que la creación del ser humano dependiera de la semilla de Omfal. Por tanto, el orden natural es que el hombre reine sobre las cinco razas y la mujer sobre la naturaleza. Ese era el mensaje durante la ceremonia de coronación. Ahora bien —prosiguió —, debemos actuar con cautela. La diosa ha elegido mi reinado para instaurar el nuevo orden. Eso quiere decir que la casa imperial debe ser la casa Extens de aquí en adelante. El resto de las casas se rebelará a causa de la pérdida de la alternancia del derecho al trono. No podemos arriesgarnos a una guerra civil. Nos tomaremos nuestro tiempo para establecer una estrategia.

Resio estaba genuinamente sorprendido. Naxo estaba dando prueba de una perspicacia y de un genio político que jamás habría esperado de él. Estaba manipulando la revelación de la coronación para su propia ventaja y la estaba llevando más allá. Si sus planes tenían viabilidad, sus hijos serían los herederos del trono y la casa Extens reinaría para siempre. El corazón le dio un salto en el pecho al pensar en las implicaciones. Tenía que encontrarse con Kulio, el jefe de la casa, ambos tenían que hacer lo que estuviera en sus manos para que esa visión del nuevo orden pudiera llevarse a efecto en un futuro.

Naxo vio cómo el entendimiento se abría camino en Resio y que había puesto en marcha un mecanismo imparable que lo elevaría por encima de lo que ningún emperador se había atrevido a soñar en tres mil años. Con un brillo triunfante en los ojos, brindó:

—¡Por el mañana! —Y bebió el trago glorioso que quedaba en su copa.

Laídike: Esilo y Shab

Shab volvió a su casa tras la coronación. Su madre y su hermana tenían trabajo, pero él había preferido tener la noche libre. En realidad, más que una casa, era una mansión. Aunque no estaba permitido utilizar ese término en las zonas de Baetal donde residían los intocables. Los mil seiscientos metros cuadrados de salones y habitaciones rodeaban un patio con grandes arcos escarzanos.

Shab se sentó en el cenador del patio y esperó pacientemente a que llegara su contacto. Una gran fuente en el centro del patio mantenía la música constante del rumor del agua. La pileta que recogía el agua de los chorros se abría para desaguar en un pequeño estanque donde se podían dar algunas brazadas o simplemente disfrutar de la vista de su superficie tranquila.

Casi se había quedado dormido cuando, finalmente, llamaron a la puerta. Aunque Shab había mantenido apagadas las luces de la entrada, al abrir, se encontró frente a frente con una figura embozada. Su primer instinto fue prepararse para la lucha. Bajo la capucha y los pliegues de la capa cualquiera podía esconderse. Mostrando las manos con las palmas hacia arriba, la figura entró en la casa. Ya en el zaguán, dejó su cabeza al descubierto.

—Bienvenido, sumo sacerdote —dijo Shab relajándose y haciendo una profunda inclinación para mostrar no solo su respeto, sino también su cariño.

—Bien hallado. Gracias por acogerme en tu casa —contestó Esilo con una sonrisa—. ¿Puedes ofrecerme algo que me mantenga alerta? Ha sido un día interminable y estoy agotado.

—Ya conoces el camino. Espérame en el cenador y te traigo una infusión de té negro concentrado.

—Gracias —contestó con un suspiro—. Hay cosas que no pueden esperar y debemos aprovechar el tiempo.

Esilo se dirigió al cenador y admiró la belleza de las plantas que decoraban el patio. Necesitaba esa serenidad que se respiraba en el hogar de los Eru. La coronación le había sacudido hasta lo más profundo y mantener el tipo durante la celebración le había costado la poca energía que quedaba en su magro cuerpo.

Junto al estanque había dos sillones de jardín, mucho más cómodos que las sillas del cenador. Prefirió quedarse ahí y mirar los reflejos de la luna en el agua. El rumor de la fuente sosegó su espíritu y el abrazo del sillón dio consuelo a sus huesos cansados.

—¡Shab, estoy aquí! —llamó cuando lo vio entrar en el patio con una pequeña bandeja.

—Buen sitio —contestó Shab.

—Gracias por el té. Siéntate y hablemos rápido. Mañana también será un día intenso y necesito descansar en mi cama tanto como me sea posible.

—¡Al grano entonces! Pero antes de empezar, deja que te cuente algo.

Esilo accedió con un gesto de cabeza.

—Durante la ceremonia he sentido algo muy extraño. Me costó darme cuenta de que la rueda con los símbolos de las castas y las casas nos ponían a todos a la misma distancia del eje e interpreté que la diosa nos decía abiertamente que todos sus hijos estamos al mismo nivel espiritual, como nos enseñan los relatos sagrados que tú me descubriste. En el momento de la levitación, todo mi cuerpo se ligó a la emperatriz. Sentí con ella y respiré con ella. Mi alma está llena de confusión, algo dentro de mí me grita que debo seguirla. No puedes seguir confiando en mí. Tendréis que aceptar que no sea vuestro correo nunca más. No volveré a conspirar contra ella.

Los ojos de Esilo no se apartaron de los de Shab ni un segundo mientras hablaba. Su expresión no era inquisitiva, sino apreciativa y se fueron llenando de pequeñas chispas de júbilo.

Shab no sabía interpretar lo que veía en la mirada del sumo sacerdote. Estaba viendo justo lo contrario de lo que esperaba encontrar cuando le explicara su experiencia. Perplejo, cerró la boca y aguardó a escuchar su respuesta esperando que dijera algo que pudiera explicar ese contento aparente.

—La urgencia de este encuentro es debida precisamente a esa rueda —empezó a explicar Esilo cuyos ojos chispeaban con más intensidad—. Si te das cuenta, el eje era el orbe. Su significado no es solamente la parte espiritual, como símbolo material del alma del mundo. También es la parte física ya que representa a la esfera terrestre. Si no me equivoco, el mensaje de la nueva emperatriz es que la igualdad de los seres humanos no es únicamente ante el tribunal de las almas, sino también en este mundo material. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? La propia emperatriz ha lanzado un mensaje específico para la restauración. La religión original ha llegado hasta el trono.

—¡Estás soñando! —exclamó Shab escandalizado—. Tienes tanto empeño en cambiar el mundo que tus ojos ven lo que deseas, no la realidad.

Esilo recibió el comentario como una bofetada. ¿Un intocable iba a explicar las sutilezas de la teología al sumo sacerdote? ¿Se había atrevido a calificarle de senil? Sentía la rabia clavar sus raíces en los intestinos y calentarle la sangre de las mejillas y las orejas. Él jamás había llevado a cabo un acto violento, pero supo que su mano estaba a punto de salvar la distancia entre ellos con voluntad propia para cruzarle la cara a ese pretencioso.

En un silencio preñado de amenazas, Esilo apeló a su autocontrol y recuperó la compostura que había estado al borde de fundirse en los ácidos hirvientes de sus tripas. Se reprendió a sí mismo. Había tomado ofensa porque alguien inferior le había hecho frente. Él se sentía vejado por una diferencia de clases en la que no creía. Hacerse consciente de la

incongruencia no disminuyó su enfado, pero le ayudó a mantener la templanza.

Dejó pasar otro instante. Shab había perdido parte de su belleza con el esfuerzo de retener un sollozo. Los músculos de su frente y su barbilla estaban contraídos y la contrición se mostraba en todo su cuerpo. Era tan evidente su arrepentimiento por haberse excedido que la piedad del sumo sacerdote predominó sobre el instinto de tomar represalias.

—Tu lengua ha sido tan rápida como estúpidos tus prejuicios —a pesar de lo duro de sus palabras, no había trazas de acritud en su tono—. Escucha de nuevo las palabras de la diosa. Miles de años caminando hacia el abismo y llamando a las puertas del caos. Las emperatrices se unen a la diosa en forma que no sabemos explicar, pero no son todopoderosas. Igual que me ocurre a mí, lo alto de su función las sitúa en un lugar de poder, pero también de grandes limitaciones. Creo firmemente haber interpretado bien los símbolos de su vestido. Lo confirmaré en las próximas semanas. Mientras tanto, necesito que confíes en mí. Sirve a los relapsos y servirás a la emperatriz. ¿Estás dispuesto a darles una oportunidad a tu señora y a tu diosa?

Shab estaba dividido. Quería decirle que no, pero sabía en algún lugar recóndito de su conciencia que se jugaba mucho en su decisión y no quería cometer errores. Tras una brevísima pausa, decidió que un poco más de tiempo como enlace entre Esilo y el brazo armado de la restauración le permitiría tomar la vía correcta.

—Estoy dispuesto. —Pausó de nuevo—. Y también te pido disculpas por lo que te he dicho.

—Estás disculpado. Tienes una lengua afilada para los juegos de la corte, pero aún necesitas educarla en los de la conspiración —dijo con suavidad—. Por favor, haz llegar recado a los Mártires del Cuchillo. Transmite la frase: «La niña ha dejado de jugar, la joven planifica sus tareas, la anciana empieza a desenredar su madeja. Es tiempo de descanso para los inquietos de cuerpo y de avance para para los inquietos de espíritu». Te dejo ahora. El momento es delicado, sé prudente. Gracias por tu ayuda.

Shab se levantó para acompañar al sumo sacerdote hasta la puerta y repetía para sí mismo sus palabras hasta grabarlas bien en su memoria.

Esilo, de nuevo encapuchado, se fundió con las sombras de las calles mal iluminadas. Tenía miedo de ser asaltado o agredido, pero, por imperativo de seguridad, era mejor evitar la comunicación directa con los frentes de la Tercera Rebelión.

La Cámara del Cosmos

Naxo entró en la Cámara del Cosmos. Defia le esperaba en pie, en el centro de la estancia. Percibió el fuerte olor a vino de su esposo que volvía a vestir como personificación de Omfal. Admiró su cuerpo. No le producía excitación, pero sí envidia.

Dudó por un momento si quería que la cópula de la creación acabara cuanto antes o, por el contrario, aprovechar la ocasión para dar algo de salida a la tensión que había vivido la última semana. Decidió que no valía la pena arriesgarse. A Naxo le gustaba añadir un punto de agresividad al sexo en circunstancias normales. Ese punto estaría exacerbado después de la coronación. Necesitaría reafirmarse en su dominación de todos los que le rodeaban, especialmente ella.

«Yecta, empieza a embotar su ánimo. Quiero salir de esto cuanto antes», formuló el pensamiento con fuerza.

—Te he llamado y has acudido desde las estrellas que he creado. Me eres leal y eres digno de sembrar la fuente de vida —dijo en voz alta el saludo formal para iniciar el rito.

—Saludo a mi creadora, dueña de mi cuerpo y mi semilla. Fuente de vida, haz de mí según tu designio —contestó él completando la fórmula. Defia, has estado magnífica hoy. Te ayudaré en lo que necesites durante tu reinado —continuó con la voz un poco pastosa.

Esas palabras asustaron a Defia. Solo podían anunciar violencia. Naxo no recurría al sarcasmo, le resultaba insuficiente, necesitaba los puños para resarcirse. Buscó a toda prisa qué contestar que no pudiera ser interpretada como provocación.

—Los jefes de las casas estaban impresionantes y sus cortejos eran magníficos. No imaginas lo mucho que me gusta la silla de manos de Kulio. Lo siento por los porteadores, el peso debe ser insoportable, pero él estaba magnífico, como corresponde a la casa del emperador. —Los halagos podían funcionar, con suerte y con la ayuda de todas las potencias divinas.

Naxo tenía el gesto relajado y la cabeza ligera. Le gustó que Defia mencionara su casa en esos términos. Se había referido a la casa del emperador, no del próximo emperador o del emperador consorte ni cualquier otra fórmula. Obviamente, en la concepción del nuevo orden, su mujer colocaba a la casa Extens en una posición preeminente. El mareo era intenso, pero placentero.

La miró con los ojos entrecerrados inclinando a un lado la cabeza. Puso en la mirada toda su sensualidad con intención de hacerle saber que iba por buen camino y le esperaba el sexo

más dulce que jamás había disfrutado.

—Sigue —dijo en un susurro que quería ser acariciante.

Defia analizó esa mirada. La vio llena de perversidad, como con un regocijo de anticipación. Seguro que parte de sus palabras serían retorcidas para convertirlas en algún supuesto insulto por el que se vengaría. La invitación a seguir, en voz baja y oscura, traicionaba el deseo de que se enfangara aún más con sus palabras, así justificaría incrementar el dolor que le causaría durante el sexo. Como había ocurrido en otras ocasiones, le pellizcaría los pezones o los labios con fuerza hasta arrancarle las lágrimas y luego se disculparía alegando haberse dejado llevar por la pasión.

«¡Yecta! ¡Por todos los dioses, haz un esfuerzo mayor!», pensó angustiada.

Naxo sufrió un breve vahído. «¡Qué vino tan fuerte!», pensó. Abrió más las piernas para estabilizarse. No quería que Defia viera lo borracho que estaba para que no le tuviera miedo. Se irguió un poco más para disimular el efecto del alcohol.

«¿Qué está haciendo? —pensó aterrada—. ¡Se está hinchando como un gallo de pelea!». El corazón le latía a toda velocidad.

—Siento la presencia de la diosa. Creo que desea juntarse con Omfal en la carne. Querido mío, abre tu mente y deja que el gigante entre en tu cuerpo. —Si conseguía que Naxo dejara más apertura mental para introducir las sugestiones de Yecta, tal vez lograra que se calmase un poco.

«La diosa me desea. ¡A mí, no al gigante!», pensó Naxo con regocijo.

Su visión se reducía por momentos, esperaba estar a la altura y que sus proezas en la cama le ganaran el agradecimiento de la diosa. Dio un paso hacia Defia y se desmoronó como un castillo de naipes cayendo al suelo desmadejado e inerte.

Defia ahogó un grito. Empezó a moverse hacia él y se detuvo. Se giró, dio dos pasos para agarrar la jarra de agua, pero lo pensó mejor. Volvió a darse la vuelta, avanzó muy despacio hacia el montón de carne en que se había convertido Naxo, pero temió tocarlo. A toda prisa, caminó de nuevo en dirección contraria para coger el agua, pero, a medio camino, paró en seco. Finalmente, corrió hacia Naxo, saltó por encima del cuerpo y llegó al arcón donde se escondía Yecta. Lo abrió con sus manos temblorosas. Mirándola con ojos despavoridos preguntó:

—¿Le has matado? —Se corrigió y exclamó—: ¡Le has matado!

Yecta se incorporó y la sujetó por los hombros.

—¡Tranquilízate! ¿Qué ha pasado? —preguntó.

Entonces vio el cuerpo caído de Naxo y fue a tomarle el pulso. Apoyó los dedos en la carótida y notó cómo latía su corazón con un paso firme y acompasado. Se demoró un momento para intentar captar a qué se debía su inconsciencia. Miró hacia Defia, que se había sentado en la cama y esperaba con ansiedad el resultado.

—Está profundamente dormido, nada más. Sueña que pasea de la mano de la diosa por los jardines del palacio del emperador.

El consejo de conspiradores

Como no podía ser menos, los jefes de las cinco casas tenían residencia en Baetal. Habían pasado dos meses desde la coronación de Defia y se requería un consejo extraordinario al que la regente del mundo no estaba invitada.

Kulio Extens, como jefe de la casa del futuro emperador, había convocado a los demás. Su casa-palacio era relativamente discreta porque, igual que sus predecesores, Kulio prefería su vida en Lejten, donde el nivel de renta era uno de los mayores del planeta gracias a las ventajas fiscales que ofrecía.

A Kulio le ofendía la pobreza. Le revolvía tener que convivir en la misma ciudad con grandes poblaciones de intocables. En Lejten, la capital de la casa Extens, tenían los intocables y los hombres libres justos para cubrir las necesidades que garantizan el mantenimiento del lujo, como correspondía a las clases dominantes elegidas por la misma diosa a través de las emperatrices de la historia. Un toque de queda obligaba a la escoria social a salir de la ciudad al final del día para volver a sus residencias en ciudades dormitorio situadas a una sana distancia de las gentes de bien.

Recibió personalmente a sus invitados en la biblioteca. El primero en llegar fue Imburg, de la casa Ío. Él era uno de sus preferidos. Bajo la apariencia de miserable rastrero, inseguro y pusilánime, escondía un apetito de tiburón y los mismos escrúpulos que los escualos. Su comportamiento era frío y calculador, aunque balbuceara y sudase ante la mínima situación de tensión. Carecía por completo de piedad, no le importaba la extensión del daño que pudiera causar para conseguir sus objetivos.

—¡Mi querido amigo! —exclamó cuando lo vio entrar. Aunque su tono era en verdad amigable, el rostro de Kulio no mostraba el menor indicio de placer por volver a encontrarse.

—Kulio, hermano, gracias por acogernos en tu *pied-à-terre* —dijo Imburg utilizando el término arcaico para denominar una residencia menor de uso exclusivamente utilitario.

Fue entonces que Kulio se permitió un gesto afable. Admiraba el coraje. Imburg se había permitido el lujo de la ambigüedad. Sus palabras podían ser tanto un elogio, puesto que solo alguien de gran riqueza podía permitirse una residencia secundaria en la capital que ocupara toda una manzana, o un insulto, ya que un simple «apeadero» no era lugar adecuado para el grado de importancia de los invitados que tendría ese día y, mucho menos, para alguien de su categoría.

—Si bien es cierto que solo en contadas ocasiones, la humildad es una virtud.

Especialmente hoy, no hay nada mejor que una humilde sala de biblioteca para un conciliábulo —replicó celebrando su propio ingenio con una risa corta. Imburg sabía muy bien que la humildad no formaba parte de su personalidad. Utilizar la palabra de esa forma podía ser simplemente juguetón o una advertencia de que solo toleraría por una vez esa ofensa. Esperó hasta que las primeras gotas de sudor aparecieron en la frente de su invitado y, entonces, le dejó libre el paso con una amplia sonrisa.

El resto de los jefes de casa fueron llegando en rápida y discreta sucesión. Tras los saludos y un desayuno que permitió conversaciones bilaterales o en pequeños grupos durante casi una hora antes de la reunión formal, se sentaron alrededor de la mesa que se había dispuesto no lejos de la chimenea, encendida para quitar la desagradable destemplanza de la madrugada.

Kulio se quedó en pie para iniciar la reunión.

—Bienvenidos de nuevo. Alguno entre nosotros había solicitado venir con un asesor de confianza. Hoy, no nos lo podemos permitir. Para cada uno de nosotros habrá algún tema que sea más desconocido. Os ruego que hagáis vuestros planteamientos sin tecnicismos que impidan la comprensión general.

Hubo un asentimiento general, con la excepción de Waqit, el jefe de la casa Krono. Estaba convencido de que, aun así, se le escaparían la mitad de las implicaciones de lo que se expusiera y, cuando llegara su turno, no podría expresarse porque precisamente su vocabulario y su mundo eran técnicos. Según él, el humanismo era pura y simplemente una pérdida de tiempo para las mentes ociosas, lo cual le había mantenido apartado de desarrollar facultades esenciales para la política y la sociología.

—La emperatriz Defia ha emitido sus primeros decretos. Todos ellos van en contra del sentido común y de la sostenibilidad económica del imperio —continuó Kulio—. Propongo que empecemos por el menos importante a corto plazo y más peligroso a largo: el decreto sobre educación.

A Waqit se le cambió el gesto. Ese era un tema sobre el que podía exponer sin temor a equivocarse.

—Permitidme que haga yo la introducción —dijo antes que cualquier otro pudiera tomar la palabra.

Todas las miradas se dirigieron a él con un punto de intriga. El decreto era potencialmente beneficioso para la casa Krono. Una mayor y mejor formación permitiría avances técnicos más rápidos y la obsolescencia de los dispositivos creados por su gente dispararía los beneficios de su casa. Una mejora educativa agilizaría la innovación en el mercado y todo el mundo querría comprar los últimos nuevos modelos. Incluso los más pobres caían en la trampa, sin importar que lo que hubieran adquirido en un pasado reciente diera amplia satisfacción a la demanda real.

—Como sabéis, el decreto unifica los modelos de enseñanza y sus contenidos. Ya no hay diferencia entre la educación noble y la pública. ¡Los intocables y los hombres libres no necesitan una ampliación de sus temarios! —exclamó con énfasis—. Basta con que sepan leer,

llegado el caso también escribir, y matemáticas básicas que les permitan contar las monedas de su bolsillo. —Las caras de los presentes reflejaron su sorpresa ante esa afirmación inesperada en él—. Los gremios se ocupan de darles la formación que necesitan para poder desempeñar sus profesiones con eficacia y eficiencia —elaboró para responder al mudo interrogante que le planteaban—. Es en el seno de los gremios que mi casa encuentra a los genios y superdotados —explicó para compartir sus buenas prácticas—. A través de ellos, ofrecemos acceso a la educación superior y elevamos socialmente a los que tienen una inteligencia que sobrepasa con creces la media y nos resultan especialmente útiles. Todo el mundo está satisfecho con este sistema, los intocables y los hombres libres tienen la oportunidad de subir en la escala social a través de sus méritos. Los que se quedan en su casta es porque así lo quieren, son unos vagos o nunca prosperarán porque su inteligencia es claramente inferior. Una educación más amplia para todo el mundo, sin esa selección natural, solo induce a perder el tiempo y recursos tremendamente valiosos —terminada su exposición, Waqit se reclinó sobre el respaldo de su silla.

Por unos segundos, se hizo el silencio. Los otros participantes en la reunión estaban anonadados porque no esperaban de Waqit una presentación sucinta y acertada como la que había hecho.

—¡Muy cierto! —exclamó entusiasmado Órtigen Gravia rompiendo el silencio, lo que desencadenó una ronda de palmadas de aprobación sobre la mesa—. Permíteme añadir que la educación unificada nos pone en situación de precariedad. Cualquiera se sentirá capacitado para tener una opinión autorizada de lo que es un buen gobierno y, lo que es igual de malo si no peor, pueden pretender que entienden algo sobre la teología y sus misterios.

Waqit no entendió lo que decía Órtigen, pero estaba tan satisfecho consigo mismo que prefirió callarse.

Sumfold Sembra sabía que su juventud le causaba un problema de credibilidad ante sus pares, pero lo compensaba ampliamente con cuidadosas filtraciones sobre su influencia en las mafias, lo que fomentaba un respeto cauto cuando se dirigían a él.

—Necesitamos que sean los propios beneficiados los que denuncien el decreto —dijo—. Yo puedo organizarlo sin problema, de hecho, son muchos los que se sienten aterrorizados ante la idea de tener que estudiar y verse inmersos en un entorno competitivo a nivel intelectual para el que no han sido preparados. Solo tenemos que jugar con sus miedos y hacerles creer que tendrán cada vez más dificultad en encontrar trabajo y sostener a sus familias.

Imburg, con su temperamento nervioso, no paraba de dar golpecitos con los dedos sobre la mesa. Tras la intervención de Sumfold, no pudo contenerse más e intervino.

—Vosotros haréis lo que queráis en vuestros dominios, pero yo no pienso jugármela. En este pulso a la emperatriz podremos ganar o perder. No os engañéis. Paralelamente a las acciones que decidamos aquí, yo voy a crear centros de enseñanza no imperiales. Por supuesto, exigiré que el imperio aporte la cantidad que hubiera gastado en un centro imperial

y la condición para entrar será un pago adicional por estudiante. Sea como sea, buscaré que la educación sea mejor o, por lo menos, lo parezca. En cualquier caso, los que entren en esas escuelas serán de los nuestros y la pequeña nobleza. Puede que también algún hijo de hombre libre acaudalado. Así podré mantener la distancia con la escoria. Después, los estudiantes que terminen tendrán el camino facilitado como de costumbre y habrán creado alianzas entre ellos que les permitirá mantener el emprendimiento y la generación de riqueza en sus manos. Si el decreto de la emperatriz sale adelante, no voy a permitir que la chusma se crea igual a nosotros solo porque han estudiado. Dónde estudien será la nueva marca distintiva.

De nuevo, Waqit estaba perplejo, no podía comprender el concepto de cultivar a las castas inferiores en ese contexto. Simplemente, no le cabía en la cabeza que pudiera ser valioso para gente trabajadora perder el tiempo en preguntarse o discutir sobre cuestiones de literatura, economía, análisis sociocultural y todos esos pasatiempos de gentes indolentes que, para colmo, no tenían ni influencia ni derecho a tenerla en los asuntos de sus mejores.

—No solo me parece bien lo que dices, Imburg. Mi casa hará lo mismo. Sin embargo, tenemos un escollo más por sortear para el que necesitaremos de los recursos de la casa Gravia —anunció Kulio.

—Habla —invitó Órtigen para hacerle saber que estaba dispuesto a colaborar.

—El decreto se basa en la premisa de que todos somos iguales —el enunciado de Sumfold volvió a agitar a los presentes—. Hasta ahora, esa igualdad se limitaba al tribunal de las almas ante el que todos nos presentamos tras la muerte. Necesitamos claridad teológica para justificar la desigualdad en la educación.

—¡Nada más sencillo! —exclamó Órtigen—. La imposición de la educación avanzada es un atentado contra la libertad individual y el principio de libre albedrío. Uno debe tener la posibilidad de elegir mantenerse en la ignorancia sin ser castigado por ello. Además, la diosa nos enseña que debemos ser compasivos y generosos. No podemos quitar tiempo de trabajo a las castas inferiores en beneficio de supuestas mejoras inmateriales como es la cultura, necesitan los ingresos de su labor para poder mantenerse y medrar económicamente. Por otro lado, somos nosotros los que tenemos la obligación moral de ser su brújula ética e intelectual. Puesto que estamos mejor preparados, recae sobre nosotros ofrecerles generosamente el fruto de nuestros desvelos en la búsqueda de su bienestar y la mejora de sus condiciones de vida como siempre hemos hecho. Si la diosa ha creado las diferencias de estatus, es para que asumamos nuestra carga como clase y podamos cumplir con la pía obligación de la caridad —concluyó.

A Sumfold Sembra se le revolvió el estómago mientras otra ronda de palmadas sobre la mesa celebraba la explicación de Órtigen.

SEGUNDA PARTE

Laídike, reclutamiento en Brige

A miles de kilómetros, el complejo monástico de Brige colgaba de un acantilado de trescientos metros de altura. La vista desde las ventanas quitaba el aliento. Se divisaban decenas de cumbres cubiertas de nieves perpetuas que formaban la sierra de Ansal en el hemisferio sur. Allí el frío era más intenso que en cualquier otro punto geográfico, de modo que los monjes eran los únicos humanos que poblaban la región. Allí pasaban once años de formación para ser eruditos y servir a las distintas órdenes monásticas, así como al imperio.

Mitre Ha'rij contemplaba el paisaje desde el mirador sur. Sentado en un sillón de alto respaldo profusamente labrado, reflexionaba sobre la conferencia que había dado por la mañana.

En las semanas previas, había desgranado los hitos históricos más importantes y los había ligado a la complicación creciente de las estructuras de gobierno. El discurso de ese día versó finalmente sobre el sistema de gobierno de las ciudades de hombres libres. Tres alumnos habían solicitado licencia de meditación y guía espiritual al finalizar la exposición. ¡Tres de cinco! Siendo alumnos de undécimo año preparándose para la especialización de políticas imperiales, era de esperar que tuvieran menos sensibilidad.

—¡Los tiempos están cambiando! —dijo en voz alta, aunque no había nadie con él para darle réplica.

La aparición de la casta de hombres libres se había producido ochocientos años atrás. Se creó en un intento de sofocar la Tercera Rebelión de los Relapsos, cuando fallaron las medidas represivas que resultaron en casi seiscientos millones de muertos a lo largo y ancho del planeta. En aquel tiempo, la cifra equivalía a un tercio de la población mundial; la represión había sido más mortífera que las pandemias del siglo XII después de Hitoi.

Escuchó pasos que se acercaban. El abad entró en el mirador con aire cansado. Era un hombre menudo, dos años mayor que Ha'rij. Se conocían desde sus tiempos de seminario hacía más de cuarenta años. Cuando había alguien con ellos, se trataban de abad y *mitre*, pero estando solos utilizaban sus nombres obviando los títulos.

—¿Qué has hecho esta vez, Ha'rij? —preguntó sin molestarse en saludar—. Me han informado que tengo que guiar bajo secreto a tres alumnos de undécimo año por culpa de una de tus clases.

—Buenos días, Trocon. ¿No te parece que hay menos hielo cada año? —contestó el interpelado.

—No cambies de tema. Esto no sucedía desde hace años, aquella vez que dedicaste toda una conferencia a analizar la crisis de pederastia en las órdenes masculinas que acabaron con la abdicación del sumo sacerdote Baris.

Ha'rij se echó a reír al recordar el incidente. Entre carcajadas, rememoró los detalles.

—¡Por todos los dioses! ¡Tenías que haber visto sus caras! ¡Incluso hubo uno que vomitó! Los pobres inocentes no podían imaginar que, tras milenios de control religioso, el número de manzanas podridas podía haber alcanzado ese nivel.

Acabado el ataque de risa, su tono pasó a ser mucho más serio.

—Estuve más de una hora dando ejemplos de cómo habían destrozado las vidas de miles de niñas y niños. Las heridas psicológicas y las físicas que llevaron consigo hasta la muerte por falta de atención y apoyo. Francamente, deberían haber vomitado todos.

—Ha'rij... —el tono del abad le advirtió que no pensaba dejarse arrastrar por ninguna distracción que intentara.

—¡Si te lo van a contar ellos! —se resistió aún.

—¡Mira que te gusta fastidiarme! ¡Uno de estos días te voy a poner de penitencia que te sientes en el hielo y medites durante dos semanas! ¡Seguro que eso te calma las hemorroides de una vez por todas! ¡Los picores te amargan el carácter!

Los dos se miraron y se echaron a reír de nuevo. Esos tira y afloja eran lo que más los divertía en la aburrida vida monástica. Afortunadamente, siendo un complejo de enseñanza tan grande, siempre había casos de estudiantes sobre los que discutir.

—En la última semana hemos estudiado la creación de la casta de los hombres libres —empezó a explicar Ha'rij finalmente—. A la muerte del emperador Larcos, cuando por fin se dieron cuenta de que la reivindicación de la religión antigua se nutría del descontento de las clases bajas, la creación de esa casta intermedia entre los intocables y la baja nobleza era la solución para restar adeptos y sofocar las guerras religiosas. Hasta ahí, han aguantado bien —apuntó—. El problema mayor ha venido porque he demostrado cómo el sistema, supuestamente democrático de las Grandes Regiones, está manipulado por las casas de la alta nobleza que tienen el control de la economía mundial.

—No veo el problema —dijo Trocon.

—El problema ha surgido en el debate —explicó Ha'rij—. Han empezado a atar cabos y han visto las conexiones entre la casta sacerdotal y el manejo de las masas, el sostenimiento del sistema de castas a través de justificaciones teológicas y, por último, la sustitución del gobierno del ser humano por el gobierno de entes abstractos como son las casas y los mercados. Creo que ha sido el mejor debate que he visto en toda mi carrera docente. El coste ha sido la crisis de fe que ha causado a los tres novicios que han pedido tu guía espiritual —concluyó.

—Entonces, parece que tenemos buen material. Dime, en caso de que sean útiles para la causa, ¿dónde los ves destinados? —Trocon necesitaba grandes recursos humanos para la causa en todos los estratos de población.

—Dos de ellos serían perfectos para unirse a los restauracionistas en los territorios no controlados por el imperio. El tercero, Basquio, podría formar parte del equipo de Esilo en la corte. Pero ten cuidado, tienes que estar muy seguro antes de enviarle allí. Es de origen noble, de la casa Rotschna, una casa menor. Podría ser un activo para los dedos de la Mano de la Diosa y convertirse en un agente doble.

—Tomo buena nota, Ha'rij. ¿Alguna otra observación relevante?

—Me pareció que, durante el debate, Basquio mostraba preocupación por la relación entre la economía y la tasa de natalidad. Sus puntos de vista pueden ser muy importantes en la estrategia de cambio de modelo económico.

Trocon tomó una bocanada de aire y se irguió. Ese último comentario le hacía especialmente feliz. Sus esperanzas aumentaron varios grados. Se levantó para marcharse.

—¿No te parece que la amabilidad hace que se te olvide la inflamación en el trasero? Te veo de mejor humor —dijo a modo de despedida y salió del mirador.

—Yo te veo más descansado —Ha'rij alzó la voz tras él en respuesta—. ¡Los masajes de próstata hacen maravillas con las micciones nocturnas!

—¡Que el dios Run lo ponga en su sitio!—rumió Trocon en voz alta .

«Tiene respuesta para todo» pensó.

Dos días después, el cadáver de Ha'rij fue encontrado en su celda, envenenado con acónito. Trocon le dedicó unas exequias propias de abad y lloró amargamente la pérdida del mejor amigo que había tenido nunca. Cuando terminó de llorar, se dispuso para una lucha más directa. La guerra había llegado al monasterio, no se podían permitir más bajas y había que contraatacar.

El Oficio para la Doctrina del Santo Origen había sido creado para mantener una versión oficial que se alejaba de la auténtica religión y facilitaba la implementación de nuevas políticas favorables a la clase dominante. Ya en tiempos de las primeras emperatrices, antes de la fundación de las grandes casas, hubo sacerdotes y sacerdotisas que vieron necesaria una reinterpretación del panteón que justificara la desigualdad y la falta de equidad. Los sucesivos reinados lo permitieron con el fin de conseguir los recursos suficientes para la extensión del imperio por todo el planeta.

Las emperatrices lo aceptaron como algo temporal, pero la aparición de la nobleza y la rotación de las grandes casas en tomar el trono del emperador consolidaron y fijaron esa versión teológica separando nobles de intocables hasta que se decidió reconocer la casta intermedia de los hombres libres.

«No hay peor amo que el que sirvió», se dijo Trocon. Los hombres libres abrazaron su nueva condición y ahondaron la vida de los intocables en un pozo más profundo de miseria, midiendo su riqueza en función de las carencias de la casta inferior.

El elemento más nocivo para la que se había convertido ya en la antigua religión fue dar a los hombres libres la posibilidad de acceder con cuentagotas a la baja nobleza. La posibilidad de medrar hasta ascender a una casta superior los convenció de que la estructura social estaba

construida para premiar la valía individual, sin darse cuenta de que lo único que pretendía era perpetuar y proteger los privilegios de los gobernantes.

Trocon se había entregado a la restauración hacía muchos años junto con Ha'rij. Se prometió a sí mismo que su venganza por la muerte de su amigo sería un reclutamiento como no se había visto en la historia del monasterio. Los asesinos pagarían con el dolor de ver que la humanidad recuperaba los auténticos valores morales que los dioses enseñaron a los hombres en el principio de los tiempos.

Danira y la semilla de la traición

Danira, la hermana mediana de Defia, estaba sentada en el suelo. Se llevó la mano a la mejilla que estaba de un color rojo intenso y empezaba a hincharse levemente. El revés de Forio, su marido, la había pillado por sorpresa.

—¿Por qué me obligas a hacer esto? No puedo soportarlo. —A Forio se le veían los ojos llorosos—. No te han enseñado disciplina y te han dado una idea equivocada de cuál es tu lugar en nuestro hogar. Cada vez que me provocas para que te corrija, veo la cara de tu madre. Ella es la culpable, pero eres tú la que recibe el golpe, la mujer que amo. ¿Cuándo vas a aprender? ¿Cuántas veces más tendré que pasar por este dolor?

Danira se levantó rápidamente para consolar a su esposo. Se puso de rodillas a su lado y apoyó la cara en su muslo.

—Te juro que no es por mi voluntad —le dijo mientras suprimía un sollozo. Le rompía el alma verlo llorar y eso provocaba su propio llanto mucho más que el dolor de los golpes, a los que ya estaba acostumbrada—. No podemos revelar los secretos de la emperatriz si no queremos ser reducidas a cenizas por el fuego del broche.

Forio se apartó bruscamente de ella.

—Tu padre era un Gravia. Él debería haber corregido los defectos de tu educación.

Habló con desprecio. Esperó un momento para que sus palabras calaran en el diminuto cerebro de su mujer y se acercó, con aire magnánimo. De pronto, volvía a ser dulce y fuerte, su protector.

—La diosa jamás te castigaría por hacer lo correcto. Sabe que un esposo está por encima de cualquier otra lealtad. —Sujetándole la barbilla con la palma de la mano, le acarició suavemente la mejilla con el pulgar—. ¡Anda, tontina! Levántate del suelo. No es lugar para la nobleza.

Forio la acercó a sí hasta que sus cuerpos estuvieron pegados por completo. Su mano derecha sujetó la nuca de Danira dándole un suave masaje con la presión cambiante de sus dedos. El brazo izquierdo rodeaba la cintura breve. Sus labios rozaban la piel del cuello de la joven y el aliento cálido la acariciaba con cada palabra.

—Tu hermana ha tardado tres años en parir unos gemelos varones. Es ella quien está fallando a la diosa. Tú, sin embargo, ya has dado a luz una hija, como corresponde a una emperatriz.

Las manos de Forio empezaron a moverse lentamente. Danira notaba el calor

reconfortante de esas palmas fuertes y viriles a través de la tela del vestido. Sintió cómo el cuerpo de su marido rendía tributo a su femineidad y el suyo respondía a las caricias. La sangre se aceleró en la superficie de su piel dibujando una red de cosquilleos eléctricos que le impedían pensar.

La boca, que en unos momentos besaría el interior de sus muslos, susurraba ahora junto a su oído.

—Danira Gravia, eres mi diosa del hogar. Fructificarás con la bendición del cielo, poblando nuestra casa de niñas felices. Llenarán cada rincón con travesuras de diablillo y risas de cristal. Defia nunca engendrará una hija y tú estarás lista para ascender al trono cuando la edad impida a tu hermana seguir echando varones al mundo.

Danira soltó una risita. La caricatura de su hermana Defia con cincuenta años, ante una fila interminable de hombres en edades descendentes, fruto de sus intentos frustrados de producir una hembra, le hizo gracia. A sus diecinueve años ella ya tenía una pequeña heredera para el Trono de la Humanidad. Tal vez las palabras de Forio, que rozaban peligrosamente la traición, no eran tan delirantes.

Al día siguiente, Danira acudió como de costumbre a sus tareas junto a la emperatriz. Se había maquillado para disimular un pequeño hematoma que, durante la noche, había amarilleado por los bordes. La hinchazón había desaparecido. No había sido tan malo como creyó en un principio. Forio había medido sus fuerzas para no afectar el ojo con su golpe. No estaría tan enfadado... De todas formas, era culpa suya, estaba dividida por la lealtad al trono y su deber hacia su esposo. Pero no era capaz de decantarse por uno u otro.

Incluso Datia, su hermana pequeña, tendría más capacidad de decisión. Cualquiera de sus hermanas, en realidad, se inclinaría a hacer lo mejor para ella misma. Es lo que tiene el egoísmo. No tendrían duda entre una lealtad u otra, la elección estaría basada en el mayor beneficio propio.

Se maldijo a sí misma. Se había levantado de buen humor. Forio la había compensado con sus caricias y la había colmado de atenciones. Él prefería la zanahoria al palo, pero ese carácter, tan suyo y tan estúpido, empujaba a su marido a ser duro cuando colmaba su paciencia. Sin embargo, ahí estaba ella, dándole vueltas a la cabeza y amargándose por la personalidad de sus hermanas, cosa que no podía cambiar.

El primer año de matrimonio había sido un infierno. Danira intentó rebelarse y las palizas se sucedieron sin tregua. Incluso estando embarazada había sido tan estúpida como para creer que podía alterar el orden natural de las cosas y había arriesgado a la hija de ambos provocando la ira de Forio.

Cuando nació la pequeña Manira, se dio cuenta por fin de lo frágil que es una mujer y que su fuerza reside en defender a su descendencia. Forio estaba exultante de alegría, llenó su habitación de lactancia de regalos ridículos y mensajitos de amor que escondía por todas partes para que ella los encontrara. También fue ese el momento en el que descubrió la verdadera naturaleza de Forio y aceptó lo obcecada que había estado provocándole sin

necesidad desde que se casaron.

Esos pensamientos le devolvieron el buen humor. Entró en las dependencias privadas de la emperatriz y saludó con cariño a sus hermanas. En el fondo, sentía un poco de pena por ellas, porque su inconsciencia les haría pagar un precio para el que nunca estarían preparadas.

—Buenos días, hermanas. Perdón por llegar tarde, he salido de nuestro palacio con tiempo más que suficiente, pero la mañana está tan bonita que he decidido venir caminando.

Sin darles tiempo a contestar, siguió hablando muy animada y se puso a ayudar a Datia que se afanaba con los lazos en la espalda del vestido que había elegido Defia para ese día. Les describió las flores que se habían abierto esa misma mañana en los parterres de camino al palacio de la emperatriz y cómo había sorprendido a los hijos de algún noble que corrían hacia el laberinto de setos lanzando gritos y carcajadas.

En medio de su monólogo, notó que había un silencio inusual. Siempre hablaba sola, pero recibía sonidos de asentimiento o intentos por parte de sus hermanas de calzar una frase entre su torrente de palabras. Había un ambiente frío a pesar de tratarse de ese momento del día en que las tres estaban solas y podían disfrutar las unas de las otras sin el encorsetamiento protocolario de la corte.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estáis tan serias?

—No es nada —contestó Defia—. Hoy se emite el decreto sobre educación y no estoy de humor para aguantar los ataques y los lloriqueos de los dígitos.

—¡No hables así de los jefes de las casas! Ellos son los venerables ante los que la casa imperial debe rendir cuentas. Especialmente ahora que estás sola en el trono. Si dices ese tipo de cosas en privado, se te pueden escapar en público. ¡Bueno! ¡En realidad, ni siquiera deberías pensar en esos términos!

Para sorpresa, vergüenza y frustración de Danira, sus hermanas empezaron a reír a carcajadas.

—¿Os reís de mí? —preguntó molesta.

La voz infantil de Datia fue la que respondió a la pregunta porque Defia estaba demasiado ocupada limpiándose las lágrimas de risa que amenazaban estropear su maquillaje.

—¡Has hablado como el aya Druinda!

Las dos estallaron de nuevo en carcajadas incontenibles. La vieja aya había sido una figura entrañable para las tres. A su devoción por las hijas imperiales solo la sobrepasaba la que sentía por los emperadores y su corte de jefes de casa. Siempre hablaba de ellos pintándolos como personajes heroicos y sin defecto alguno. No había gran noble que escapara a la norma, ni tan siquiera Dorio, su padre, el glotón, borrachín y putero que escandalizaba a toda la corte por su falta de moderación en la búsqueda del placer.

Danira se sentía ofendida. Cada risotada de una era coreada por la otra con ayes que servían para tomar aire e impulso para seguir desternillándose sin visos de parar en algún momento.

Defia había estado tensa como una cuerda de ballesta los últimos días. La preparación del

decreto había supuesto confrontaciones constantes, hasta con los eruditos que lo redactaban. No alcanzaban a comprender que la educación debía ser exactamente igual para todos, sin distinción. Constantemente llegaban con propuestas de excepciones, como la de eximir a los niños trabajadores de una educación obligatoria, para que pudieran seguir aliviando la pobreza de sus hogares. El comentario de vieja servil de Danira había servido para romper el estado de ansiedad y agarrotamiento nervioso por lo ridículo que había sonado al salir de sus labios.

La terapia de Naxo

Naxo se dirigió al palacete de las hetairas. Estaba alterado porque sentía que todo se escapaba de su control. Los decretos de Defia estaban alterando la estructura de la sociedad y las contramedidas desplegadas por las casas estaban basadas en crear agitación social contra el trono. El ambiente en las calles era de polarización creciente. Los que se dejaban influir por la propaganda empezaban a organizarse para hacer protestas. La idea era reprimirlos con dureza para aumentar más aún su descontento.

Sin embargo, había una parte importante de los pobladores en las grandes ciudades que veían un beneficio en las nuevas políticas, peor aún, veían que los decretos de Defia eran el vehículo para que los ideales de igualdad y de eliminación de las barreras entre las castas se convirtieran en realidad. Ellos también empezaban a organizarse y la simpatía por los restauracionistas crecía de semana en semana.

Kulio estaba dirigiendo toda la campaña de agitación a pesar del ofrecimiento de Sumfold para hacerlo, los jefes de las casas no veían el peligro del monstruo que estaban creando porque aprovechaban el clima de crispación en distintas formas para incrementar los beneficios de sus sectores productivos. Los que más se estaban lucrando eran los dedicados a la explotación de materias primas y, cómo no, la casa Ío, que mantenía su férreo control sobre la fluctuación del precio del grano.

Naxo se desesperaba con la miopía de la nobleza. Para cuando tuviera el trono y, finalmente, el control, heredaría un imperio dividido y revuelto. Cierto que Kulio había adoptado esa estrategia para conseguir en el corto o medio plazo que la corona se quedara en manos de la línea sucesoria de Naxo. Aun así, no le estaba haciendo ningún favor. Kulio debía de estar urdiendo sus planes desde una inteligencia que había sido sobresaliente, pero iniciaba su declive hacia la senilidad. Lo peor era que no tenía conciencia de ello en absoluto y ejercía su poder sobre Naxo esgrimiendo su juventud y falta de experiencia como motivo para no dejarle participar en la toma de decisiones.

Afortunadamente, Naxo había descubierto que podía encontrar una vía para liberar su frustración a través del abandono total. Empezó con un pequeño juego y pronto avanzó a la categoría de arte. Resna y Renia, las hermanas de la dominación, como las llamaban en el palacete, eran auténticas expertas. Le habían guiado por el camino de la atadura con maestría absoluta. Naxo cedía el control por completo con la total certeza de que el único objetivo de las «erres» era llevarle al máximo placer. El abandono total entregado a los nudos que lo

inmovilizaban era su metáfora personal sobre su necesidad de poder. Estaba constreñido y dependía por completo de las grandes casas, pero, al final, tendría su recompensa mil veces multiplicada si se dejaba arrastrar por la corriente sin luchar. Al menos por el momento.

Resna le abrió la puerta de la celda donde llevaban a cabo su ritual. Estaba vestida con arneses que combinaban el cuero y las hebillas realzando su figura espectacular. Naxo se tomó el tiempo de admirarla y notó que su vagina estaba cubierta, pero no así sus glúteos firmes y redondos. Su anticipación se disparó inmediatamente.

A su espalda, Renia cerró la puerta. Naxo se giró para mirarla. Llevaba una capucha de gasa cuya máscara era una red finísima que permitía ver su belleza excepcional, pero la mantenía encerrada fuera del alcance. No llevaba ninguna ropa, cuerdas de algodón trazaban un complicadísimo patrón de nudos que unían las ligaduras unas con otras en un hermoso conjunto geométrico.

Las voces de las «erres», sensuales y roncas, le ordenaron que se desnudara.

Se quitó la ropa del torso, dejándolo expuesto. Renia le indicó a Resna que rodeara el pecho de Naxo con una doble cuerda de yute, justo por debajo de los pectorales y uniendo los brazos a los lados del cuerpo. Entonces, ella misma ató una segunda cuerda por encima de los pezones.

Los pectorales se aplastaron empujándolos hacia afuera. A este primer lazo, le siguió otra doble cuerda que aseguró la inmovilidad de los brazos juntando las primeras ligaduras por debajo de las axilas. Los cabos que salían del nudo que hizo en la espalda los ató Renia a una argolla en la pared a un par de metros de distancia. Igual ocurrió con sus muñecas.

Empezó a acariciar el torso y los brazos de Naxo. Resna le desnudó de cintura para abajo dejándole los calzones que sujetaban su sexo y los testículos como una suave copa de tela.

Las cuerdas seguían trazando nuevas figuras sobre su cuerpo y le restringían cada vez más la libertad de movimiento. Los tobillos quedaron atados a argollas bajas clavadas en el muro y llegó el turno de la parte alta de los muslos. Nuevas cuerdas dobles se ajustaron a las ingles y ahuecaron la bolsa que formaba el calzón, dejando expuesto el bulto de sus genitales que empezaba a aumentar de tamaño con la excitación creciente de Naxo.

Incapacitado para devolver las caricias, las hetairas de la corte empezaron a pellizcar y chuparle los pezones. Una mano rozaba su escroto que se retrajo aumentando la sensación de presión a lo largo del pene que continuaba engrosando y alargándose; pesado por la sangre, el glande descendía y era empujado por la tela llevándolo por debajo de los testículos y entre sus piernas. El placer empezaba a ser intenso. Solamente roces y anticipación le hacían luchar contra las ligaduras para conseguir presionar su urgencia contra los cuerpos de las «erres» que estaban irremediablemente fuera de su alcance.

Por último, amarraron las caderas. Dos cuerdas fijándolas a argollas en la pared detrás de él y dos más anudadas a argollas en el suelo a un metro y medio por delante de sus pies separados a la anchura de los hombros. Sus movimientos pélvicos tenían un escasísimo margen de recorrido de menos de un centímetro en cualquier dirección.

Renia acercó su boca a la base del pene y empujó su aliento cálido a través de la tela. Entonces introdujo la mano bajo el calzón para colocárselo en vertical e impedir que los movimientos de pelvis ayudaran a Naxo a darse placer contra la tela.

Él sentía la embriaguez de la excitación subir a su cabeza. La hiperventilación producto de sus jadeos le provocaba un picoteo cálido como si una malla levemente electrificada se pegara a sus ojos y le comprimiera el cerebro.

Renia se alzó y se puso detrás de él. La piel de su espalda que quedaba al aire percibió el empuje de los pezones duros de la mujer. Le hacía saber de este modo que su placer era el placer de ella. Estaba tan pendiente de distinguir cada toque del otro cuerpo en su espalda que apenas notó cómo Resna cortaba los calzones hasta dejarlo completamente desnudo y vulnerable.

Las caricias y las partes de su cuerpo que entraban en la boca descubierta de Resna se sucedían sin descanso llevándole a rogar que fueran más firmes para poder eyacular y alcanzar la liberación. Pero las «erres» no le hacían caso, el placer era tan desbordante que resultaba un sufrimiento inaguantable. Entonces, Resna se puso de espaldas frente a él y se fue acercando lentamente hasta alojar el glande de Naxo entre sus nalgas. Simultáneamente, Naxo sintió la presión creciente del esfínter de Resna acariciar su sexo y un dedo húmedo de lubricante de Renia que se dirigía directamente a su propio ano y exploraba la zona, haciendo presión en círculos. Naxo sintió que se abría y deseó más. Notó cómo su sexo, duro como el acero, se deslizaba suavemente abriéndose camino a través del cuerpo de Resna. La urgencia por eyacular cedió un poco ante la nueva sensación. Observó con deseo la nuca de la mujer que lo sujetaba por las caderas para guiar el movimiento clavándose a Naxo más y más profundo.

Cuando estaba completamente insertado en ella, sintió cómo él mismo estaba siendo penetrado por Renia, que se había puesto un arnés y empujaba con su pelvis un consolador de material suave y flexible que iba aumentando de grosor hacia la base.

Una pequeña punzada de dolor le hizo soltar un quejido casi inaudible. Renia se retiró un poco y con pequeñísimos movimientos de avance y retroceso, le fue relajando a medida que lo penetraba. Naxo estaba como loco de placer. El consolador le abría con su anchura creciente. En su interior, notaba cómo le llenaba y ejercía presión sobre su próstata. Su rango de movimiento pélvico era tan limitado que estaba a la merced de las mujeres que marcaban el ritmo. No sabía dónde sentía más placer y lo poco que podía moverse era para empujar en el interior cálido de Resna, quien presionaba y relajaba sus esfínteres acompañando el movimiento de vaivén, o para insertarse a más profundidad y mayor anchura el falso pene de Renia, en un cóctel de placer y dolor que él alcanzaba a controlar escasamente en su reducida capacidad de maniobra.

Había cerrado los ojos, todo su ser se concentraba en el tacto. La presión de las cuerdas contra sus muslos y sus pectorales, los poderosos brazos empujando inútilmente sus ligaduras, su pene abrazado con distintos niveles de intensidad dentro de Resna y su propio recto

duplicando el placer que daba a su compañera de juego producían descargas de placer intenso en su cerebro. Su atención se desplazaba vertiginosa por su cuerpo, gozando de cada milímetro de contacto. La respiración se le descontroló, los jadeos eran cada vez más urgentes, necesitaba terminar esa tortura. Se derramó en grandes lágrimas de semen en el interior de Resna. Su esfínter se contraía alrededor del vástago que lo penetraba y presionaba contra la próstata con cada movimiento pulsante de un orgasmo que le hizo gritar y que parecía no acabar nunca. Con los estertores finales de una eyaculación increíblemente abundante, se dejó caer, las piernas temblando y quedó colgado de las cuerdas. Al relajar su cuerpo en el abandono tras el clímax sintió cómo su pene y el consolador se deslizaban fuera dejando una sensación de gratitud en el recuerdo de lo que habían proporcionado.

Restauracionistas, Suil depuesto, subida de Olan

Suil Hedo, exlíder de los Mártires del Cuchillo, se había tenido que enfrentar a la plana mayor por el fracaso de Mer'r. El número de víctimas en el monasterio había sido inaceptable por la cantidad de sacerdotes que cayeron como daño colateral. La experiencia había sido difícil porque el Oficio para la Doctrina del Santo Origen era la orden sacerdotal que causaba mayores estragos entre la población, pero seguían siendo civiles.

El sentimiento de culpabilidad no le daba descanso. Él era el responsable último de la operación. Sin embargo, como jefe del comando de ataque al monasterio, Porin había sido ejecutado. Cualquier acción armada que cruzaba los límites de las normas de la guerra se juzgaba sin atenuantes. Suil no podía soportar la idea de sobrevivir a su compañero de armas con el único castigo de haber sido depuesto de todos sus cargos de responsabilidad.

—Lamento lo que ha ocurrido —dijo Olan el Guapo cuando Suil entró en su tienda de campaña.

—Yo también —dijo Suil—, pero me alegro de que seas tú el nuevo líder de los Mártires. Creo que eres el más capacitado.

Bastaba pasar unos minutos con Olan para saber que su cerebro era todavía más impresionante que su apariencia. Inicialmente, sus ojos sensuales, los rasgos simétricos y su cuerpo bien moldeado hacían pensar que sería superficial. Impresión que se acentuaba con los prejuicios causados por algún amaneramiento y su voz poco varonil.

—Gracias —contestó Olan—. No puedo darte responsabilidades en operaciones militares, al menos de momento, pero sí en temas de inteligencia. Necesito de ti y de tus competencias para un asunto de la máxima importancia.

—No soy tu hombre, Olan. La operación de Mer'r fracasó porque teníamos un infiltrado en el monasterio, pero fue captado como agente de contrainteligencia.

—Exactamente, no puedo confiar en nadie más. Si hay alguien motivado en lo que se refiere a la seguridad, espionaje y contraespionaje, ese eres tú.

Suil se sentía cada vez peor. Había perdido la confianza en sí mismo, no creía estar en disposición de tomar responsabilidades de ningún tipo en ese momento.

—Escucha, los que hemos operado bajo tus órdenes te conocemos mejor que tú mismo. Ahora crees que mereces el peor de los castigos, pero eso no va a ocurrir y tendrás que

aprender a vivir con ello. Si no aprovecho tus capacidades, acabarás abandonando la lucha por la restauración o ahorcándote del árbol más próximo a tu tienda —continuó, pero Suil seguía en silencio y con la cabeza baja y las manos en los bolsillos.

Olan fue a la entrada de su tienda donde dos hombres montaban guardia.

—¡Quiero un perímetro de seguridad de diez metros alrededor de la tienda! —ordenó.

—Mientras organizan el perímetro, vamos a beber en memoria de Porin. —Sacó una botella de aguardiente de hinojo—. ¡Por Porin!

Los dos vaciaron su vaso de un solo trago. Olan volvió a llenarlos.

—¡Por la restauración! —Volvió a brindar.

En contra de su voluntad, Suil sonrió un poco. Olan sabía que no podía negarse a beber por la restauración y todo lo que significaba. El plan de Olan de hacerle beber para mitigar su capacidad de autocastigarse era transparente. Y podía funcionar, porque el interés de Olan por él y su recuperación era real y sentaba como un bálsamo sobre las heridas del alma.

—Solo uno más —dijo Olan—, no quiero emborracharte. Necesito que me escuches con toda tu atención y el tiempo de otro trago es lo que falta para que el perímetro esté asegurado contra oídos indiscretos.

—¡Por la salvación en la Tierra y que, cuando nos llegue la hora, quieran los dioses del tribunal de las almas juzgarnos con benevolencia!

Suil se cuadró para ese último brindis. Para él tenía un profundo significado. En contra de lo que pudiera parecer, la lucha armada era para él un atentado contra el ser humano y una fuente inagotable de dolor y sufrimiento.

Había nacido en el burdel de mala muerte más grande de la capital. No solo ignoraba quién pudo haber sido su padre, ni siquiera llegó a saber nunca quién era su madre porque había tantos pequeños bastardos que las muchachas se turnaban para amamantarlos y darles cuidados. Si se habían dado varios nacimientos alrededor de las mismas fechas, como era su caso, las madres perdían control de cuál de los bebés era el suyo y los críos terminaban creciendo con escasamente más cuidado y amor que las gallinas del corral.

Como había sido bajito y nada agraciado desde siempre, tuvo la suerte de librarse de las violaciones perpetradas por los clientes que preferían carne joven. Su trabajo fue, pues, de recadero, cosa que le permitió conocer todos los sórdidos entresijos de su casta y ganarse el sobrenombre de Habaseo, el recadero del dios Run. Feo como un demonio y chico para todo, a Suil le venía el apodo que ni pintado.

Un sacerdote notó que era despierto e inteligente y lo tomó bajo su protección los ratos libres en que no tenía que correr de un lado a otro por los asuntos del burdel. Fue él quien le enseñó que la antigua religión no establecía diferencias a ningún nivel entre los seres humanos. También le enseñó todo lo que sabía de historia, literatura, matemáticas y biología.

Cuando estuvo preparado, le facilitó el contacto con los Mártires del Cuchillo para que se incorporase a sus filas. Por mucho daño que hiciera la guerra, las ideas de los que gobernaban el mundo causaban mucho más dolor y muerte. El imperio y las casas habían hecho de la

rebelión un mal necesario.

—El sumo sacerdote Esilo nos ha hecho llegar un mensaje. «La niña ha dejado de jugar, la joven planifica sus tareas, la anciana empieza a desenredar su madeja. Es tiempo de descanso para los inquietos de cuerpo y de avance para para los inquietos de espíritu» —recitó Olan.

—Entonces, Esilo cree que la emperatriz Defia ha sido inspirada por la diosa y que se dispone a cambiar las políticas del imperio de acuerdo con la religión original. El tiempo de descanso para los inquietos de cuerpo es una orden de alto el fuego. ¿Está de acuerdo el Estado Mayor?

—Los decretos de la emperatriz Defia nos hacen creer que las intenciones declaradas durante su coronación eran auténticos propósitos —empezó a explicar Olan—. Los informadores que tenemos en la corte nos dicen que hay una conspiración para apartarla del trono o, como último recurso, eliminarla por completo de la ecuación. Ha habido muchas deliberaciones sobre el tema —continuó—. Se han hecho planteamientos sobre la coherencia de la estrategia restauracionista y los dilemas éticos que han surgido al separar ideológicamente trono e imperio, pero se ha llegado a la conclusión que debemos dar apoyo a la emperatriz aunque el sistema imperial representa todo lo que queremos cambiar. Se nos ha encargado a los Mártires del Cuchillo que hagamos contacto directo con ella. El sumo sacerdote Esilo te introducirá en la Ciudad Prohibida y te facilitará una entrevista.

Olan el Guapo no solo era físicamente un paradigma de la belleza encarnado, también era carismático y un negociador de enorme valía. Algunos hacían bromas sobre lo mucho que le gustaba compartir caballo, tanto a las riendas como en la grupa, pero no era ni el primero ni el único comandante al que gustaban los hombres y gozaba de la mejor reputación a todos los niveles del estamento militar.

En el conocimiento que tenía de Suil, había sabido tocar todas las claves para reavivar su conciencia y recordarle por qué se había unido a la restauración. Su duelo tendría que tomar un curso más adaptado, en vez de la espiral descendente que había emprendido. Con un alivio inesperado, Suil se dio cuenta de que esa misión era justo lo que necesitaba.

—Dame los detalles —dijo mirando a Olan a los ojos. No hacía falta más para hacerle saber su agradecimiento y su admiración.

Los primeros disturbios

La Plaza de la Lana, uno de los lugares más tradicionales de Baetal, estaba abarrotada. Líderes de gremios y cofradías de hombres libres habían conseguido un gran éxito de convocatoria. Nunca se había hecho una protesta intersectorial. Cada gremio se ocupaba de lo suyo y, tradicionalmente, se desentendía de lo que pudiera afectar al resto.

Habían levantado un estrado donde estaban en pie los prohombres de la casta de los hombres libres de Baetal. Difusores de voz hacían llegar cada palabra de los discursos con absoluta claridad al fondo de cada rincón en un radio de varias calles.

Era el turno de *messer* Kuarak, líder de la alianza de juristas. Con absoluta seguridad, avanzó su pequeño y barrigudo cuerpo al centro del estrado. Sus ojillos diminutos lanzaban llamaradas negras de indignación y su garganta emitía una voz rotunda y potente como si perteneciera a un hombre medio metro más alto que él y muchísimo más fuerte.

—Y yo digo: ¿dónde está la justicia en el decreto de educación? ¿Cómo van a defender a los hombres libres unos intocables que no tienen ninguna sensibilidad por los problemas de aquellos que les damos empleo y sustento? ¿Qué pasará con los hombres libres de cada profesión cuando encontremos un mercado saturado de advenedizos que hundirán los precios? ¡La emperatriz debe gobernar para el pueblo! ¡Es el sagrado deber que está incumpliendo y que nos llevará a la ruina y la miseria! Defia se ha propuesto romper la armonía social y hundir a los hombres libres en las cloacas de los intocables! ¿Quién va a generar puestos de trabajo? ¿Quién va a trabajar en nuestras oficinas y talleres si los niños y adolescentes intocables están en las escuelas preparándose para reemplazarnos? ¿Tendremos que ser nosotros y nuestros hijos quienes los reemplacemos a ellos?

La muchedumbre que se había juntado en la plaza y los alrededores ya estaba enardecida por los discursos anteriores. Durante la intervención de *messer* Kuarak, aquí y allá, se escuchaban rumores de aprobación. Los gritos agresivos contra la emperatriz y su decreto eran cada vez más frecuentes y de contenido crecientemente violento.

El fulgor de los ojos minúsculos se reflejaba en los de la masa. *Messer* Kuarak se exaltaba con la respuesta que estaba recibiendo y se visualizaba en el palacio imperial sometiendo a la emperatriz a las justas exigencias de su casta.

—¡Defia la Injusta! Así la recordará la historia si no escucha nuestro llamado a la cordura. Los hombres libres somos la base del imperio, el sostén de la sociedad. No permitiremos que los decretos imperiales pisoteen no solo nuestros derechos, sino también el valor de nuestro

servicio a la sociedad alimentando a los desfavorecidos que ni siquiera pueden hablar de cuna. ¡Alzaos! —rugió como un león majestuoso mientras se ponía de puntillas para dar énfasis a sus palabras y mayor dimensión a su ridícula figura—. ¡Somos la sangre del imperio! ¡A la Ciudad Prohibida! ¡Que nuestras justas peticiones lleguen a oídos del palacio de la emperatriz! ¡Que nuestras voces sean más altas que los muros que aíslan a Defia en un mundo de fantasía! ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Por la integridad de las enseñanzas de la diosa! ¡Arriba el imperio! ¡El imperio es nuestro!

Kuarak había diseñado su soflama con el fin de enfervorizar a las masas y fijar su mensaje torticero en los corazones. Con gesto de incredulidad, vio cómo era interpretado literalmente y las gentes empezaban a desplazarse como un solo hombre hacia las murallas de la Ciudad Prohibida. De repente, se le encogió el ánimo, recuperando su tamaño original de gorgojo sobrealimentado. Intentó contener la turbamulta con gestos nerviosos. Su voz había perdido el brillo al darse cuenta de lo que estaba pasando e intentó retener la furia desatada de su público. Gritó desgañitado que aún faltaban prohombres por hablar. Pero sus llamados al orden eran ahogados por las consignas que habían tomado cuerpo en las voces de los ofendidos. Además, alguien había cortado el sistema de difusión de voz para que nadie detuviera la inundación de emociones que subía por los pechos de los hombres libres hasta desbordar convertidas en lágrimas visionarias.

La muchedumbre avanzó como una ola que se alimentara a sí misma. Los gritos y los eslóganes atraían a más hombres libres y a los empleados que temían las consecuencias desastrosas del decreto. Si sus hijos creían que podían estudiar y prosperar, lo más probable es que no estuvieran cualificados para el lugar de la sociedad en que habían nacido. Acabarían siendo incapaces de adaptarse y encontrar trabajo, la pobreza de la familia tendría que sustentar esas bocas inútiles. El futuro sería aterrador.

Las fuerzas de seguridad ciudadana alertaron a sus mandos y estos a sus superiores. Los agitadores infiltrados entre la muchedumbre y los informadores de las grandes casas fueron transmitiendo el desarrollo de los acontecimientos. Kulio Extens centralizó la recepción de las noticias y extendió el entusiasmo entre el resto de los jefes de casas. Sus planes se desarrollaban a mucha mayor velocidad de lo previsto. Comunicó a sus pares lo que haría a continuación.

En un mensaje transmitido personalmente para evitar dejar rastro por escrito, Kulio utilizó sus contactos y exigió el pago de los favores que se le debían. El gentío debía llegar sin problema a las puertas de la Ciudad Prohibida, una vez allí, debían estallar algunos focos de violencia y las fuerzas de control ciudadano recibirían la orden de dispersar a los manifestantes de la forma más contundente.

Habiendo atado bien todos los cabos, se sentó a visualizar el futuro. Las víctimas de la represión policial atraerían más apoyos y las revueltas se organizarían en todas las regiones del planeta. La marea de protestas sería imparable y cualquier intento de Defia de llevar adelante sus planes se encontraría no solo con la oposición basada en argumentos racionales del consejo formado por los dígitos, sino también con las emociones fuera de control de la

población. Admirado por su propia inteligencia y capacidad de manipulación, se sirvió un licor y se dirigió al jardín de su patio interior en el que la paz era imperturbable a pesar de las algaradas del exterior a pocos metros de distancia de la entrada a su casa palacio.

Unas horas después, la voz de Defia se escuchaba a altísimo volumen por medio palacio imperial.

—¿Quién ha sido? ¿Qué psicópata ha dado la orden de atacar a los manifestantes? ¿Quiénes han dirigido las cargas con aturdidores a plena potencia? ¡Dame las últimas cifras! —ordenó a un funcionario de rostro demudado que entraba en la sala en ese preciso momento.

El funcionario se paró en seco y, sin atreverse a avanzar hasta una distancia normal, enunció con voz trémula el desarrollo de los acontecimientos.

—El inicio de las cargas contra amotinamientos dejó inconscientes a cien ciudadanos en pocos minutos. Veinte de ellos han sido atendidos por fracturas al desplomarse. —Defia se tapó los ojos con una mano imaginando la escena—. Desafortunadamente, *messer* Létiro, prohombre de la cofradía de comerciantes de calzado, murió de un ataque cardíaco fulminante a causa de las múltiples descargas que le dieron.

La emperatriz alzó los ojos al cielo y los fijó a continuación en las pupilas del funcionario retándole a dar más noticias calamitosas.

—¿Sigo? —preguntó el funcionario con un hilo de voz.

—¡Continúa! Y habla más fuerte o acércate más. No soy de las que matan al mensajero —contestó Defia exasperada.

—La gente empezó a correr despavorida cuando cayeron los primeros cuerpos. Pensaron que les disparaban con munición letal. Hay más de quinientos heridos de diversa gravedad por tropezones que causaron amontonamientos de cuerpos por la estampida. Doce personas murieron por aplastamiento y cien más tienen pronóstico grave. También hay tres muertos a consecuencia de palizas porque se enfrentaron a las fuerzas del orden y hay unos doscientos manifestantes con contusiones severas que, por fortuna, no han llegado a conmoción cerebral en ningún caso. Los servicios de emergencias no dan abasto para atender los casos de crisis de ansiedad y de histeria.

A medida que escuchaba, Defia se fue endureciendo por dentro hasta que su cólera se convirtió en una fuerza fría y desapasionada que exigía venganza.

—Despachad a la guardia imperial para que ejecuten tres arrestos inmediatos. El director general de las fuerzas del orden de Baetal, el tipo del discurso... ¿Cómo se llama?

—*Messer* Kuarak, mi señora —dijo el funcionario.

—Y el ministro de Seguridad Ciudadana. Los quiero a los tres en calabozos en el Palacio de Justicia de la capital, fuera de la Ciudad Prohibida. Esto es un asunto en el que el imperio no ha tenido parte, excepto *a posteriori*, con el único papel de proteger y resarcir a las víctimas. ¿Queda entendido?

—Mi señora —dijo uno de los consejeros reunidos a toda prisa en el gabinete de crisis.

—Habla —Defia le dio permiso para continuar.

—El ministro es un miembro destacado de la casa Extens. No solo es pariente de segundo grado de vuestro esposo, también hay que tener en cuenta que el suyo es un puesto imperial, sin responsabilidad directa sobre los acontecimientos a nivel municipal. Encerrarlo en un calabozo como si fuera un borracho o una prostituta supone una ofensa a la alta nobleza de consecuencias impredecibles.

—Que sea arresto domiciliario para él —zanjó la emperatriz sin dar lugar a más opiniones —. Quiero que todo el equipo de comunicación de la Ciudad Prohibida emita un comunicado esta misma noche. Mientras lo elaboran, que el portavoz del imperio haga declaraciones en este sentido: la emperatriz está horrorizada por los acontecimientos de esta tarde y condena la brutalidad en la represión de la manifestación ilegal de los hombres libres de Baetal. Considera el uso desproporcionado de la fuerza como un ataque contra la casta de los hombres libres y contra sí misma. Ha constituido una comisión de investigación para depurar responsabilidades y castigar a los culpables con las penas más duras. No habrá manifestaciones ni revueltas por este asunto en las calles de Baetal porque la propia emperatriz toma el testigo como defensora de las víctimas y supervisará personalmente las indemnizaciones por daños físicos y pérdida de vidas. Los ciudadanos del imperio mantienen las libertades de reunión y expresión, a excepción de los discursos encaminados a provocar nuevos disturbios e incitar a la retaliación popular que serán juzgados como delitos de insurgencia y conspiración contra la paz del imperio. La ley y las instituciones imperiales son las guardianas del orden social y la protección de vidas y haciendas. ¿Quedan claros todos los puntos del mensaje?

Cada uno de los presentes en el gabinete de crisis confirmó su asentimiento en voz alta, con mayor o menor convencimiento, pero sin atreverse a hacer observaciones.

—La reunión ha terminado. Que cada uno ejecute inmediatamente las medidas que le correspondan para cumplir con las promesas del comunicado. Pueden retirarse todos menos la emperatriz madre y el Hombre.

Mientras esperaban a que se vaciara la sala de crisis, solo se escuchaba el sonido de los pasos de salida. Defia hizo un gesto al Hombre, el jefe de los Servicios Imperiales de Inteligencia para que se acercara a ella y a Belsia. Cuando las puertas se volvieron a cerrar, Defia se dirigió a él con una voz dura y firme.

—Eres «el Hombre». Perdiste el derecho a la identidad al jurar el cargo más importante para mantener control del imperio. ¿Hace falta que te recuerde que estás bajo mi mando?

—Mi señora, no puede haber ninguna duda sobre mi fidelidad y lealtad al trono — contestó él.

—¿A qué trono? ¿Al Trono de la Humanidad o al trono del emperador consorte? — preguntó Belsia con un tono tan frío como el de su hija.

—No entiendo la pregunta...

—¿Piensas que no eres observado? —preguntó Defia—. Un día antes de mi coronación,

fuiste llamado por mi esposo. Cuando saliste de la reunión con él, te llevaron al hospital para atenderte de las consecuencias de una paliza. Te repito la pregunta de mi madre. ¿A qué trono eres leal?

—Mi señora, no ocurrió nada en esa reunión. Mi lealtad es con el imperio.

—La mandíbula rota fue un desafortunado accidente al tropezar con una alfombra, ¿verdad? Es lo que dice el informe médico. ¿Crees que puedo perder el tiempo con intrigas cortesanas diseñadas para estúpidos? Contesta de una vez y sin respuestas ambiguas —la voz de Defia era amenazante.

El Hombre evaluó su situación y decidió que la mejor estrategia era descubrir sus cartas.

—Os soy leal a vos —dijo utilizando el tratamiento protocolario de las ceremonias—. Y seré leal a vuestro esposo cuando sea coronado.

—En ese caso, estás bajo mi protección —contestó Defia—. Se crearán dos equipos de investigación paralelos a la comisión oficial. Quiero saber quién está personalmente detrás de la organización de este incidente. Quién fue el que dio las órdenes para que líderes de gremios y cofradías se coordinaran para la reunión en la Plaza de la Lana. De manera independiente, quiero saber quién está detrás de las órdenes de atacar a los manifestantes del modo en que lo han hecho.

—Así se hará, mi señora.

—En efecto, se hará así, pero sin tu intervención —intervino la emperatriz madre.

El Hombre la miró confuso.

—Estas son tus órdenes —retomó Defia—: no harás nada por saber, intervenir o interferir en esas líneas de investigación paralelas. No te darás por enterado, no informarás a Naxo de este asunto y, en caso de recibir algún soplo o algún indicio de lo que se está haciendo, abortarás toda labor de inteligencia en el asunto.

—¡Señora! —el Hombre abandonó el uso del vos ceremonial—. Le quita al servicio de Inteligencia Imperial su función y lo vacía de contenido.

—Te equivocas —contestó Defia—. Estás aquí, en una reunión privada, nada menos que conmigo y con la madre imperial, y te hago partícipe de nuestras operaciones secretas. Te mantengo al margen de esas dos líneas de investigación para protegerte y evitar que seas traicionado por tus agentes. Algunos de ellos podrían facilitar información directamente a mi marido. Resio, la conciencia de Naxo, tiene tu servicio infiltrado a alto nivel. ¿Pensabas que confiaban en ti? Resio no es ningún cretino, confía en ti tanto como yo. Te estoy dando la oportunidad de ganar mi favor. Piénsatelo. Puedes retirarte.

Defia se quedó a solas con su madre y se permitió no disimular el cansancio y la preocupación que la invadían.

—Has llevado bien esta crisis, Defia. Un poco gritona al principio, también es verdad.

Las palabras y el tono de Belsia hicieron reír suavemente a la joven emperatriz. Las líneas de tensión que se habían formado en su cara se suavizaron un poco.

—¿Qué crees que hará el Hombre ahora? —preguntó.

—Es un animal político, por eso ha llegado a ocupar ese puesto. La sorpresa de enterarse de la infiltración ha sido tan grande que un pequeño gesto la ha dejado asomar. Ahora, sabe que estás en control y que no se te escapan los manejos que tienen lugar a tus espaldas. Intentará infiltrar mi servicio personal de inteligencia, pero te respetará y trabajará para ti.

—Bien. Es un avance.

Defia suspiró y se puso en pie.

—Voy a retirarme ahora. Necesito descansar.

Belsia se levantó también y la besó en la mejilla.

—Buenas noches, querida. Este ha sido el primer ataque de importancia. Duerme como si no hubiera ocurrido. Si permites que los asuntos de Estado perturben tu descanso, no tendrás fuerza para enfrentarlos cuando despiertes. Recuerda. Lo último que debes permitir es que la conciencia, las dudas o el miedo compartan tu almohada.

Laídike: Cueta/Shadu descubiertos por Arúa

Cueta estaba dirigiendo las reformas en su palacete de la Ciudad Prohibida acompañada por Arúa.

—Acaba de llegar una representación de la diosa hecha en el siglo VI antes de Hitoi. Estaba en un templo perdido en Bawe, una zona selvática en el nacimiento del gran río blanco. En el pueblo solo viven intocables que no saben apreciar su valor. La he rescatado de ese vertedero para darle un lugar digno. ¿Dónde crees que iría mejor, en la sala privada o en el gran salón del palacete? —preguntó.

Arúa estaba escandalizada, Cueta no estaba interesada en absoluto en la preservación del patrimonio. La estatua en cuestión estaba toscamente labrada en piedra y tenía una gran belleza en su simplicidad. Las formas curvas desproporcionadas del vientre y las caderas, al igual que los larguísimos pechos que caían hasta la mitad del abdomen, hablaban de fecundidad. La pieza era única por el material con el que estaba hecha.

En esa zona del planeta, la producción escultórica se reducía a la talla en madera, un material abundante pero perecedero. No había antigüedades puesto que la mayor parte de las obras no llegaban a superar los veinte o treinta años por el deterioro causado debido al clima y los insectos. Una estatua de piedra en un lugar de culto en uso suponía una pérdida irreparable para ese pueblo que, en pleno siglo XXX, no conocía la rueda de alfarería ni había vuelto a trabajar la piedra.

—Mejor en el salón —continuó sin esperar respuesta—. Así podré explicar que la estatua original ha sido sustituida por una estatua de arcilla cruda hecha por un artesano del pueblo que es hermano de la sacerdotisa. De este modo, se ha mejorado la circulación de dinero en la economía local porque, al coste original, se suma que habrá que pagar regularmente al artesano para reparar las grietas que salgan en la arcilla.

«No solo se apropia del patrimonio de los templos, sino que además hace gala de nepotismo y mal manejo de recursos financieros de la Laídike. ¡Solo la diosa sabe a cuántos está enriqueciendo con este sistema!», pensó Arúa.

Sentía frustración, porque, en los días que llevaba acompañando a Cueta, únicamente podía identificar prácticas de corrupción en el círculo de la suma sacerdotisa que eran comunes a las de la nobleza. Por otro lado, nada indicaba que Cueta tuviera conexión alguna

con los movimientos políticos que amenazaban los planes de la emperatriz.

—Aún no conozco tu residencia, Arúa. Me tienes que invitar un día de estos. Quiero conocerte mejor. Dime, ¿qué cosas desea una joven que, como tú, lo tiene todo?

Arúa comprendió en ese momento por qué le había pedido Cueta que la acompañara esa mañana. Necesitaba hacer despliegue de riqueza e influencia para identificar cuál era el precio de su lealtad. Le estaba enseñando lo que podría conseguir a su lado.

—No me falta nada, excepto una cosa —contestó—: independencia de los hombres de mi familia. No puedo trabajar, como hacen los hombres libres, sin perder mi posición en la corte y, si no tengo ocupación propia de mi rango, me buscarán marido y me tendré que dedicar a ser «esposa de» en vez de vivir una vida con las responsabilidades que yo elija por mí misma.

El mejor engaño era utilizar la verdad para desviar la atención de lo importante o preparar el terreno para una gran mentira. Arúa lo había aprendido instintivamente y siempre le había dado un resultado óptimo.

—Bien, eso es algo que está en mi mano. Para empezar, puedo nombrarte enlace entre los servicios de inteligencia del imperio y la responsable de identificación de amenazas contra la Laídike. El Oficio para la Doctrina del Santo Origen se ocupa de la herejía, la Laídike, la comunidad religiosa de la diosa que engloba a todas las deidades del panteón, es mucho más amplia y, por tanto, las amenazas pueden ser de naturaleza distinta a la teológica. ¿Te parece adecuado para tus capacidades?

—Me parece mucho más que adecuado. Es excelente —contestó Arúa.

—Perfecto. Tengo que atender un pequeño asunto, en cuanto termine, te digo lo que espero de ti. Mientras tanto, disfruta de la decoración del salón, pasea por el jardín o piensa en colores que vendrían bien para las paredes.

Cueta se dirigió a una estancia a la que se accedía por una puerta en el gabinete. Iba pensando en cómo le plantearía a Arúa que tenía que conseguir información de su hermano. Ahora estaba en deuda con ella, aun así, se lo pediría con tiento porque socavar la lealtad de clan era un asunto delicado.

Entró en la pequeña habitación y saludó al hombre que la esperaba pacientemente.

—Buenos días, Shadu.

—Suma sacerdotisa —contestó él sin levantarse de la silla en la que estaba.

Shadu Birost era aparentemente muy delgado. Su hábito de monje negro, el equivalente masculino a la Orden de la Noche, ocultaba músculos de hierro sin un gramo de grasa que pudiera delatar su fuerza abultando la ropa que le cubría. Sus pómulos angulosos se notaban bajo la piel como si estuvieran a punto de atravesarla y daba la impresión de que sus ojos estaban completamente hundidos en las órbitas.

Era desagradable a la vista, lo suficiente como para no querer mirarlo dos veces, pero no tanto como para dejar una impresión permanente en aquellos que lo vieran.

Hacía más de diez años que era la mano invisible de Cueta y ejecutaba las actividades más secretas e inmorales que la auparon hasta su posición actual. Durante su noviciado en los

monjes negros, había aprendido todo lo necesario sobre venenos y había adquirido pequeñas habilidades mágicas para las que no era muy dotado.

—¿Cómo ha ido todo? Cuéntamelo rápido, tengo una invitada a la que no quiero dejar demasiado tiempo sola —ordenó Cueta sentándose frente a él.

—Empezaré por el monasterio. Como me pediste, identifiqué al reclutador principal de eruditos restauracionistas en Brige. Era el *mitre* de mayor reputación. Utilizaba el método de hacer llegar a los alumnos a conclusiones que luego utilizaba para iniciarles en la restauración. Había gastado mis venenos indetectables para ocultar mi identidad, así que mucho me temo que su muerte no ha pasado desapercibida.

—¿Has podido dejar algún activo que nos informe? —preguntó Cueta.

—No.

—¿Cuánto estimas que tardarán en sustituirle?

—Imposible saberlo. Era muy bueno en lo suyo. Una estimación optimista es que tardarán entre tres y cinco años en encontrar a alguien igual de eficaz. En el peor de los casos, ya tienen uno y estaría operativo en uno o dos meses, aunque nunca sería tan bueno.

—¿El segundo asunto? —A Cueta no le gustaba perder el tiempo, podía invertirlo para reclutar o manipular, todo lo demás tenía que ser operativo o eliminado.

—Los Mártires del Cuchillo son la división de avanzada para extender la herejía en dirección a la capital. Filtré desinformación en Mer'r para que causaran una masacre de sacerdotes. El resultado ha sido un éxito.

—Dame detalles.

—El líder de los Mártires ha sido despojado de toda autoridad y el comandante táctico que dirigió el ataque al monasterio ha sido ejecutado por su propia gente. Están desorganizados. No han podido avanzar ni planear avances desde el fracaso de la operación. Tengo dos activos en sus filas, no se conocen entre ellos, la información seguirá fluyendo y será contrastable.

—Magnífico trabajo, Shadu. Vuelve al monasterio y no regreses hasta que reclutes buenos informantes. Quédate en esta habitación hasta que mi invitada y yo hayamos salido del palacete.

Shadu se puso de rodillas para recibir la protección de las potencias divinas e infernales. La suma sacerdotisa tenía poder para hacerle superar el juicio en el tribunal de las almas y gozar de la vida eterna en el paraíso.

Arúa se despegó de la puerta y salió a toda prisa hacia el jardín.

Kulio visita a Naxo

Kulio avanzaba por la gran nave de entrada que se abría magnífica al atravesar la puerta del palacio del emperador en la Ciudad Prohibida. Nunca la arquitectura de ese edificio había conseguido imponerle como ese día. El objetivo de hacer que los visitantes se vieran insignificantes se cumplía con creces. La revuelta había sido un fiasco monumental. También estaba lleno de ira porque, en una parte recóndita de su mente, tenía miedo de que Naxo lo reprendiera a pesar de ser el jefe de la casa Extens a la que él mismo pertenecía. El emperador se había negado a ir a su casa-palacio para hablar del tema cuando le hizo llamar. Por contra, le respondió con una convocatoria a su sala de audiencias como si fuera un suplicante. La vejación lo atormentaba, pero era mucho peor la conciencia de que, con ese gesto, Naxo le anunciaba que los contrapesos de poder se estaban desplazando y podían alterar el reconocimiento de su liderazgo como dígito.

Repasó mentalmente lo ocurrido en las últimas semanas desde la reunión secreta del consejo donde solo estuvieron los dígitos de las grandes casas. Kulio había dado pequeñas piezas de información al emperador, pero no le había incluido en ninguna de las contramedidas que se habían decidido contra los decretos emitidos durante el reinado de la diosa. Siempre se había hecho así con los emperadores, era la mejor forma de las futuras casas reinantes de mantener el control de los todopoderosos regentes del mundo. Para perpetuar el vasallaje de la alta nobleza, los emperadores coronados debían respetar que tuvieran un amplio grado de autonomía. A su vez, los dígitos de las casas a las que pertenecían controlaban el flujo de información que les llegaba desde el poder en la sombra con el fin de mantener la dependencia del emperador y garantizar su aprovechamiento máximo del periodo de regencia de su apellido.

Al fondo de la nave, había dos estatuas gigantescas que custodiaban el túnel de acceso a la sala donde le esperaba Naxo. Kulio lo recorrió con el cuerpo cada vez más pesado y, al llegar al otro lado, encontró que Naxo no estaba sentado en el trono ceremonial, sino en una de las dos cómodas sillas de brazos que había ordenado poner frente a frente con una pequeña mesa ricamente decorada entre ambas. Aun así, Naxo estaba sentado dando la espalda al trono, de modo que, aunque estuviera al mismo nivel que Kulio, la disposición seguía subrayando que era el anciano quien acudía al llamado de su señor. Para demostrar que aún tenía un poder que no se debía despreciar, Kulio tomó asiento antes de ser invitado a hacerlo.

—Te supongo enterado de los detalles de tu revuelta —espetó Naxo sin saludar.

Kulio tuvo el impulso de justificarse, pero lo reprimió. Lo que nunca debía hacer un caudillo de su talla era disculparse. Hacía más de cincuenta años que no había reconocido ni uno solo de sus errores y, sin embargo, Naxo había conseguido concitar en él la necesidad de hacerlo. Con un esfuerzo ímprobo, sustituyó las excusas con una orden.

—Tienes que levantar el confinamiento domiciliario a Córkura. El ministro de Seguridad Ciudadana no puede estar arrestado como si fuera un ladronzuelo y, mucho menos, ser juzgado. Defia está...

Naxo cortó la frase con una palmada en la mesa que resonó en la sala vacía.

—Reuniendo pruebas para demostrar su implicación en el uso desmedido de la fuerza contra los manifestantes —acabó él mismo la frase, casi gritando y avanzando la cara, agresivo —. No pretendas decirme lo que hace mi mujer. La tengo bien vigilada. ¿Cuál es tu temor? ¿Que descubra que eras tú quien daba las órdenes?

Las miradas de ambos se entrelazaron en un duelo de silencio. La figura de Kulio, cubierta con un traje marrón muy oscuro, con tonos oliváceos y decorado con filigranas de hilo del mismo color, se mantuvo marcial, impertérrita, muy erguida. Naxo, sin embargo, le desafiaba inclinado hacia delante. Pasado un breve segundo, se dio cuenta de que su postura le obligaba a mirar a Kulio desde abajo. Reconoció que su temperamento le había llevado a perder el primer movimiento de una danza de voluntades. Se recostó hacia atrás y se forzó a dar una apariencia de tranquilidad, ignorando deliberadamente esa pequeña derrota.

—¿Y bien? —insistió en tener respuesta.

Segunda victoria de Kulio, se reprendió Naxo. No tenía que haber hablado primero. Aun sabiendo que era una táctica que le llevaba a la derrota, no pudo reprimir seguir hablando.

—Aunque hayas sido tú quien diera la orden, cosa que imagino perfectamente, la lealtad de Córkura le hará guardar silencio.

—Córkura Extens —respondió Kulio—. Si es juzgado, la casa del emperador será juzgada junto con él. ¿Hace falta que elabore más?

Naxo recibió la bofetada verbal como si fuera física. Le acababa de tratar de imbécil. Contraatacó dando por cierto que Córkura había recibido orden expresa de Kulio, aunque el intercambio con el dígito no le había dado aún certeza de que así fuera.

—Tu torpeza ha hecho que nuestra casa se vea en esa situación. ¿Has venido a decirme que limpie yo lo que tú has embarrado?

Kulio volvía a estar contra las cuerdas. Tenía que reconducir la situación. Hizo un cálculo rápido y, con una buena dosis de habilidad, podía hacer que la partida quedase en tablas. No le gustó la idea. Decidió dejar esa pelea de gallos apartada como si no hubiera empezado y recuperar a Naxo como parte de su equipo.

—La respuesta de Defia a la revuelta ha sido impropia de una emperatriz en ejercicio del poder. Cualquiera de sus antecesoras habría respaldado a su ministerio en vez de lanzar a su máximo responsable a los leones. Cierto que ha sido inteligente, mucho, hay que asumirlo. En vez del odio del pueblo, se ha ganado un respeto y un agradecimiento que no habría

conseguido en circunstancias normales.

Naxo reconoció que Kulio se había hecho con las riendas del encuentro. Al desplazar la culpa haciéndola recaer en el enemigo común, cortaba el camino de avanzada de Naxo para regañar al niño senil que tenía enfrente. En cambio, se encontró con que Kulio aún tenía mayor dominio que él en los duelos verbales de la corte. Aceptó la vía que le ofrecía Kulio de abandonar la confrontación antes de perder la poca ventaja que le quedaba.

—¡Resio! —llamó—. ¿Qué vías de actuación tenemos?

La conciencia del emperador salió del rincón apartado donde era mudo testigo de la audiencia y se acercó a la mesa. Con una inclinación de cabeza saludó a Kulio.

—La única actuación ventajosa es matar a Córkura —contestó con voz suave.

La sorpresa en los rostros que le miraban era mucho más que evidente. Resio no evitó regodearse con el efecto que había causado.

—Si Córkura se «suicida» —hizo el gesto de comillas con sus dedos para que Naxo le entendiera bien—, evitará que la casa Extens se vea enjuiciada y empañará el aura de magnificencia que la emperatriz ha conseguido. El noble se habrá quitado la vida porque no puede soportar la afrenta de ser tratado como un delincuente, cuando lo que hacía era servir a su señora. El asunto quedará como que la emperatriz ha utilizado a su ministro para acabar violentamente con las críticas a su programa educativo, traicionándole a continuación en beneficio de sus relaciones públicas y ensalzamiento de su imagen. Al menos, eso es lo que los creadores de opinión a sueldo de la casa Extens publicarán. Naturalmente, siempre que esta solución sea de vuestro agrado.

—Encárgate de ello —dijo Naxo.

Volviendo a mirar a Kulio, se atrevió a darle una orden, eso le devolvería la ventaja que había dejado escapar antes.

—El resto de las casas deberá fomentar igualmente la difusión de esa interpretación.

Con un gesto de cabeza y una media sonrisa presuntuosa, dio por terminada la audiencia.

Kulio se puso en pie hirviendo por dentro. Naxo no iba a insultarle de esa forma. Con aire casual, se estiró el traje, compuso el gesto más condescendiente que le permitían los duros rasgos de su cara y se despidió.

—Excelente, muchacho, buen trabajo —dijo, se dio la vuelta y se dirigió calmadamente hacia la salida.

«¡Hijo de la diosa de todas las putas!», pensó Naxo, invadido de nuevo por la ira.

La gran alianza, primer encuentro

Basquio, el sacerdote, junto a Esilo y Suil Hedo se encontraron en una cámara octogonal esperando a ser recibidos por la emperatriz. Suil iba vestido como un sacerdote más, lo que le hacía sentir terriblemente incómodo por la impostura. Él era un combatiente, no un espía ni un mercenario; en su fuero interior, percibía que no portar ropas militares le degradaba definitivamente. La pérdida de su rango en la restauración a la cabeza de los Mártires del Cuchillo no había sido tan patente hasta ese momento.

Los tres tenían el semblante serio, cada uno estaba inmerso en sus propios pensamientos. La reunión que tendrían a continuación eliminaría toda pretensión de no ser restauracionistas. Si se tratase de una trampa, ya habían caído en las fauces del lobo sin escapatoria alguna puesto que la cita no dejaba lugar a dudas de quiénes eran y en nombre de quién estarían hablando.

Datia, la hermana menor de la emperatriz, entró en la sala. Su atuendo gris, sin adornos de ningún tipo, era demasiado serio para una niña de doce años. Su larga melena estaba peinada muy tirante hacia atrás y unas trenzas le rodeaban la cabeza como si fuera una corona.

—Sumo sacerdote, señores —dijo, doblando ligeramente la rodilla frente a Esilo—. Soy Datia, hija imperial. Espero que los dos nuevos invitados hayan tenido buen viaje y ya se estén adaptando a la vida de la corte. —Sonrió ligeramente haciéndoles saber que se trataba de una pequeña ironía—. Sed todos bienvenidos.

Ellos se inclinaron en saludo y agradecimiento por la bienvenida y se dispusieron a seguirla.

Datia se dio media vuelta y entró con ellos por la puerta que había dejado abierta, volviéndola a cerrar cuando hubieron traspasado el umbral.

La estancia era grande, tenía una sola ventana enorme que ocupaba casi todo el ancho de una de las paredes. Los sillares de piedra eran muy oscuros y el suelo completamente negro excepto por la estrella de seis puntas hecha de incrustaciones de ónice en el suelo.

Datia se situó al lado de su hermana Defia que quedó en el centro flanqueada por la pequeña y por su madre. Las tres vestían igual y llevaban el mismo peinado. Obviamente, les estaban transmitiendo el mensaje de ser la representación terrenal de las tres edades de la diosa.

—Bienvenidos —dijo Defia—. Por favor, no perdamos el tiempo con ceremonias. Tomen asiento.

Los tres invitados esperaron un segundo para que fueran las mujeres imperiales quienes se sentaran primero y esperaron a que la emperatriz abriera la conversación para saber el cariz que tomaría la reunión.

—El sumo sacerdote —miró hacia él— me ha informado de quiénes sois. Suil Hedo, excomandante de los Mártires del Cuchillo y delegado de la restauración, y Basquio Rotschna, sacerdote erudito, recientemente reclutado para la restauración en el monasterio de Brige. A nosotras nos conocéis. Sabed que podéis hablar con entera libertad puesto que esta sala es impenetrable para cualquier sistema de espionaje.

Hizo una pausa para asegurarse de que sus palabras habían dejado clara la situación en la que se encontraban.

—No os voy a aburrir con lo que ya sabéis con respecto a la situación del imperio. Las fuerzas de la restauración son más fuertes que nunca. La nobleza y el Oficio para la Doctrina del Santo Origen están conspirando contra el nuevo orden. Ahora es el momento de que conozcáis lo que sucede en el trono. Madre, por favor.

Belsia tomó la palabra.

—Durante generaciones, las emperatrices fueron cediendo poder con el fin de asegurar la expansión del imperio. La teología fue adaptada progresivamente por la casta sacerdotal para consolidar el sistema creado por las casas. Ingenuamente, nuestras predecesoras creyeron que su condición de elegidas para ser vehículo de la divinidad nos daría la posibilidad de retomar el control total y volver al orden natural cuando el tiempo llegara. Desgraciadamente, se equivocaban. La sociedad y la economía han evolucionado moldeadas por las casas al acomodo de su codicia y de su ambición. La vuelta al imperio de la ley y de la justicia ha de ser progresiva y requiere de mucho más que la voluntad del trono. También necesitará de años de preparación para revertir el daño sin causar un mal aún mayor y sumir al imperio en el caos.

—Señoras —empezó a hablar Suil. Aunque esas mujeres representaban todo lo que él había jurado destruir, algo en él, que iba más allá de las órdenes recibidas, le impelía a hablar con el máximo respeto. Dentro de él se libraba una lucha. La puesta en escena de la tríada de la diosa le había impresionado a su pesar, también el hecho de estar cara a cara con la madre imperial y la propia emperatriz le llenaba de estupor por el poder que emanaba de ellas. Tenía que sobreponerse y ser el representante de la restauración con la dignidad y la fuerza que suponían todos los hombres y mujeres en armas dispuestos a dar su vida por el ideal de un mundo mejor según la antigua religión—. Con todos los respetos, durante tres mil años, vuestra dinastía ininterrumpida de emperatrices nos ha ido sometiendo a ignominias crecientes y nos ha subyugado bajo un régimen de terror, tanto por las penas que recaen sobre los restauracionistas capturados por el imperio, como por el miedo constante de la inmensa mayoría de la población de perder los pocos ingresos que les sostienen para morir de hambre y enfermedad como los millones de infelices que carecen del mínimo sustento. Vuestras palabras, madre, dicen que sois inocentes y que vuestro linaje matrilineal es restauracionista como los movimientos de la resistencia. Sin embargo, reconocéis que habéis sido

instrumentales en crear este sistema corrupto y su mantenimiento. El reconocimiento de la culpa no es redención y, mucho menos, una garantía de credibilidad de lo que afirmáis frente a milenios de pruebas en contra.

Esilo estaba demudado. Tantos años infiltrado en la corte y actuando en la sombra no podían ser dejados de lado en un segundo. Su máscara de cortesano había dejado impronta en su personalidad profunda y hablar así a las mujeres imperiales era un sacrilegio para el que no estaba preparado. Su único pensamiento era dar gracias a la diosa porque Defia no portaba el broche de rubí que los reduciría a cenizas como polillas en una hoguera.

—El Comando Conjunto de las Fuerzas de la Restauración ha tomado la decisión de daros el beneficio de la duda y de poner sus recursos para salvaguardar la seguridad de la emperatriz. Pero necesitarán saber qué es lo que creéis que es la restauración y cuál es vuestro concepto de la religión antigua.

—Toda la religión gira en torno a un gran concepto básico: los seres humanos fueron creados diversos, pero no diferentes —contestó Defia—. Cuando se aceptó que se pudiera clasificar a los hombres en castas, el imperio se apartó definitivamente del camino del bien.

Los tres hombres asintieron en silencio. Defia continuó.

—Aun así, necesitaréis algo más para convenceros. La emperatriz Ofiria Ío, once generaciones antes que la mía, se retiró de la vida de la corte durante varios años para meditar y comulgar con los dioses en los templos más importantes del planeta. Fue purificada e iniciada en el templo de Soriris, la diosa de los pactos, en el bosque de tierra. Allí renovó los votos de las mujeres imperiales al servicio de la diosa.

La voz de Defia los fue llevando a un semitrance y las imágenes de la vida de Ofiria se fueron deslizando para contar su historia.

Ofiria caminaba por el bosque. Grandes bloques de ónix de distintas formas canalizaban las corrientes de aire y arrastraban la tierra acumulándola en extrañas siluetas cambiantes. El ónix transmitía el conocimiento de la firmeza de los pactos y la palabra dada; la tierra, siempre empujada en una y otra dirección por los vientos, enseñaba que su cumplimiento requería de adaptación a la mutabilidad de las circunstancias, de la necesidad de adoptar apariencias distintas sin alterar el propósito final.

Se sentó en una de las piedras para meditar contemplando una formación que recordaba a las alas de Soriris. Cuando los rayos del sol alcanzaron la base de las alas, la tierra empezó a hundirse silenciosamente. La apertura que dejó quedó iluminada como un camino y Ofiria se adentró en él bajando a las entrañas de la tierra. Una caverna de cristales, como el interior de una geoda inmensa, multiplicaba la luz y sus brillos haciendo llegar la claridad hasta el último rincón. Hacia el fondo, un pilar completamente transparente emitía un resplandor dorado. Se acercó con reverencia y sobre él encontró un libro encuadernado en oro. Lo abrió y empezó a leer.

Eres mi hija al igual que tus hijas y las hijas de tus hijas hasta la duodécima generación, en

que la diosa ha de morir para regresar al mundo en su verdadera forma. En el camino hacia la rectitud, habéis dado satisfacción al poder tomando desviaciones o atajos según la conveniencia y os habéis perdido.

Busca las profecías condenadas como malditas por los clérigos ciegos de ambición, encuentra mis palabras y recordatorios de la verdad. Doce búsquedas empiezan contigo. Doce muertes de engaños se sucederán de mujer a mujer hasta romper el último molde. Diez vidas volverán a mí antes de desvelar tu secreto a tus tres ejércitos que habrán de fundirse con tres frutos de tu linaje.

La fuerza habrá alcanzado el punto de equilibrio frente a la oscuridad, guárdala y sorprende al enemigo cuando abra las puertas y salga al campo para asestar el golpe de muerte.

El espíritu habrá ocupado uno de los solios sagrados. Una cabeza estará presta, pero su cuerpo estará enfermo; la otra estará inmersa en las tinieblas, pero su noche tendrá luz. Oculta al espíritu a plena vista para que pueda actuar desde el vientre de la bestia. Cuando acabe su labor, lo que está dividido se unirá en ti.

La razón te acompañará. Será un infante débil que deberás nutrir y acompañar en su crecimiento. No lo separes de ti. Él plantará la semilla que devolverá el poder a tus gentes en el futuro que ya no veréis desde la cumbre del imperio.

Empieza ahora tu búsqueda, has dado el primer paso, el siguiente se encuentra en la verdad.

—Este es el libro de Oro que solo han visto las emperatrices y sus hijas hasta hoy —Defia abrió una caja de cedro y entregó el libro a Esilo—. En él, once emperatrices, empezando por Ofiria y terminando con mi madre, han escrito en sus páginas describiendo las búsquedas y sus hallazgos. Diez emperatrices han vuelto al seno de la diosa desde que fue encontrado. Mi madre es la undécima y yo soy el sello de la cadena. Vosotros sois la fuerza, el espíritu y la razón que se han de fundir con nosotras tres. Esilo y Belsia, Suil y Datia, Defia y Basquio. Las seis puntas de esta estrella, las tres manifestaciones de la divinidad, las cabezas de los tres ejércitos ahora completos y unidos en el secreto del libro.

Naxo visita a Defia

El sol estaba en su zenit. Muy pronto empezaría a percibirse el alargamiento indolente de las sombras. Aún faltaban siete horas para que la noche ocupara el lugar que reclamarían para ella las despuntaduras de oscuridad en el territorio de la Ciudad Prohibida.

Tras la reunión de la gran alianza, Defia necesitaba un tiempo a solas para asimilar ese triunfo. Aunque no quería confesárselo a sí misma, estaba alterada. Cada uno de sus pasos suponía la creación de nuevas amenazas. Desde la ventana de su dormitorio, podía contemplar una parte del enorme recinto imperial al que habían diseñado de una forma especialmente apacible gracias a la profusión de jardines. En su flotar ingrávido, los cirros atenuaban la intensidad del sol. Las flores reflejaban luces de color que animaban el paisaje resaltando los contrastes de los distintos tonos de verde.

Tras unos minutos, Defia inspiró profundamente y cerró los ojos apaciguada.

El ruido de la puerta abriéndose de un empujón la asustó. Girándose hacia el estruendo del golpe contra la pared, vio a Naxo ocupando casi todo el ancho del umbral.

Su primer instinto fue pensar que había acaecido alguna desgracia, tal vez incluso una catástrofe. Un microsegundo después, tomó forma la sospecha de que el Hombre la había traicionado.

Naxo entró en el dormitorio. Sus movimientos eran deliberados, como si estuviera reteniendo una fuerza que, sin diques de contención, se expandiría en una onda de destrucción a su paso. Defia se recompuso del sobresalto inicial y esperó a que le hablara.

—Esto no puede seguir así —anunció Naxo.

Aunque Defia supo que la no injerencia de su marido en el reinado de la diosa llegaba a su fin con esa frase de apertura, dejó que le expusiera a qué se refería.

—¿Ha pasado algo grave? —preguntó.

—Han pasado muchas cosas graves y seguirán pasando si me mantienes apartado como hasta ahora. Somos jóvenes y tenemos un largo reinado por delante. No te puedes comportar como si estuvieras sola en el trono porque somos una unidad indisoluble. Si continúas por ese camino, pones en peligro la estabilidad del imperio.

La audiencia con Kulio le había dejado un gusto ingrato de derrota. El consorte segundón necesitaba ser emperador y ocupar la primera línea como le correspondía. Venía a reclamar su derecho de matrimonio.

Defia no entendió los cambios que se percibían en la forma de hablar de Naxo.

Transitaban por la rabia, el razonamiento paternalista, el regaño, la frustración, el compromiso dialogante... Con esos saltos de actitud, parecía ir sorteando los rápidos de un río que se aproxima a una cascada peligrosa. El conjunto denotaba miedo, voluntad y avidez de conquista entremezclados en una sustancia volátil que podía cumplir su función, fuera esta la que fuese, o estallar como un barril de explosivos.

—Bueno, querido —dijo ella—, esa es la gracia del reinado de la diosa. La posibilidad de dar grandes saltos antes de entrar en una larga travesía de estabilidad bajo el pulso firme de un navegante experto.

—Esa no es tu función —contestó él, sombríamente—. Lo puedes decir con toda la ligereza que quieras, pero lo cierto es que estás destruyendo las bases del imperio, pareces un ingeniero que hace caer una torre por incompetencia. Las emperatrices no construyen, decoran.

La puerta del dormitorio seguía abierta de par en par. Defia bajó el volumen de su voz para que los guardias del pasillo no pudieran oír lo que decía.

—El reinado de la diosa es el momento en que la Niña, la Joven y la Vieja ejercen su voluntad por intermediación de la emperatriz. Estos seis meses están fuera del control de los hombres —el tono quedo no restó un ápice a la firmeza de su afirmación. De algún modo, Naxo percibió que había causado enfado y que su esposa le advertía que podían entrar en confrontación abierta.

No le gustó. Ella no era nadie para ponerle en su sitio. Bien al contrario, era él quien tenía la prerrogativa de poner límites a su mujer.

—No te confundas.

Él también bajó el volumen de su voz. Se acercó para que Defia comprendiera no solo lo que decía, sino para que experimentara que había una fuerza física que respaldaba sus palabras.

—Harás lo que yo te diga, cuando te lo diga —prosiguió—. Tu posición es débil. No me has dado hijas todavía. Eso también me debilita a mí. Día que pasa sin heredera para legitimar el trono socava la institución.

Defia le lanzó una mirada furiosa. No podía rebatirle sin descubrir sus planes, lo que le planteaba era cierto en la rígida estructura que se había levantado alrededor de la sucesión; pero eso iba a cambiar y Naxo tenía que permanecer en la ignorancia para que no pudiera impedirlo.

Naxo entendió que había ganado la partida. Confiado, se acercó a ella aún más. Lo que dijo a continuación pretendía ser el golpe de gracia.

—Te has creído que puedes pensar como un hombre. Eso es lo que hace de tu vientre un terreno baldío para que mi semilla te fecunde con una niña. No pienses. Cuando piensas, te apartas del buen camino. Tú no riges el imperio, esa es mi función.

Sin duda, esas frases habían sido un golpe, pero no el que Naxo imaginaba. Defia saltó como un resorte, intentando hacerle daño en la misma medida que él se lo había hecho a ella.

—Eres un botarate —espetó venenosa—. Te han criado con una mentalidad de conquistador trasnochado, pero no queda nada por conquistar, eso ya lo hicimos las emperatrices. Hemos sido nosotras las que hemos unificado la tierra bajo un solo mando, repasa tus lecciones de historia.

Naxo la agarró por el brazo con fuerza y la atrajo hasta tener la cara de Defia a pocos centímetros de la suya.

—Estás pisando un terreno inestable —advirtió en un susurro intimidatorio—. No soy ningún botarate, pero tú sí estás demostrando ser una machorra, incapaz de parir hembras. A las mujeres hay que agarraros por el coño para que hagáis lo que queremos y yo te he dejado demasiada libertad.

Con la intención de unir la palabra a la acción, usó su mano izquierda para levantarle el vestido aumentando la presa que había hecho de su brazo.

El forcejeo que siguió fue violento y silencioso. Los dos habían olvidado a los guardias, pero inconscientemente seguían actuando para confinar la pelea al secreto de esa habitación.

Defia había hurtado el cuerpo a la zarpa que quería violarla y someterla a través de la humillación. Flexionó los dedos sobre sí mismos y dobló la muñeca hacia arriba de modo que su mano derecha expuso hacia delante la base de la palma. Lanzó un golpe hacia la garganta de Naxo con el que le cortaría la respiración. La reacción fue instintiva y él hizo un movimiento de aspa hacia afuera desviando la trayectoria del antebrazo. Inmediatamente, su propia mano volvió hacia delante y agarró la mandíbula de su esposa clavando las falanges en los músculos faciales.

Con la velocidad de un rayo, Defia aprovechó el impulso de giro de su brazo libre llevándolo hacia el centro del pecho y, de nuevo, en sentido ascendente. Con el antebrazo, apartó la mano de Naxo y, siempre con el mismo impulso, se le agarró a la nuca utilizándola como punto de anclaje para aumentar su fuerza y golpearle el abdomen con la rodilla. Por un momento, el impacto expulsó el aire de su cuerpo y le hizo soltar el brazo apresado de Defia. Un dolor intenso se le extendió hacia arriba y hacia la zona lumbar. Con la fluidez de la memoria muscular dejada por los entrenamientos recibidos desde que era niña, unos puñetazos rápidos sucedieron al golpe con la rodilla. Los concentró en los puntos más vulnerables, como los riñones y el hígado, pero la musculatura de Naxo era demasiado fuerte, absorbía con facilidad los impactos sin que estos llegaran a penetrar hasta las vísceras. Únicamente se escuchaban gruñidos y el ruido opaco de los golpes. Naxo, entre excitado y divertido, los encajaba o desviaba según vinieran. Se sentía embriagado por su propia fuerza y su superioridad física.

Esquivando y amagando, avanzó hasta acorralar a Defia entre su propio cuerpo y la cama. En el momento preciso, hizo un movimiento rápido y la tiró sobre el colchón, aplastándola con su peso. Presionó con las caderas y le hizo sentir su pene engrosado de sangre caliente que exigía la escalada del placer. La agarró por las muñecas y le extendió los brazos en forma de cruz clavándolos en la colcha de seda. Acercó la boca hasta el oído mojándolo con el aliento

caliente de la pelea y vertió en él todo el odio que le emponzoñaba desde que se doblegó ante ella en la ceremonia de coronación.

Sus frases fueron guturales y ásperas. No querían herir, sino aniquilar la voluntad de Defia.

—Follarte es como metérsela a un patán insignificante. Un día de estos me voy a tirar a un soldadito para ver si hay mucha diferencia entre tú y un hombre de verdad. Vendré a visitarte más a menudo hasta que me des la hija que espero. Quiero que me esperes bien dispuesta y convenientemente húmeda como es tu obligación.

Un olor pungente de feromonas emanó del cuerpo sudoroso que tenía encima y asaltó el olfato de Defia. Soltó una de sus manos y le arañó el rostro clavándole las uñas tan profundamente como pudo.

Despacio, Naxo le apartó la mano y se levantó. Con una última mirada de victoria, se despidió en tono casual.

—He disfrutado de nuestra pequeña charla. ¡Hasta pronto!

Con un gesto de la mano lanzó un beso, igual que haría un novio juguetón. Terminó de darse la vuelta y salió con paso y sonrisa satisfechos.

Pasados unos segundos, Defia se incorporó en la cama. Muy despacio, se reajustó el vestido mientras lágrimas, no sabía si de impotencia o de rabia, quemaban sus mejillas.

Visión de Sumfold, alianza infernal

Sumfold el Joven, el Piadoso, el Desalmado, eran muchos los epítetos que se sumaban a su nombre según quién hablara. En cualquier caso, Sumfold Sembra estaba en la gran mansión Sembra, símbolo de poder y objeto de todo tipo de rumores respecto a las mazmorras que ocupaban el ala oeste a una profundidad que hacía pensar en los infiernos. Durante generaciones, los dígitos Sembra habían construido su reputación como lugar de tormento inacabable, poblado de fantasmas vengativos que, habiendo muerto por la tortura, se convertían, a su vez, en torturadores.

Uno de sus ancestros había hecho construir una gran capilla en la ampliación del ala norte. Estaba dedicada al demonio de la corrupción, Zuna, representada por un quebrantahuesos. Los frescos de las paredes la dibujaban devorando almas o rompiendo osamentas por placer en su forma de buitre. Como demonio, su forma era la de una mujer con uñas aceradas como garras y rostro distorsionado por el vicio y la malicia. Una puerta oculta llevaba a un oratorio mucho más pequeño que recibía la luz mortecina del norte a través de un complicado sistema de espejos que había sido copiado de las galerías del monasterio de Brige.

Sumfold había entrado para depositar una ofrenda a los pies de los mellizos albinos Laba'a y Bho'ono, dioses del perdón y la sanación espiritual. La perla negra que depositó a los pies de las estatuas sedentes de los hermanos tenía un tamaño inusualmente grande, la esfera casi perfecta reflejaba la luz del oratorio con intensidad, como si fuera uno de los espejos que enviaba el día al interior de la cámara sin ventanas, y la iridiscencia de las capas de nácar eran hipnotizadoras. Era conocida como la perla impar, un ejemplar único en el mundo, que le había costado conseguir diez años de su vida.

Encendió unas varas de incienso y se acomodó en un sillón de piedra blanca tallado en un solo bloque decorado con lacerías y motivos florales. El diseño era de una complicación extraordinaria y el labrado estaba ejecutado con la maestría que solo tres artesanos talladores en la historia del gremio de Awsan habían podido alcanzar. Sus estatuas en la plaza mayor de la ciudad los inmortalizaban en reconocimiento a su arte.

Encendió carbones en un pebetero de bronce esmaltado y dejó caer dentro hojas de laurel de las que salió un humo espeso. Sumfold se sumergió en sus pensamientos para apaciguarlos y disolverlos en la nada hasta que el humo llegara hasta él, lo envolviera y le hiciera el regalo de

la videncia.

Volutas de humo sagrado se introdujeron en las fosas nasales a la búsqueda de las partes de su cerebro capaces de sintonizar con la marea de los tiempos y navegar por ella en sus visiones, manteniéndole a salvo de las alucinaciones y la locura.

La visión en su mente se encendió como una llamarada. Como la primera vez y todas las veces posteriores que se había adentrado en el mundo paralelo, le recibió una estantigua, un ejército de almas en pena reclutadas entre los millones de víctimas que se cobraba el imperio del crimen regido por los Sembra. A la cabeza de esa hueste infernal estaba su hermano Prinux, a quien había asesinado de forma salvaje en su primera y única experiencia con las drogas que traficaba. Hacía tiempo que el espíritu atormentado de Prinux y él habían hecho las paces en el espacio sagrado del oratorio de los mellizos, pero el amor y la fuerza de su hermano apenas bastaban para contener las ansias vengativas de esas ánimas inquietas por las deudas de sangre, acechando en la niebla entre mundos a la espera del momento en que finalmente pudieran cobrarlas.

Invocando la protección de Laba'a y Bho'ono, se entregó a las corrientes del tiempo y el espacio para que se revelara su camino. Los rostros de los espectros y sus cuerpos quebrados se difuminaron. En su lugar, se formaron las columnas de un cenador situado en el centro de un jardín soleado. Antes de ver los rostros, escuchó las voces de un hombre y una mujer que hablaban casi en susurros a pesar de estar solos. Sus formas se fueron materializando y Sumfold reconoció a Naxo y a Cueta.

—Esilo es un pobre imbécil, llegó a sumo sacerdote a lomos de una carrera basada en la virtud. Las órdenes masculinas pensaron que su bondad natural y su carácter pusilánime ayudarían a calmar las tensiones entre ellas. Hay que reconocer que funcionó, porque el miedo a equivocarse le llevó a juicios justos, pero no espero de él que pueda liderar el nuevo orden anunciado por mi esposa.

Naxo tenía marcas frescas de arañazos alrededor de los ojos y en las mejillas. A Sumfold le hizo gracia pensar en qué juego habría inventado con las hetairas para acabar así; luego, se preguntó con compasión qué habría sido de la pobre mujer que no había sabido retraer las zarpas.

—¿Y cómo ve el futuro emperador ese nuevo orden? —inquirió Cueta para ver hasta qué punto Naxo confiaba en ella.

—La diosa agoniza. La dirección que las emperatrices han imprimido al imperio en la sucesión matrilineal nos ha llevado a las puertas del caos y al borde del abismo como anunció la propia diosa en la coronación. Quiero que Rocco Varla y tú escrutéis la voluntad de la Madre, la Doncella y la Hija para reformar el Código de la Doctrina y salvarnos de la destrucción.

—Conozco bien a Varla —contestó Cueta—. Es un misógino y me odia por mi rango en la Laídike. Cree que, porque se cortó los testículos para servir al Oficio, tiene «la mente de un hombre y la astucia de la mujer». No tomaré parte en una reforma doctrinal en la que la diosa

tiene todo que perder y nada que ganar.

Naxo había anticipado reticencia, pero no una oposición inamovible por parte de Cueta. La personalidad de Rocco Varla no le era desconocida, de hecho, contaba con su odio hacia las mujeres para apoyar la descendencia patrilineal en los derechos al Trono de la Humanidad. Sí se le había escapado, sin embargo, que su ambición fuera la de estar por encima de la suma sacerdotisa.

—Necesitamos a Varla para la reforma. No tenemos opción —dijo Naxo—. Pero hay algo que creo que gustará a la diosa. Las órdenes religiosas eligen a su máximo representante de forma independiente. Es una prerrogativa que debería exceptuar al Oficio ya que la Doctrina es el cuerpo legislativo espiritual que emana de la diosa. La suma sacerdotisa debería tener la potestad de elegir al sacerdote inmaculado, ¿no te parece?

—Obviamente la diosa te inspira, Naxo. Claro que Rocco es un hombre relativamente joven, solo tiene sesenta años y aún le quedan otros veinte o treinta a la cabeza del Oficio. No sé si alguien que ha hecho carrera con la estructura actual podrá desempeñar el cargo sin caer en posiciones que bordearán la herejía, por mucho que haya sido él mismo el encargado de redactar los cambios que la diosa nos revelará durante el proceso de reforma.

Naxo no necesitaba que Cueta elaborara esa «preocupación». Rocco era el único dentro de la jerarquía sacerdotal que podía cuestionar a la suma sacerdotisa y tener motivos personales para hacerlo.

—Yo no me preocuparía por eso, mi estimada suma sacerdotisa. Tengo entendido que ni siquiera él sabe que tiene una enfermedad terminal que acabará con su vida a las pocas semanas de haber terminado la reforma. Cambiaré el modo de designación cuando sea el momento de elegir a su sucesor. No queremos que vuelvan a cometer la imprudencia de nombrar a alguien que siga creyendo estar al mismo nivel que los sumos sacerdotes. —Naxo mostró su dentadura perfecta en una sonrisa cruel de connivencia.

—¡Qué terrible contrariedad! ¡Sentiremos esa grandísima pérdida como algo irreparable! Pero alegrémonos por él. Es muy duro enfrentarse a la propia mortalidad, al menos Rocco se evitará ese sufrimiento innecesario.

Sumfold volvió a la conciencia de su cuerpo. Aunque el clima de su capital, Qahir, era cálido por su proximidad al desierto, se había quedado frío en la penumbra del oratorio. Supo que había sido testigo de la conversación, los sueños proféticos tenían una calidad completamente distinta.

A pesar de no ser ajeno al uso del asesinato por parte de todas las grandes casas, le admiró la soltura con la que Naxo se había comprometido a eliminar al sacerdote inmaculado. Era un movimiento audaz equivalente a la planificación de un magnicidio. Su ambición parecía no conformarse con el dominio del mundo. Nadie estaría a salvo con él.

Regreso a Brige, puesta en situación

Shadu llegó al pie de la montaña. Desde allí, un camino estrecho ascendía suavemente hacia el monasterio de Brige. La subida se hacía en once etapas, tantas como años duraba la formación de los eruditos. Cada tramo era más difícil que el anterior, en el último, había que subir sujetándose con manos y pies para no caer al vacío. El esfuerzo físico era brutal, pero en cada lugar de descanso había alimento y calor para recuperar fuerzas. Gracias a su constitución física, Shadu podría hacer el ascenso en solo cuatro días.

Cuando, por fin, llegó a la pequeña puerta del desfiladero que daba entrada al complejo monástico, tomó una inspiración profunda para imbuirse en su papel.

—Hermano portero, mi conocimiento es ilimitado, mi mente no conoce barreras, aun así, mi hambre es insaciable pues no alcanzo la sabiduría —pronunció la fórmula de entrada en una oquedad de la jamba. El sonido se transmitió al otro lado de la puerta y el guardián de Brige respondió a su vez.

—Aquí hay alimento para tu inteligencia y tierra fértil para plantar la semilla del buen juicio, pero no hay saciedad, solo hay aceptación de que el aprendizaje es un camino sin fin. Vuelve atrás, porque no lograrás tu propósito.

Tuvo que ir a la puerta tres veces cada día durante tres días y repetir la fórmula, siempre con el mismo resultado. En la mañana del cuarto día, pronunció las palabras que permitían traspasar el umbral.

—El primer rechazo me enseñó que estoy atado a la tierra y que el amor hace surgir la vida donde solo hay polvo. Luego aprendí que, junto con el agua, tenía los dos elementos de mi cuerpo que me permitían alcanzar el gozo de germinar y crecer. El aire llenó mis pulmones y me mostró que la libertad sin propósito no proporciona la paz.

—Has conocido tu humanidad, puedes volver satisfecho a tu hogar —contestó el portero.

—Por favor, no me rechaces de nuevo. Los rechazos del segundo día me trajeron mayor iluminación. El fuego que me consumía por saber más que ningún ser vivo se calmó cuando aprendí la paciencia y dejó de quemarme para convertirse en luz. Su benignidad me mostró los canales del éter y me hizo trascenderlo. El tiempo pasado frente a la puerta me hizo ver que el conocimiento sin bondad es un instrumento de muerte.

—Has iniciado el camino del espíritu. Sigue tu peregrinaje hacia otro lugar y divulga lo

que ahora sabes pues has abordado el barco de la salvación.

—Dame una última oportunidad, porque pasé la noche en vigilia meditando sobre el espacio que recorría ese barco. Era una extensión agitada por las olas que, como la fe, me hablaban de las certezas en sus crestas para hacerme caer a continuación en las dudas de sus valles. Las caídas y las ascensiones constantes me hicieron aceptar con mansedumbre que ese es el destino del alma hasta desprenderse de deseos y ataduras. Solo me queda una mente virgen que acepta con templanza la imposibilidad de tomar atajos hacia la sabiduría.

—Este es el lugar para las mentes que conocen no estar completas sin el espíritu. Aquí empieza el camino que no tiene fin.

La pequeña puerta se abrió y Shadu se dispuso a reincorporarse a la vida del monasterio. Intentó por todos los medios que no se notara hasta qué punto le molestaba tener que pasar por toda la parafernalia de la espera y las fórmulas para abrir la puerta cada vez que volvía a Brige. Asumía que era el precio que había que pagar, porque el erudito debía vivir el precepto de la humildad y aceptar en la práctica que todo su saber no era más que el primer tramo del aprendizaje infinito. Aun así, le gustaría poder informar a Cueta de sus progresos sin tener que salir y entrar por esa maldita única puerta.

En los días que siguieron, retomó su puesto en las dependencias de servicio de Brige. Los monjes que no tenían cualidades para superar las pruebas como eruditos, pero querían dedicar su vida al conocimiento, podían quedarse como personal de apoyo. Ejecutaban las tareas de limpieza, mantenimiento, cocina, enfermería, intendencia y todo aquello que facilitaba a los estudiantes que pudieran concentrar sus esfuerzos en el aprendizaje. Era perfecto para Shadu, porque algunas tareas requerían salir al mundo y esas eran evitadas por la mayoría del personal de apoyo con tal de no tener que enfrentarse a la exasperación de las esperas para volver a ingresar.

Las labores de servicio le daban acceso a todas las dependencias del monasterio y le permitían participar en las charlas ociosas de los que se entretenían con el comadreo y la maledicencia para pasar el tiempo en que no estaban ocupados.

Se las arregló para que le destinaran a la cocina como primera asignación tras su regreso. Allí se encontró con Catacaldos, de quien, después de más de veinte años entre ollas y hornos, nadie recordaba su nombre real. Tenía la piel brillante del sudor causado por el calor de los fogones y venillas en la nariz por los litros de agua mezclada generosamente con vino que tragaba glotonamente para rehidratarse. Sus ojillos medio ocultos por pliegues de grasa tenían una luz viva, aunque ligeramente achispada, y siempre estaba dispuesto a reír y bromear con quien tuviera disposición para hacerlo.

Shadu asumió su personaje más opuesto a su propia personalidad. Con un talante dicharachero que le repugnaba fingir, fue a abrazar a Catacaldos como si fuera la mayor alegría de su miserable existencia.

—¡Catacaldos, cómo te he echado de menos!

—¡Que los psicopompos se apiaden de mi alma! ¿Dónde te has metido todo este tiempo,

tirillas? —preguntó envolviendo a Shadu con los innumerables pliegues de carne que formaban su cuerpo.

—Ya sabes que soy Lecru, el idiota que tiene que salir y volver a hacer la ascensión para los asuntos más estúpidos de Brige. Un día de estos, voy a decir que la artrosis de las rodillas ya no me permite subir la montaña.

Catacaldos lanzó una carcajada como un rugido. Se veía a la legua que Lecru, su tirillas favorito, tenía las piernas más fuertes de todo el monasterio.

—¿Cómo han ido las cosas desde la muerte de Ha'rij? —preguntó.

—El asesinato, querrás decir.

Shadu asintió con gesto compungido.

—Su puesto lo ha tomado el mezquino de Atias. Siguiendo la tradición, tiene a los estudiantes de undécimo año revisando las profecías de santa Utaria para demostrar que no se han cumplido y analizar por qué se la sigue llamando santa a pesar de eso. —Volvió a reír con ganas, era una lección que se daba el primer año y se repetía paso por paso en el undécimo—. Se supone que es una lección de humildad, pero Atias lo está poniendo tan difícil que, en realidad, parece buscar infligir una humillación a la arrogancia de los eruditos en ciernes. Algo muy acorde con su carácter miserable.

Shadu le acompañó en esas risotadas tontas y esperó pacientemente a que le diera más detalles. Afortunadamente, Catacaldos sufría de verbosidad excesiva y no había que extraerle la información con pinzas. Shadu le escuchaba de una oreja para atender solo a lo relevante sin saturarse con detalles y anécdotas que daban sentido a las vidas insulsas en lo alto de las montañas.

—...Y, entonces, a ese pajillero no se le ocurrió otra cosa que... ¡Pues no te digo! Parecía que hubiera muerto el sumo sacerdote, que la diosa proteja y guarde muchos años... Para ese momento, habían terminado de revisar hasta el último rincón y...

Las frases más o menos inconexas se sucedían sin tregua mientras movía cacerolas, cortaba hortalizas y daba el punto de sal a los guisos.

A Shadu le dolían los músculos faciales de sonreír durante horas y la cabeza le estallaba por la cháchara incesante, pero había valido la pena.

Mitre Rackhal era viejo y enjuto. Caminaba con un bastón en el que apenas se apoyaba porque su cuerpo era ágil a pesar de la edad y la delgadez extrema. Los estudiantes decían que se podía decir si se acercaba gracias al ruido de sus huesos chocando entre sí al caminar. Tenía una mirada bondadosa y unas maneras suaves. Todos lo consideraban con un padre o un abuelo benevolente al que podían recurrir con cualquier duda o necesidad. En privado, durante sus despachos con Trocon, el abad, o con sus acólitos de confianza dejaba a un lado sus maneras de anciano encantador para mostrar su verdadera personalidad. No había mejor jefe de seguridad para el monasterio. Su amabilidad se convertía en unas buenas maneras frías y distantes, los castigos que imponía eran temidos porque golpeaban en los sentimientos más profundos y las inseguridades no resueltas de aquellos que fallaban bajo su mando. Golpeó

suavemente la puerta de la celda y esperó que se abriera.

—¡*Mitre* Rackhal! Buenas noches —dijo Shadu con voz melosa—. Me disponía a hacer mi meditación kammalet para dar el día por terminado. ¿Le gustaría acompañarme?

Shadu odiaba al viejo, no sabía cómo, pero siempre estaba en los lugares más inoportunos. Era uno de esos cargos inútiles que supuestamente habían sido creados para hacer que la vida del monasterio transcurriera en un ambiente de hermandad y armonía. Siempre solícito y amable, a Shadu le ponía la carne de gallina y le despertaba una agresividad irracional. Un día lo mataría con uno de sus venenos indetectables simplemente para no tener que soportar su existencia plácida y estúpida.

—Gracias, Lecru, hijo mío. Solo he venido para ver cómo estás y qué tal te ha ido en el exterior. En ocasiones pienso cómo será ahora el mundo, después de tantos años de encierro, y me gusta verlo a través de los ojos de los retornantes.

—Nada nuevo bajo el sol, *mitre* —la respuesta sonó mucho más fría y cortante de lo que pretendía.

—Oh, perdóname, veo que he venido en mal momento y te molesto. ¿Querrías dar un paseo conmigo mañana y contarme tus aventuras? Además, esa respuesta tuya me dice que necesitas sacar algo que pesa en tu corazón. Estoy aquí para poner el bálsamo de la empatía en las heridas de los hermanos. ¡A las ocho, después del desayuno, nos vemos en la puerta pequeña!

Sin dar oportunidad a que Shadu contestara, Rackhal se dio media vuelta y se alejó canturreando un himno a la diosa de los sueños y el reposo. Shadu hizo un esfuerzo sobrehumano y cerró suavemente la puerta de su celda en vez de estamparla como le pedían las tripas.

Se sentó en el borde del camastro y cerró los ojos. Respirando para calmarse, recitó los atributos de Karrte y recuperó el foco para centrarse en los acontecimientos del día.

El asesinato de Ha'rij se había considerado como un ataque abierto a Brige y el monasterio estaba en pie de guerra. Un pequeño ejército de sacerdotisas de la noche había residido en la montaña durante una semana urdiendo una red de encantamientos y hechizos protectores. Los mejores analistas políticos estaban examinando minuciosamente todos los datos disponibles para identificar la fuente del ataque. De momento, se había filtrado que había dos casas descartadas y, con ellas, el espacio geográfico se había reducido sensiblemente. Se había rebajado la vigilancia de los estudiantes y el personal que venían de esas casas o esas regiones, lo que permitía un escrutinio más intenso de los que quedaban como sospechosos.

Shadu lamentó no haber mentido sobre su origen. Un buen infiltrado necesitaba elementos de la realidad para hacer más creíble su personaje y él había considerado que provenir de Baetal no era un elemento de riesgo para su disfraz. Tampoco conocía las protecciones específicas que habían desplegado las sacerdotisas. Podían ir desde cerrojos místicos para impedir el acceso a zonas restringidas a hechizos reveladores de deseos ocultos.

Descartó esa última posibilidad, porque las alarmas no parecían haberse disparado cuando

atravesó la puerta. Aun así, debería planificar muy bien sus pasos y los asesinatos selectivos que tuviera que llevar a cabo.

Tras los funerales, Trocon había dado prueba de su capacidad como abad. Tomó decisiones rápidas, contundentes y bien orquestadas para identificar la amenaza y defender su pequeño reino. La gran pregunta era cómo pensaba pasar a la ofensiva. De momento, aún tardarían en exculpar a todos y cada uno de los *mitres*. Había una cifra oficial de maestros, siete mil *mitres* habían alcanzado esa dignidad según los datos públicos, pero Shadu sospechaba que el número podía ascender hasta nueve mil. Los datos de intendencia para mantener a residentes y visitantes reflejaban una población permanente de más de cien mil personas. Se ocultaban la identidad y la ocupación de todo un ejército de efectivos que podían dedicarse a gestión del monasterio o a influir en asuntos de Estado.

Catacaldos le había puesto bien al día de esos asuntos, ahora necesitaba establecer sus prioridades, definir una estrategia adecuada a la nueva situación y recabar más información que le permitiera identificar sus objetivos y eliminarlos sin ser interceptado cuando llegara el momento de huir.

Un cierto desánimo se infiltró en sus pensamientos, pero acarició el lugar donde escondía sus instrumentos de muerte y recuperó la confianza.

Shadu durmió aquella noche igual de profundamente que las de la casi totalidad de su vida, con la conciencia perfectamente tranquila de un auténtico psicópata.

Misión de Suil y Datia. Inicio del camino

Suil y Datia fueron al encuentro de Olan el Guapo. Los tiempos en los que un miembro de la familia enemiga quedaba como invitado forzoso en casa de su rival para garantizar los pactos de no agresión eran historia desde hacía muchos siglos. Aun así, Defia quería dar una muestra de confianza enviando a su hermana a conocer al comandante de los Mártires, también quería que se familiarizara con las estructuras y tácticas de la guerrilla. Era conveniente tener un conocimiento directo de las habilidades y debilidades del aliado. Datia era perfecta para esa posición. Una criatura impúber no suponía una amenaza y se podría mezclar no solo con los mandos, sino también con las tropas con facilidad. Como todas las hijas de emperatriz, el hecho de ser una niña no impedía que hubiera recibido instrucción militar, primero como juego y, en cuanto tuvo una capacidad de comprensión mayor, como disciplina.

Suil seguía vestido como sacerdote y Datia lo acompañaba como novicia. Habían decidido ir a pie. Olan se encontraba a solo cuatro días de camino y desplazarse como peregrinos o penitentes ayudaba a pasar desapercibidos.

Suil había previsto jornadas de marcha de diez kilómetros al día para no agotar por completo a Datia. Para él, se trataba más de un paseo que de una marcha, acostumbrado como estaba a acciones de guerrilla que requerían caminar grandes distancias en el menor tiempo posible y cargados con equipamiento. De todas formas, al finalizar el primer día, las tiras de las sandalias habían mordido en su piel y cada paso le causaba dolor en las rozaduras. Un sacerdote experimentado nunca habría salido en un desplazamiento a pie con sandalias nuevas y Suil se sintió un poco torpe por no haberlo previsto, pensaba que el paso tranquilo que llevarían sería insuficiente para causar daño alguno.

Quedaban solo un par de kilómetros para acabar la primera etapa. Durante el camino, habían hablado muy poco, Suil no quería que Datia se quedara sin aliento y no pudiera completar la distancia prevista porque un acto de amabilidad se hubiera convertido en una carga adicional para la niña.

Sin embargo, ella parecía estar perfectamente bien, incluso parecía tener energía para seguir caminando otros diez kilómetros más. Como iban a pie, se desplazaban por caminos de tierra paralelos a la ruta principal. Otra ventaja para mantenerse alejados de puntos de control aleatorios.

—¿Cuánto tiempo llevas en la lucha armada de la restauración? —preguntó Datia. Durante el día disfrutó del camino como si fuera una excursión. Suil era amable, aunque poco comunicativo. Después de esas horas juntos, creyó que ya se había establecido un vínculo suficiente como para dar el siguiente paso. Prefirió utilizar preguntas directas en vez de establecer una conversación más larga que, eventualmente, no la llevaría a las respuestas que buscaba.

Suil tardó en contestar. En su mundo, no existían las preguntas inocentes y, mucho menos, si esas preguntas venían de un miembro de la familia imperial. Decidió que esa contestación no tendría ramificaciones potencialmente peligrosas como dar información que permitiera localizar su lugar de origen y a las personas queridas que había dejado atrás.

—Treinta y cinco años. Tenía quince cuando me uní al primer campamento para iniciar la instrucción en el manejo de armas.

—¡Dioses! Tienes cincuenta años. ¿No eres demasiado viejo para esta ocupación?

Suil se volvió hacia ella como si le hubiera mordido una víbora. Ese comentario le había hecho un poquito de daño a su autoestima.

Datia le miraba con la risa bailando en sus ojos y, al ver su expresión, soltó una carcajada alegre y despreocupada. Suil la acompañó en su risa al darse cuenta de que esa pequeña le acababa de gastar una broma.

—Veo que este viaje me va a causar más de una preocupación —dijo divertido—. Descubrió que una simpatía profunda se acababa de hacer consciente. En su momento, había decidido no tener hijos. No quería que la responsabilidad le impidiera participar en misiones arriesgadas. No se arrepentía de su decisión, pero sí le gustaban los niños. Datia era inteligente y despierta, pero también mantenía un aura de inocencia a pesar de la educación recibida para poder vivir en la corte sin cometer errores diplomáticos, eso le había hecho que le gustara inmediatamente. Ahora se sumaba que también era una niña juguetona.

«Cuando acaben estos cuatro días, querré que hubiera sido mi hija —pensó—. Defia ha acertado asignándome compañera».

—Ahora te toca contestar a ti. ¿Eres Datia de verdad o eres una enana adulta que se hace pasar por ella?

Datia redobló sus carcajadas. Halago por halago, Suil había alabado su madurez y ella le correspondía celebrando su chiste.

Siguieron gastándose bromas insustanciales que les hacían gracia de verdad durante el resto del camino. Cuando llegaron al alojamiento rural más próximo a la capital para cenar y pasar la noche, habían establecido ya un vínculo.

El alojamiento estaba decorado como las posadas de la antigüedad, aunque las camas y los baños reunían todas las comodidades que se podían desear en un ambiente rústico. Suil pidió dos habitaciones contiguas con puerta de comunicación. Se separaron para asearse y volvieron a encontrarse para la cena.

La posadera era una mujer de la edad de Suil, bien conservada, con el pelo teñido de un

rubio pajizo que no la favorecía en absoluto, el pecho breve y las caderas tremendamente generosas.

Mientras les servía, los miraba con suspicacia. No le gustaba nada que un sacerdote estuviera de viaje con una niña. Las historias que se escuchaban no permitían pensar nada bueno. Además, era terriblemente sospechoso que se alojaran en un sitio como su posada, seguramente el precio estaba por encima de lo que un religioso en peregrinación se podía permitir. Seguro que estaba intentando impresionar a la niña para que fuera más manejable.

Los dos eran conscientes de las miradas de la posadera. El tono brusco que utilizaba con Suil y la condescendencia dulzona y pegajosa que envolvía sus palabras y sus gestos dirigidos a Datia eran más que suficientes para empezar a preocuparse seriamente.

—Papá —dijo ella dirigiéndose a Suil cuando la posadera recogía los platos—, ¿me dejas tomar postre?

—Has caminado como una campeona, sin una sola queja. Me atrevería a decir que la diosa no me perdonaría si te dijera que no —contestó él con un tono de seriedad fingida—. ¿Qué tiene de especial para la que será la suma sacerdotisa más inteligente y respetada de la historia? —preguntó con tono solemne a la posadera.

La posadera respondió con un evidente alivio en la voz.

—Pastel de almendra, pestiños y arroz con leche. Cariño, te recomiendo el arroz, la receta me la dio mi abuela y ha pasado de generación en generación desde siempre. Lo he hecho yo con mis propias manos y te va a encantar.

—Arroz con leche para mí. Papá, pídete tú unos pestiños y me das un trocito. Anda, por favor...

—Bueno, pero me tendrás que ayudar más que con un trocito. Los sacerdotes gordos no están bien vistos —contestó Suil guiñando un ojo ostensiblemente mientras se acariciaba el vientre como si tuviera una enorme barriga.

—Un arroz y unos pestiños, eso está hecho —dijo la posadera, al girarse para ir a la cocina, le dio un par de palmaditas a Suil en el hombro. Era evidente que se había tragado la estratagema de Datia y todas sus reticencias habían desaparecido.

Se fueron a descansar temprano, se levantarían al alba y convenía mantener las fuerzas desde el principio. Al darse las buenas noches, Suil le dijo a Datia:

—Te voy a ser completamente sincero. Me asusta que pases la noche sola estando bajo mi responsabilidad. ¿Te molesta si dejamos la puerta de comunicación entornada? Así puedo despertarme y ocuparme de ti rápidamente si necesitas algo o hubiera algún peligro.

Rocco Varla

Rocco Varla se apretó el cilicio que rodeaba su cintura hasta hacer brotar unas gotas de sangre. Cada respiración clavaba más profundamente las púas en sus carnes causando un éxtasis de dolor. En su humildad sin parangón, sabía que no había nadie en el imperio que le superase en piedad y sacrificio. Desde su cuna de hijo ilegítimo de Centio Gravia, predecesor de Órtigen como jefe de casa, su madre Hibila, de la nobleza menor, le había adoctrinado concienzudamente para que hiciera carrera en la Laídike. Los castigos corporales, la abstinencia de todo lo que le pudiera proporcionar placer como los juegos o las golosinas, fueron forjando su carácter zelote.

Su primera iluminación supuso un día de gozo profundo en su alma. Estaba cerca de cumplir los trece años y, aunque no le habían descendido aún los testículos, una criada que buscaba mejorar su posición le hizo caricias indecentes mientras le musitaba al oído que ella sería la madre de su primer hijo, igual que él había sido el primogénito del dígito Gravia por lo que estaba destinado a ser el más grande de la casa Varla. En ese mismo momento, se dio cuenta de que su propia madre era una «zorra intocable» como ella misma definía a las nobles que, sin estar casadas, se entregaban a ese misterioso pecado llamado lujuria.

El odio y el amor que sentía por Hibila cobraron entonces sentido. La amaba sin límites por mostrarle el camino recto de la salvación y, ahora, también podía odiarla libremente por su falta de castidad, su debilidad y su indecorosa conducta que había traído deshonor a su familia. Ella le había enseñado el uso del cilicio. De hecho, Hibila siempre vestía de blanco para que se vieran las manchas de sangre que se extendían por las mangas de sus vestidos a lo largo del día. Los envidiosos la llamaban Hibila la Sangrante, pero él sabía que era necesaria su expiación pública. Las burlas y el desprecio eran parte del coste de limpiar su impiedad.

Durante el último milenio, solo los miembros de la casa Gravia habían podido ocupar el puesto de sacerdote inmaculado del Oficio. Su sangre Gravia y la autocastración al fin de la pubertad le abrieron las puertas de la orden. Su inflexibilidad y fanatismo le facilitaron el ascenso hasta llegar a dirigir la organización.

El futuro emperador le había asignado la tarea más difícil y delicada que se podía imponer a la orden. Una reforma teológica del calado que proponía sería un abismo al infierno o un ascenso a los cielos con exención de pasar por el tribunal de las almas.

Durante sus años de juventud, había tenido sueños recurrentes de los que se despertaba asustado y sudoroso. En ellos, el gigante Omfal le tomaba entre sus brazos poderosos y le

transmitía su virilidad y su hombría bañándole la cara con su semilla divina, que él recogía con los dedos y lamía ávidamente. Cada vez que sucedía, sometía su cuerpo a ayunos y penitencias salvajes. Tras su conversación con Naxo, se dio cuenta de que sus sueños no eran la perversión innombrable que debía permanecer encerrada en un armario oscuro y secreto custodiado por las potencias divinas más temibles; dioses y demonios que lo aplastarían con el peso de las montañas en caso de asomar la cabeza. Muy al contrario, eran auténticas visitaciones del gigante que le transmitían por esa vía la fuerza vital de la creación a la que había renunciado con un movimiento de daga afilada. Eso explicaba la sensación de gozo y plenitud con la que se despertaba y luego reprimía con castigos que le reportaban nuevas inundaciones de placer, llevándole a un círculo interminable de excitación culpable y dolor exquisito.

En efecto, Naxo había tenido una revelación y la había sometido a su juicio como correspondía en materia de fe y doctrina. El gigante Omfal era no solo de carácter divino, sino que era en realidad el padre de la humanidad y el poder imperial debía reflejarlo en el mundo material. Se preguntó cómo podía haber estado tan ciego a esa verdad fundamental y, naturalmente, llegó a la conclusión de que había sido Hibila quien, transfiriendo su culpa lujuriosa al hombre inocente, le había hecho creer que hombres y mujeres eran igualmente bestias irracionales dominadas por las hormonas.

Sintió que la verdad le hacía libre y, con un movimiento diestro fruto de años de práctica, aflojó el cilicio pronunciando una plegaria de agradecimiento por su ayuda en hacerle avanzar hacia una comprensión más profunda del inescrutable mundo de los dioses.

Kundal y el cartapacio

Trocon entró en la gran sala de la biblioteca y observó los miles de estantes que contenían el saber universal. Las verdades y falsedades de la historia se encontraban allí, las fábulas y los textos sagrados contaban sus historias a quienes quisieran navegar por sus metáforas y descripciones. Se paró a observar a los estudiosos en sus pupitres y compadeció a los que no habían aprendido que el saber por sí mismo no los hacía diferentes a los propios libros. Los *mitres* de esas características eran destinados a la formación de los postulantes de primer año. Las materias que estaban llenas de joyas de sabiduría eran convertidas por su falta de visión en mortales horas de estudio y memorización sin propósito aparente. Eso servía para desmoralizar y desprenderse tempranamente de un setenta por ciento de los nuevos que, de todas formas, nunca llegarían a completar los once niveles de ascenso para convertirse en eruditos. Brige buscaba a aquellos que convertían el conocimiento en reflexión y la reflexión en acción. A lo largo de los años, sus espíritus inquisitivos y su capacidad propositiva se irían desvelando para que los *mitres* más capacitados moldearan sus mentes y les ofrecieran las herramientas para destacar en las especialidades para las que mostraban mayor disposición.

Volvió hacia el fondo de la sala de lectura y giró a la izquierda adentrándose entre filas de libros y legajos. En uno de los pasillos que se abrían a los lados, presionó una moldura que abrió el panel del muro que tenía enfrente. Entró por allí. Cerrando a sus espaldas, fue hacia su mesa en el refectorio común. El pequeño pasaje le servía para evitar una caminata de dos kilómetros de un sitio a otro. La sala general para las comidas era enorme y era una de las pocas que tenían luz natural. Toda la pared era un ventanal que aislaba del frío exterior y permitía unas vistas inigualables de la cordillera del sur y sus glaciares. No había restricciones para comer allí, estudiantes de primer grado se mezclaban con los *mitres* más eminentes. Para los que querían un lugar menos masificado, existían comedores específicos para estudiantes de cada año y *mitres* de cada especialidad. Cuando el abad se sentaba a su mesa en el refectorio, invitaba tácitamente a que cualquiera, fuese cual fuese su posición en el monasterio, se sentara a comer con él sin cita previa.

Casi no le había dado tiempo a retirar su propia silla, un hombre joven, de rasgos vulgares y mirada inteligente estaba en pie frente a él con la mano dispuesta a agarrar el respaldo de la silla que tenía a su lado.

—¿Me permite compartir la comida con usted, abad, por favor? —dijo el joven que debía estar en segundo o tercer año a juzgar por la edad que aparentaba.

—¡Por supuesto! —contestó Trocon sentándose—. ¿Cómo te llamas y quién eres?

—Me llamo Kundal, soy de la región de Murkald, bajo el yugo de la casa Gravia y estoy en mi quinto año. Mi tutor es *mitre* Zafren.

Trocon le miró sin contestar, animándolo a seguir. Nadie en su sano juicio se atrevería a acusar a una casa de oprimir las regiones bajo su mando, mucho menos, tratándose de la casa Gravia y hablando con un alto dignatario de la Laídike como el abad de Brige. Se preguntó si el asesino se acababa de sentar a su mesa sin el menor rebozo.

—He esperado muchos meses a tener esta oportunidad, siempre había alguien que se me adelantaba a tomar la silla. —Sonrió con inocencia, Trocon seguía sin decir palabra, mirándole a los ojos con amabilidad y curiosidad.

Kundal hurgó entre sus bolsillos y extrajo un pequeñísimo cartapacio que acercó hacia la mano de Trocon deslizándolo sobre la mesa. No era extraño que un estudiante le diera su trabajo de investigación intentando saltar de ese modo la desaprobación de su tutor. Trocon se sintió decepcionado, pero decidió seguir el juego.

—¿Qué hay dentro que es tan importante como para hacérmelo llegar directamente? —preguntó.

—Si se lo digo, no llegará a abrirlo. —La sonrisa infantil se expandió por toda su cara—. Solo le diré que he trabajado mucho durante estos cinco años, pero lo que hay ahí dentro no es fruto del trabajo, sino de la casualidad. Por favor, mírelo y deme la oportunidad de tener una sesión de trabajo con usted si le interesa lo que vea. No pido más.

A Trocon le divirtió esa proposición. No le había llevado ni un minuto descartar al joven estudioso como sospechoso de ser el asesino. El muchacho le gustaba, había sabido despertar su curiosidad y parecía tener unas dotes de negociador bastante desarrolladas. Intuición o preparación, había dado con la clave para que no se olvidara de él sin más preámbulos al finalizar la comida.

Acabado el postre, se dirigió hacia su sala de trabajo, pidió a su secretario personal que le hiciera llegar un informe sobre Kundal y abrió el pequeño estuche de cartón que le había dado. Dentro, encontró un cristal de almacenamiento de datos. Lo introdujo en su lector y una representación holográfica densa en forma de grueso infolio se abrió sobre su mesa.

A Trocon le gustaba tocar los documentos y leerlos como si fueran papel. Desgraciadamente, la tecnología no había conseguido reproducir la textura y aún menos el olor a tinta, pero era mucho más agradable que leer en pantalla. Si ese trabajo que tenía delante había sido empezado cinco años atrás, quería decir que hundía sus raíces en las enseñanzas ocultas a la vista de todos y que eran transmitidas en tradiciones orales de generación en generación.

Durante el resto del día, estuvo analizando la información y cotejando fuentes.

Shadu había perdido toda la mañana por culpa de *mitre* Rackhal. El viejo chocho le había preguntado por cada detalle de las vestimentas de moda en la corte y las más mínimas minucias sobre sus gestiones para el monasterio. Estuvo tentado de preguntarle al *mitre* si no

había alguna terapia ocupacional para los eruditos que daban signos de debilidad mental, de modo que tuvieran vida propia y dejasen al mundo a su alrededor vivir en paz. Afortunadamente, la tarde había sido fructífera.

Tenía identificado a su objetivo desde hacía años, pero, hasta el momento, no valía la pena arriesgarse a perder el anonimato. *Mitre* Berog era uno de los compañeros preferidos de Ha'rij. Si alguien tenía información valiosa, ese era él.

Solía retirarse a meditar a media tarde, justo después de la última lección de la jornada. Shadu llamó suavemente a la puerta de su celda y se hizo invitar a entrar. Cuando la puerta estuvo cerrada a sus espaldas, puso un pañuelo con narcótico sobre la nariz y la boca de Berog. Al despertar, el *mitre* estaba atado de pies y manos, tumbado desnudo boca arriba en su camastro, con los brazos y las piernas en forma de aspa.

Shadu lo miraba a los ojos, muy de cerca, y le habló en un susurro.

—Puedes gritar tanto como quieras, hay un pequeño hechizo de silencio que cubre la puerta y el respiradero de ventilación. Nadie, salvo yo, puede oírte.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó Berog con todas sus fuerzas y siguió gritando hasta quedarse ronco mientras Shadu jugueteaba con una cuchilla entre sus dedos y esperaba pacientemente a que se cansara; una sonrisa torcida en los labios se acentuaba a medida que crecía la desesperación de su víctima.

Cuando por fin cesaron los gritos, acercó la cuchilla al ombligo de Berog y la apoyó con fuerza suficiente para hacer un pequeño corte que se profundizó con la propia tensión de la piel y los músculos bajo el filo. El dolor del corte era intenso y desagradable, sintió que la piel se abría y quemaba al mismo tiempo.

—Quiero que me cuentes todo sobre tu difunto novio —dijo Shadu—. Si lo que me dices suena a mentira, la cuchilla entrará a más profundidad y empezará a deslizarse hacia abajo. Yo, en tu lugar, pensaría muy bien lo que quiero decir y cómo, porque la integridad de tu cuerpo está en juego. Creo que las cicatrices de los eunucos tardan en sanar.

—No sé de quién me hablas. No tengo novio, no lo he tenido nunca —su propio grito interrumpió su protesta cuando la cuchilla empezó a avanzar a lo largo de su bajo vientre con una determinación lenta.

—¡No es mi novio, no es mi novio! ¡Solo consolamos nuestra soledad un par de veces, pero no nos entendíamos en la cama y lo dejamos! —El movimiento de la cuchilla se detuvo y una mirada divertida iluminó los ojos de Shadu.

—Vaya, vaya, eso no me lo esperaba. ¿Quién dices que te ofrecía consuelo? —preguntó con curiosidad.

—Qo'ol, el estudiante de undécimo. Qo'ol Uxeyess.

Shadu lo había visto un par de veces, un joven que practicaba mucho deporte.

—Hmmm, parece que te gustan los chicos músculos, pero no estoy interesado de verdad en tus historias de pervertido. Yo te pregunto por tu otro novio, Ha'rij. Tu amor restauracionista.

A partir de ese momento, el interrogatorio se tuvo que volver mucho más duro. Cuando terminó con Berog, solo quedaba un montón de carne sanguinolenta que respiraba con dificultad. Extrajo un ácido selectivo de un bolsillo interior. Se calzó unos guantes y vertió unas gotas sobre el cuerpo agonizante. El ácido se nutría de células vivas. Cuando terminó de quemar los tejidos y la sangre, el ácido quedó inerte. Satisfecho con el resultado, Shadu regresó a su propia celda.

Los debates teológicos e históricos que llevaban a conclusiones restauracionistas se habían ampliado a los estudiantes de noveno y décimo año. Ha´rij no había sido el único reclutador, solo el más destacado de un grupo preocupantemente alto de *mitres*. La infestación ideológica tenía una dimensión que no había podido ser desenmascarada hasta ese momento. La muerte de Ha´rij no había causado impacto en el reclutamiento, pero había servido para desenterrar el secreto de Brige.

El abad era la cabeza de todo, no solo la del monasterio, sino la de los relapsos. El Comando Conjunto de la Restauración respondía ante Trocon como líder del movimiento.

Shadu reflexionó largamente. La información era de tanta importancia que debería salir a toda prisa y volver a Cueta, pero, si lo hacía, quemaría su identidad como Lecru y no podría volver.

Matar a Trocon era una misión evidente. Sin embargo, era absurdo asumir que no sería sustituido de forma inmediata. Había que eliminarlo a él y a cualquiera que pudiese asumir sus funciones. El plan de ataque, fuera el que fuera, habría de ser fulminante y asestar un golpe a los relapsos del que no se pudieran recuperar.

Shab anuncia a Esla su partida

Esla Eru contempló el rostro del barón Wuul que dormía plácidamente. Dentro de la normalidad más absoluta de sus facciones, para ella, eran la representación física del conjunto de rasgos más hermosos que se podían encontrar en un hombre. Su natural alegre, su bondad innata y su inteligencia destacada le hacían el compañero ideal en cualquier circunstancia. Ya fuera dando un paseo por el bosque de Baetal, en una fiesta o en la intimidad de la casa de Esla, se complementaban perfectamente compartiendo entretenimiento, conversaciones profundas y descubrimientos asombrosos de sus propios cuerpos, de la vida y sus misterios.

Se levantó y se puso algo de ropa. Salió silenciosamente de la habitación para encontrarse con su hermano Shab como habían acordado unas horas antes. Cuando llegó al ala donde vivía él, lo encontró en un pequeño salón decorado con tapices y pinturas antiguos que representaban escenas de amor de dioses y humanos. El lugar era uno de los preferidos de Esla en toda la casa. Era íntimo y acogedor, representaba el placer sin remordimiento y, lo más importante de todo, cada vez que iba allí, se podía permitir el lujo de ser ella misma y hablar con su hermano sin secretos ni subterfugios.

Shab estaba de espaldas a la puerta y, al oír los pasos de su hermana, se giró nervioso. Tenía un ojo casi cerrado por la inflamación, la piel se le había abierto sobre la ceja y un hilo de sangre seca enmarcaba su cara por el lado izquierdo. Tenía la respiración entrecortada por el dolor cuando inspiraba un poco más profundamente, producto probablemente de una costilla rota.

Esla corrió hacia él al notar sus heridas y hematomas.

—¿Qué ha pasado? ¡Siéntate! Voy a buscar algo para limpiarte las heridas y vendarte el pecho —dijo—. Pero cuéntame, dime si estás bien —iba diciendo en voz alta mientras corría para buscar lo necesario.

Shab no contestó. Se quitó con movimientos lentos y cuidadosos la camisa sucia y rota, buscó una butaca en la que sentarse sin hacerse demasiado daño y esperó a que volviera.

—Tenemos que hablar, Esla —le dijo cuando volvió ella con desinfectante, vendas y gesto de preocupación.

—¡Ya puedes apostarlo! Hacía tiempo que no te metías en una pelea. ¿Quién te ha atacado? ¿Y dónde? ¿Qué más heridas tienes? ¡Te han dado una buena paliza! ¡Debían ser muchos para que te hayan dejado así!

Shab dejó que siguiera con su retahíla mientras le curaba. Cuando Esla se ponía nerviosa,

hablaba sin parar. Le hacía preguntas sin esperar respuesta y continuas exclamaciones iban siendo disparadas por su boca según le surgían en el pensamiento.

Viendo que no había daños mayores y ocupándose de limpiar y reparar los cortes, se fue calmando poco a poco y empezó a espaciar sus preguntas y comentarios hasta que estuvo en condiciones de escuchar contestaciones.

—Tenemos que hablar —volvió a decir Shab—. Debo salir de Baetal por una temporada larga.

—¿Un marido celoso o un padre vengativo? —preguntó Esla.

—Ninguno de los dos. Es una mujer, la emperatriz.

—¡Estás loco! ¿Sabes los peligros a los que te enfrentas tomando a la emperatriz como cliente? ¡Su marido te matará en cuanto se entere! ¿Y la corte? ¡Nos desterrarán a mamá y a mí obligándonos a llevar trozos de tu cuerpo colgados del cuello! ¡Dioses de los infiernos! ¿Quién os ha invocado para que traigáis la desgracia a nuestra casa? ¡Por supuesto que te tienes que ir! ¿Dónde te marcharás hasta que la emperatriz encuentre otro juguete? ¡Tenemos que sacarte de aquí enseguida! —Esla siguió hablando atropelladamente durante unos minutos hasta que volvió a calmarse lo suficiente.

—No es mi clienta —aclaró Shab en cuanto pudo—. Escucha atentamente, no tenemos toda la noche para que se desate tu verborrea cada vez que digo una palabra.

Esla se quedó helada. Su hermano nunca la había tratado así. Durante toda su vida, Shab había sido indulgente con sus defectos, incluso los encontraba divertidos o encantadores según la circunstancia. Que la mandara escuchar en silencio de esa forma, le dio aún mayor preocupación.

—Desde antes de la coronación, entré en contacto con la restauración y he estado haciendo labores de inteligencia y de correo para las fuerzas restauracionistas —empezó a explicar Shab.

Esla se levantó y abrió la boca para iniciar otra andanada interminable de preguntas e invocaciones a los dioses. Tomó aire y, cuando quiso hablar, encontró que no tenía palabras. La sorpresa la había dejado sin voz. Cerró la boca y volvió a sentarse lentamente, tenía los ojos muy abiertos y cara de espanto.

—Todo empezó en el templo de Gío. Conocí a un sacerdote con el que acabé trabando amistad. Él me fue iniciando en conceptos de la restauración y me abrió los ojos al entramado de mentiras y manipulaciones sobre el que se ha construido el imperio. Empecé a hacer pequeños recados y sacar información a mis clientes. Cuando me quise dar cuenta, ya era una pieza fundamental para las actividades restauracionistas en la capital.

Shab continuó contando sus historias y peripecias. Los descubrimientos que había hecho y cómo la religión antigua sentaba las bases de una sociedad más justa y equilibrada.

Esla siempre había sentido una gran devoción. Las explicaciones de su hermano resonaban en su alma y le abrían una visión nueva. El paraíso dejaba de ser una zanahoria para que aceptara con sumisión la injusticia en la tierra.

—Hace un par de semanas, hice un servicio para Faraka, la esposa del dígito Krono —continuó Shab—. Waqit tiene poca visión política y se apoya en Faraka para mantener control de su casa y navegar por los vericuetos de la corte. Como de costumbre, al terminar de satisfacerla, ya había consumido una gran cantidad de vino y tenía la lengua suelta. Me contó cómo las casas están conspirando contra la emperatriz para desmantelar sus reformas. Hubo una reunión en la mansión de Kulio Extens en la que Imburg Ío se comprometió a cerrar las rutas de provisión de trigo para Baetal bajo la excusa de ataques de los Mártires del Cuchillo a los convoyes terrestres. Por el momento, los almacenes de la ciudad están abastecidos, pero cuando se empiece a manifestar y agudizar la escasez, se esperan revueltas populares alentadas por la propaganda de las casas. Harán creer a los hombres libres y a los intocables que la falta de harina es el resultado de la ineptitud de Defia. El mensaje será que los decretos imperiales son concesiones a la reforma que están envalentonando a los enemigos del imperio y haciéndoles ganar posiciones, poniendo en peligro a los ciudadanos de toda la región.

—Pero ¿cómo puedes impedir tú todo eso? —Esla conocía bien el carácter de su hermano. Si había algo por lo que luchar, él se implicaría. Pero este asunto estaba muy por encima de su capacidad de hacer algo bueno por los demás y era peligroso. Su pregunta iba destinada a hacerle reflexionar y abandonar esa aventura descabellada.

—Oficialmente, voy en viaje de placer a la región de las praderas con una parada en Dhajaba, la capital de los Ío, para admirar las casas palacio e ir de compras. Allí espero que algunos nobles no puedan resistir la tentación de probar una de las mejores carnes de la capital, quiero conseguir información sobre las reservas de trigo y la logística para Baetal. Cualquier detalle puede darnos una pista de cómo desmantelar el engaño de los ataques y restablecer el abastecimiento. No es arriesgado. En cuanto tenga algo útil, un espía restauracionista se encargará de conseguir los detalles y completar el trabajo.

—¿Estás seguro de que no es peligroso? ¿Cuál ha sido la razón de tu pelea de hoy?

—Momento equivocado en el lugar equivocado —contestó Shab—. Volvía a casa dando un paseo y un grupo de zelotes del Oficio me ha identificado. Se han organizado en patrullas ciudadanas de vigilancia moral. Han querido hacer un escarmiento público al grito de sodomita para dar ejemplo, pero les ha salido caro, no eran más que seis, armados solo con bastones, y no tenían entrenamiento formal en lucha cuerpo a cuerpo.

Esla suspiró y tomó buena nota. En las peleas era bastante mejor que su hermano, a pesar de que él ganaba la mayor parte de las veces usando pequeñas triquiñuelas en los combates de lucha deportiva. Según Esla, los cardenales en la cara y el cuerpo eran malos para el negocio y prefería evitar situaciones que pusieran en peligro su mercancía.

—Esla, necesito pedirte algo.

—Dime —dijo ella. Adoraba a su hermano y no podía negarle nada.

—La situación se degrada rápidamente. El sabotaje del trigo no es más que un hilo en la trama que busca destruir a Defia y sus principios. Busca más información y ayúdanos a prevenir el desastre.

—¿Te han dado un golpe en la cabeza? No voy a meterme en tus teorías de la conspiración. Los asuntos de la política no son asunto mío, están todos podridos y lo único que puedo hacer es proteger mis intereses lo mejor que pueda. Déjalos que se las apañen entre ellos, alguno habrá que haga algo bueno, aunque sea por equivocación.

Esla miró a Shab directamente a los ojos.

—Hermano, daría la vida por ti. Yo no elegí este oficio. Ni tú ni yo tenemos otro, tampoco tenemos elección en buscar otra forma de ganarnos la vida porque esto es lo único para lo que valemos. —Hizo una pequeña pausa para que penetrara bien el mensaje y continuó—. Pero sí puedes elegir entre aceptar tu condición o mezclarte en asuntos de gobernantes en los que no pintas nada excepto meterte en problemas. La restauración es una banda de terroristas. La política es para los hombres libres que tienen derecho a voto en los gobiernos regionales. Ni siquiera me molestaría yo en votar, aunque fuera una mujer libre, porque son todos unos mentirosos que van a sacar provecho personal. Déjate de tonterías y cambia lo que puedes cambiar. Sigue dando a los desnudos la ropa que no usas y donando comida a los comedores de beneficencia, son tus buenas obras las que devuelven la sonrisa a un niño y las que te darán méritos para que el tribunal de las almas no te condene a las torturas eternas del infierno.

Shab estaba anonadado. Su hermana era joven, pero era inteligente. Seguro que debía comprender que la caridad no es más que un parche para unos pocos individuos y que el único efecto a largo plazo era perpetuar la necesidad de los beneficiarios que no llegaban nunca a resolver su situación de vulnerabilidad. Las reformas de Defia cambiarían la vida de todo el imperio de forma permanente. Si los enemigos de la emperatriz conseguían anularla, solo podían esperar que lo ya malo de por sí evolucionara hacia lo catastrófico.

Esla era una buena persona, no dejaba un favor sin conceder o una limosna sin repartir. Se dolía por la pobreza y por el trabajo esclavo de sus vecinos que apenas les bastaba para pagar el alquiler de sus chozas a los mismos que se enriquecían con el fruto de sus trabajos de miseria. Tenía que sacudirla y sacarla de su estupor.

«¡Esilo! —pensó—. Él es el único que puede penetrar esa costra de creencias que le quita el poder de tomar las riendas de su vida».

—Esla, no tienes obligación de prostituirte. No es cierto que sea eso lo único para lo que vales. Yo gano lo suficiente para mantenerte a ti, a mamá y esta mansión y seguir ahorrando para pagar nuestro progreso en la escala social. Puede que no lleguemos a ser nobles, pero podemos llegar a ser hombres libres. Si no quieres esta vida, tienes la suerte de tenerme a mí. Yo te ayudaré a cambiarla.

—¡Anda, vete a dormir y recuperarte del daño cerebral! —contestó ella con sorna—. ¿No quiero vender mi cuerpo y voy a vivir de alquilar el tuyo como si fuera dueña de un burdel de barrio? Esta conversación se ha acabado. En serio, vete a la cama y recupérate. Con ese ojo cerrado, no podrás tener un cliente durante un mes. ¡Como para mantenerme además a mí y pagar los gastos de la casa! —Se rio condescendiente y le dio un abrazo—. Te quiero,

hermano. Buenas noches.

De camino a su ala de la casa, Esla daba vueltas a lo que habían hablado. Su pobre hermano era demasiado inocente a pesar de los años que tenía. Le conmovía su ofrecimiento de sacarla del oficio, pero eso ya lo lograrían todos juntos cuando acumularan suficiente riqueza. Sacudió la cabeza. Tenía que encontrar el modo de hacerle entrar en razón y apartarle de malas compañías cercanas a la reforma. El pobre estaba tan confundido que asociaba los decretos imperiales al terrorismo reformista. ¡Dioses! ¡Parecía que era él el hermano pequeño!

Cuando ya abría la puerta de su dormitorio, Esla borró esas preocupaciones y se centró en los planes que haría con su hermoso barón al día siguiente.

El Lleirgan

La desaparición de *mitre* Berog había agitado aún más el avispero del monasterio. Los restos dejados por el ácido contaban la historia de un ensañamiento sin precedentes, pero no daban más información. Qo'ol y sus otros amantes habían sido cuestionados severamente, pero no había ningún indicio de crimen pasional. Descartados igualmente los celos profesionales, solo quedaba una explicación. Se trataba de un nuevo ataque al monasterio.

La mente inquisitiva de Rackhal no tenía descanso. La pregunta era por qué Berog. No tenía la talla de Ha'rij como para convertirse en un objetivo de alto valor. Su posición dentro de la estructura de los relapsos de Brige era importante, pero no fundamental. Había que descubrir la razón para escogerlo a él como víctima y por qué eliminar el cuerpo en vez de utilizarlo como elemento desestabilizador de las emociones.

«¿Qué podría revelarnos el cuerpo si dispusiéramos de él? —reflexionó—. Nos indicaría cómo ha muerto. Por la extensión de las marcas de ácido, la cantidad de sangre que ha perdido Berog antes de morir ha sido importante. Eso podría indicar una muerte violenta debido a la pasión en el crimen, debido a que la víctima se defendiera, una saña producida por una perturbación mental o una tortura inclemente y sostenida hasta llevarlo a la muerte. Cualquiera de las tres sería válida, aunque la primera era descartable porque no había signos de lucha».

Mitre Rackhal tuvo que esperar hasta entrada la noche para hablar con Trocon.

—¿Qué tenemos? —preguntó el abad.

—No hay gran cosa, para saber más y adquirir alguna certeza habría que esperar al siguiente asesinato —contestó Rackhal.

—¿Líneas de acción recomendadas?

—Propongo dos nuevas líneas. La más sencilla, organizar dormitorios para los *mitres* en grupos de tres. De este modo, limitamos las posibilidades para el asesino de disponer de tiempo para estar a solas con su siguiente víctima.

—¡Adelante! Redacta también un documento con normas básicas como evitar entrar sin compañía de otros *mitres* o personal de seguridad en zonas poco frecuentadas del monasterio y establece un sistema de alerta temprana de desapariciones.

—La segunda línea de acción parte del supuesto que Berog fue torturado y no pudo guardar ninguno de los secretos de los que tenía conocimiento. Necesitamos sellar el monasterio. Nadie podrá salir excepto para labores de intendencia y, aquellos que salgan,

deberán ir bajo fuerte custodia las veinticuatro horas hasta su retorno. Hay que duplicar la seguridad en la zona donde se encuentran los medios de comunicación con el exterior y cada miembro del personal con acceso debe ser vigilado como si fuera el principal sospechoso.

—Necesitaremos refuerzos —contestó Trocon—. Traeremos reclutas de varios frentes de la restauración con edad para infiltrarlos como postulantes al primer año de formación. También solicitaremos contingentes de seguridad de sacerdotes de Maart, para labores de inteligencia, y monjes de Saifon para protección armada.

—¿Para cuándo podemos esperar su llegada?

—Entre diez días y tres semanas para los religiosos. Los reclutas relapsos tendrán que ir llegando a cuentagotas y mezclados con postulantes reales para que su identidad no sea descubierta.

—Eso nos deja vulnerables durante demasiado tiempo. Crearemos activos de tantos como podamos entre los que han sido descartados como sospechosos. Puede que sigamos teniendo algunas bajas mientras llegan efectivos reales, pero podemos protegeros a ti y a tu reemplazo. No es una situación que me guste, pero puedo vivir con ello.

—Está bien así, no hay más que esté en nuestra mano —Trocon dio por zanjado ese tema —. Hay otra cosa de la que quisiera que te ocuparas.

—Tengo las manos llenas con el asunto de proteger la integridad física de los que estamos en Brige. No creo que pueda hacer hueco para nada más.

—¿Qué tal conoces la historia del monasterio? —preguntó el abad sin entrar en confrontación.

—Yo diría que entre bien y muy bien —contestó Rackhal con una risita—. Modestia aparte, por supuesto.

—¿Dónde dirías que hay mayor concentración de trasnos?

—¡Trasnos! —exclamó Rackhal, sorprendido por el giro de la conversación—. Los residentes hablan de una zona con mucha actividad en el tercer nivel. Podría ser debida a esos duendes en concreto, los hijos bastardos del dios Run. Pero se trata de pequeñas bromas como esconder y cambiar de sitio algún manuscrito o doblar las sábanas de modo que solo la mitad de la cama se puede utilizar. Nunca han causado problemas reales. Lo único es que resulta tal incordio aguantarlos en el medio plazo que nadie quiere vivir cerca de esa zona o quedarse en ella por mucho tiempo. Si piensas alojar a alguien, es mejor el hacinamiento en las zonas con menos concentración de trasnos que allí. Especialmente, los contingentes de seguridad. Los necesito en plenitud de sus facultades y no muertos de sueño porque les meten plumas en las orejas o les tiran de los dedos de los pies mientras intentan descansar.

—Los trasnos están protegiendo algo de muy alto valor en el tercer nivel. Necesito que revises esa zona hasta encontrar una entrada secreta. Nadie más que tú o yo puede estar al tanto de ello.

—¿Y qué es eso tan valioso?

—Aún no lo sé. Los textos son muy oscuros. Tal vez sea un artefacto de poder o podría

incluso interpretarse que se trata de algún espíritu o demonio sometido. En cualquier caso, sería demasiado peligroso para que permanezca aquí mientras hay un asesino suelto o tan potente que resultaría fundamental para dar el paso definitivo en hacer triunfar la restauración.

—Es un momento tremendamente delicado. No puedo dejar el control de la seguridad en manos de nadie. No puedes mandarme a cazar gamusinos. Es irresponsable.

—No te envío a una búsqueda sin sentido, Rackhal. Un estudiante me dio una investigación muy robusta sobre un secreto que guarda el monasterio. No encontré ninguna referencia en las memorias de mis predecesores, pero había palabras clave en los documentos originales que me llevaron a los primeros libros arcanos custodiados en el archivo negro.

Trocon hizo un gesto a Rackhal para que se pusiera a su lado, frente al escritorio abacial. El mueble era enorme, profusamente decorado y masivo en todos sus volúmenes. A continuación, se agachó junto a la pata que tenía más cerca y abrió la boca de una de las figuras labradas en ella, deslizó su dedo por una astilla que quedó al descubierto y raspó la superficie de la piel. Un cajón estrecho y profundo se deslizó suavemente ofreciendo su contenido.

—Este es el *opus nigrum* —explicó mientras lo depositaba sobre el escritorio—. Es un tratado de magia y alquimia que los antiguos usaban en su búsqueda del elixir de la vida eterna y otras sandeces por el estilo. Los eruditos que recopilaron el conocimiento encerrado en este volumen entremezclaron supercherías con auténticas joyas de conocimiento místico y mágico. Supongo que lo hicieron para dificultar su comprensión y conducir a error si caía en manos extrañas. Mira aquí —dijo señalando una de las páginas bellamente iluminada en los márgenes—. El símbolo de la corona, que representa la voluntad oculta en la creación y la fuerza primigenia, está rodeado de llaves en el tercer círculo contando hacia abajo tatuado en el pecho de Zort, el escriba maestro de maestros, custodio del conocimiento de la escritura y los principios arquitectónicos. La glosa manuscrita a su lado solo tiene dos palabras: Brige y Lleirgan. En los cultos de los años oscuros antes de la manifestación de la diosa, un pueblo bárbaro adoraba a un dios al que representaban con una piedra cilíndrica y chata con la parte superior redondeada. La llamaban Lleirgan, que se traduce con las palabras símbolo, indicador, señal, falo y principio creador.

—Me pregunto qué tiene que ver un culto ancestral con algo que merezca ser custodiado en Brige y oculto incluso al conocimiento de los abades.

—¡Exactamente! Por eso tienes que darle prioridad. Nada ocurre por casualidad y esto ha salido a la luz justo en el momento más crítico de la historia del monasterio. Nunca habíamos estado bajo una amenaza de este tipo.

—¿Tienes alguna orden respecto al muchacho que te puso sobre la pista? —preguntó Rackhal.

—No, no hay problema, le ignoraré como si lo que me dio no tuviera más valor que cualquier otro de los estudios que me piden revisar. Si, a pesar de creer que no ha despertado

mi interés, quisiera profundizar en su línea de investigación, daría con un callejón sin salida.

—Me pongo a ello entonces. Mientras tanto, extrema las precauciones, aunque tú seas el más protegido de todos nosotros, los dispositivos de seguridad tienen más de disuasión que de protección efectiva. Siempre queda un factor de riesgo residual que es imposible prevenir. Te doy las buenas noches, abad, disponemos de pocas horas para el sueño y tenemos que aprovecharlas tanto como sea posible.

Datia y Suil, la naturaleza humana

Datia despertó con los primeros rayos de sol. Unos segundos más tarde, los suaves ronquidos de Suil se convirtieron en respiración normal, lo que indicó a la pequeña que su compañero de viaje también había despertado.

El desayuno era copioso y los dos comieron tanto como les pedía el cuerpo, porque les quedaba una buena jornada de camino por delante hasta que pudieran descansar de nuevo. La posadera organizaba y vigilaba que todo estuviera perfecto con un gesto enfurruñado que se fue despejando poco a poco según se recuperaba del mal humor que le provocaba madrugar. Para cuando Suil y Datia se despidieron, ella ya estaba en condiciones de dibujar una sonrisa maternal dedicada a la sacerdotisa en miniatura que peregrinaba como los adultos y se dejaba guiar por su padre en la carrera hacia los puestos de poder de su orden. Le gustaba la chiquilla, deseó que la diosa derramara sobre ella sus bendiciones y la iluminara para que, en el futuro, tuviera compasión de los fieles y no se convirtiera en un parásito más de los que recaudan en los templos.

El día estaba despejado y el frío vigorizante de la mañana prometía alcanzar una temperatura perfecta para seguir con su caminata.

Durante ese día y los dos más que le siguieron, Suil descubrió hasta qué punto Datia era madura. Al final de su viaje, hablaba con ella como lo haría con cualquier adulto.

—Creo firmemente en la bondad del ser humano. La agresividad, el odio, la criminalidad y todo aquello que consideramos malo no es más que el fruto de condicionantes ambientales. La pobreza y la deficiencia en la educación son los principales gérmenes de la violencia.

—Cuanto más te conozco, más convencida estoy de que tú eres el niño —contestaba Datia—. La educación no basta para justificar los actos de maldad en las clases acomodadas. Si fuéramos buenos por naturaleza, haría siglos que la nobleza habría abandonado su estatus de superioridad y tendríamos una sociedad justa donde la violencia estructural no tendría cabida.

—¿Entonces postulas que somos malos por naturaleza? ¿Cómo justificas la bondad? ¿Son solo los preceptos religiosos los que nos mantienen apartados del mal? —A Suil le divertía enormemente la seriedad de la niña cuando argumentaba y no dejaban de sorprenderle tanto la calidad de los razonamientos como la capacidad para expresarlos—. Por otro lado, no podía evitar que una parte de sí se autocompadeciera por no haber tenido él la oportunidad de acceder a un desarrollo intelectual parecido durante su infancia.

—Es absurdo decir que somos una cosa u otra de forma extrema, pero me remito a las pruebas. En la casta de los intocables, el número de delincuentes es mayor porque están empujados por la necesidad. Sin embargo, una gran parte de los intocables pasan su vida sin cometer un solo delito. Eso defendería tu postulado sobre la bondad, pero no olvides que la mayoría de los que no delinquen se abstienen de hacerlo por miedo al castigo, no por falta de deseo de delinquir. Sin embargo, en la nobleza y los hombres libres, la delincuencia está mucho más extendida. Solo hay que ver la práctica de defraudar en la tributación al imperio. La impunidad a la que están acostumbrados elimina la corrección de comportamiento por miedo a la acción de la justicia. No hay una sola familia noble y muy pocas de las libres que no oculten su patrimonio total para aumentar una riqueza que excede incluso lo que necesitan para vivir en la opulencia. No hay excusa posible sobre la base de determinantes externos que los empujan a actuar contra su bondad natural. La religión es un elemento disuasorio más, como la justicia.

—¿Niegas entonces que la diosa es bondad? ¿Reduces el papel divino a sistema de control de masas? Me parece que me estás diciendo lo que piensas que quiero oír, pero te equivocas. Haces afirmaciones generalistas que llevan a posiciones extremas. Si pensamos en el mundo de los dioses, hay jerarquías, hay dioses malvados o simplemente maliciosos y traviesos; sin embargo, el máximo poder y la voluntad divina final son el bien. ¡Lo que es arriba, es abajo, pequeña! La diferencia entre humanos es justa, porque no somos todos iguales. La bondad es el bien supremo y nuestra esencia más íntima, porque, a nivel espiritual, compartimos la naturaleza de la diosa.

—No intentes manipular mis palabras ni trates de confundirme. Podemos hablar de los dioses más adelante, al fin y al cabo, somos sus descendientes y nos parecemos a ellos, así que podemos trasladar la argumentación sobre la bondad o la maldad al campo de lo divino. Te puedo dar cien vueltas a ese nivel, las mujeres de mi linaje somos las custodias de las revelaciones de la diosa y tú no conoces sino lo que te transmiten los clérigos y sus verdades acordadas en concilios. También es cierto que ni siquiera nosotras, las mujeres de la línea imperial, tenemos conocimiento total sobre la naturaleza de los dioses. Puede ser una discusión muy entretenida. Sobre todo, en las partes donde nuestras ignorancias combinadas empiecen a generar una doctrina paralela.

—Olvidas que soy restauracionista. Nuestra doctrina se aparta en puntos fundamentales de las verdades impuestas por el Oficio.

Datia le lanzó una mirada maliciosa.

—¡Por supuesto! ¡Tienes toda la razón! Seguro que vuestros teólogos tienen las mismas revelaciones que las emperatrices.

Las risas de Datia parecían dar intensidad al color de la naturaleza que los rodeaba y una melancolía se instalaba en el corazón de Suil. Daba igual la formación que hubiera recibido y tampoco importaba que fuera una niña superdotada con un intelecto muy superior al de cualquiera que hubiera conocido, no era justo exponerla a la verdad de la guerra asignándola

como su compañera.

—Pero, volviendo al tema —continuó Datia—, has dicho tantas barbaridades que no sé por dónde seguir. ¿Qué quieres decir con que la diferencia entre seres humanos es justa? Te puedo admitir que un ser humano es diferente de otro porque tiene condiciones físicas o intelectuales distintas, pero sí son iguales los unos a los otros en cuanto a derecho a calidad de vida y la igualdad de oportunidades. En esa igualdad de oportunidades, incluyo una educación de igual calidad. Para empezar, me parece indefendible que existan seres humanos a los que se llame intocables y, para continuar, me parece absolutamente inicuo que sus escuelas no les den una formación tan buena como a cualquier hijo de noble.

—¿Su alteza imperial es seria en sus planteamientos? —Suil no pudo evitar que el sarcasmo destilara de cada una de sus palabras—. ¿No es acaso la dinastía de su alteza el máximo exponente del sistema de castas y sus desigualdades? No os he visto renunciar a las riquezas que os rodean ni a los privilegios que os otorga vuestro derecho de nacimiento.

—¡Ay, Suil! ¡Qué poco nos conoces! Cuéntame, ¿te parece que te estaría acompañando en este viaje si no estuviera dispuesta a renunciar a los privilegios? Y, en cuanto a la riqueza, ¿qué es la riqueza? ¿Es tener más que los otros, es impedir que otros puedan disfrutar de bienestar o es tener en abundancia? Para mí, la riqueza es lo tercero. Por tanto, que todos los seres humanos tengan abundancia no me hace menos rica ni me resta nivel de vida. Hay suficiente riqueza en el mundo para eliminar la pobreza de todos y cada uno, lo que falta es justicia. El egoísmo brutal y la codicia ilimitada quieren proteger las desigualdades en el acceso a la abundancia argumentando que el concepto de justicia que acabo de enunciar es un reparto de la pobreza. Odian la idea de la redistribución porque su gozo de la riqueza se basa en la comparación de sus lujos con la miseria que dejan a su paso por la vida.

Suil dejó de hablar. La niña lo había sumido en un estado de confusión total. Acababa de decirle en un tono de sinceridad absoluta aquello que él había querido siempre defender. En su corazón sentía que no había engaño en esas palabras, pero su razón le advertía que podían ser perfectamente el fruto de su adiestramiento y que estaba llevando al interior del frente de los Mártires a la agente imperial más peligrosa que habían encontrado nunca.

Arúa, la gema del poder

Arúa se deslizó silenciosamente por una cuerda hasta poner los pies en el jardín de Cueta. Había recibido la orden de buscar un amuleto protector que la suma sacerdotisa sin duda debía estar utilizando. Defia desconocía la naturaleza del amuleto y su forma, pero tenía noticias de la fuerza que encerraba. Si no hubiera sido por la feliz coincidencia que permitió a Arúa escuchar la conversación entre Cueta y el asesino al que envió a Brige, aún estarían en la ignorancia de sus actividades contra la restauración. Necesitaban debilitar las barreras mágicas que proyectaban una sombra impenetrable sobre los planes de Cueta para conocer su extensión y la intención o capacidad de la sacerdotisa de causar daño.

Arúa buscó un lugar donde esconderse y observar. Hacía una hora que las luces del palacete se habían apagado. Esilo le había proporcionado una droga preparada por los monjes negros para dotarla de una capacidad de sigilo incrementada y agudizar su visión nocturna para que no necesitara de luz artificial. Notaba cómo sus pies y su cuerpo se movían evitando instintivamente cualquier cosa que pudiera hacer ruido, sus brazos no rozaban la tela que cubría su cuerpo, ni siquiera su respiración era audible para sí misma en el silencio que la envolvía.

Vio al guardia que hacía ronda en el jardín. Dentro de la Ciudad Prohibida, la seguridad estaba garantizada, aun así, era costumbre apostar guardias para proteger a los personajes importantes y Cueta tenía asignada una cobertura permanente de tres guardaespaldas. El segundo debía estar dentro del edificio y el tercero estaría asignado a vigilancia aleatoria dentro y fuera del palacete para eliminar la previsibilidad de los movimientos de ronda.

Arúa quería registrar la habitación donde Cueta se había reunido con Shadu. Era el lugar más protegido y había una alta posibilidad de que se guardaran allí los documentos y los artefactos más valiosos.

Sin necesidad de reflexionar, fue avanzando hacia el palacete ocultándose de la vista en las sombras más densas. Trepó por la fachada hasta el tejado y se introdujo por una puerta que daba acceso desde el interior a una pequeña azotea que servía de mirador.

Aprovechó las escaleras y corredores de servicio que permitían a los criados moverse por el edificio como ratas entre muros sin estropear la belleza de la decoración con su presencia. Se desplazó hasta llegar al acceso que daba al salón, una vez allí no tenía más opción que salir a zona abierta para llegar al gabinete e introducirse en la estancia que buscaba.

Agudizó sus sentidos hasta fundirlos con la estructura. En su plano mental se dibujaron

las siluetas de cada cuerpo vivo. Cueta dormía en su habitación, dos criados roncaban en las suyas y una pareja estaba retozando en la despensa de la cocina. Una persona más se movía por el piso superior. Seguramente uno de los guardias. El otro debía ser un miembro de la pareja que se abrazaba apasionadamente contra los estantes de conservas.

Avanzó rápidamente hasta encontrarse frente a la puerta que necesitaba. Probó el picaporte, a pesar de que tenía la certeza de que estaría cerrado con llave. Esilo le había proporcionado una pieza de metal para ensartar en las cerraduras. También había sido imbuida de sortilegios y encantamientos para descorrer cerrojos físicos y místicos que impidieran su avance.

Una vez dentro, cerró con cuidado y volvió a introducir su conciencia en el edificio verificando los desplazamientos que se pudieran haber producido.

Todo seguía igual, excepto el guardia de arriba que bajaba la escalera principal hacia el piso inferior.

Miró atentamente a su alrededor. Buscaba cualquier cosa que llamara su atención. Tras un primer barrido, no identificó nada excepcional. Cerró los ojos, respiró profundamente y dejó que su intuición tomara las riendas. Su cerebro tenía que haber identificado algo particular, aunque no lo hubiera hecho consciente.

Aún con los ojos cerrados, se movió donde la llevaba su cuerpo y posó la mano derecha sobre una de las sillas con brazos que flanqueaban una mesita de café. Aún sin saber qué estaba buscando, acarició la superficie del respaldo, siguió por los brazos, palpó el mullido asiento por arriba y por abajo sin encontrar nada. Con cuidado, tumbó la silla y se dispuso a hacer lo mismo con las patas. Tuvo suerte, porque, en la primera que inspeccionó, notó al tacto una juntura imperceptible al ojo. Pasó por encima la pieza de metal que había utilizado para la cerradura de la puerta y sintió un movimiento, como de una pestaña que hubiera saltado en el interior. Agarró con firmeza la pata de la silla e intentó girarla, pero no se movió. Entonces tiró de ella y salió limpiamente de su encaje en el marco del asiento. Volcó la apertura sobre su mano y en la palma se depositó algo duro, como si fuera una piedra. No se paró a mirar qué era. Lo guardó en un bolsillo bajo su pecho y colocó la silla como la había encontrado.

Cerró los ojos otra vez. El guardia se dirigía derecho a la puerta de la estancia. Lo normal sería que verificara que continuaba cerrada con llave antes de continuar con la ronda y Arúa recordó alarmada que no había vuelto a echar el cerrojo después de entrar. Con un salto felino se situó tras la puerta e insertó la pieza de metal en la cerradura. El sonido del pestillo se confundió con el que hizo la mano del guardia al bajar el picaporte y encontrarlo firmemente asegurado.

Cuando sus pasos se alejaron, Arúa deshizo el camino de entrada. Al saltar al otro lado del muro y alcanzar la seguridad del exterior, Cueta se despertó sobresaltada, sentía que le habían arrancado algo que había estado firmemente arraigado en su propio cuerpo y dio la voz de alarma.

Defia, el cambio de paradigma económico

Defia presidía la reunión mensual con el Consejo de Estado compuesto por los dígitos de las grandes casas. Tradicionalmente, la reunión se llevaba a cabo el primer lunes de cada mes y la Ciudad Prohibida quedaba inundada de nobles durante toda la semana para afinar los puntos solventados en la reunión y traducirlos en leyes, normativas o decretos según hiciera al caso.

La emperatriz se hizo acompañar de funcionarios que hicieron una exposición de problemas acuciantes referidos al empleo, la escasez de grano y las protestas por el nuevo sistema de educación. Cuando hubieron terminado con sus informes, se les invitó a salir.

El Gran Palacio era la construcción principal de la Ciudad Prohibida. Era en él donde se llevaban a cabo las actividades oficiales y todo acto de la corte que tuviera carácter de asunto de gobierno. La Sala del Trono se utilizaba para las recepciones y para informar a los cortesanos con altos cargos en la administración del imperio sobre decisiones importantes.

Aunque no había empezado la reunión del consejo, la Sala del Trono ya estaba llena y el zumbido de las conversaciones se escuchaba a través de la puerta que la separaba de la Sala del Consejo.

Los cinco dígitos no tenían las caras de preocupación que cabía esperar tras los desastrosos informes. La emperatriz, sin embargo, permitió que su rostro dejara traslucir un punto de furia e indignación. Un collar compuesto por chatones de diamantes, engastados en grandes piezas de oro moldeadas con sellos imperiales, descansaba sobre sus hombros. Colgaba por su espalda y su pecho como símbolo del poder que encarnaba como regente absoluta hasta que su marido accediera al trono como emperador.

El silencio en la sala era total, lo que convertía el murmullo de la Sala del Trono en un ruido de fondo que progresaba hacia dimensiones formidables a medida que pasaban los segundos.

Los jefes de las grandes casas se fueron inquietando. Los gestos iniciales de relativa indiferencia y alguno de íntima satisfacción fueron evolucionando hacia gestos de preocupación creciente. Uno a uno, empezaron a dar signos de desazón: cambios de postura en los sillones, carraspeos para romper el silencio, miradas entrecruzadas para ver si alguien se atrevía a decirle a la emperatriz que debía empezar... La tensión fue creciendo con el paso de unos pocos minutos eternos.

Imburg empezó a sentir unas ganas terribles de orinar. Se preguntaba a sí mismo por qué él era el único que sufría terribles mortificaciones como esa en circunstancias cruciales. Le gustaría ser como Kulio, que iba adquiriendo una rigidez noble de estatua, aunque bien mirado, el color cetrino se iba acentuando y más bien empezaba a asemejarse a un cadáver momificado, cosa que resultaba mucho menos digna. La presión en su vejiga disminuyó un punto con esa observación.

En un tiempo perfectamente calculado, Defia empezó a hablar con su tono más grave. Calculó el volumen para que sus palabras llegaran con toda claridad a los que, por su edad avanzada, tenían una audición deficiente.

—Los servicios imperiales de Inteligencia han estado trabajando incansablemente. No para identificar a los agitadores, sino al origen de los rumores y la justificación de los motivos que han llevado a las castas de hombres libres y de intocables a brotes de insumisión —cada palabra, perfectamente articulada, llevaba una carga de hielo y una amenaza implícita—. Los esfuerzos de Naxo, apoyados por su casa, para ocultar los informes más comprometedores han fracasado.

El miedo se insinuó en los ojos de todos los presentes. Una acusación de esa gravedad no se había escuchado jamás en toda la historia del Consejo. El color de Kulio se disgregó formando parches amarillos y verdosos más definidos, como si la momificación hubiera sido chapucera y la descomposición de los tejidos avanzara a tiempo acelerado.

Incluso Waqit, con su total incapacidad de analizar los movimientos políticos, supo que el castigo que caería sobre la casa Extens sería ejemplar.

—No habrá discusión sobre los decretos que voy a emitir hoy. El primero anunciará el retraso de seis meses en la coronación del emperador. El luto por la muerte de su predecesor se extiende porque las casas están inconsolables y desean ese tiempo para llorar debidamente al emperador que casi no llegó a reinar. La economía del imperio corre el riesgo de quedar completamente en manos de la especulación. Las casas tienen un periodo de gracia de dos semanas para conseguir la liquidez que necesitarán. Al final de ese periodo, se emitirá el decreto que cerrará la bolsa.

Todos los dígitos, con la excepción de Sembra, perdieron la compostura. Voces indignadas iban pisándose las unas a las otras en una cascada de amenazas, ruegos, demostraciones de arrepentimiento, lamentos, razonamientos y apelaciones a la templanza y misericordia de la emperatriz.

Defia se levantó en un movimiento rápido y firme, desplazando hacia atrás su pesado sillón sin esfuerzo aparente. Dejó que toda la furia acumulada se manifestara en su mirada.

—Tengo los informes de trillones de monedas en oro que cada casa ha creído ocultar al fisco durante generaciones. Sacaréis esa riqueza y evitaréis el colapso de la economía mundial. El setenta por ciento de vuestros nobles perderá el estatus de pertenencia a su gran casa y descenderá a la pequeña nobleza y a la casta de hombres libres según su afán de rapiña los haya llevado a basar su patrimonio en operaciones puramente especulativas. La casa que no

cumpla con su obligación de sostener al imperio y evitar el caos financiero, será despojada del título de nobleza y sus bienes serán confiscados por la corona de forma inmediata e inapelable. Os dejo ahora entre vosotros. Tenéis treinta minutos antes de que vuelva para entrar en la Sala del Trono escoltada por la Mano de la Diosa. Ya lo imagináis, pero os lo confirmo, todo lo que habléis en mi ausencia será grabado y escuchado. Os aconsejo prudencia.

Dicho esto, y sin dar oportunidad de respuesta, Defia dio media vuelta y salió por una pequeña puerta lateral. Al otro lado la esperaban su madre y su hermana Danira junto a Yecta.

—El farol ha funcionado. Han creído que los informes comprometedores han llegado hasta nuestras manos. Ahora se estarán preguntando quién ha quedado implicado y quién está aún seguro. Eso debilitará su cohesión como grupo.

Shab en Dhajaba

La ciudad de Dhajaba bullía de actividad en el zoco. Tratándose de una zona privilegiada en lluvias, la extensión del mercado ocupaba casi un tercio de la ciudad. Sus ramificaciones albergaban a los comerciantes por gremios y las calles de artículos de lujo eran las más amplias, con bulevares cuyas cubiertas se abrían en el centro para permitir que el clima hiciera su labor en el mantenimiento de arbolados, parterres y macizos de flores. La belleza del entorno facilitaba un paso tranquilo a los transeúntes exponiéndolos al despliegue de joyas, telas, muebles de maderas preciosas y artículos de anticuario traídos de los rincones más remotos de la tierra.

Los precios eran exorbitados, probablemente Dhajaba era la capital más cara. Los miembros de la casa Ío tenían fama de saber gastar sus riquezas y su ciudad principal estaba pertrechada para ayudarles a hacerlo.

Shab estaba alojado en el palacio de la viuda Mevla Ío. La anciana matriarca, sus tres hijas y el marido de una de ellas colmaban a Shab de regalos exquisitos y extremadamente caros a cambio de su celebrada habilidad en el desempeño de todas las modalidades del placer.

Siendo como era él mismo un artículo de lujo, el palacio de la viuda organizaba fiestas, recepciones y cenas íntimas con los más allegados para exhibir a Shab en sus salones donde jamás antes había puesto el pie un intocable si no era para servir o limpiar. Incluso los artistas que creaban las obras de arte magníficas y exclusivas que decoraban las ricas estancias del edificio eran recibidos en una sala austera con acceso directo por la puerta de servicio.

El frente de la restauración que llevaba la inteligencia en Dhajaba había designado a Palbo el Casto como contacto. Palbo era el segundo hijo del marqués de Yohar, una ciudad que dominaba una extensión enorme de campos y aldeas dedicados a la viticultura. Incapaz de disfrutar del estilo de vida desordenado y los despilfarros de su familia, había pedido ser enviado a la ciudad santa de Amsirt para formarse en los usos y costumbres de las tierras Gravia y ser allí embajador de los Ío. Entró en contacto con la doctrina de la restauración en un pequeño templo dedicado a Bitar, dios del conocimiento. Allí trabó amistad con el comandante del frente de los relapsos en la región, quien le convenció de volver a su capital y poner sus contactos y conocimientos al servicio de la resistencia.

Palbo no era bueno para el disimulo y llevaba una vida casi monástica a pesar de haber cumplido ya los veinticinco años. Su falta de habilidad como espía había hecho que el frente de las Hoces y las Guadañas lo considerara un durmiente. La visita de Shab había provocado

que lo despertaran porque no era conveniente que el visitante pudiera ser sorprendido pasando información a infiltrados más activos en la ciudad. Su estilo de vida inadaptado le había ganado el apodo del Casto, ya que su timidez con las mujeres no le permitía acercarse a aquellas que le atraían, solo era capaz de mirarlas melancólico y en silencio desde la distancia. Los más crueles de sus primos preferían llamarlo Palbo el Memo.

La fiesta de despedida de Shab estaba reservada a familias de duques y marqueses. La viuda había decidido tirar la casa por la ventana y ofrecer una fiesta tan extravagante que fuera un legado del que se hablara durante muchas generaciones. Se decía que la duquesa viuda de Dhajaba, la anciana Mevla Ío, era una de las mujeres más ricas del mundo, así que los invitados no se habrían perdido la fiesta salvo en caso de fallecimiento.

Los padres de Palbo no daban crédito a lo que escuchaban cuando su hijo les pidió acompañarlos. Pensaron que quería asistir para poder luego pontificar sobre el vicio y el pecado del despliegue de riqueza en un lugar donde las necesidades de los pobres eran tan acuciantes y desoladoras. Estuvieron considerando la posibilidad de negarle participar en la celebración, pero finalmente decidieron que tal vez encontraría por fin algún lujo que le motivara y le sacara de su actitud pacata poco digna de su posición social.

Las expectativas más salvajes se cumplieron. Todos los salones de la planta baja estaban abiertos y cada uno tenía su temática particular. Los decantadores y las copas eran del cristal tallado más fino que se conocía, la abundancia de manjares de firma y de los licores más exquisitos bastaban para alimentar y emborrachar a toda una ciudad pequeña.

Cuando la fiesta estaba en el punto más alto, Shab hizo una seña a Palbo quien, gracias a su carácter timorato, estaba en un rincón donde nadie se le acercaba lo suficiente como para tener que pararse a hablar con él más de dos palabras seguidas.

Se dirigieron a un lugar poco iluminado del jardín y allí Shab le transmitió todo lo que había descubierto.

—Inicialmente, mi misión era conocer la logística del cereal por los supuestos ataques de los restauracionistas a convoyes en dirección a la capital, pero he desenterrado un boicot mucho más grave para desestabilizar el gobierno de la emperatriz. Sabemos que el frente de los Mártires no está llevando a cabo ninguna acción militar. La casa Ío ni siquiera se molesta en simular el robo o la destrucción de las remesas. Simplemente no envía los suministros de trigo y soborna a los oficiales del ejército para que produzcan informes falsos. Mientras tanto, los cargamentos nominalmente enviados a Baetal junto a muchos otros con arroz, cebada, centeno y maíz están siendo desviados a almacenes secretos.

—Siempre ha habido provisiones acumuladas o lanzadas al mercado para influir en los precios, pero es una costumbre ante la que el imperio aparta la vista para mantener feliz a la casa Ío —contestó Palbo quitando importancia a la información.

—¡No, no, esto es una amenaza seria y planificada a gran escala, no el abuso tradicional de la manipulación de precios! Se han construido almacenes secretos y hay muchos más proyectados. Estamos hablando de millones de silos ocultos para causar una hambruna global

sin que el imperio pueda confiscar las grandes reservas que la solucionarían. —Shab observó que se hacía la luz en Palbo, que empezaba a enlazar el informe de inteligencia con lo que él también había captado en su entorno.

Shab necesitaba ahora que priorizase y lo más perentorio era identificar los lugares donde habían construido los silos para ocultar las grandes reservas de grano.

—Aquí tienes la lista de los nobles que esconden las provisiones para mantener una escasez artificial. —Shab puso en la mano de Palbo un minúsculo dispositivo de almacenamiento de datos—. Seguramente no estará completa y las tierras que poseen esos nobles son decenas de miles de kilómetros cuadrados, pero no he podido afinar más. Tal vez tú puedas descubrir localizaciones precisas.

—No podré hacerlo, apenas hablo con nadie. Si me pongo a preguntar, levantaré sospechas —contestó Palbo.

—Eres un restauracionista en la posición más privilegiada de las casas de la alta nobleza. ¿Qué puedes aportar de más santo y útil a la humanidad que hacer buen uso de tu nombre?

Palbo abrió la boca para contestar cuando un sonido de pasos firmes y frufrú de faldas se escuchó pillándolos desprevenidos en su cercanía.

Shab tiró de Palbo hacia él y le hizo caer sobre su cuerpo, le rodeó con sus brazos y con una pierna para inmovilizarlo y que no pudiera reaccionar. Lo besó apasionadamente mientras el pobre Memo abría los ojos espantado como un conejo ante una serpiente e intentaba instintivamente librarse de esa extraña llave de lucha libre. Shab pensó acertadamente que los intentos desesperados de Palbo por zafarse de su presa serían confundidos con entusiasmo amatorio si los intrusos no se acercaban mucho más.

Los pasos de hombre y las faldas que lo acompañaban se alejaron deprisa ante el espectáculo que se les había revelado. El padre de Palbo había reconocido la ropa que llevaba su hijo y no tuvo duda de lo que estaba ocurriendo, de hecho, lo que le había llevado hasta allí era llegar hasta un lugar en penumbra para juguetear furtivamente con su querida de turno. Al goce de la infidelidad, se sumaba el disfrute del peligro de ser sorprendidos por algún otro invitado.

Alejándose para encontrar otro seto sombrío y discreto, el marqués no pudo evitar verbalizar lo que estaba pensando.

—Es terriblemente triste, habría preferido seguir creyendo que mi hijo es el pobre idiota del Casto en vez de descubrir que es una abeja reina con preferencia por el néctar de ciruelo. Tendré que contárselo a la marquesa para que le busquemos esposa antes de que todo el mundo le tome por un desviado incapaz de procrear y guardar las formas.

Palbo se incorporó rápidamente y recompuso su ropa en cuanto pudo librarse del abrazo de boa constrictor y sacar la lengua de Shab de su, hasta entonces, virgen boca.

—¿No podías haber buscado otro subterfugio? —dijo muy molesto.

—¿Hay alguna otra cosa que se pueda hacer en un sitio apartado y con poca luz? ¡Espabila un poco! —contestó Shab—. Además, deberías darme las gracias porque tu reputación de

seductor acaba de nacer con la mayor solvencia a la que se puede aspirar.

A Palbo le ardían las orejas como carbones encendidos.

—Vuelvo al salón. ¿Algo más que me quieras transmitir además de tus fluidos corporales? —El enfado y la vergüenza seguían aumentando a pesar de sus esfuerzos por recuperar la compostura.

—Solo los nombres de algunas profesionales locales que ayudarán a quitarte la estupidez.

Shab se dio media vuelta y se alejó en dirección contraria al palacio para que Palbo volviera a entrar con un tiempo de seguridad antes de regresar también él a la fiesta.

Se sentía frustrado y desesperanzado. Si Palbo era la mejor de sus bazas en Dhajaba, pocas oportunidades tendrían de conseguir algo verdaderamente útil.

Shadu estudia el terreno

Shadu estudió la estructura de la montaña de Brige a conciencia. Tenía que planear un ataque definitivo y devastador, para ello, la estructura física de los espacios excavados en la roca era un elemento fundamental. El cuerpo principal del monasterio se extendía hacia abajo desde la cumbre central. Allí residían los *mitres* y el abad, también estaban las dependencias a donde se trasladaba a los estudiantes de los últimos cuatro años. Los dormitorios, las salas de estudio, la biblioteca central, los archivos negros y el Templo de Poder, una cueva natural donde las corrientes telúricas llenaban el espacio y se utilizaba como centro espiritual del monasterio. Los mejores monjes ingenieros de todos los tiempos habían hecho pequeñas cámaras dedicadas a deidades menores y las habían comunicado con sus correspondientes oratorios que se desgranaban salpicando toda la red de túneles y cavidades del inmenso laberinto monacal.

A cada una de las cumbres le correspondía un pozo vertical que servía para la dispersión de la luz natural haciéndola llegar hasta los lugares más recónditos; también se utilizaban para la ventilación y, no menos importante, para la circulación que permitía el transporte entre las estructuras de cada pico.

El origen del ataque tenía que ser necesariamente el Templo de Poder. Desde allí, se podía inundar la totalidad del monasterio con el elemento letal que pudiera conseguir sin dirigirse al exterior.

Había contemplado la posibilidad de envenenar el agua, pero no había un distribuidor central ya que cada pico tenía sus propios manantiales. De hecho, la abundancia de agua era tan grande que el caudal del manantial principal se dejaba descargar en caída libre por el pozo de Abuá, el pico del Entendimiento. Los dos mil metros de caída de esa masa de agua inagotable aportaban mucha más energía que la necesaria para abastecer un puñado de ciudades de tamaño medio.

La gran cuestión era qué utilizar para matar una población de cien mil personas y que se distribuyera por el aire. Un agente biológico sería una opción viable, pero Shadu no tenía los conocimientos suficientes para fabricar su propio virus asesino, tendría que vigilar los laboratorios y confiar en su suerte. Los venenos, sin embargo, eran un terreno conocido y siempre habían sido su arma preferida. Desde que era un niño, había experimentado con lo que encontraba en su casa para observar la muerte de cualquier ser vivo al que pudiera echar mano. Los productos de limpieza eran una fuente de diversión inagotable, los animales

sufrían quemaduras, vómitos y agonías de lo más variado.

—Te veo ensimismado. ¿Qué te preocupa? —la voz de *mitre* Rackhal le llegó antes que el ruido de sus huesos traqueteando por los pasillos.

—¡*Mitre*! ¡Casi me da un susto de muerte! —bromeó Shadu asumiendo inmediatamente su papel como Lecru—. No es preocupación, recordaba mi niñez y cómo me divertía con mis amigos.

—¿Y a qué lugar del monasterio te llevaban esos momentos felices?

—A ninguno en especial, tengo un par de horas libres para paseo y estudio. Me he puesto a caminar sin rumbo fijo con la idea de hacer meditación en movimiento, pero me he dejado llevar por los recuerdos en vez de meditar.

—Yo también estoy haciendo ejercicio —dijo Rackhal—. Siempre mantengo las piernas en movimiento, pero también necesito ejercitar la cabeza antes de que se la lleve la demencia con la edad. —Soltó una risita—. Si te parece, te acompaño un rato y así podemos debatir sobre algún tema que ponga en movimiento nuestras neuronas.

Shadu se había quitado a sí mismo cualquier posibilidad de poner una excusa y quitárselo de encima. La propuesta del juego del debate iba en consonancia con la hora de estudio que pretendía tener.

—Empecemos por el nombre de este pico del monasterio. Khosjha, el fuego que origina el movimiento, la propulsión explosiva y el riesgo de aniquilación. ¿Sabías que los monjes de este sector fueron los que inventaron la pólvora?

El corazón de Shadu se saltó un latido. En la elaboración de planes posibles, había contemplado la posibilidad de provocar una gran explosión en el fondo del pozo de Khosjha. La capa de piedra del fondo servía de contención para el magma que subía por una grieta inmensa y pugnaba por salir hacia la superficie. Se preguntó por qué Rackhal había sacado ese tema. Tal vez fuera un sensitivo y había captado inconscientemente su objetivo de masacrar a los habitantes de Brige. Una de las opciones que estaba evaluando era precisamente la de volar la fina capa de lava endurecida que contenía la violencia del núcleo de la Tierra.

—¡No tenía la menor idea! —exclamó un poco exageradamente, lo que no escapó a la atención de Rackhal. Recuperando rápidamente la compostura y la capacidad de disimulo, Shadu enfocó el debate en una dirección menos cercana a sus propósitos—. Eso lleva a reflexionar sobre si el avance del conocimiento en el monasterio es debido a su conexión espiritual o al amor por la investigación y la ciencia. Cuál de los dos pesa más o cómo alcanzan el equilibrio es uno de los grandes misterios de Brige.

A Rackhal le divirtió la capacidad que tenía Lecru de sobreponerse y desviar la conversación. Decidió hacerle pagar el atrevimiento y dedicó más de veinte minutos a disertar sobre el tema.

—...Es por tanto la naturaleza de cada uno la que determina cómo alcanza el conocimiento, no el monasterio en sí. Sin embargo, la influencia de las energías dejadas por los estudiosos durante más de dos mil años tiene un efecto innegable en todo aquel que

traspasa la puerta.

Decidió que, después de una buena murga, era momento de pasar al ataque.

—¿Cómo te afecta a ti el monasterio? ¿Es por su influencia que te has venido a caminar al área donde están los químicos? —Hizo una pausa con la mirada perdida y buscó desequilibrarle—. Ya llevas aquí unos cuantos años, ¿verdad? ¿Te levantas por las noches para orinar? Aún pareces joven...

—Sí, es decir, no... No sé nada de químicos. Estoy en este sector por azar. Y no soy tan joven, pero no creo tener problemas de próstata.

—No vayas a cualquier médico para las revisiones. *Mitre* Kardon es el mejor especialista en urología. Le llaman Dedos Mágicos. —Emitió una risa como un cloqueo y le guiñó un ojo, recordando, al parecer, una experiencia particularmente agradable—. El azar te lleva muy lejos de los lugares donde te veo habitualmente. ¡Dioses! A mi edad no debería comer legumbres. ¿También tú tienes muchos gases? —Una flatulencia larguísima con variaciones de volumen y tono ilustró la pregunta haciendo ecos contra las paredes del corredor.

Rackhal no se despegó del falso Lecru en todo el camino hasta despedirlo en el transporte que lo llevaría de regreso a su asignación de trabajo comunitario. Tras asegurarse de su marcha y comprobar la coartada que le había dado Lecru para estar allí, se dirigió a uno de los solarios del complejo de Khosjha.

La sala era una de las mejor iluminadas del monasterio. A una profundidad de más de seiscientos metros, la claridad del sol rebotaba por los conductos de piedra pulida y llenaba el lugar de una luz potente y cálida. Diez monjes disfrutaban de ella en ese momento. Rackhal se sentó cerca de uno que estaba profundamente dormido en una de las tumbonas del solario y repasó el encuentro.

Lecru había sido de una amabilidad extrema durante todo el tiempo y había sido puntilloso en dar explicaciones de por qué se encontraba en esa parte del monasterio donde se tenía a disposición una cantidad importante de productos químicos con los que se podían fabricar varios tipos de bombas. Solo se había desestabilizado ligeramente en dos ocasiones a pesar del numerito de charla senil y eso no era propio de alguien inocente. Sin embargo, sus ojos y sus pasos habían sido más expresivos que sus palabras. El recorrido que hicieron no era arbitrario. Lecru estaba reconociendo el terreno. De todas las dependencias dedicadas a la química, las de su camino correspondían a almacenes y laboratorios de altas capacidades. Aun así, Rackhal no estaba completamente seguro de tener un asesino entre manos. Lo mantendría vigilado estrechamente hasta que pudiera determinar qué cocinaba en su cabeza el pinche de Catacaldos.

Datia conoce a los relapsos

Datia había sido recibida con deferencia por parte de Olan el Guapo. Durante toda la conversación que tuvieron, notó cómo la observaba y evaluaba cada una de las frases que salían de su boca de niña. También comprobó complacida que Suil se sentía orgulloso de ella cada vez que sorteaba con destreza las pequeñas trampas con las que salpicaba Olan el intercambio de ideas. Le hizo gracia comprobar que ese curtido combatiente había establecido una corriente de simpatía hacia ella no exenta de un ligero tinte de protección paternal. Al final del encuentro, Datia tenía la certeza de que se había ganado el respeto del Guapo. Cuando se despidieron hasta la hora de la cena, se había dirigido a ella igual que lo hubiera hecho con cualquier adulto.

—Me atrevería a asegurar que ha ido bien este primer encuentro —dijo dirigiéndose a Suil, que caminaba a su lado atravesando el campamento.

—Por supuesto que sí —contestó él—. Olan es un hombre inteligente y un comandante que cumple con fidelidad las misiones que se le encomiendan. Aunque hubieras sido estúpida, te habría tratado con el mismo respeto porque el Estado Mayor se lo ha encargado así.

—¡Vaya, tú sí que sabes cómo aguar la fiesta! Podías haberme dicho que mis habilidades diplomáticas han demostrado estar a la altura —imprimió a sus palabras un tono de orgullo maltrecho claramente fingido.

Suil se rio con ese comentario. Le gustaba la connivencia que se había instalado entre ellos. Claramente, Datia consideraba que estaba de su lado, en vez de verlo como el compañero de armas del comandante Olan que en realidad era. Notó cómo Datia miraba con curiosidad a medida que avanzaban buscando el lugar que se les había asignado para descansar. Un relapso les había dado ropa para que se quitaran las túnicas talares que los hacían destacar entre los árboles como si llevaran chalecos reflectantes. En vez de seguir la broma, decidió pasar a temas más prosaicos.

—Me temo que tengo que darte la bienvenida a unas condiciones de alojamiento completamente opuestas a lo que estás acostumbrada. Las tiendas de campaña son de seis plazas, excepto la del comandante, que es para él solo. Por cercanía a los puestos de avanzada, este no es un centro de mando permanente. No hay ninguna comodidad, ni tan siquiera hay letrinas. Las zanjas de evacuación de deshechos están a veinte metros del perímetro del campamento y hay cuatro, una en cada punto cardinal. Me da un poco de pudor decirle a

una hija imperial que no se extrañe si un combatiente se pone en cuclillas a su lado en mitad de una hermosa deposición, pero esto es lo que hay.

Datia soltó una carcajada. Lo de la «hermosa deposición» era el circunloquio más ridículo que había escuchado en su corta vida.

—No te preocupes —contestó muy divertida—. Ya tenía asumido que no venía a un palacio de verano. Pensé que tendríais letrinas, pero entiendo que no es lo que cabe esperar en un campamento temporal. Lo que me sorprende de verdad es que, calculando por encima, aquí no hay más que unos treinta o cuarenta efectivos como máximo. Es una fuerza ridícula para el puesto de mando del comandante de un frente tan grande como el de los Mártires.

Suil guardó silencio. Estaba completamente desconcertado. Las tiendas de campaña eran lo mejor en tecnología Krono. Las lonas que las formaban tenían un sistema de memoria que aportaba la rigidez necesaria para que se plantaran sin necesidad de varillas y se plegaban automáticamente hasta alcanzar el tamaño de una pequeña mochila de doce kilos para su transporte. La trama del tejido no solo era ultraligera, también contaba con millones de nanocámaras que captaban el paisaje circundante y lo adaptaban una vez procesado en las pantallas que llevaban incorporadas de modo que camuflaban la estructura casi a la perfección. No era posible que Datia pudiera contar las tiendas que había para determinar cuánta gente albergaba el campamento.

El silencio se alargó hasta que llegaron a la que tenían asignada.

—Entra tú primero y cámbiate —dijo Suil—. Yo me quedo en la entrada para que no entre nadie mientras lo haces.

—¿Por qué me has traído aquí? Olan es un comandante de muy alto rango, pero no es con él con quien debo hablar.

La voz de Datia no tenía rastro de broma, tampoco tenía los tintes agudos de la infancia. Suil pensó por un momento que la diosa la estaba cabalgando, igual que hacía con las emperatrices durante la coronación. Hizo un movimiento brusco de cabeza para sacudir esa impresión.

—Todavía no hay permiso para llevarte al lugar donde se ubica la sede física del Comando Conjunto, pero tienes el privilegio de hablar con un miembro del Estado Mayor. Tendrás tu verdadera reunión con Olan después de la cena.

Era el turno de Datia de encajar un golpe. Olan era claramente uno de esos hombres que no desean a las mujeres y, seguramente, no practicaba la castidad.

—¿Está aquí su mujer? —preguntó. Necesitaba más información para completar el puzle imposible que se estaba formando en la estructura de su lógica.

Suil la miró dudando cómo responder. Al final, decidió que, en ese tema, también debía tratarla como a un adulto.

—La antigua religión, igual que todas las demás, condena la homosexualidad. Ha llevado mucho tiempo a nuestros teólogos separar la espiritualidad y el dogma religioso de los enunciados que tienen una función puramente antropológica o social. Olan no solo no está

casado, tampoco finge que su gusto por el sexo con otros hombres se limita a escarceos con lo prohibido. La sexualidad humana es compleja y los restauracionistas hemos comprendido que la preservación de la especie humana ya no está en forzar la procreación. En nuestras filas hay de todo y no se emite juicio alguno siempre que sean vertientes de la identidad y de la orientación sexual que no pretendan imponer a otro ser humano actos que no desea o posicionamientos que van en contra de sus propios principios de moral sexual.

Por primera vez, Suil pudo ver cómo Datia se quedaba sin palabras. Decidió dejarla procesar la información.

—Entra a cambiarte —dijo—. Después, puedes quedarte en la tienda, si lo prefieres, o dar un paseo, pero no te alejes. Aunque tenemos vigías en un radio muy amplio, debemos estar siempre preparados para levantar el campamento y huir para evitar patrullas inesperadas. Evitamos los enfrentamientos armados si no tienen un propósito que sirva a nuestros objetivos últimos.

Durante la cena, Datia estuvo silenciosa y un tanto huraña. Había una hoguera que chisporroteaba alegremente y el humor de los relapsos era relajado. Había varios focos de conversación. En uno de ellos, Olan hablaba de cómo se gestionaría el alto el fuego para que los combatientes no perdieran ni la motivación ni su capacidad de estar siempre preparados y dispuestos a entrar en acción.

Cuando hubieron terminado de comer, Olan invitó a Datia y a Suil a su tienda, dejando a los demás continuar la velada en torno al fuego.

—No sé qué te pasa, pero te percibo ofuscada —dijo Olan sin preámbulos una vez instalados alrededor de una mesa de campaña.

—Lo estoy —contestó Datia siendo igual de directa—. Mi misión aquí es la de forjar la alianza militar necesaria para asegurar el futuro del nuevo orden, sin embargo, anticipo grandes conflictos teológicos entre la emperatriz y los relapsos.

Suil se abrazó interiormente para resistir la tormenta ideológica que se avecinaba. Podía ver paso a paso cómo se iba a desarrollar una confrontación sobre la moral sexual. Datia esgrimiría que la unión hombre-mujer está consagrada en la unión de la diosa con el gigante Omfal. Olan basaría su contraataque en que el mito de la creación no es más que una fábula para someter a la humanidad a una normativa binaria y negar la riqueza de la expresión sexual con la que hemos sido dotados por naturaleza. Las consecuencias políticas y sociales de cada postura los pondría irremediablemente en un rumbo de colisión de consecuencias impredecibles. Cuando la había dejado a solas con su pensamiento, creyó ingenuamente que el asunto se quedaría en perplejidad al constatar que había personas que vivían en armonía con sus deseos. El hecho de que hubiera formas distintas de vivir la sexualidad no podía ser noticia para Datia, que convivía con la duplicidad y la hipocresía de la corte donde se predicaba una moral y se practicaba, siempre que no se anunciara, lo que para el pueblo calificaban de perversión y pecado.

La voz de Olan sonó profunda y contenida.

—Tú lo has dicho, Datia. Tu misión es la de forjar una alianza militar. Aunque tu edad intelectual es mucho mayor que la biológica, aún te quedan rastros de la visión dual del bien y el mal. Hay muchos tonos de gris en todos los asuntos y, en los religiosos, aún más. Has nacido y crecido en lo más cercano al seno de la diosa en su advocación de madre. Si la emperatriz se ha acercado a nosotros es porque hay una nueva iluminación espiritual que nos aguarda. Contén tu integrismo infantil y evitemos entrar en terrenos pantanosos inexplorados. Aún no conocemos el serpenteo de sus senderos de tierra firme bajo el barro.

Olan esperó unos momentos para dejar espacio a una réplica. Cuando vio que no llegaría y que las nubes negras de tormenta no se acentuaban en el ceño de Datia, siguió.

—Los relapsos no somos oportunistas. En nuestra decisión, está daros toda la información necesaria, incluso aquella que podríais usar para causarnos los mayores daños. Si nos traicionáis o si nuestra alianza fracasa por falta de entendimiento, lo que suceda será al mayor coste para nosotros. —Hizo de nuevo una pausa, esta vez para dejar que calara el mensaje—. ¿Empezamos a trenzar la soga que se ceñirá a nuestro cuello? —preguntó con su sonrisa más encantadora.

Suil estaba impresionado. Olan no era de los que dejan pasar una ocasión de debatir, por mucho riesgo que hubiera de degenerar en franca discusión. Sin embargo, había sabido evaluar perfectamente a Datia y había estado a la altura desmontando la animosidad que se estaba fraguando contra él en la mente de la pequeña.

Amanecía cuando dieron por terminada su sesión de trabajo. Datia los había dejado estupefactos en más de una ocasión al demostrar su conocimiento de estrategia y tácticas militares. En ciertos puntos, como las técnicas de espionaje e interrogatorio o los criterios de elección de objetivos militares, consiguió darles alguna lección. Por su parte, Olan no solo había cumplido su palabra de descubrir elementos que pondrían en graves aprietos la seguridad de la rebelión, sino que también había mostrado su genialidad en el planteamiento de nuevas estrategias con las que sorprender al enemigo, obteniendo ventajas donde únicamente se veían obstáculos.

Se despidieron extenuados. Los ojos de los tres estaban secos e irritados por la necesidad imperiosa de dormir. Los primeros rayos de sol les arañaban las córneas sin piedad, pero las miradas desprendían brillos de admiración mutua y un destello de camaradería incipiente, como la que se tiene con un nuevo compañero de armas que acaba de probar su valía en el primer combate.

Conspiración del consejo, Naxo se impone

Naxo estaba pálido de cólera, pero Resio, su conciencia, había hecho un buen trabajo para contenerlo. La pésima estrategia de los jefes de las casas había conseguido que aún tuviera que esperar ocho meses en vez de los dos que quedaban para ser coronado.

Por primera vez, había sido invitado a participar en el círculo de conspiración de los dígitos. Tenía que aprovechar su oportunidad. La convocatoria a la biblioteca de la mansión Extens se había hecho con carácter inmediato y la reunión comenzaba sin charlas de salón previas en esa madrugada de lluvia y humedad que mordía los huesos y calaba el ánimo.

—Hermanos de la alta nobleza —dijo Kulio para abrir la sesión—. No fue fácil evitar entrar en materia entre nosotros tras la diatriba de Defia la Loca y, mucho menos, tratar el tema que verdaderamente importa, el decreto del cierre de la bolsa. Quedan menos de dos semanas para que cumplamos y las consecuencias para nuestras casas serían desastrosas si lo hacemos. Los cálculos de la emperatriz eran acertados. En mi casa, será más del setenta por ciento de los nobles que perderá su estatus, yo mismo me quedaré al borde de perderlo en lo que se refiere a patrimonio declarado. La banca y los mercados de valores son la riqueza de la casa Extens.

—Mi casa gana más con la fluctuación del precio de las acciones del mercado de grano que con el grano mismo. Lo poco que nos quedará se lo llevarán tus bancos al reclamar nuestras deudas —interrumpió Imburg.

—Lo mismo ocurre con los miembros de mi casa dedicados por completo a la industria —intervino Órtigen Gravia—, solo nos quedaría el producto de las ventas efectivas de los bienes que producimos. Nuestro único ingreso adicional sería el de las donaciones a los templos, que disminuiría dramáticamente hasta que se estabilice la nueva pobreza.

Sumfold perdió la paciencia y dijo en voz alta lo que todos estaban pensando.

—Eres una puta sanguijuela codiciosa. En tiempos de crisis, artificial o inesperada, los más empobrecidos van en masa a los templos para comprar la buena voluntad de los dioses. Nunca te verás con mayores beneficios en diez generaciones.

Kulio retomó la palabra cortando en seco el inicio de una pelea.

—Todos estamos en el mismo barco —dijo conciliador—. Debemos tomar medidas excepcionales. Defia la Loca no puede seguir en el trono. La casa Extens tiene importantes

aliados en los puestos de mando de las fuerzas armadas del imperio. Si Naxo reclama su puesto de comandante en jefe antes de su coronación, podemos organizar un golpe de Estado y eliminar al peor enemigo del imperio, la propia Defia.

Sumfold Sembra se puso en pie.

—La legitimidad del Trono de la Humanidad reside en la persona de la emperatriz. La casa Sembra ganó su puesto en la Mano de la Diosa por ayudar a volver al trono a Selia la Oculta. No tenemos intención de abandonar a nuestra señora que ha sido bendecida por la propia diosa, como todos pudimos ver en la coronación. Nosotros permaneceremos fieles al juramento de lealtad.

—Te piensas que tienes poco que perder, Sumfold, pero estás muy equivocado —dijo Órtigen—. Crees que tus negocios sucios van a prosperar en medio de la debacle y será cierto durante un tiempo, pero llegará el día en que el crimen sufrirá una persecución implacable y los servicios de tu casa a la corona no servirán de escudo contra el cierre de tus actividades. Ya has oído a la emperatriz, no parece tener miedo y amenaza con retirar el estatus de nobleza a las casas que no se sometan a sus caprichos. ¿Crees que sobrevivirás en alguno de tus tugurios, rodeado de putas enfermas, mientras tus mansiones y todo lo que poseen los tuyos pasa a ser propiedad del imperio? Un golpe de Estado es la única solución viable. Naxo aún no tiene hijas que garanticen la sucesión. En una semana, inundaremos de tropas la Ciudad Prohibida y mantendremos a la emperatriz bajo custodia hasta que dé a luz a un par de niñas. Entonces podremos eliminarla para que Naxo tenga la regencia hasta la mayoría de edad de la primogénita.

Una ronda de palmadas sobre la mesa respaldó la propuesta de Órtigen.

—Las castas inferiores no están preparadas para aceptar un secuestro de la emperatriz. Están al borde de la revuelta gracias a nuestros manejos, pero no se puede cambiar de la noche a la mañana el adoctrinamiento religioso de milenios. La polarización que hemos creado puede tornarse contra nosotros con la misma facilidad que contra ella. La toma de la Ciudad Prohibida por parte del ejército no se puede mantener en secreto y, en cuanto Defia deje de aparecer en público, habrá amotinamientos que no podremos reprimir, ni siquiera con la ley marcial —todos los presentes perdieron el entusiasmo con la intervención de Sumfold igual de rápido que lo habían recuperado con la de Órtigen.

—Podemos deponer a Defia y ascender al trono a su hermana Danira —propuso Waqit.

—No hay motivo que pueda justificar esa acción, querido hermano —contestó Órtigen —. Hay dos argumentos que podrían sostener una intervención del consejo para deponer a la emperatriz. La primera sería un alzamiento popular de tal envergadura que el imperio corriera peligro inminente de atomización. El segundo supuesto legal es la herejía y eso es prácticamente imposible de sostener a solo cuatro meses de haber presenciado cómo Defia fue poseída y la propia diosa habló por su boca.

—El alzamiento popular sería casi imposible de contener, pero «casi» es margen suficiente para intentarlo. Sin embargo, hay un segundo factor. Las fuerzas de la reforma

llevan cuatro meses de inactividad, solo hay una cosa que lo explique, se están preparando para un ataque masivo. Si organizamos revueltas graves, estaremos facilitando que se hagan con el poder y el imperio quede destruido definitivamente. No podemos plantearnos una acción armada en esos dos frentes simultáneamente —Kulio remató el análisis de Órtigen cerrando por completo esa vía de actuación.

—¿Qué opciones nos quedan para impedir el decreto del cierre de la bolsa? —preguntó Imburg.

—¡Ninguna! —dijo Naxo, aunque aún no había sido invitado a hablar.

Resio había hecho una proyección perfecta de lo que ocurriría en esa reunión. La ira de Naxo se había ido convirtiendo en confianza a medida que fue escuchando uno por uno todos los argumentos que Resio había predicho que se utilizarían. La reunión del consejo los había convertido en gallinas sin cabeza que corren en todas direcciones y, aunque ninguno de ellos lo admitiría, les había hecho conscientes de lo equivocados que habían estado con la estrategia aplicada en esos cuatro meses.

Que hubieran informado a Naxo de los detalles de la reunión del consejo y lo hubieran invitado a la de los conspiradores era el mejor indicador de su debilidad. Necesitaban un líder y Naxo sería su salvador.

—Dejaremos que Defia emita el decreto.

El bullicio de protestas no se hizo esperar.

—¡Silencio! —la voz de Naxo había aumentado de volumen solo lo estrictamente necesario para ser escuchada. La sorpresa que supuso la grosería y la temeridad de ordenarlos callar apagó sus voces con mayor eficacia que la orden misma—. Olvidáis que soy el heredero al trono del emperador y que provengo de la casa Extens. Tengo conocimiento de todas vuestras transacciones y de vuestras inversiones. Mi casa hace cálculos regulares de la riqueza que ocultáis al imperio para evadir impuestos, el margen de error es del treinta por ciento, pero la estimación de las reservas de oro y piedras preciosas que tenéis es suficiente para mantener la economía del planeta entero durante diez generaciones aun usando la proyección más pesimista. Se cerrará la bolsa y compensaréis a los hombres libres por las pérdidas. No voy a heredar un trono sumido en la bancarrota que será mucho más difícil de levantar que vuestros capitales en contabilidad paralela. Incluso llegaréis a agradecer la desaparición de la riqueza artificial. El modelo se basa en un crecimiento ilimitado en un mundo con recursos limitados. No podemos sostenerlo en el medio plazo porque ya estamos explotando el planeta hasta ponerlo al borde del agotamiento. Es un modelo con los días contados. Tiene un temporizador de autodestrucción y es por tanto una amenaza mortal para las casas disfrazada de pingües cuentas de resultados. Cuando suba al trono, no habrá necesidad de secuestrar a Defia, ya será un rehén del imperio por las leyes de gobierno. No podrá emitir más edictos porque solo yo tendré esa capacidad como emperador. La anulación del efecto de lo que haya podido destruir en estos meses se hará cuando llegue el momento. Mientras tanto, aprovecharemos la tregua que nos están dando los terroristas de la reforma. Los decretos de

Defia son los que los mantienen inactivos porque socaban su capacidad de reclutamiento. Hagamos nosotros justo lo que piensa Kulio que están haciendo ellos. Preparémonos para recuperar el gobierno efectivo en las zonas bajo su influencia. Una buena guerra recuperará a tiempo acelerado parte de lo que perdáis con la desaparición del capital abstracto.

No hubo palmadas sobre la mesa, pero tampoco voces discordantes. Cada uno estaba sumido en cálculos de pérdidas y beneficios que resultarían de aplicar la propuesta de Naxo.

La promesa de una guerra contra un enemigo inadvertido, pero con capacidad de mantener un nivel alto de conflicto durante años, suponía enormes beneficios para todas las casas. Kulio ya veía los intereses de los préstamos que se pedirían para pertrechar a los ejércitos, aumentar los efectivos y mejorar la capacidad de producción de las fábricas de armamento, la casa Extens podía permitirse la caída en desgracia de aquellos nobles que dependían totalmente de los mercados bursátiles.

En el pasado reciente, Kulio había dudado de lo acertado de haber elegido a Naxo para el trono. Era demasiado impulsivo y violento, lo que podía ser utilizado en circunstancias distintas, pero no cuando se necesita un gobierno fuerte y capaz de retomar el control en mitad de una situación de inestable como la actual. En estos tiempos de crisis, Naxo resultaba ser una revelación en vez de un riesgo. Toda la formación que se le había dedicado parecía dar sus frutos de manera temprana. La única fuente de inseguridad era que el heredero del imperio escapara a su control, lo que parecía casi un hecho visto cómo había dominado la reunión de los conspiradores. Debía iniciar un acercamiento y reforzar en Naxo la fidelidad a su casa de origen que se hubiera podido debilitar en los últimos meses.

Imburg había estado a punto de lanzarse al cuello de Naxo por su complacencia con la orden de Defia de hacer aflorar el patrimonio real de la casa Ío y tirarlo por la ventana alegremente. Entonces, se dio cuenta del alcance de lo que proponía. No eran en absoluto imprescindibles los dividendos de las acciones. Ya había generado las condiciones de mercado para mantener sus beneficios con los cereales en su punto máximo. Una guerra haría que la producción se desplomara momentáneamente dándole la oportunidad de recuperar una riqueza incalculable gracias a sus reservas cuidadosamente escondidas. La población pagaría lo que se le pidiera por el grano y su casa dosificaría la salida de producto de los silos secretos para mantener precios exorbitantes so pena de muerte por inanición.

Kulio levantó la sesión haciendo una alabanza de los méritos que tenía el plan de Naxo. Conminó a los dígitos a hacer sus proyecciones y evaluar el balance beneficio-riesgo de esa estrategia que la casa Extens consideraba muy prometedora. Volverían a reunirse en tres días para decidir. Si aprobaban esa línea de acción, podían negociar una moratoria para que el nuevo decreto los encontrara preparados a enfrentar con posibilidades de éxito la caída del orden económico mundial.

TERCERA PARTE

La revelación de Sanichaho

El tercer nivel del pico de la corona estaba, como siempre, semivacío. Los arquitectos e ingenieros de la época en que fue excavado lo diseñaron como un laberinto para representar la aridez del estudio y la investigación, llenos de frustraciones, hallazgos inesperados y necesidad de disciplina para llegar a la meta. La profusión de paneles decorados con frescos, mosaicos y bajorrelieves era desesperante. Harían falta varias vidas para poder estudiar cada detalle.

Rackhal había hecho el recorrido completo de cada pasillo y cada habitáculo dos veces. Lo hizo paseando, deteniéndose solo para admirar alguna obra de excepcional belleza. Cada vez, le había llevado una jornada completar el trazado sin estar absolutamente seguro de no haberse saltado algún recodo.

El tercer día, fue directo a uno de los oratorios. El solario estaba dedicado a Sanichaho, el señor de rostro solar. A pesar de tener un título tan sugerente, se trataba de un dios menor cuya función era esperar pacientemente durante las épocas oscuras de guerra y fanatismo para dar la bienvenida a la luz cuando por fin rompe las cadenas de la ignorancia y la violencia. Los largos años de inactividad le llevaron a dormir para pasar el tiempo sin desesperarse. Tanto durmió, que aprendió a navegar por el mundo de los sueños y a identificar cuáles de ellos eran proféticos.

Rackhal pensó que, si había una clave que descifrar, estaría en esa sala. En algún lugar de los muros se tenía que profetizar el descubrimiento del secreto que guardaba el tercer nivel.

El oratorio estaba pintado de blanco y los bajorrelieves que lo decoraban desde el techo hasta el suelo eran difíciles de distinguir, incluso aquellos que tenían pan de oro para resaltar sus perfiles. La excepción era el dintel de la puerta, compuesto por anchas franjas talladas en piedra negra. Rackhal decidió empezar por ahí. Notó que las figuras que representaban a Sanichaho miraban todas hacia la izquierda, la dirección de sus ojos era hacia arriba en la pilastra derecha, al frente en el dintel y hacia abajo en la pilastra izquierda. Esto le indicó el sentido de la lectura, iniciando abajo a la derecha para terminar en la parte inferior izquierda de la puerta.

Cuando hubo terminado de contemplar la historia que contaba, estaba mareado por el esfuerzo de la vista para distinguir los detalles en ese negro sobre negro que parecía absorber y anular la luz intensa del solario. Se sentó con los ojos cerrados para descansarlos y se quedó profundamente dormido mientras las figuras del umbral cobraban vida en sus sueños.

Al despertar, nada había cambiado excepto que estaba fresco y lleno de energía para seguir

buscando. Se dispuso a hacer de nuevo el recorrido del tercer nivel, dejando a su subconsciente asimilar las alegorías y las figuras que se plasmaban en su retina según caminaba despacio y se abandonaba al disfrute de las obras de arte que se deslizaban al ritmo de sus pasos.

Habiendo recorrido el laberinto varias veces, no temió perderse aunque dejara de prestar atención al trayecto. Curiosamente, no había tenido ningún desencuentro con los trasnos salvo algún tirón traicionero a su bastón que ni siquiera había bastado para hacerle trastabillar. Su atención consciente empezó a replegarse mientras sus pensamientos se encadenaban haciendo conexiones entre un relieve de la diosa que le había llamado la atención y los sueños premonitorios de Sanichaho referentes a la justicia en los textos de la ley y su degradación con el afianzamiento del poder imperial.

—Afortunadamente, no hay sacerdotes del Oficio para la Doctrina del Santo Origen que busquen conocimiento en Brige. Si alguno de ellos viera que, en estos relieves, la consolidación de sus dogmas acompaña el aumento de injusticia, nos obligarían a destruirlos a pesar de su valor histórico y artístico. Esos locos poseídos por los demonios Emeín e Inara solo sirven para sembrar ignorancia, miedo y represión. Me gustaría que a Emeín se le fuera la mano sembrando el oscurantismo y sumiera a los sacerdotes inmaculados en un sueño negro, sin imágenes ni sonidos, que llevara al Oficio a su destrucción. El dogma no es más que la cristalización de la ignorancia en falacias impuestas por la fuerza y por razonamientos endebles que nublan el buen juicio de las mentes ingenuas.

Rackhal continuó con su monólogo interior adentrándose cada vez más en el laberinto. Entraba en salas o giraba en intersecciones de forma aleatoria, apenas consciente de lo que hacía. Su discurso mental fue perdiendo coherencia poco a poco. Dejó de aferrarse a la lógica permitiendo que imágenes, sensaciones y frases inconexas fluyeran libremente.

Se le dibujó una sonrisa en los labios ajados al visualizar a los trasnos con sus manos agujereadas intentando atrapar a buitres que portaban entre sus garras las almas desencarnadas que podían ver con claridad lo que se oculta a la mirada tosca de los ojos materiales.

Un dolor intenso y constante en sus posaderas le sacó de las ensoñaciones en las que se había perdido. Sin darse cuenta, se había sentado en un saliente de roca. Debía llevar un buen rato en esa posición porque sus propios huesos parecían querer taladrar el mísero músculo de sus nalgas. Se puso en pie intentando sacudirse la incomodidad, pero estaba dividido entre el cansancio de caminar sin rumbo y el dolor de estar sentado directamente sobre una superficie dura. Delante de él, había un panel con pinturas desvaídas. Los rojos que habrían sido vibrantes en su tiempo eran ahora un ocre oscuro y los colores claros prácticamente se confundían unos con otros haciendo de su historia un borrón de colores tristes carente de sentido. Al desviar la mirada para elegir por dónde volver hacia la salida, su visión periférica le dio un atisbo de imagen coherente. Se detuvo en seco y se quedó de perfil, sin mirar directamente al panel durante unos momentos. La pérdida de los contornos definidos y la

uniformidad de colores por la falta de intensidad que los diferenciase claramente unos de otros permitían identificar unos contornos que podían dibujar algo concreto al mirar el conjunto sin intentar descifrar el detalle.

Se puso de nuevo frente al panel y se alejó tanto como le permitían las paredes. Desenfocó la mirada y, en ese mundo miope, apareció un Lleirgan que, según el ángulo de visión, parecía en realidad una granada abierta mostrando sus semillas. Entonces, hizo el mismo ejercicio con el panel contiguo. En vez de dibujos, había un texto que cubría la totalidad del espacio y, en lugar de deteriorado por el paso del tiempo, parecía fresco, como recién escrito. Las letras y las líneas estaban muy apretadas, dificultando su lectura. Hizo la prueba de desenfocar la mirada y notó que unas pocas palabras eran de color gris muy oscuro, pero no negro como las demás. Aisló los lugares donde estaban y observó que, como sospechaba, formaban una frase coherente.

Encuentra el ídolo y reposa en él tu mano, entra en su templo con respeto. Deja fuera el temor y abre tu mente a la belleza de lo eterno.

Todas las sensaciones físicas que le torturaban hacía solo unos momentos desaparecieron sin que lo notara. La excitación le llenó de energía y le dio una claridad de pensamiento que parecía levantarle del suelo y moverlo a toda velocidad por los vericuetos que conducían al solario de Sanichaho.

Justo como recordaba, en la pilastra de la derecha, un poco más arriba de la altura de sus ojos, el dios de la profecía soñaba con un jardín lleno de flores completamente abiertas y árboles frutales, abejas que las polinizaban y aves que comían frutos e insectos volando a continuación hacia una cueva cuyas rocas de entrada tenían grabadas las escenas de la unión entre la diosa y Omfal en la Cámara del Cosmos, tras la ceremonia de coronación de una emperatriz.

El dios Gío

Trocon había escuchado atentamente todo lo que le transmitió Rackhal sobre su experiencia en el tercer nivel. Claramente, en ese lugar, había unas energías o algún tipo de hechizo que facilitaba la alteración de la conciencia para encontrar lo que se había ocultado tan cuidadosamente. Por otro lado, se preguntaba cómo se podía compatibilizar ese tipo de magia facilitadora con las salvaguardas y protecciones que se habían invocado.

—Entonces, interpretas que la imagen de la Cámara del Cosmos indica que el lugar secreto se encuentra en el oratorio de la Madre —aunque Trocon lo había articulado en forma enunciativa, era más una pregunta.

—No se me ocurre ninguna otra explicación. El símbolo que hay que buscar está relacionado con el falo y la vulva, el dibujo con el Lleirgan y la granada abierta es muy claro en ese sentido. La alusión a la Cámara del Cosmos es una alusión a la cópula sagrada y la procreación. La única sala que me parece que pueda relacionarse con esos elementos es la de la diosa en su faceta de Madre —contestó Rackhal.

Al abad le parecía un razonamiento lógico. Había una forma fácil de comprobar su veracidad, bastaba con visitar el oratorio en cuestión. Aun así, una parte de él se resistía a aceptar que se tratara de una indicación tan clara.

Tardaron un par de horas en llegar al oratorio de la Madre. La totalidad de las paredes, el techo y el suelo estaban cubiertas por decoraciones de todo tipo exaltando la maternidad. Pasaron el resto del día escrutando cada símbolo y no consiguieron identificar nada parecido o que recordara al Lleirgan y la granada. Cuando se dieron por vencidos, salieron del oratorio llenos de frustración.

Al traspasar el umbral, Trocon se quedó parado mirando hacia el frente. Un mosaico en el que el dios Run sostenía una brújula apuntando al sur se mofaba de su fracaso.

—Espera un momento —le dijo a Rackhal—. Además de reírse de nosotros, creo que ese mosaico nos puede dar una pista sobre el lugar donde buscar.

Observaron los detalles del mosaico. El demonio Habaseo llevaba algo oculto bajo su manto. El recadero de Run se dirigía con cara de pocos amigos hacia un campo de justas.

—Mira —dijo, señalando al demonio—. Creo que el lugar correcto es el oratorio de Gío. El dios de los torneos y los placeres galantes es el menos adorado en este monasterio. Tiene sentido elegirlo para mantener algo escondido.

—¿Te parece? ¿En serio? Habaseo es también el engañador y el oratorio de Gío está en la

otra punta del laberinto. Volvamos a nuestras celdas a consultar con la almohada. De todas formas, es demasiado tarde y llevamos todo el día con la búsqueda —contestó Rackhal.

—¿Cuánto tardaríamos en llegar al oratorio de Gío desde aquí?

—Como mínimo, otras tres horas.

—¿Hay alguna cocina o dispensario de comida por aquí cerca? Podemos cenar, echar una cabezada en el solario y seguir buscando en vez de perder más tiempo con idas y venidas.

A Rackhal no le hizo ninguna gracia la proposición, pero, si lo que estaba oculto se encontraba en ese oratorio y no era otra pista falsa, podría reincorporarse por fin a su ocupación más importante. La investigación no avanzaba mucho y, quien fuera el asesino, estaba teniendo demasiado tiempo para planear su siguiente ataque.

Antes de usar las tumbonas del solario para descansar, revisaron las imágenes que los habían llevado al oratorio de la Madre.

—Tal vez tengas razón —reflexionó Rackhal en voz alta—. Es posible que lo importante no sea hacia dónde se dirigen los pájaros, sino la imagen de las abejas y las flores. La galantería que simbolizan las flores podría ser la clave.

Descansaron tanto como pudieron durante unas pocas horas. El sueño les rehuyó por un buen espacio de tiempo, porque la excitación de la cercanía de finalizar la búsqueda les impedía relajarse. Cuando despertaron, tomaron algo para rehidratarse y mantener las fuerzas y fueron en silencio hacia el oratorio.

Según se aproximaban, las dudas y el miedo a estar siguiendo otra pista falsa les asaltaban sin piedad. Llegaron a un distribuidor del que salían tres posibles direcciones. La decoración estaba dedicada a la tenacidad y al esfuerzo del trabajo. En las jambas del pasillo que llevaba al oratorio habían labrado unos panales para exaltar la labor incesante de las abejas. Se miraron con alivio y aceleraron el paso.

El oratorio tenía un techo bajo y una única pared adornada. En ella, el dios Gío dormía plácidamente mientras hombres y mujeres alados acariciaban su pecho con plumas de avestruz de colores brillantes.

Trocon y Rackhal miraron a su alrededor con perplejidad. La pintura de Gío era lo único que había. Tocaron las paredes buscando un relieve o alguna rugosidad que pudieran recordar al Lleirgan y la granada, pero el enfoscado era perfecto.

Trocon se sentó en el suelo, defraudado como pocas veces en su larga vida.

—¡No hay nada! —exclamó Rackhal con desespero.

—No —dijo Trocon sin moverse de donde estaba.

Rackhal se sentó a su lado intentando que su respiración no traicionara el enfado que sentía crecer en lo más profundo de sus tripas. El silencio se instaló entre ellos durante muchos minutos.

—Tendría que haber un ídolo en algún sitio. Es imposible que no lo veamos. —Rackhal había tenido tiempo para asumir el fracaso y aceptar que su trabajo en seguridad quedaba pospuesto *sine die*—. Volveré a empezar yo solo. Te pido perdón por haberte hecho perder el

tiempo.

—Espera. Repíteme las palabras que encontraste. —Al contrario que Rackhal, durante el tiempo que estuvieron callados, Trocon tenía la certeza creciente de que no estaban equivocados. La respuesta estaba allí, literalmente al alcance de su mano, solo había algún detalle que se les escapaba, pero sentía que rozaba juguetón un recodo de su consciencia.

—Encuentra el ídolo y reposa en él tu mano, entra en su templo con respeto. Deja fuera el temor y abre tu mente a la belleza de lo eterno —recitó Rackhal con tono neutro.

—¿Qué esperabas ver? —preguntó Trocon con una voz que denotaba un punto de alegría.

—No sé qué te hace tanta gracia —contestó Rackhal un tanto molesto—. Tendría que haber varias estatuas y, una de ellas, debería representar la inseminación o la fecundidad.

—¿Por qué?

El gesto divertido y la risa a duras penas contenida eran ya evidentes. Rackhal intuyó que ahora el abad le estaba tomando claramente el pelo. Le miró directamente a los ojos resistiéndose a dejarse contagiar por ese ánimo risueño de Trocon.

—¡Maldito sea el testículo izquierdo del gigante! No estoy para juegos, dame tú la respuesta —exclamó.

—Yo también había pensado lo mismo que tú. Pero ídolo es la imagen de un objeto de adoración. ¿Entiendes? Es la imagen, no el objeto.

—Soy un viejo chocho y babeante que ya no sabe pensar —dijo Rackhal mirando la imagen del dios—. No podían ser más directos, solo hay una imagen, nada más. O tocas a Gío o tocas a Gío, no hay posibilidad de confusión. ¡Grandísimos hijos de la diosa de las putas!

Los dos se reían mientras se apoyaban el uno en el otro para ponerse de nuevo en pie.

Cinco plumas tocaban el pecho del dios y Trocon puso su mano bajo ellas apuntando cada uno de sus dedos hacia la pluma correspondiente. Dejó caer todo el peso de su cuerpo sobre esa mano y notó cómo la sección de pintura bajo ella se resquebrajaba y dejaba caer la presión sobre un resorte.

El sonido de un borboteo llenó por completo el oratorio. El mecanismo hidráulico que se había disparado hizo descender el muro de la izquierda hasta que el borde superior quedó a ras del suelo.

Una oquedad oscura quedó al descubierto.

Damaxa y la gema del poder

Damaxa, gran abadesa de la Orden de la Noche, salía de su despacho. Tras dirigir los rituales del amanecer en que preservaban la integridad de las energías de las estrellas y los espíritus nocturnos para que siguieran fluyendo durante el día, se había ocupado de los asuntos urgentes para disponer de todo su tiempo. Estaba muy emocionada, había puesto el monasterio de Wardum, la casa madre de la orden, patas arriba con preparaciones de todo tipo para que fuera el lugar más acogedor del mundo. El paisaje ya era de por sí algo espectacular e inimitable, el mar de arena, que dibujaba suaves ondulaciones en una superficie interminable, era traspasado por agujas de roca que se alzaban buscando las estrellas y canalizando la energía del firmamento para nutrir a la Tierra.

Como si fuera una adolescente de la nobleza en su fiesta de presentación a la emperatriz, Damaxa se había dado un baño de espuma con los perfumes más sutiles de flores exóticas, se había hecho dar masajes con lociones que dejaron como terciopelo la piel de su hermoso cuerpo que hacía años había dejado atrás la delgadez para ganar abundantes kilos de curvas y llenar sus pechos de amplitud acogedora.

Su rostro, recorrido por finísimas arrugas, había ganado en belleza. Parecía más joven que lo que en realidad era, pero no lo había buscado. Sus sesenta y cinco años estaban llenos de experiencia y no renegaría de ninguno de ellos mintiendo sobre su edad.

La visita de Esilo era su gran acontecimiento personal. Algunos de los hombres que iban en peregrinación al magnífico monasterio servían también para satisfacer las necesidades físicas de las sacerdotisas y la abadesa, pero Esilo era especial. Siempre se había entregado a ella humildemente, lleno de sensualidad y ternura, anticipando cada uno de sus deseos y necesidades según iban despertando en su cuerpo. Por supuesto que, cuando aún era joven, era fogoso y apasionado. ¡Cuántas veces habían desmantelado la celda de Damaxa como si hubiera entrado una banda de maleantes a robar algo bien escondido! Pero ese fuego se había convertido en ascuas de experiencia que ardían lentas hasta quemar cada centímetro de su piel y llevarla a un clímax de oleadas largas como las líneas de las dunas de Wardum extendiéndose hacia el horizonte.

Desde que se conocieron en la fiesta de la diosa, cuando Esilo no era más que un erudito que descubría el mundo tras años enterrado en los manuscritos helados de Brige, se habían venido encontrando una o dos veces al año para compartir sus descubrimientos de la magia, de la política y del cuerpo.

Damaxa se dirigió al pórtico principal del templo de Ranite, la diosa tan bella que sus amantes se consumían de amor incapaces de comer y beber tras haber gozado de sus favores. Allí se encontró con Esilo, se abrazaron protocolariamente y entraron en el templo. La enorme nave estaba llena de luz que entraba por los vanos en la cúpula que se orientaban con un movimiento incesante para seguir los movimientos celestes y mantenerse alineados con las estrellas cuya energía sutil seguía llegando a la piedra del altar, aunque la luz del sol impidiera percibirla.

Tras hacer una ofrenda, salieron del templo y se sentaron junto al estanque del gran oasis alrededor del cual se había construido el dominio de la orden.

—Tu visita ha sido totalmente inesperada, hace solo dos meses que viniste la última vez. ¿Qué te trae a nuestro lado? —Damaxa bebió un sorbo de su bebida preferida, agua del oasis rebosante de luz de las estrellas aromatizada con toques de dátiles y hierbabuena. Su tono era juguetón, pero sus ojos desmentían el flirteo y buscaban la razón real de la visita.

Esilo la miraba con auténtico amor y la ligereza de su cuerpo denotaba la alegría que le producía el encuentro.

—Aunque verte me llena de felicidad como siempre, aciertas en pensar que no es el motivo de mi visita. Aíslanos antes de continuar —pidió con una sonrisa.

Damaxa hizo un pequeño gesto de intriga al tiempo que tocó uno de los amuletos que llevaba adornando su muñeca. La magia en ese lugar era tan potente que el encantamiento más sencillo tenía un efecto inmediato. El amuleto de aislamiento los rodeó de un aura que impedía no solo que fueran escuchados, tampoco podrían haber leído sus labios si hubieran estado rodeados de observadores ávidos de conocer sus palabras.

—Le hemos robado a Cueta la gema del poder —dijo Esilo sin rodeos.

Damaxa se irguió abriendo mucho los ojos en un movimiento involuntario y rápido como una cobra asustada.

—¡Ranite, protege a tus siervos! —exclamó—. ¡Cuéntame y no calles nada!

Esilo explicó los últimos acontecimientos en la corte con todo detalle.

—Los dígitos se han plegado a las exigencias de la emperatriz y han pedido una moratoria. Dentro de un mes a partir de hoy se cumple la fecha límite, Defia publicará el decreto del cierre de la bolsa y las casas recurrirán a sus reservas no declaradas para evitar la caída de la economía. El logro es enorme, la alta y la baja nobleza quedarán debilitadas e incapaces de hacer oposición a los avances del nuevo orden. Mientras tanto —prosiguió—, Cueta, en connivencia con el futuro emperador, ha infiltrado un asesino en Brige para acabar con el reclutamiento de nuevos eruditos restauracionistas. Teníamos sospechas sobre ella, pero su mente y sus actividades han estado siempre cubiertas por un velo impenetrable. No sabemos realmente quién es Cueta, pero ahora tenemos pruebas de que se trata de un enemigo poderoso y temible en una medida mucho mayor de lo que imaginábamos.

—Pensábamos que la gema del poder era una historia elevada a la categoría de mito, que solo era una metáfora para representar el anhelo del ser humano de equiparar su poder al de la

diosa. ¿Qué te hace pensar que es la gema del poder y no un amuleto imbuido de fuerza sobrenatural fuera de tu capacidad de comprensión? —preguntó Damaxa.

—Eso lo tienes que ver por ti misma. A lo largo de mi carrera he encontrado muchos artefactos con un poder enorme, pero ninguno como esta piedra. A pesar de haber hecho todo lo que estaba en mi mano, no he podido desligarla de Cueta, solo he conseguido que no pueda identificar quién la tiene y dónde la guarda, pero aún la obedece a ella. Solo nos salva que ahora debe tenerla en contacto con la piel para poder utilizarla, si no, a estas alturas estaríamos todos muertos.

—¿La has traído contigo? —preguntó con una mezcla de alarma y de excitación.

—¡Por supuesto! Si hay alguien en el mundo que puede hacer algo con la gema del poder, esa eres tú. Aun así, sé que es peligroso y que hay posibilidades de fracaso. Yo no me he atrevido a utilizar los hechizos más potentes que conozco. Solo proteger la localización de la gema casi acaba conmigo. Tuve suerte de contar con ayuda y me protegieron a tiempo.

—Has elegido la fecha de tu visita a propósito, ¿verdad, viejo taimado? Mañana hay eclipse total de sol. Esta noche nos prepararemos para la batalla —dijo con un tono juguetón que pretendía ocultar hasta qué punto estaba preocupada.

Cueta había intentado muchas veces hacerse con el control de la Orden de la Noche. Damaxa había sabido ejecutar todas las fintas necesarias para defenderse de la injerencia de la suma sacerdotisa y, para ello, había investigado de dónde venía aquella mujer que quería una influencia privilegiada sobre las custodias de la magia más pura de la Tierra.

Cueta era la última hija de una rama de la familia Bukost, una casa menor ligada a la casa Ío. Lorj Bukost, su padre, era un adicto al mnomno, una droga a caballo entre la trixa, un potente alucinógeno, y el dumo, un relajante con la virtud adicional de subir el estado de ánimo. El resultado del mestizaje eran unas ensoñaciones completamente realistas que mantenían al padre de Cueta en un estado permanente de felicidad y desconexión de su entorno. Su madre hizo todo lo posible para mantener la riqueza que los mantenía a salvo de perder su estatus de vertux, el título más bajo de la pequeña nobleza, y caer en la desgracia de pasar a pertenecer a la casta de los hombres libres.

El vertux Lorj estaba a punto de pedir un crédito utilizando sus últimos dominios productores de centeno como garantía. Cueta tenía casi once años por aquel entonces. Quiso la casualidad que pasara por delante de la sala de trabajo de su padre cuando negociaba los términos con un prestamista esbirro de los Extens. Había oído a su madre miles de veces decirle a gritos a Lorj que su gasto en mnomno sería la perdición de todos.

Como si hubiera sido su propósito desde el principio, la supuestamente inocente Cueta cambió sus pasos y se dirigió al mal disimulado escondite donde su padre tenía la reserva de drogas. Aquella misma tarde, Lorj murió de sobredosis tras haber jugado con su pequeña a la que adoraba por encima de todos sus otros hijos.

Su madre envió a la pobre huérfana al templo de Nestia para ser criada por las guardianas de los lares familiares y proporcionarle un futuro estable, que la librara de los equilibrios y

malabares necesarios para mantener el patrimonio de algún otro vertux Bukost descerebrado y al borde de la ruina.

Cuando falleció treinta años después, legó a Cueta una cantidad suficiente para pagar la dote que le permitiría unirse a los rangos superiores del sacerdocio. En una ceremonia muy emotiva para sus hermanos, Cueta fue la oficiante y la primera en despedir al cadáver, honor que le correspondía ya que había sido la primera en tocar el cuerpo sin vida de la pobre mujer. Su cuñada no se separó de ella hasta después del entierro. Aunque no perdía la compostura, Cueta debía estar conmocionada. Al fin y al cabo, su madre se había roto el frágil cuello de anciana al salir de la bañera mientras charlaba animadamente con su reverenda hija. Sus pies mojados debieron resbalar cuando iba al vestidor con la intención de engalanarse para la fiesta con ocasión de esa visita tan esperada.

La estética del asesinato

Hacía varios días que Shadu no se encontraba con Rackhal. Era un alivio. Había llegado a sentir una cierta paranoia. El viejo *mitre* estaba senil, pero hacía preguntas que le hacían temer que sus planes estaban peligrosamente cerca de ser descubiertos. Si hubiera vuelto a encontrarse con él en esos días, le habría eliminado. De hecho, ya tenía seleccionado uno de sus venenos indetectables. Un anciano demente no tenía valor para llamar la atención con una carnicería. Para mantener vivo el avispero y desviar la atención del asesinato de masas, había dispuesto esa misma noche de su siguiente víctima.

Rendo, un estudiante de tercer año, descubrió el cadáver. Estaba atado en cruz a las espalderas del gimnasio situado en el primer nivel del pico del Sol. Le debían de haber ido colgando pesas del cuello hasta que el peso separó las vértebras cervicales. Los músculos y la piel se habían estirado sin llegar a desgarrarse por completo y el espectáculo de un cuerpo con la cabeza colgando a la altura de las costillas era grotesco. La noticia corrió como la pólvora por todo el monasterio. *Mitre* Hix era uno de los atletas destacados en los Juegos de la Diosa. Una vez al año, se celebraban competiciones deportivas. Hix había ganado tres años consecutivos en la carrera de obstáculos. Era el espectáculo preferido por la gran mayoría porque no solo requería velocidad. Aunque mal vistas, las apuestas corrían por todas partes. Especialmente para el obstáculo del tramo de barro donde las caídas de los participantes desataban la hilaridad generalizada y podían dar al traste con los pronósticos de quiénes quedarían en cabeza para cruzar la línea de meta.

Mitre Hix estaba especializado en arte de los reinos protoimperiales y del imperio inicial. Hasta donde Shadu sabía, Hix no tenía habilidad política, por lo que su posición en la jerarquía restauracionista no podía ser relevante. Asesinarlo tenía como objetivo sembrar el desconcierto ya que no había un interés estratégico en su muerte. Además, tenía el valor añadido de la notoriedad, eso contribuiría a sembrar el miedo entre los pusilánimes y dificultaría la gestión de la vida cotidiana. Shadu esperaba que los investigadores desviaran su análisis y empezaran a sospechar que las muertes fueran debidas a un psicópata que se estaba descontrolando en vez de un complot con intención política o militar.

Lo había elegido un poco al azar, había ido a consultar unos textos sobre demencia inducida por medicamentos cuando vio al *mitre* Hix charlando animadamente a la entrada de la biblioteca con un puñado de seguidores que celebraban los hitos de los últimos juegos. Ya había decidido su estrategia de desorientación y, al verlo, le pareció un blanco muy

conveniente para sus propósitos.

Por suerte para Shadu, *mitre* Hix hacía musculación adentrada la noche para evitar a los moscones que siempre se le acercaban. Shadu se acercó a él en el gimnasio vacío como si fuera a saludarlo emocionado. El polvillo anestésico que le lanzó a la cara hizo efecto inmediatamente.

Mientras ejecutaba su idea macabra, le iba hablando en voz alta, como si el cuerpo seminconsciente a sus pies pudiera escucharle.

—Te va a gustar el resultado final. Tu sensibilidad por el arte y por la belleza recibirá un tributo digno de los mártires de la antigüedad.

Puso una soga alrededor del cuello y pasó el otro extremo por un travesaño alto de la espaldera para ahorcarlo.

—Verás, esto no es más que la preparación... Vas a sentir que te ahogas, pero... durará solo... unos minutos y el sufrimiento... será mínimo... gracias al... polvo de adormidera —decía las frases entrecortadas por el esfuerzo de tirar de la soga para levantar el cuerpo—. Retrasará la muerte un poco..., por sus propiedades antiespasmódicas... Los colgados que... patalean y se retuercen suelen provocarse daños... que precipitan el desenlace. —Ya estaba a suficiente altura y ató el cabo para asegurar la soga—. Pero esa pizca de mala suerte está ampliamente compensada por la placidez que sientes al mismo tiempo.

Sin esperar a que terminase la agonía, empezó a colgar peso de sus pies.

—Te voy a confesar algo. Utilizar venenos me deja triste y frustrado. Es mucho mejor ensuciarse las manos. Hay algo honesto en el trabajo manual. Sin embargo, creo que, finalmente, el espíritu del monasterio está entrando en mí. Estudiar siempre me ha aburrido, soy un hombre de acción. Pero acabar con Brige requiere cerebro. —Emitió una carcajada gutural—. ¿Sabías que una de las defensas del cerebro se llama barrera hematoencefálica? Esa barrera impide el paso a las neurotoxinas, pero la podemos debilitar. Basta con provocar una inflamación. Resulta que tus queridos compañeros de la sección científica han sintetizado inflamasomas para un estudio sobre el alzhéimer.

Se escuchó un fuerte chasquido procedente de las vértebras dorsales de Hix. Shadu paró en seco su soliloquio. Quería que se separase el cráneo de las cervicales y dejar intacto el resto de la columna vertebral. Descolgó el peso de los pies y lo distribuyó en los extremos de una cuerda que pasó por detrás del cuello del cuerpo suspendido apoyándola en los trapecios.

Mientras reorganizaba las cargas, reanudó la conversación unilateral con el cadáver.

—Voy a poner los inflamasomas de absorción gástrica en la sal de mesa. He robado una cantidad suficiente para contaminar todo el suministro de los almacenes. Dentro de pocas semanas, se empezarán a notar los síntomas. Habrá muchas infecciones, dolores articulares, malestar generalizado... Pensarán que se trata de algún virus, pero no lo podrán encontrar porque estarán buscando algo inexistente. Para cuando lleguen a esa conclusión y empiecen a buscar otro motivo, habrán pasado dos o tres meses. La barrera hematoencefálica de los habitantes del monasterio estará suficientemente dañada. Será entonces cuando llegue el

golpe definitivo.

Un crujido resonó contra las paredes del gran gimnasio vacío. Shadu se apresuró a soltar parte del peso para que los músculos del cuello no se desgarraran al haberse desgajado la unión del cráneo con las cervicales. Quería que la cabeza, aunque colgando horriblemente, siguiera unida al cuerpo cuando lo encontraran por la mañana. Con mucho cuidado, jugó con los pesos hasta que el cuello se estiró unos quince centímetros. Los primeros en llegar verían el cuerpo antes de que el *rigor mortis* empezara a acortar de nuevo los músculos. De hecho, el peso de la propia cabeza habría alargado el cuello unos pocos centímetros más.

Retiró las cargas por completo, empezó a atar los brazos en cruz a uno de los travesaños de las espalderas y los pies los colocó juntos, atándolos un poco más altos que donde estaban colgando, de modo que las rodillas quedasen ligeramente flexionadas. Afanándose con las cuerdas y los nudos, seguía charlando sin cesar.

—Ese golpe final es todo mío. Me ha costado años de investigación y de pruebas. No ha sido nada fácil en un lugar con tan poca privacidad como Brige, pero la voluntad vence todas las dificultades. La neurotoxina que he inventado es una especie de cruce entre el curare y la toxina botulínica —trepó por las espalderas para ponerse a la altura del lazo—. La genialidad es que se puede dispersar en el aire. Unas pequeñas cargas explosivas —sacó el cuchillo que llevaba al cinto— en los pozos de ventilación de cada pico y... ¡Bum! —Cortó la soga que había utilizado para el ahorcamiento dejando caer libremente todo el peso de la cabeza que rebotó contra el pecho—. Mis pequeños asesinos llegarán desde el aire hasta los cerebros más desarrollados del imperio sin apenas encontrar resistencia. Los que no mueran de asfixia por paralizarse el sistema simpático, quedarán demenciados sin remedio.

Recogió todo lo que había dejado desordenado. Cuando estuvo satisfecho, cortó la camiseta del cadáver para que quedara con el torso desnudo.

—¡Dioses, soy un verdadero artista! Gracias por escucharme, *mitre*. Mis ocasiones de hablar con tanta franqueza son muy escasas. Espero haberte devuelto el favor, porque has quedado muy hermoso. Eres como uno de esos frescos sobre los que disertabas en tus clases. Tanto tú como yo podemos estar orgullosos del resultado de esta noche.

Se dio media vuelta y se alejó canturreando una tonada tradicional sobre la belleza que había aprendido en la infancia.

Reunión del Estado Mayor de los relapsos

Olan el Guapo convocó de urgencia una reunión en su tienda. Cuando Datia y Suil entraron, vieron el cambio que se había operado. Donde antes había una mesa de campaña, un catre y lo que parecía ser un petate, en el espacio despejado, había cúmulos de ectoplasma en formas humanas sentadas en círculos concéntricos de elevación creciente para que todos estuvieran a la vista. Estaban en completo silencio, esperando a que llegaran ellos para iniciar esa extraordinaria reunión. Datia no se sorprendió al ver ese despliegue tecnológico, pero se preguntó de dónde saldría todo ese ectoplasma que, generalmente, se obtenía de tantos sirvientes como participantes intervinieran. Para extraer esa materia sutil sin causar daños permanentes, se ponía a los sirvientes en estado de coma inducido mientras duraba la comunicación.

Según tomaba asiento donde le indicó Olan, Datia observó y reconoció los atuendos de cada una de las formas sedentes que tenía delante. Una de ellas tomó la palabra cuando los últimos en llegar se hubieron acomodado.

—Todos conocéis a Datia, tercera hija imperial. Está en el campamento de Olan, comandante del frente de los Mártires. Datia Gravia, yo soy *mitre* Alefer, camerarius del monasterio de Brige. Tengo la potestad de convocar la asamblea de comandantes en ausencia del jefe de Estado Mayor del Comando Conjunto que ahora se encuentra en misión. Los acontecimientos se precipitan a una velocidad que no esperábamos, debemos prepararnos para todas las contingencias posibles por lo que se convoca esta sesión.

A continuación, tomó la palabra una figura embozada, era la única que no estaba a cara descubierta. El sonido de su voz era sintético.

—El cierre de la bolsa ha precipitado el caos económico que esperábamos. Las grandes casas están aprovechándolo para hacer una purga en sus propias filas y eliminar a los miembros cuya aportación consideran insuficiente. Esto ha provocado el cierre de muchos centros de producción y la retirada de efectivo de los bancos ante el miedo a que no puedan responder a las necesidades de liquidez. El hambre se ha instalado en algunos hogares más de los intocables. Aunque la situación es aún manejable, si continúa la desaparición de cargamentos de comida, pronto ciudades enteras tendrán hambruna sistémica en esa casta.

Una de las figuras habló sin identificarse a pesar de la deferencia debida a Datia. Ella

supuso que era un miembro del Estado Mayor del Comando Conjunto, pero no pudo identificar por su ropa si era monje o comandante de algún frente. La voz era firme, aun así, resultaba un poco anodina.

—La tregua se mantiene en lo que se refiere a los objetivos estratégicos habituales. Sin embargo, cada uno de los comandantes de frente debe establecer vigilantes en los puntos inseguros y ejecutar a los atacantes de los falsos cargamentos de grano. Nos seguirán culpando de la escasez, pero esperamos que haya filtraciones y la población empiece a hacerse eco de que los cargamentos no son más que contenedores vacíos. Procurad que los conductores sobrevivan, son ellos los que están muriendo en los falsos ataques y serán los más interesados en difundir la noticia.

Hubo cabeceos de asentimiento, ninguno de los que estaban vestidos como combatientes pareció reluctante ni tuvo nada que añadir.

La voz sintética se volvió a escuchar bajo el embozo.

—Se están despachando órdenes de concentración de tropas en pequeñas ciudades repartidas por todos los continentes, las ciudades se corresponden con las áreas de influencia directa de las comandancias de los frentes. Una filtración indica que preparan incursiones simultáneas para desestabilizar la rebelión en un solo golpe. Si los manuales de estrategia sirven de algo, podemos deducir que, inmediatamente después de ese primer ataque en racimo, se despacharán oleadas de contingentes para ir aniquilando los frentes uno por uno.

El hombre que estaba al lado de la figura con voz anodina intervino.

—Hija imperial, aunque llevo ropas de religioso, mis funciones son únicamente militares. Soy el comandante Gjer del Estado Mayor del Comando Conjunto con base de operaciones en Brige. —Dirigió una mirada de soslayo al que había hablado primero para reprocharle no haber dado su nombre y su rango—. Mi colega, sentado a mi derecha, es *mitre* Koa Su'n, encargado de la centralización de labores de inteligencia de civiles —dicho esto, se dirigió a toda la asamblea—. Los campamentos de comandancia serán desmantelados de inmediato, se utilizarán, en cambio, los pisos francos situados en grandes capitales donde se ubicarán los segundos al mando y los comandantes se establecerán en campamentos temporales recónditos. En las áreas de influencia directa de comandancias solo quedarán oficiales de enlace camuflados entre la población.

Mitre Alefer retomó la palabra.

—Brige está bajo ataque.

Todos los asistentes lo fijaron con miradas de alarma.

—Ha habido varios asesinatos, suponemos que el número de víctimas es mayor, pero no podemos estar seguros. Los *mitres* Ha'rij y Hix son dos de las víctimas identificadas —no se interrumpió a pesar del enjambre de voces y expresiones de consternación—. Tememos que estas muertes sean preludio de un ataque sistemático a los miembros del Comando Conjunto que estamos aquí. Aunque no tenemos indicios, debemos actuar bajo la premisa de haber sido descubiertos. Hemos impuesto un bloqueo discreto, nadie puede salir del monasterio y

los proveedores son vigilados desde la puerta de entrada hasta que la atraviesan de nuevo en sus caminos de regreso. Requerimos de los comandantes de frentes que nos envíen a combatientes que se acerquen más al perfil de postulantes que recibimos. Cada uno de los frentes debe informarnos de la lista de candidatos por adelantado. Sus órdenes serán las de mezclarse con el resto de los postulantes y estudiantes de primer grado para identificar, definir y eliminar la amenaza que pesa sobre Brige.

Esperó unos breves instantes.

—Datia, hija imperial, y el combatiente Suil son requeridos de inmediato en el monasterio. Cuando lleguen serán informados del motivo.

La reunión duró una hora más para tratar asuntos de coordinación y asignación de misiones específicas. Al finalizar, Olan, Datia y Suil se miraron un momento mientras ponían en orden sus pensamientos. Datia fue la primera en hablar. En vez de ir directamente a elucubrar sobre su misión, Datia hizo una pregunta.

—He notado que la única mujer que he visto hasta ahora entre los relapsos soy yo y tengo doce años. ¿Dónde están las mujeres en vuestro ejército?

Suil y Olan se miraron incómodos. Suil abrió la boca para contestar, pero Olan se le adelantó.

—No voy a darte la respuesta diplomática porque no hay justificación. Sí que hay una explicación histórica original y una vergüenza subyacente que no es suficientemente fuerte para cambiar las cosas. Originalmente, el movimiento de los relapsos se organizó como espejo de la estructura imperial donde las mujeres no tienen cabida. Durante cientos de años, la inercia hizo que no hubiera planteamientos de incorporar a las mujeres a nuestras filas. Durante cien años más, se debatió la incongruencia de defender los postulados de la antigua religión y la falta de representación de las mujeres en el movimiento. Finalmente, la asamblea decidió hacer una incorporación gradual y actualmente hay mujeres en los servicios de espionaje, pero aún no os hemos incluido en la esfera militar. Es decir, que seguimos sin reflejar en la rebelión el ordenamiento divino en el que la diosa y las hijas no solo tienen poder, sino que lo ejercen tanto como los dioses.

Datia le miró a los ojos desafiándole a verbalizar lo que había quedado como sobreentendido.

—Lo que quiere decir Olan es que estamos en un círculo vicioso. No hay mujeres guerrilleras que nos presionen para tener su lugar sin distinción alguna en el movimiento y las declaraciones de principios se nos quedan en simples palabras porque nos da miedo el cambio. Convertir la rama militar de los relapsos en un ejército con cabida para las mujeres requiere abandonar Brige como sede del Comando Conjunto, también obliga a aceptar una visión distinta e incorporarla a todos los niveles. Habrá miles de cosas que cambiarán y no alcanzamos a imaginar qué serán y qué pueden implicar. Todos declaramos y estamos convencidos de que la distinción entre hombre y mujer existe, pero esa diferencia no justifica que la mujer quede por detrás del varón en algunas esferas de la vida. La consecuencia lógica

es que se debe adaptar el mundo a esa visión, pero ninguno damos el paso de convertir los principios en realidad. Todas estas razones se resumen en una verdad que no deseamos admitir, queremos que las mujeres hagan lo que los hombres decidamos, esa es la verdad. Alguien tiene que romper ese inmovilismo, es una de las razones por las que estás aquí.

Datia se quedó paralizada por unos segundos. Su madre y su hermana la habían preparado para encontrarse con una organización en la que su valor añadido era intelectual, no habría esperado nunca liderar o encarnar una revolución social en el seno de la revolución.

Olan retomó la palabra.

—El encuentro durante el que creasteis la gran alianza y se fusionaron los binomios masculinos y femeninos en los pilares de la fuerza, la razón y el espíritu nos presentó la oportunidad de dar finalmente el paso. Nuestro propósito era que nos conocieras en profundidad sobre el terreno antes de llevarte a Brige. Los acontecimientos se precipitan y vas ahora hacia allá por una misión que desconocemos. Es de suponer que, cuando salgas de Brige, ya estarás ocupando el puesto que te corresponde en el Estado Mayor, serás la primera mujer en el ejército y entrarás directamente a la élite de la comandancia, además de tus labores como comandante, tendrás asignada la labor de construir la paridad en el propio Estado Mayor y en toda la estructura militar de los relapsos.

Elucubrar sobre cuál sería la naturaleza de la misión que se les encomendaría a Suil y a ella perdió toda importancia ante la magnitud de lo que le acababan de revelar. Datia sintió en las tripas el miedo y las dudas que debió haber sentido Defia el día de su coronación.

La barba esmeralda

La esmeralda tenía un tamaño enorme para ser una piedra preciosa. Estaba tallada en forma de barba, como si fuera una larga perilla de quita y pon, ya que tenía unos lazos que podrían utilizarse para sujetar la joya a la mandíbula. Trocon la miraba sin atreverse a tocarla.

Tardó largos segundos en articular palabra. Mientras observaba fascinado, hacía un listado mental de las propiedades de las esmeraldas y los usos que se les daban a nivel mágico y espiritual.

—Antes de ponerle la mano encima, debemos revisar esta cámara. Tiene que haber algo que nos indique su potencial y cómo manejarla. No quisiera que cayéramos fulminados por cogerla imprudentemente como si fuera un trozo de roca inerte.

—Pues entonces, deja de apretarme el brazo. Ya se me ha dormido la mano y necesito llevarlo con el resto de mi cuerpo para empezar a echar un vistazo —contestó Rackhal.

Trocon le soltó de inmediato. No se había dado cuenta de haberlo agarrado para no dejarse caer por la impresión. Con esfuerzo, se sustrajo del influjo de la esmeralda y dirigió la vista al pedestal que la sujetaba a algo más de medio metro del suelo.

Se trataba de una columna de granito amarillo tirando a ocre. Estaba tallada en forma de árbol cuyas ramas sujetaban la piedra sobre la que reposaba la barba esmeralda.

—Aquí parece empezar una historia sobre la diosa Madre —anunció Rackhal.

—Ve contándomela mientras yo estudio el pedestal.

Rackhal tenía delante una pilastra coronada por una granada abierta. Las imágenes talladas en el fuste describían una escena extraña.

—El principio escenifica cómo la diosa Madre dio a luz a los dioses mayores, cada uno con sus atributos. El dios Run imbuye a los humanos un alma para que se acerquen a lo divino y dejen de ser un mero juguete con el que entretener la eternidad. Sus hermanos se llenaron de ira porque, junto con el alma, los monos desnudos descubren el libre albedrío y actúan según su propia voluntad. La risa que le causa a Run la frustración de sus hermanos acaba pronto, porque encuentra que las vidas de los primeros hombres son aburridas. Entonces propone a los otros dioses que, cada uno de ellos, deposite en las almas puras un regalo que las convierta en únicas de modo que se vea qué atributos son los más poderosos. Sobre la humanidad que vive en armonía se desata una lluvia en la que caen en distintas medidas la sabiduría, la estulticia, la fuerza, la debilidad, la generosidad, la codicia, el engaño, la honestidad... Y la gran familia celeste se sienta a contemplar cómo empiezan las peleas, los robos, los asesinatos, los

gobiernos, las leyes, los ejércitos y el caos. A continuación, la diosa Couna inventó las apuestas para aumentar la diversión y los dioses se olvidaron de todo lo demás, dejándose atrapar en una espiral de vicio por el juego. Es ahí que la diosa interviene. Con tal de ganar una partida, los dioses engañaban y manipulaban a los humanos llevándolos a cometer crímenes cada vez más atroces para hacer prevaler sus atributos sobre los de los demás. Fundiendo sus tres emanaciones de Hija, Madre y Vieja, la diosa interviene en la ordenación del mundo a través de la exaltación de la emperatriz —Rackhal interrumpió la lectura del relato—. Aquí no dice nada de una esmeralda. Voy a pasar a otra historia —dijo.

—¡Ni hablar, sigue con esa! Es una versión interesante del origen del imperio —contestó Trocon rápidamente.

—No te creas, a partir de aquí, es la historia de siempre —dijo Rackhal recorriendo las imágenes en diagonal para ir más deprisa—. Las emperatrices van extendiendo el territorio, imponen la justicia, transmiten las bondades de la diosa..., bla, bla, bla... ¡Puertas del infierno! ¡Deja lo que estés haciendo y ven para acá! —el tono aburrido que había adoptado dio paso a esa orden ladrada en un volumen cercano al grito.

Casi alarmado, Trocon fue a toda prisa para ver qué había descubierto.

—Mira, después de explicar cómo la línea de emperatrices encarna la legitimidad y los emperadores son los que gobiernan según los dictados del cielo, la diosa ata una barba postiza al mentón de la última emperatriz. Aquí la representan vestida de hombre, punzando con una daga de guerra las pústulas de un moribundo que porta los atributos de la organización del imperio.

—Es la herejía de los últimos reinos —murmuró Trocon.

—No puede ser. Según la Palabra, el libro de ortodoxia del Oficio del Santo Origen, los últimos reinos fueron aniquilados por las fuerzas de las primeras casas creadas por el imperio porque ponían indistintamente hombres y mujeres en el trono como si ostentaran la corona independientemente de su sexo —dijo Rackhal—. La doctrina dice que es un desequilibrio que lleva al caos y la muerte definitiva. Es imposible que la diosa en persona convierta a una emperatriz en emperador.

—Si la memoria no me falla, la doctrina actual se formaliza por primera vez con Zotisis, el gran sacerdote inmaculado que escribió el Génesis ortodoxo mil años después de la primera versión de la Palabra y seis siglos más tarde que la primera coronación imperial. Superado el imperio inicial, ya se habían consolidado las cinco grandes casas de la nobleza y la alternancia entre ellas para ostentar la corona del emperador estaba garantizada.

—El tercer nivel de este pico se excavó hacia el año doscientos cincuenta después de Hitoi. Eso son cuatrocientos años antes de la versión de Zotisis —calculó Rackhal.

—Exactamente. Por tanto, lo que has «bla-bla-blado» antes es, en realidad, un pictograma profético. En aquella época, los decoradores de esta cámara secreta no podían saber de otro modo cómo se fijaría la ortodoxia según los intereses de una nobleza que aún no existía con tanto poder en aquellos años.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Rackhal, deseando irse de una vez.

—Seguir mirando qué más hay. Aún no hemos terminado.

Para cada uno de ellos, el tiempo pasó de forma distinta. Rackhal quedaba abstraído ocasionalmente con algún pasaje excepcional del tapiz de historias que poblaban las paredes, pero estaba inquieto por volver a su investigación la mayor parte del tiempo y los minutos se le antojaban semanas. Trocon, sin embargo, estaba como en éxtasis. Las secuencias de pinturas y pequeños textos asaltaban su razón con revelaciones cósmicas y nuevos interrogantes. Podría quedarse allí indefinidamente, sin sentir hambre o necesidades corporales.

Finalmente, Rackhal sacó al abad de sus ensoñaciones teológicas y le convenció para que volviera en otro momento.

—Necesitas un grupo de *mitres* que sean especialmente doctos en teología y escatología junto con unos pocos aspirantes de confianza que se encarguen de catalogar y ordenar todo lo que contiene esta cámara. No podemos quedarnos aquí indefinidamente.

Trocon volvió a la realidad del presente muy a su pesar.

—Tienes razón. Cojamos la barba esmeralda y regresemos.

Retomaron el pasaje por el que habían accedido. La pendiente era fuerte, pero el suelo estaba tallado con rugosidades de modo que el pie pudiera apoyar cómodamente y evitara resbalar. Al llegar al acceso, el muro había vuelto a subir bloqueando la salida. Rackhal bufó harto de todo y deseando haber llevado unas cargas explosivas.

—Nadie sabe dónde estamos —dijo quedamente.

Defia y Basquio, los recursos finitos

La jaula era el lugar preferido de Defia desde su coronación. Eran raras la ocasiones en las que se podía retirar a esa parte de su palacio a la que nadie tenía acceso si no era por invitación expresa de la emperatriz. Las obligaciones de gobierno como única regente, sin poder delegar en un consejo que no la traicionara, eran una carga insoportable que la obligaba a dormir poco y estar constantemente alerta buscando irregularidades en la ejecución de órdenes y edictos.

Lo llamaban la jaula porque la puerta era de forja, unos barrotes dorados se entrelazaban formando un paisaje de flores y ramas que impedía el paso. La reja daba paso a un amplio salón casi desnudo en el que la decoración era fundamentalmente un gran ventanal sobre un jardín de medianas dimensiones, donde tres fuentes derramaban agua y llenaban el ambiente con un fresco y suave rumor que aquietaba el alma.

El día anterior, un alto funcionario que había servido a tres generaciones de emperatrices había fallecido. Defia lamentaba su pérdida, pero era mayor el alivio que sentía por tener dos días de gracia al haberse decretado un luto oficial en recuerdo a su servicio.

Descansó un par de horas, contemplando las fuentes y meditando para acallar el tumulto de su pensamiento. Se quedó dormida al calor del sol bajo uno de los árboles del jardín. Los efectos del agua, el verde de la hierba y el breve pero profundo sueño la renovaron. Se sintió fuerte y poderosa, capaz de enfrentar y resolver los retos que, muchas de sus noches, la mantenían en un duermevela, sembrado de pensamientos e imágenes que se sucedían veloces, hasta la madrugada.

—Llamad a Basquio. Quiero verlo en la sala de lectura —dijo a uno de sus escoltas que había esperado junto a los que hacían guardia ante la puerta de la jaula—, me uniré a él cuando me haya vestido para el funeral.

El sacerdote erudito llegó primero. En la sala de lectura había una chimenea permanentemente encendida. Las temperaturas de Baetal hacían necesitar una fuente de calor en los lugares donde la actividad física era limitada. Con el paso de las horas, si uno no se movía, un frío insidioso y desagradable acababa filtrándose en la médula de los huesos. Él también se había vestido para el ritual destinado a guiar el alma de los muertos hasta la otra vida y limpiar su corazón. De ese modo, los jueces en el tribunal de las almas tendrían

clemencia y no lo entregarían a la diosa de los infiernos.

Cuando Defia entró en la sala, Basquio se sintió conmovido por su belleza. Llevaba un vestido dorado de corte sencillo, sus hombros y la cabeza iban cubiertos por una red de hilos de oro engastados con piedras preciosas y semipreciosas de color amarillo. Diamantes con suave reflejo ambarino, ópalos, zafiros, turmalinas y berilos formaban imágenes del Cantar de las almas desprendidas y cómo superar las pruebas del juicio.

—Levanta, Basquio. Las reverencias sobran en privado.

Basquio se sintió un poco avergonzado mientras se levantaba. La impresión de verla así vestida le había hecho derivar de la reverencia simple a hincar la rodilla.

—He estado revisando el libro de Oro y las profecías prohibidas de Maarcia la Hereje. Hay líneas en ambos que se pueden interpretar como el cierre de la bolsa, pero son metáforas oscuras. Necesito que me ayudes a ver las consecuencias de mi decreto.

—Necesitaría ver los párrafos a los que te refieres para poder hacerlo —contestó Basquio.

—No, no me refiero a las profecías. Me refiero a la economía del imperio. Todos los funcionarios de finanzas están anticipando el fin del mundo. Tengo que asegurarme de que no será así antes de que sea demasiado tarde para anularlo.

—Si las estimaciones de capital oculto son correctas, la suma de los fondos en paraísos fiscales y bienes no declarados como reservas de oro y obras de arte son más que suficientes como para mantener la economía. Sin embargo, no va a ser fácil. El proceso no ha hecho más que empezar, todas las acciones tendrán que convertirse en dinero contante y se ha desplomado su valor, millones de hombres libres tienen que buscar nuevos trabajos y gran parte de la pequeña nobleza ha perdido su estatus, siendo reemplazados por nobles de las grandes casas venidos a menos. El dinero real aún no ha empezado a fluir en las cantidades necesarias y la mayor parte de los pequeños negocios de banca han quebrado. Necesitarás un ejército incorruptible de auditores y de policía fiscal para sacar a flote lo que se ha estado robando y escondiendo durante siglos. No es tarea fácil.

—¿Con quién puedo contar dentro de la Laídike? ¿Cuántos miembros de las órdenes religiosas están formados para esa tarea y son leales al Trono de la Humanidad? —Defia estaba realmente asustada. El éxito de su propósito o la destrucción de la sociedad dependían totalmente de la voluntad de las grandes casas de cumplir con su demanda de hacer aflorar toda esa riqueza que no servía a ningún propósito excepto a la codicia desmedida.

—Nos basta con sacar a la luz un diez por ciento de los alijos personales de oro y metales preciosos para convertirlos en moneda. Los fieles al Trono de la Humanidad en la Laídike capacitados para auditar son insuficientes, pero los que pueden recabar información e investigar para identificar depósitos escondidos son innumerables porque no están solos, sus contactos con intocables hacen que sean omnipresentes. Poco de lo que esté ocurriendo escapará a nuestro conocimiento una vez se den instrucciones.

—Habla con Esilo y ponlo en marcha.

—Hay algo más que desearía elevar a vuestra consideración, mi señora.

—Primero, no me llames así en privado. Entre nosotros no hay títulos. Cuéntame qué asunto es ese.

—El cambio profundo y permanente no lo dará la reconversión del sistema financiero, sino el modelo de crecimiento.

—Perdona, Basquio, no sé de qué me hablas.

—Hay muchísimos elementos en la economía que deberán cambiar, en esencia, son interdependientes con lo que habrá un elemento de autorregulación para recuperar el equilibrio que llevará años, pero no requieren atención inmediata. Sin embargo, hay uno fundamental que debe empezar a tratarse con urgencia; el crecimiento poblacional.

—Es imperativo que siga creciendo la población para poder sostener el gasto social y la maquinaria del mercado de consumo. ¿Qué propones, aumentar la tasa de natalidad? Podemos implementar incentivos, pero crearán más pobreza.

—En efecto, es imperativo para mantener el crecimiento ilimitado, pero los recursos de la Tierra no son infinitos. Tenemos ya un exceso de población que está causando la destrucción de los recursos productivos de alimentos. La agricultura y la ganadería intensivas sumadas a la contaminación que generamos están destruyendo el planeta y acabarán por desertizarlo. El crecimiento negativo de la población es necesario para la supervivencia del ser humano.

—¡Eso invertiría la pirámide poblacional! Añadiríamos un elemento más que aseguraría la catástrofe económica.

—Sería así si no contáramos con el ingenio. Igual que la masa monetaria alcanzará el equilibrio de forma natural al introducir el factor destructivo de la eliminación de la bolsa, el modo de generar riqueza tendrá que ser recreado con una base distinta a la de aumentar el número de consumidores hasta que hayamos esquilmado la tierra, nos hayamos comido la última brizna de hierba y hayamos cambiado el clima irreversiblemente. La codicia es inherente al ser humano, no será erradicada como tampoco lo serán el deseo sexual, la necesidad de belleza o el homicidio. Son pulsiones humanas que se pueden moldear, alentar o disminuir, pero no se pueden eliminar. Los codiciosos encontrarán la nueva fórmula para seguir enriqueciéndose cuando vean que el aumento de consumidores ya no existe como recurso para generar demanda.

Algo en Defia se rompió. Analizó rápidamente cómo la natalidad había sido integrada en los códigos religiosos, sociales y morales a lo largo de los siglos. Tuvo conciencia de lo que Basquio le proponía y se dio cuenta de que las profecías y el mandato de la diosa no se reducían a batallas contra la nobleza y la corrupción alimentada desde el principio de la historia. Había que reinventar la humanidad, revertir milenios de adoctrinamiento y programación a todos los niveles. Le pedían que creara un mundo nuevo a partir de una Tierra enferma, agonizante y sin esperanza.

Quiso gritar, pero no había aire suficiente en la habitación para canalizar en un torrente de aullidos desgarrados la angustia que se había materializado en su cuerpo. Notó cómo tomaba la forma de una maraña de tentáculos calientes, repulsivos y malignos que amenazaban con

licuar sus órganos en un charco de alquitrán hirviente, pegajoso e inmundo. Era un cáncer baboso e imparable de mente maliciosa que dirigía sus desechos caldosos hacia el cerebro para aniquilar la voluntad y destruir por completo su identidad como persona.

—La diosa me está pidiendo lo imposible, Basquio. Quiere que yo me enfrente con las manos desnudas a lo que ella ha permitido a lo largo de nuestra historia. ¿Cómo piensas que voy a explicar al pueblo que, en contra de lo que les hemos enseñado, la reproducción no es mandato divino? ¿Cómo piensas que la gente va a dejar de tener hijos hasta que el número de bocas se vea suficientemente reducido como para mantener el equilibrio ecológico?

—No caigáis en el pensamiento reductivo y limitante. Eso os impide ver las cosas más sencillas con claridad. Hay cuatro pilares básicos para erradicar la pobreza: educación, alimentación, salud e inversión. Hijos mejor alimentados sacan más provecho de los estudios. Cuanto mayor es el nivel de estudios, mayor es la posibilidad de tener un incremento de ingresos al llegar a la edad laboral. Una salud preventiva adecuada reduce el absentismo escolar, laboral y el gasto familiar en medicina curativa. Los intocables necesitarán tener menos hijos para que puedan repartirse la carga de cuidar de ellos cuando lleguen a la vejez o la enfermedad les impida trabajar. La única parte que resulta más costosa es la financiación adecuada para que puedan crear sus propias empresas, pero esa necesidad llegará cuando generaciones más preparadas estén en condiciones de crear tejido productivo y emprender con posibilidad real de éxito. Todo ello sustituirá la cantidad de consumidores por consumo de calidad, los grandes empresarios se adaptarán a ese nuevo mercado sin merma excesiva en los beneficios. Con el progreso, la tasa de crecimiento poblacional disminuirá manteniéndose un crecimiento positivo. Pronto, el crecimiento será nulo y, cuando se pierda el miedo, el crecimiento se hará negativo hasta alcanzar el punto de equilibrio que se mantendrá de forma natural sin intervención del Estado o la Laídike.

—Haces que parezca sencillo.

—Es sencillo. Lo que hasta ahora ha sido imposible es conseguir la voluntad política que haga frente a las ambiciones que carecen de límites morales.

Resio y Kulio, el plan B

—Mi predecesor te hizo tutor de Naxo y yo te elevé al puesto de conciencia del emperador. ¿Hay que recordarte a quién debes fidelidad? —preguntó Kulio.

—Siempre he entendido que la fidelidad es a la casa, tu pregunta me plantea dilemas morales que no deberían tener lugar —contestó Resio sin necesidad de reflexionar la respuesta.

Resio había ido a visitar el almacén de oro de la casa Extens. Aunque la economía mundial se había fundamentado en la economía volátil basada en futuribles hacia el final de la primera cadena de primogénitas, los Extens habían seguido acumulando oro como red de seguridad frente a las fluctuaciones inflacionistas que sacudían las finanzas del imperio de forma cíclica.

El depósito excavado en la llanura de Lejten, cercano a la residencia capitalina de los Extens, se extendía bajo una inmensa pradera. La cantidad de la reserva era de tantos miles de toneladas que casi habría sido más corto expresarla en decimales de kilotón. En Lejten, se hacían bromas diciendo que un gramo más de oro en aquella reserva bascularía la Tierra desplazándola de su eje.

Kulio y Resio no habían recorrido las tres cuartas partes del almacén cuando Kulio paró el vehículo que los transportaba. Delante de ellos había una inmensidad de cámaras vacías.

—Mira hacia delante y dime qué ves —ordenó Kulio.

Resio contempló aquel espacio donde gruesos pilares de oro sustentaban la pradera sobre sus cabezas evitando que se colapsara bajo el peso de toneladas de tierra y millones de litros de agua de los arroyos que la irrigaban.

—¿Es una ampliación? —aventuró Resio.

—Baja del vehículo.

La voz de Kulio tenía un toque de exasperación apenas disimulado. Le hizo mirar hacia atrás y dejar que se le llenaran los ojos con los reflejos dorados de montañas de oro. La mayoría estaba formada por lingotes cuidadosamente ordenados, otras, menos en cantidad pero más impresionantes, eran objetos. Algunos de ellos eran auténticas obras de orfebrería. Siempre en silencio, le tomó por los hombros para que su vista volviera al espacio vacío.

Cuando Kulio decidió que ya habían mirado el tiempo suficiente, dio unos pasos para situarse frente a Resio. Sin una expresión que presagiara lo que iba a hacer, Kulio le dio una bofetada que le hizo trastabillar y casi caer al suelo.

—Es lo que hemos perdido gracias a la orden de Naxo de respaldar el cierre de la bolsa.

Volvió a golpear a Resio. Esta vez, lo vio venir. Giró la cara y alzó las manos para protegerse la mejilla. El golpe, con la palma abierta, cayó sobre la base del cráneo y parte del cuello.

—Para cuando acabe esta sangría, quedará menos de un tercio de lo que había aquí hasta hace solo unos meses.

Kulio hubiera deseado que el hombre asustado que tenía delante fuera el propio Naxo, pero eso era imposible por su estatus de consorte y futuro emperador. Su conciencia era la segunda mejor opción, pero había resultado satisfactoria.

—Este es el resultado de tu lealtad a nuestra casa —dijo.

Resio no se atrevió a dar explicaciones.

—¡Que la polla de Omfal te caiga encima y te aplaste! —exclamó Kulio—. ¿Quieres decirme hasta dónde vamos a llegar con esto?

—Naxo es impulsivo, mi señor —en sus palabras no había rastro de la familiaridad con la que solían hablar en privado—. Cierto que roza la temeridad cuando quiere conseguir algo, pero tiene visión a largo plazo. Todos los dígitos sabían las consecuencias cuando decidieron respaldar su plan. Ahora es difícil, porque solo ven pérdidas, pero las ganancias están menos lejos de lo que parece.

—¿Y si se ha equivocado? ¿Qué vamos a hacer? Habrá perdido la credibilidad y destruido el liderazgo de nuestra casa.

De nuevo, Resio esperó sin contestar. No sabía si las preguntas eran retóricas o si realmente esperaba consejo.

—¿Voy a tener que torturarte para que hables?

Resio entendió que sí quería contestación y rezó una pequeña plegaria silenciosa. Sintió que no tenía tiempo de armar una respuesta *ad hoc* y contestó lo que realmente pensaba.

—Si se equivoca, habrá que sustituirle sin matarlo. Si muere, será el turno de Krono para elegir emperador. La única opción viable sería elevar a Danira a la dignidad de emperatriz y, en consecuencia, poner a Forio como sustituto de Naxo.

La cara de Kulio decía claramente que ya lo había pensado. Levantó una ceja para invitarle a continuar.

—Nuestro problema sigue siendo el mismo: cómo destronar a Defia.

—Naxo conspira para deslegitimar a la emperatriz y hacer que recaigan sobre el emperador los derechos de sucesión —enunció Kulio.

Resio se sorprendió. Él no le había contado esos planes, aunque lo tenía previsto hacía tiempo. Se preguntó cómo los servicios de espionaje Extens podrían haberse hecho con esa información mientras Kulio seguía hablando.

—Tendremos que utilizar los progresos que haya conseguido y reconducirlos en nuestro beneficio cuando llegue el momento, si es que llega. Vigila todos los pasos de Naxo y hazte con información para extorsionar a sus prosélitos en esa locura de cambiar las normas del imperio, quiero estar al tanto de todos los avances que haga. ¿Entendido?

Resio bajó la cabeza en un gesto tanto de sumisión como de asentimiento.

En la trampa teológica de Brige

Rackhal fue el primero en reaccionar. Inmediatamente volvió a la sala, atento a cada paso que daba. Seguramente, retirar la barba esmeralda de su pedestal había puesto en marcha el mecanismo de cierre. Si esa suposición era correcta, tenían que demostrar a los captores que concibieron esa trampa que no eran unos saqueadores, sino que llevaban el símbolo de poder a su legítimo dueño.

—La barba postiza era el símbolo del dios muerto que hacía renacer las cosechas tras la inundación del río que corre hacia el norte. Simbolizaba la unión entre el rey o la reina con él. El verde de la esmeralda hace referencia a su color de piel, el color de los brotes de trigo y el renacimiento —Rackhal empezó a decir en voz alta todo lo que sabía sobre la mitología herética, en alguno de los significados de la barba estaba la clave para salir de allí.

—Entonces, es posible que el mecanismo de apertura esté en alguna representación alegórica a la muerte, la resurrección o la unión entre el dios y los monarcas —Trocon acabó de elaborar el razonamiento y se puso inmediatamente a revisar de nuevo los símbolos y las historias relatadas en la cámara.

El tiempo transcurría con lentitud mientras localizaban e interpretaban toda alusión al dios muerto. Se dividieron la tarea por sectores. Trocon acabó en primer lugar y repasó lo que había aprendido, en busca de indicios que les permitieran identificar cómo poner de nuevo en marcha los resortes hidráulicos para bajar el muro.

Cuando Rackhal hubo terminado, se sentó en el suelo frente a él.

—Empieza tú —dijo—, lo que yo he encontrado te va a dejar de piedra.

Trocon le miró intrigado, pero contuvo la necesidad de pedirle que le contara primero lo que era tan sorprendente y empezó a explicar.

—Las alusiones al dios muerto están por todas partes. En mi sector, hay dos tipos: las que relatan su historia y las que trascienden a las mitologías posteriores. Según lo que he encontrado, el dios muerto estaba casado con su hermana. Fue ella la que lo trajo de vuelta a la vida con un ritual mágico. Posteriormente, otro de sus hechizos la hace concebir al hijo de ambos, aunque ella es virgen. El hijo es el encargado de luchar contra el mal, cuya encarnación es su propio tío. Según los sacerdotes de la época, es una tríada que forma un ser único. En una mitología posterior, la tríada también existe con el mismo concepto de tres personas divinas que son un único ser verdadero. Aunque con los papeles un tanto intercambiados, se repiten las mismas historias. El padre y el hijo, la concepción virginal y la muerte seguida de

resurrección. La diferencia más importante es que, en el segundo mito, la virgen se queda fuera de la tríada que está formada por entidades de género masculino. Por un lado está el padre, que no es engendrado, y por otro están el hijo nacido de una virgen y el espíritu emanado del padre. Sin embargo, las tres personas son igualmente un solo dios.

—¡Excelente! —exclamó Rackhal—. Intuía que en tu sector estaba la base de las citas que he encontrado yo en el mío.

El *mitre* se quedó mirando a Trocon con los ojos brillantes de emoción, esperando a que este compartiera su entusiasmo.

—¿Y bien? —dijo Trocon—. ¿Esperas que te lea la mente?

—Perdóname, es verdad que no puedes saber de qué estoy hablando. He memorizado las citas más importantes. La primera es sobre la comunicación de la diosa a través de la primera emperatriz. Dice así: «Yo soy la virgen, la madre y la anciana. Soy el dios verdadero que será revelado en el último reino». Fíjate en que dice que es dios, no diosa. Fue posterior la elaboración de textos proféticos y doctrinales en los que se extrae la naturaleza masculina de la diosa y la transfieren al gigante Omfal, que pierde esencia divina para convertirse en un medio de inseminación con naturaleza eminentemente material. Esta dualidad cósmica permite el vínculo entre lo divino y lo humano. El alma es la naturaleza de la madre y el cuerpo la naturaleza del padre. Pero lo que vemos aquí contradice la ontología religiosa que conocemos.

—Lo que veo es que la religión se está metiendo en un cóctel de géneros e identidades que me va a hacer estallar la cabeza —interrumpió el abad.

—Sí y no. Espera, que todo se coloca y cobra sentido —Rackhal retomó el hilo—. He encontrado referencias recurrentes a la primera trinidad. Hablan sobre ciclos repetitivos de muerte y resurrección, pero eso es otra historia a la que volveré más adelante. Lo que nos interesa ahora son las que hacen alusión al ser verdadero. En la primera historia mitológica trinitaria, el componente masculino y el femenino son dos géneros sexuales bien diferenciados que engendran al luchador contra el mal. En la segunda, el espíritu es el equivalente a nuestra diosa una vez escindida para crear a Omfal. ¿Te das cuenta? Es el espíritu de la trinidad el que se funde con la virgen que, sin intervención material más que la de su vientre, concibe al luchador contra el mal. Y ahora viene la gran revelación en unas frases proféticas: «Cuando la emperatriz sea emperador, tendrá lugar el último reinado». Si le damos la barba esmeralda a la emperatriz, ella será emperador a nivel simbólico. «La diosa habrá cumplido su misión y morirá para dejar su legítimo lugar a la deidad verdadera». Es decir, a la deidad, ni dios, ni diosa. Sin género determinado.

—¿Te das cuenta de lo que eso significa? Tampoco la restauración tiene la base doctrinal correcta. La fuerza restauracionista se romperá en pedazos e iremos de cabeza a una guerra santa con múltiples frentes —la voz del abad era ominosa.

—No iremos ni a la guerra santa ni a ningún lado si no me dejas terminar. Concéntrate ahora en salir de aquí —le reprendió Rackhal—. «La deidad verdadera es el camino hacia la

vida, une masculino y femenino a través del símbolo de la resurrección». Ese «une» no es el presente del verbo unir, sino el imperativo. La llave de salida está literalmente en nuestra mano, la esmeralda.

—Entiendo lo que me dices, pero no te sigo.

—Ven conmigo, será más fácil hacerlo que explicarte todos mis procesos mentales.

Rackhal condujo al abad hasta el pilar donde encontraron la barba y ambos se agacharon para observar las figuras del fuste. Se repetían las figuras, prácticamente idénticas, de un ser antropomórfico con atributos sexuales ambiguos sosteniendo una granada abierta.

—Esta de aquí —dijo el *mitre*—. Es una figura prácticamente andrógina, la deidad, que sujeta una granada con la apertura que muestra las semillas en forma de cruz. El dios muerto de la primera trinidad resucita por una cruz y el hijo de la segunda tríada convierte la cruz de su ejecución en un símbolo de vida. La granada es símbolo de lo femenino, la barba es símbolo de lo masculino. Inserta la esmeralda en la intersección de la cruz de esa imagen y abre la puerta. —Rackhal tomó la mano de Trocon que sostenía la barba esmeralda y con una sonrisa enorme iluminando su rostro, la dirigió hacia el lugar correcto.

La capa de pintura se deshizo bajo la presión de la gema, que entró en el pilar hasta encontrar resistencia. Trocon presionó un poco más y un resorte liberó el alegre gorgoteo que les daba de nuevo la libertad.

Shab y Palbo, el avance

El apetito sexual de la viuda Mevla no era insaciable, muy al contrario, quedaba plenamente satisfecha con los servicios de Shab, que requería cada pocos días, pero no a diario. Si había un calificativo que aplicar, este era el de voraz. Se lanzaba a gozar como una adolescente que descubre el arte de sumergirse en su propio cuerpo y aprovechar cada onza de delectación que pudiera procurarle. Se desnudaba sin avergonzarse de los estragos de la edad, sin complejos, con deseo renovado por la conciencia de su acercamiento implacable al tribunal de las almas. No se llevaría riqueza al otro mundo, pero iría bien cargada de memorias de gozo para encajar con serenidad el veredicto de los jueces fuera el que fuera.

Shab había tenido muchas clientas de su edad, pero ninguna como Mevla. Con ella, él también disfrutaba, como si la viuda hubiera sido una compañera de cama elegida y no una obligación puramente mercenaria. Ella lo había notado y sabía hacer uso de esa ventaja adicional. De hecho, se había gestado una complicidad que pensaba no volver a tener con nadie. En su tercera sesión de juegos, la viuda utilizaba ese eufemismo con un brillo rejuvenecedor en los ojos que hacía aflorar a la joven que había sido y que permanecía viva en un lugar cercano de su conciencia, Mevla le pidió que se quedara a dormir a su lado. Esa noche, descubrió que podía comprar no solo ese cuerpo magnífico de veinteañero inagotable, sino también una mente cultivada que no se limitaba al dominio de la charla insustancial.

Aquel extraño día gris al poco del gran triunfo de su fiesta, mientras las nubes preñadas del agua que prometían una cosecha abundante se desplazaban perezosas sobre Dhajaba, Mevla se hizo acompañar por Shab durante toda la jornada. Le explicó que, de tarde en tarde, despejaba su agenda y se alejaba de las obligaciones que su estatus le imponía. La vida social, los manejos políticos de salón, los acuerdos comerciales regateados durante reñidas partidas de cartas, todo ello quedaba en suspenso y ella se liberaba para poder volver a esa actividad incesante con energías renovadas.

Pasearon por el mercado donde Mevla tocaba todo y observaba con ojos de niña los objetos o las telas que la sorprendían por uno u otro motivo. Su ánimo de muchacha despreocupada profundizaba arrugas de diversión alrededor de sus ojos y su boca. Ese día compró un cofre de ámbar. Había sido labrado profusamente con escenas eróticas y de banquetes. Los paneles decorados eran tan finos que las figuras casi parecían flotar en un aire dorado. Pagó por él una suma desmesurada equivalente al precio de un pequeño estudio en la plaza del templo de Baetal.

Después de la cena, invitó a Shab a dormir con ella. No tenía ganas de jugar aquella noche, pero sí deseaba disfrutar del olor y el calor que le ofrecería. Cuando él estaba ya en la cama, con la espalda apoyada contra el cabecero, ella tomó el cofre y sentándose en la cama frente a él, se lo ofreció.

—Querido, vales cada pieza de oro que te pago, pero la experiencia me dice que me das más que tus excelentes servicios. Toma este regalo como muestra de mi aprecio por ello.

Shab lo tomó en sus manos y volvió a admirar su factura impecable, pasando la yema de los dedos por la firma del orfebre que lo había tallado.

—No tengo palabras para expresar mi gratitud. Es un regalo digno de un emperador, pocas veces he visto algo tan exquisito y ocupará un lugar en mi casa digno del tesoro que representa.

Mevla estaba manifiestamente deleitada con su reacción. No era una mujer especialmente generosa, los generosos no se hacen ricos y, aquellos que lo son, no conservan su fortuna. Sin embargo, Shab tocaba algo de lo que quedaba de puro en su alma retorcida por la experiencia de largos años pasados como duquesa viuda de Dhajaba, gestionando los negocios y el patrimonio heredados de su difunto esposo.

—Te aseguro que sabré corresponder cuando estés en la ruina por todo lo que te gastas en mí —continuó Shab en un tono juguetón.

Mevla se rio sin contención alguna por ese chiste tan atrevido. A nadie se le pasaría por la cabeza hacer una broma en la que se vanagloriara de ser más rico que ella. Esa desvergüenza y falta de tacto al hablar de dinero le pareció hilarante al máximo.

Ella contestó cuando pudo dejar de reír siguiendo el mismo tono de broma.

—Me aliviará contar con tu mecenazgo cuando los ladrones de cargamentos de grano me dejen en la miseria. No sé de dónde sacaré para proveer los mercados y librar a las buenas gentes del fantasma del hambre.

Sin ser consciente de ello, lanzó una mirada fugaz al poste de la cama junto al hombro izquierdo de Shab.

—Ven aquí a mi lado —dijo él cariñoso—, quiero que me impregnes de tu perfume.

La viuda se acurrucó a su lado, dándole la espalda para que él la abrazara desde atrás. Shab la rodeó con su cuerpo, dejando que actuara por su cuenta para transmitir calor y seguridad. Sus ojos se quedaron fijos en un punto, ausentes, su cerebro había dejado de procesar el sentido de la vista para concentrarse en esa mirada furtiva que había captado. Era sabido que los nobles no confiaban en las cajas de seguridad para guardar los documentos importantes. Desde los tiempos remotos en los que se habían inventado los dispositivos de memoria, cualquier lugar podía servir para almacenar los datos más preciados. Los fondos falsos de los cajones hacía tiempo que no se usaban, había habido tantos robos de tecnología o de planes estratégicos comerciales que los lugares seguros como cámaras de seguridad se reservaban para objetos valiosos como las joyas, pero no se les confiaba nada vital ya que la seguridad absoluta siempre tenía un margen de riesgo residual como probaban los grandes hurtos en los que los

ladrones estaban tecnológicamente tan preparados como las protecciones que custodiaban los bienes de alto coste. Shab intuía que el poste de la cama debía contener uno de esos escondites. La gran pregunta era cómo encontrarlo y abrirlo ya que un simple resorte no era probable porque los sirvientes lo dispararían al nutrir la madera con aceites y pulirla.

Entre tanto, Palbo había pasado los días desde la fiesta como un alma en pena. Su padre lo miraba peor que de costumbre, aunque el pobre Memo no podía imaginar por qué. Su naturaleza temerosa y su falta innata de malicia le hacían sufrir un sobresalto continuado y se le caía el pelo a puñados. Para colmo de males, su madre había empezado a hablar en cada comida sobre las muchachas casaderas que no suponían menoscabo a su estatus de noble, como si no estuviera ya estresado más que de sobra.

Ahora buscaba un lugar donde esconderse. Su madre había preparado un encuentro para él con una joven noble, una hija única cuyo padre estaba sufriendo serios problemas de liquidez que podrían acabar con su título. Los marqueses de Yohar habían calculado todos los detalles. La dote de la joven sería la práctica totalidad del feudo asociado a su título. A cambio, los marqueses asegurarían una asignación a su padre que le permitiera mantener las apariencias y el título hasta su muerte. La chica era bella e inteligente, también sería sumisa a las imposiciones de los marqueses porque no tendría donde caerse muerta después de que pasara todo su patrimonio al marquesado de Yohar. Bien manejada, se convertiría en una Yohar impecable y compensaría las carencias de Palbo. La fusión territorial permitiría la mejor explotación de pequeñas fincas que se extenderían grandes campos de cultivo ya existentes. Todo eran ventajas.

Decidió que el despacho de su padre era un buen lugar para quedarse hasta que su novia en perspectiva se marchara por donde había venido. Nadie lo buscaría allí.

El despacho era una habitación magnífica. Las paredes estaban decoradas en buena parte con frescos. El resto de su superficie lo cubrían molduras, cuadros y obras de arte de todo tipo. Durante su infancia, Palbo pasó muchas horas sentado en la mullida alfombra, admirando cada pincelada y cada objeto. Intentó hacer lo mismo y recuperar el sentimiento de paz y maravilla que inundaban a aquel niño igual de tímido y apocado que el joven que había llegado a ser. Pero ese día estaba demasiado inquieto para poder lograr su objetivo. Empezó a pasear arriba y abajo, se cansó e intentó que su sentido del tacto calmara el tumulto interior. Fue acariciando las esculturas con los ojos cerrados, recorriendo cada ángulo y cada forma redondeada recreando en su mente la figura que le describían sus dedos. Poco a poco, se fue centrando cada vez más en el ejercicio y los pensamientos que le angustiaban se iban retirando a algún lugar donde causaban menos estragos.

Una escultura del dios Toped, el dios de las cosechas, fue su siguiente objetivo. Era un dios cubierto de tatuajes y escarificaciones como el gigante Omfal. Se esforzó en reconocer al tacto los símbolos que representaban distintos atributos relacionados con la fertilidad de los campos, apretando con los pulgares para mejor captar las pequeñas líneas que recorrían el cuerpo. Cuando llegó a los genitales, igualmente decorados, pensó: «¡Cualquiera que me

viese ahora!»; y, en vez de retirarse asustado como sería su reacción natural, los recorrió igual que el resto y se sintió liberado por haber alcanzado un grado de equilibrio y meditación en movimiento que lo protegía de sus propios miedos. Al llegar al muslo, los dedos detallaron una hermosa filigrana que cedió ligeramente a la presión y emitió un chasquido.

Alarmado, dio un paso atrás y abrió los ojos. Si había roto algo, acabarían sabiendo que lo había hecho él y no quería ni pensar en el castigo que podría caerle. Observó con alivio un pequeño compartimento, como un cajón, que se había abierto en la base de la figura. Dentro, había un dispositivo de almacenamiento de datos. El primer instinto de Palbo fue el de cerrar el compartimento y salir de allí a toda velocidad. Se quedó congelado durante unos momentos y apeló a la tranquilidad que había conseguido antes de su descubrimiento. Pero esa tranquilidad había quedado destrozada sin posibilidad de arreglo temprano. Miró a su alrededor y se dirigió a los cajones donde el marqués guardaba los repuestos de papelería. Sus sentidos estaban alerta como los de un conejo escondido en un matorral junto al campo de juego de una manada de lobos. Intentó no desordenar nada y cogió un dispositivo similar para copiar el que había encontrado.

Los ruidos de la casa se le antojaban una orquesta de timbales, el sudor corría libremente por su cara y resbalaba empapando el cuello de su camisa. Un tufo a miedo se desprendía de sus axilas, una sensación de embotamiento le impedía pensar con claridad. El acto de voluntad mayor de su existencia fue el de conectar los dispositivos y hacer una copia.

Cuando hubo terminado, dejó el original en su sitio y cerró el compartimento secreto. Salió del despacho temblando y tiritando como si tuviera fiebre, las cuencas de sus ojos se habían hundido, la piel tenía un tono amarillento, la boca se le había quedado seca como un salar. Cuando casi había llegado a sus apartamentos, se encontró casi chocando con su madre furibunda por su ausencia en el encuentro que le había preparado. Fue la gota que colmó la capacidad de resistencia de Palbo. Cayó al suelo como un guiñapo, gimiendo débilmente en su desmayo.

Ligamen saeclum solve

La noche había sido agotadora. Damaxa y Esilo la habían pasado en vela entonando encantamientos, letanías y cánticos para asegurar el éxito durante el eclipse. Los rituales se alternaban con pausas para estudiar libros sagrados y grimorios que pudieran darles información sobre la gema. La apertura de la cúpula que seguía la órbita de la Luna continuaba su camino hacia la intersección con el Sol. La gran abadesa y el sumo sacerdote habían entrado en un estado de embriaguez causado por el cúmulo de fuerzas que habían absorbido y la privación de sueño.

Seguían salmodiando incansablemente y sus cuerpos parecían flotar en una piscina de agua salada que los empujaba hacia arriba. Su estado de exaltación los hacía sentir invulnerables e invencibles y esa creencia movilizaba nuevas fuerzas para contribuir al éxito de su propósito.

Esilo abrió un grimorio más con la esperanza de encontrar algo nuevo que les permitiera desbloquear la fuente de magia de la gema y extirpar el mal que se había acomodado dentro de ella a lo largo de los siglos. Según los textos más antiguos, la gema surgió de las profundidades de la tierra convocada por un eremita que había perdido la razón tras años de aislamiento. El hombre al que llamaban santo por su sacrificio de renunciar al mundo material se había aislado de la civilización llevado por su misantropía y los delirios que lo llevaban a vivir constantemente en el temor de ser asesinado. Solo llevó consigo al exilio el conocimiento que tenía de los dioses. Levantó protecciones mágicas impenetrables alrededor de la gruta que se convirtió en su refugio, pero no era suficiente. Aún temía que un ser poderoso que buscara su muerte pudiera penetrar las defensas que le rodeaban.

Se sometió a castigos corporales salvajes y ayunos inhumanos. Su cerebro, sin restos de racionalidad que pusieran límite a sus desvaríos, se adentró en los caminos infernales de las invocaciones demoníacas. Finalmente, consiguió el secreto para doblegar la voluntad del propio Emmut, el devorador de almas, cuya obediencia quedó ligada a un diamante negro en bruto, surgido de los abismos más profundos en respuesta al llamado del ermitaño.

Esilo compartió con Damaxa la historia del origen de la gema, ella, a su vez, le informó de lo que había descubierto.

—Todo lo que he encontrado son leyendas de hombres y mujeres retorcidos y crueles que utilizaron el amuleto para su beneficio. Las historias de cómo lo consiguió cada uno son muy variadas, pero hay un elemento común, el sacrificio de sangre. Me atrevo a aventurar que

Cueta asesinó a su madre para ligarse a la piedra. La herencia que recibió y utilizó como dote para entrar en el alto clero no fue más que un premio colateral.

—Los pagos de sangre han debido incrementar su poder con cada amo de la gema —especuló Esilo.

—Seguramente —respondió ella—, pero hay algo que me preocupa cada vez más. Mientras no desliguemos a Cueta de la piedra, la oscuridad irá apoderándose paulatinamente de toda su alma. La semilla de su maldad original se convertirá en un fruto putrefacto que infectará a todos los que estén en contacto con ella.

—Más razón para llevar a cabo el ritual.

—Sí, pero hay consecuencias. Según el libro de las Almas, Emmut no puede saciarse. —Esilo hizo un gesto de incomprensión a lo que Damaxa trataba de comunicarle con esa información, que, por otro lado, formaba parte de la sabiduría popular y su cuerpo de leyendas sobre el mundo de los dioses y los demonios—. La voluntad de los amos de la gema es lo que mantiene a Emmut esperando como un perro hambriento a ser alimentado por su dueño. La muerte de los que se ligan a la gema no libera al devorador, que queda esperando al siguiente amo —explicó Damaxa—. Si desligamos a Cueta de la gema, evitaremos que su depravación y su poder sigan creciendo alimentados con perversidad hasta que su fuerza mágica supere la nuestra. El daño colateral es que liberaremos la malicia de Emmut y no sabemos lo que eso puede causar.

Esilo dejó traslucir en su gesto el efecto que las palabras de Damaxa le habían causado. Se podía ver que buscaba desesperadamente una solución a esa elección entre dos males que parecían igualmente dañinos.

—Solo hay una solución —ofreció Damaxa—, acabar con la vida de Cueta. La gema quedará sin amo y la encerraremos en un lugar donde nadie pueda conseguirla de nuevo.

—No, no podemos hacerlo —contestó Esilo, que continuó antes de dejar que Damaxa defendiera la propuesta de asesinato que iba en contra de sus principios morales—. El propósito original del ermitaño que convocó al diamante negro sacándolo prácticamente de los infiernos era defenderse de los ataques que su mente enferma le hacía temer. Entrar en posesión de la gema no ha hecho a Cueta inmortal, pero sí que la ha convertido en prácticamente invulnerable. El resultado más probable de un atentado contra su vida es que morirá de causas naturales muchos años después de habernos destruido por haber intentado atacarla.

—Entonces no tenemos elección. Debemos desligarla hoy. Para cuando haya otro eclipse como este, el daño que haya causado será irreparable —dijo Damaxa.

—Emmut quedará suelto.

—Pero no podrá ocupar un huésped permanente —con esta afirmación, la decisión quedó tomada.

La piedra del altar estaba tan cargada de energía que brillaba con luz propia. El sol había empezado a ocultarse tras la luna y su luz disminuía rápidamente. Damaxa depositó la gema

sobre la piedra e inmediatamente las luces de una y de otra empezaron a rechazarse y luchar por prevalecer. Pero el brillo del diamante en bruto no tenía luz propia y los rayos de sol que lo alimentaban desaparecían rebotando contra la superficie de la luna que devolvía su luz al espacio dejando al mundo sumido en las tinieblas.

Esilo empezó a salmodiar las fórmulas mágicas en el lenguaje de los primeros pobladores.

—*Anima Cuetae petram inhaereba est*.

—*Ligamen saeclum solve* —contestó Damaxa.

La gema levitó unos centímetros. Una luz en la piedra del altar chisporroteaba bajo ella como si quisiera fundirla.

—Que la oscuridad del cielo en la mañana tome las cadenas que atan la piedra a su ama y las disuelva en el disco negro que toma el lugar de la luz.

—*Ligamen saeclum solve*.

Fragmentos de la gema empezaron a desprenderse, deformando las facetas del diamante que, al no poder nutrirse del sol, fragmentó sus capas ásperas para reflejar la luz del altar.

Las chispas que saltaban entre las dos piedras fueron siendo atravesadas por los reflejos que emanaban del diamante y apagándose progresivamente a medida que destruían el vínculo de la gema con Cueta.

Al desprenderse la última lasca rugosa de la gema del poder, Damaxa dio un paso hacia delante y alzó los brazos en dirección a la apertura en la cúpula que se abría a la negrura de la luna.

—¡Ranite, diosa de la noche, dueña de la luz de los astros, señora de las mareas, alma del oasis! —llamó—. ¡Calma el hambre de Emmut, debilita su voluntad de hacer el mal, ten piedad de nosotros!

Una explosión de negrura invadió el templo y salió por el vano de la luna. Los primeros rayos del sol tras el eclipse empezaron a llegar a Wardum. Esilo y Damaxa se miraron preguntándose qué tendrían que enfrentar a partir de ese momento.

Sobre el altar, reposaba el diamante negro más grande del mundo. Perfectamente tallado, destellaba perversamente, liberado para siempre de la servidumbre a un único dueño. Emmut seguía vinculado a él, pero ahora era libre de vagar por la tierra devorando almas a su antojo, solo Ranite podía evitar que las consumiera por completo.

Shab retorno a Baetal

Shab estaba desesperado, llevaba más de dos días colándose en el dormitorio de la duquesa en cada oportunidad que tenía, pero no había forma de abrir el compartimento secreto que debía estar en el poste de su cama. Lo había intentado todo, incluso un amuleto de las hermanas de la noche para abrir todo tipo de cerraduras. Estuvo a punto de ser sorprendido en un par de ocasiones, afortunadamente, pudo salir bien de ambas.

Tenía la certeza de encontrar en ese escondite las localizaciones de los silos donde la familia ducal de Dhajaba escondía grano. En cada ocasión que intentó localizarlo y abrirlo, su sentido de lealtad le hostigaba inclemente. Aferraba su conciencia y clavaba en ella talones afilados de ave de presa. Daba igual cualquier razonamiento. El hecho de que no le arrebataría ninguna riqueza, sino que la emperatriz la obligaría a vender el grano a su precio real y abastecer de nuevo los mercados para evitar el hambre y la pobreza de cientos de millones, no le servía de nada. La complicidad y, por qué no decirlo, el cariño que se había instalado entre ellos hacía más llevadero cometer el crimen atroz del acaparamiento de un bien fundamental que salvar ciudades enteras de la consunción en los estratos sociales más débiles. El agotamiento nervioso que esto le suponía y los fracasos repetidos le hicieron perder la esperanza de conseguir su propósito.

Aquella noche, tras la cena, Shab anunció que debía pensar ya en volver a la corte. Toda la familia estaba consternada.

—¡Oh, querido! ¡Te echaremos todos tanto de menos! —dijo Trosa, la hija mayor, mirando con desprecio apenas contenido a su marido.

—¿Qué es lo que te puede ofrecer Baetal que no encuentres en Dhajaba? Eres nuestro pequeño príncipe, en ningún lugar podrías encontrar un estatus como el que disfrutas aquí —apuntó Furlo, el hijo heredero del título. Él, junto con su madre, era el mejor de sus clientes. Al igual que ella, Furlo había sido parco en regalos, pero el pago de los servicios que proveía era convenientemente escandaloso por su cuantía, como correspondía a un artículo de lujo.

Shab no tuvo que fingir tristeza pues aprovechó el gesto que traducía el conflicto interior que le aquejaba.

—Me apena terriblemente salir de esta ciudad maravillosa y me siento desgarrado por separarme de vuestra gracia que ha llegado a ser tan especial para mí. Pero mi tiempo es limitado, mi familia tiene sus inversiones y sus negocios que deben ser atendidos. La situación

actual está causándonos un auténtico descalabro financiero y debemos reunirnos mi madre, mi hermana y yo para tomar decisiones importantes.

—No se hable más. Si la fortuna de la familia Eru está comprometida, nada debe impedirte que vuelvas a Baetal. Quédate cuatro días más para preparar tu viaje, no te preocupes, las pérdidas que tengas en estos días quedarán ampliamente compensadas.

Estas palabras de la duquesa causaron más estupor aún que el anuncio de la partida de Shab. Todos apartaron la mirada buscando manchas en la servilleta o recolocando los cubiertos. Había sido un exceso casi imperdonable que el juguete de la familia se sentara a compartir las comidas en su mesa, pero cierto nivel de excentricidad daba no solo una cierta pátina de superioridad frente a los primos destripaterrones, también animaba los mentideros de Dhajaba que se nutrían de escándalos mucho menores y menos interesantes. En cualquier caso, una cosa era permitir que se imaginara el uso de un intocable tan fantásticamente dotado de habilidades amatorias, lo que ya de por sí era una forma de ostentación que pocos se podían permitir, y algo muy distinto era mostrar un interés tan manifiesto. Una promesa de pago de ese nivel en público era simplemente indecorosa, pero la viuda parecía imperturbable por su propia indecencia.

Durante los días que siguieron, estuvo mucho tiempo con la duquesa. En cada oportunidad, intentaba escrutar su forma de pensar para deducir cómo descerrajar el maldito poste, pero seguía sin conseguirlo ni desearlo verdaderamente.

Subrepticiamente, hizo llegar recado a Palbo para despedirse de él en un encuentro aparentemente fortuito en el mercado. El pobre Memo se presentó acompañado por una recua de sirvientes que, afortunadamente, mantenían una distancia con él como correspondía a su estatus.

Shab supuso que el recuerdo de su pretendido escarceo en la fiesta era lo que tenía encendidas sus mejillas de un rojo brillante y los ojos medio febriles, medio aguados de lágrimas nerviosas. Se dirigió a saludarlo, con la deferencia que se esperaba de él en público. Se acercó a él lo suficiente como para hablar en susurros sin despertar sospechas.

—Gracias por acudir a mi llamada —le dijo—. Necesitaba informarte que vuelvo a Baetal mañana mismo. Desgraciadamente, será con las manos vacías, pero no veo interés en prorrogar mi estancia para los inexistentes resultados que estoy obteniendo.

—Vacías no, espérame aquí. Voy a comprarte un regalo de despedida en el que pondré un dispositivo de almacenamiento de datos. No sé qué hay en él, pero con seguridad es muy importante —contestó Palbo. Las lágrimas de estrés le rebosaron por el rabillo del ojo izquierdo.

Compró a toda prisa un pequeño cubilete hermosamente decorado. Con los nervios, regateó al alza y se vio pagando casi dos veces el precio que realmente valía. Cuando se lo presentó a Shab, deshizo el envoltorio de rico paño en que lo había envuelto el comerciante y deslizó dentro el dispositivo. El color rojo intenso le cubría enteramente la cara y el pelo se le iba empapando de sudor de forma evidente.

—Gracias, Palbo. Eres tan valioso como pensábamos. Saludo tu valentía.

Palbo le hizo una ligera inclinación de cabeza, se dio media vuelta y empezó a caminar con rapidez. Los criados, pillados por sorpresa, lo siguieron atropelladamente. El color de su cara había bajado en segundos a un pálido cadavérico, aunque el sudor seguía siendo profuso. Apenas a una veintena de pasos de donde había dejado a Shab, le vino a la boca en forma de vómito una parte del mínimo desayuno que había podido ingerir esa mañana. Sin aflojar el paso, se recordó a sí mismo su posición social, tragó y siguió caminando sin mirar atrás.

Cueta se entrega a Karrte

Cueta sintió un desfallecimiento. El eclipse no se pudo observar en Baetal, ni siquiera parcialmente, sin embargo, Cueta pudo experimentar en su carne cómo parte de la oscuridad que se había adueñado de ella se quemaba con los primeros rayos de sol que tocaron el diamante negro.

La ansiedad se apoderó de sus sentidos. De repente, estaba sola, abandonada, sin recursos. Su determinación de alcanzar el máximo poder sin importar el coste se convirtió en un pánico irracional a ser víctima de complots y asesinato.

Desencajada, salió del convento de las Siervas de Nestia, donde realizaba una visita protocolaria, y pidió que la llevaran a su palacio.

Su peor pesadilla se había cumplido. Desde que le robaron la gema, había recurrido a todas las plegarias y hechizos que conocía. Invocó a Emmut sin éxito a pesar de que sentía firmemente ancladas en la médula de sus huesos las cadenas que sometían al demonio. Finalmente, las cadenas se rompieron y el temido día en que perdería su dominio de la criatura infernal había llegado. Solo podía pensar en esconderse y esperar acurrucada y vulnerable hasta que su alma emprendiera el viaje para ser juzgada.

Angustiada y con paso inseguro, se dirigió al oratorio que había mandado construir en el subsuelo. En la pared más amplia, había un relieve de la cabeza de Karrte, diosa de los infiernos. Las pupilas de sus ojos eran verticales, escamas de serpiente cubrían su frente y sus sienes, las mejillas descarnadas marcaban una mandíbula que se estrechaba y sugería un deseo de morder y engullir a quien se pusiera ante ella.

Estuvo allí un día entero, sumida en su miseria y devorada por una congoja indefinible. Tirada en el suelo del oratorio, entraba y salía del sueño sin tener muy claro dónde estaba la frontera entre ensoñación y vigilia. Sacando fuerzas de los vestigios de racionalidad que le quedaban, dibujó unos signos antiguos en el suelo, se hizo un corte profundo en la mano con un afilado puñal ritual que casi alcanzó los tendones y se sometió a la diosa.

—¡Oh, Karrte! Señora de la tortura, reina de las llamas, sed y hambre de tus súbditos, escucha mi súplica y recibe mi ofrenda. Tu hijo Emmut me ha abandonado, acógeme. Conviérteme en hija tuya, toma mi voluntad, haz de mí tu instrumento, camina con mi cuerpo sobre la tierra.

Con esta invocación, Cueta rompió la última barrera que ningún ser humano se había atrevido a cruzar. Los símbolos en el suelo empezaron a arder y echar un humo pestilente. La

temperatura del oratorio ascendió hasta hacer bullir su sangre. La piel de su cuerpo se agrietó y la agonía del dolor alcanzó las cotas más altas. El cuerpo de la gran sacerdotisa cayó al suelo envuelto en llamas de azufre, pero Cueta no moría, seguía sintiendo cómo cada terminación nerviosa se quemaba interminablemente causando más y más dolor hasta llevarla a la locura. Aun así, la tortura no terminó, cada célula de su cuerpo se volvía a regenerar una vez consumida. En un ciclo infinito, sus pulmones se llenaban de humo que ascendía y quemaba su garganta, sus músculos quedaban al descubierto y eran pasto de las llamas para crecer de nuevo y generar nueva piel que volvía a romperse, como tierra en la sequía cuyos surcos eran recorridos por lava roja y asesina.

Los desvaríos de la locura dieron paso de nuevo a su consciencia y volvió a romperse una y mil veces hasta que comprendió que era una advertencia. Karrte había aceptado su súplica y el tormento que sufría era un indicio de lo que Cueta podía esperar si llegaba a traicionar su pacto con ella.

Las llamas y el humo desaparecieron, las pupilas de Cueta, por un escaso segundo, se convirtieron en las de Karrte que, a partir de ese momento, las utilizaría como el resto de su cuerpo cuando le fuera de utilidad.

El precio que Cueta pagaría sería incalculable y empezaba en ese mismo momento. Buscó hambrienta a alguno de sus sirvientes y se alimentó de la carne palpitante mientras ahogaba los aullidos de su víctima con manos que la amordazaban clavando dedos como garras en las mejillas.

El enjambre de Brige

El monasterio estaba revolucionado. Todos hablaban de Datia, la hija imperial, que estaba de visita. Era la primera vez que una mujer ponía el pie en ese lugar sagrado. El abad había intentado mantenerlo en secreto, pero alguien había filtrado la información y había un amplísimo sector de los monjes y estudiantes que consideraba la visita de Datia como una intrusión inaceptable, además de una alteración fundamental y potencialmente catastrófica de la energía masculina que se había cultivado como energía fecundadora del pensamiento. Trocon sospechaba que había sido *mitre* Koa Su'n, quien había sido hostil a la alianza con la emperatriz y, en consecuencia, proyectaba esa hostilidad hacia Datia y todo lo que representaba.

—*Mitre* Alefer, el secreto de la visita de Datia ya no es posible; si intentamos desmentir la noticia lo único que conseguiríamos sería crear malestar, puesto que los rumores solo aumentarían —dijo Trocon.

—Aún peor —contestó Alefer—, ese tipo de rumorología supone un riesgo de alentar a aquellos que se oponen a tu desempeño como abad o, no quiero ni pensarlo, como comandante en jefe del Estado Mayor del Comando Conjunto. Tus enemigos tendrían la tentación de emprender alguna acción contra ti bajo el supuesto de que tu autoridad se ha debilitado lo suficiente para hacerte caer.

Durante algo más de media hora, estuvieron explorando vías de acción para apaciguar los ánimos. Finalmente, Trocon se decidió por confirmar oficialmente la visita imperial y crear de forma inmediata grupos de discusión de un máximo de diez integrantes. La explicación que se ofrecería para justificar ese número era que la cantidad de participantes garantizaba la vivacidad del debate y, al mismo tiempo, era un número suficientemente reducido para que todos los integrantes tuvieran la oportunidad de expresar su opinión.

—Aunque no me convence demasiado, al menos nadie podrá decir que censuras las opiniones críticas, aunque seguro que te seguirán acusando de no haber consultado con nadie ni te disculpas por haber permitido la presencia intramuros de Datia —observó Alefer.

—Hay ventajas adicionales. La atomización de los grupos de debate dificulta la manipulación por medio de discursos que apelan a la emoción para crear una masa crítica de opositores. La formalización en grupos obliga a debates más o menos serenos en los que habrá que esgrimir razonamientos en vez de sentimientos. Según imagino, progresistas y disidentes permanecerán obcecados en mantener su posición y resultará casi imposible llegar a una

conclusión definitiva en la mayor parte de los grupos. Poner de acuerdo a diez personas discutiendo ideas contrapuestas es más difícil que convencer a diez mil con un discurso bien estructurado.

Para afianzar aún más su control de la situación, estableció que aquellos monjes que escribieran tesis sobre las conclusiones de los grupos de debate quedarían exentos al año siguiente de presentarse a exámenes de materias curriculares o de actualización. De ese modo aplazaba un «veredicto» que no llegaría hasta bien después de que otras preocupaciones ocuparan la mente de los monjes.

Mitre Rackhal se mostró encantado con la idea cuando se la expusieron, los grupos de debate y las conversaciones de pasillo le permitirían recabar información muy valiosa sobre quién era quién y cuáles eran sus posicionamientos religiosos, políticos y de facciones al interior del monasterio.

***

Shadu se recluyó en su celda durante todo el día. Necesitaba replantearse la situación. A lo largo de la jornada sopesó los pros y los contras de continuar con su plan de un ataque masivo. Descartaba que Datia cayera víctima de su neurotoxina. Aún no tenía los inflamosomas aerosolizados que estaba en proceso de fabricar en cantidad suficiente y, aunque los tuviera, seguro que no se quedaría tiempo bastante para que alcanzaran a debilitarle la barrera hematoencefálica haciéndola vulnerable a su neurotoxina.

Atentar contra la vida de Datia de una manera directa podía proporcionar grandes beneficios políticos. Desestabilizaría Brige por completo y eso afectaría la ascendencia del monasterio sobre los restauracionistas. Acercarse a ella para envenenar su comida sería muy difícil, con el inconveniente añadido de conseguir una muerte poco espectacular que el abad podría disfrazar calificándola de muerte natural. Una explosión quedaba también descartada. Con el control que se había establecido en el monasterio y la búsqueda activa del asesino de *mitres*, las posibilidades de conseguir los materiales para construir una bomba eran cercanas a cero.

Llegada la noche, tomó una decisión. Ponerle la mano encima a una hija imperial era una oportunidad que se presenta una vez en la vida. Creía haber alcanzado su *palmarius* con *mitre* Hix, pero sería Datia el lienzo perfecto para la auténtica obra maestra. Satisfecho con su decisión, se dirigió al comedor comunal. Distraerse un poco dejaría libre a su subconsciente del que saldría una puesta en escena creativa y espectacular para la disposición del cadáver.

***

Con el ajetreo del día, Trocon consideró que era mejor dejar para la mañana el encuentro en privado con Datia. A cambio, le ofreció una cena digna de su rango en uno de los

comedores privados. A la cena estaban invitados solo un par de *mitres* cuidadosamente elegidos por su conocimiento de las guerras a través de la historia y, naturalmente, Suil.

Los primeros platos fueron acompañados de una charla amable y fluida. Tanto Trocon como Datia tenían gran experiencia en conversaciones medianamente insustanciales que evitaban los silencios incómodos. El vino, que se servía generosamente, también desató las lenguas de los dos *mitres* que, al principio, parecían o bien serios hasta el punto de parecer amargados o intimidados hasta la mudez por la presencia imperial. El abad les explicó que no solo esa comida, sino todas las que se les sirvieran durante su estancia, eran supervisadas por miembros de la seguridad de Brige y eran probadas por los propios cocineros antes de que las pasaran al comedor. La seguridad alrededor de Datia se había elevado al máximo.

El plato principal era un carnero asado. La mezcla de vinos y especias le daban un sabor suave y complejo y el cocinero había conseguido que la carne quedara tan tierna y jugosa que apenas era necesario masticarla. El carnero había sido criado en el monasterio y las verduras de guarnición habían sido seleccionadas una a una para que fueran perfectas.

—Todo el ganado que consumimos los *mitres* se ha criado aquí, es uno de los privilegios que nos permitimos. El resto de las reses se reciben cada día en grandes partidas. Somos tan numerosos que hacen falta varios ganaderos para poder abastecernos con regularidad. Lo que nos falta es el pescado, el mar está demasiado lejos y los costes de transporte y manipulación aumentan excesivamente su precio. Solo lo comemos el primer día del año y eso lo convierte en una fiesta muy especial —explicaba Trocon entre bocado y bocado.

—Siento un poco de vergüenza al reconocer que os imaginaba poco menos que vegetarianos —contestó Datia.

—No, no, querida jovencita. —A *mitre* Liubirek, el más anciano de los dos maestros en Belicología, le brillaban los ojos achispados, aunque el único efecto del alcohol que se notaba en su habla era la familiaridad con la que había empezado a tratarla—. El clima a esta altitud es extremadamente duro y hay que añadir que una buena parte de nosotros ya estábamos allí cuando la diosa parió a sus primeros hijos. —Su propia broma respecto a su edad le pareció tremendamente jocosa—. Necesitamos proteínas y grasas de origen animal, sería una imprudencia temeraria intentar eliminarlas de nuestra dieta. Aun así, también es cierto que prácticamente nunca comemos esta cantidad de carne. Los ingredientes más abundantes en nuestras comidas son de origen vegetal.

Suil ya había tenido bastante conversación sobre comidas. Cambió el tema.

—Tengo entendido que los ingenieros de la casa Krono pretenden dar un salto de varias generaciones hacia el futuro en las nuevas armas y transportes de tropas. ¿Cómo le parece que afectará eso a la forma de hacer la guerra, *mitre* Adensur?

El aludido tardó un momento en responder para ponderar la pregunta.

—Creo que no afectarán la forma de hacer la guerra en sí misma. El triángulo bélico sigue estando formado por dos lados que no son militares: el pueblo y el Gobierno. Un mal entendimiento de los deseos, las necesidades y las circunstancias de la población en la zona de

conducta de hostilidades puede ser tan catastrófico para el éxito de una operación militar como la descoordinación del Gobierno. Este triángulo es aplicable tanto a la estructura del imperio como a las fuerzas insurgentes.

—El imperio, estoy hablando en términos históricos, no de la situación actual en la que tendremos que adaptar el lenguaje, tiene una desventaja que seguramente no cambiará. Cuando ha conseguido alguna victoria sobre los relapsos, el sistema imperial ha juzgado a los capturados no solo por la insurrección en sí misma, sino también por crímenes de guerra tanto acaecidos como inventados. Todo ello, sin reconocer los propios errores o crímenes. Los relapsos, sin embargo, castigamos con la máxima dureza a los nuestros. Suil, desgraciadamente, tú eres un ejemplo. Nunca nos ha dolido más pasar una sentencia que en tu caso. Esta inflexibilidad nos da un apoyo popular extensísimo y reduce drásticamente el nivel de hostilidad de nuestras víctimas porque obtienen reparación tanto moral, la más importante, como material cuando así se justifica. La tecnología que desarrollen los Krono no conseguirá compensar el desequilibrio en los componentes civiles —añadió Liubirek.

—Hay algo que me gustaría traer a la mesa como elemento de reflexión —intervino Datia —. La evolución de la civilización impone nuevas formas en la conducta de hostilidades. Pensad en lo que habéis estado hablando, el odio, el resentimiento y la venganza son los combustibles de la guerra. Las épocas en las que se erradicaba al enemigo de forma más salvaje incluían crímenes imperdonables como las ejecuciones extrajudiciales, el embarazo forzado para dificultar que los hijos de las mujeres enemigas tomaran las armas contra su propia sangre o incorporar a su etnia al vencido, el genocidio, las torturas. —Hizo una pausa sin concluir la frase para que en la mente de todos empezaran a desfilar los horrores bélicos y la criminalidad asociada a ellos—. A día de hoy, seguimos matando como medio de ganar batalla por batalla hasta el fin de la guerra. No podemos evitar usar armas en la conducta de hostilidades, pero si cambiamos el armamento letal por armamento de baja o nula letalidad, iremos quitando el combustible al enemigo y minando la moral de sus tropas. Las gentes nos percibirán como la encarnación de los valores humanos. Los contraataques violentos y sanguinarios que suframos serán nuestro mejor servicio de reclutamiento. Es imposible eliminar la violencia, pero se puede reducir a su mínima expresión. Los relapsos lleváis ochocientos años de crueldad y no tenéis cerca la victoria. No podéis esgrimir contra mi teoría que el conflicto se alargaría indefinidamente. Ya estáis en esa meseta infinita del conflicto.

El debate que siguió fue intenso y rápido. Argumentos y contraargumentos se encabalgaban, en ocasiones, dentro del propio discurso del que se hacía con la palabra. Las miradas pasaron del brillo del alcohol al de la vehemencia o la iluminación según siguieran un razonamiento u otro. Cuando en contra de sus deseos pudieron poner fin a la velada, todos estaban en un estado mental ingrávido, resultado de la suma de la exaltación y del agotamiento físico.

—Os agradezco a todos el haberme dado la mejor sobremesa de mi larga vida. Siento la renovación del joven idealista que hay dentro de mí. Mis ilusiones, la esperanza y la ilusión

por el futuro han tomado fuerza como cuando empecé en este camino de la restauración. Estoy emocionado y conmovido. Datia, nunca habría esperado que pudieras calentar nuestra sangre de ancianos desgastados por el escepticismo que genera la experiencia. No puedo esperar a que nos encontremos de nuevo para encomendaros a Suil y a ti la misión crucial que os aguarda, pero debemos dar reposo al cuerpo para que la mente pueda seguir activa.

Se despidieron unos de otros con un fuerte sentimiento fraternal nacido de la conexión intelectual que se había forjado esa noche. En ningún momento se había tratado a Datia con condescendencia, aun así, la posibilidad de que eso pudiera ocurrir en el futuro había quedado completamente anulada.

Suil y Datia se desearon una buena noche de descanso cuando llegaron a sus respectivas celdas que estaban una frente a otra y se acostaron sonrientes.

Por la mañana, Suil, con el cuerpo aún necesitado de descanso, pero con la mente más ágil y dispuesta que nunca, fue a despertar a Datia. La hija imperial había desaparecido.

Defia y Sumfold, inteligencia y tropas

Sumfold había hecho más viajes extracorpóreos en las últimas semanas que en toda su vida. El cúmulo de conocimiento que había alcanzado y que solo estaba en su cabeza le hacía digno merecedor de la jefatura de la casa de los espías.

Cuando se encontró con Defia, apenas pudo reconocerla. Las greñas de su cabeza y el vestido desgastado que le sobraba por todas partes bastaban para hacer imposible que, al mirarla, se pudiera pensar en una mujer noble. Aun así, no podía ocultar del todo una forma de moverse excesivamente altiva para una ciudadana sin derechos.

No había sido fácil convencerla para acudir a ese encuentro secreto en uno de los peores barrios de la capital. Que su única escolta fueran hombres de Sumfold con cara de facinerosos no había contribuido en absoluto a tranquilizarla cuando la escamotearon fuera de la Ciudad Prohibida.

Al entrar en la pequeña estancia trasera de una taberna de mala muerte, intentó reunir su majestad, pero un fondo de temor traslucía en su gesto de fingida confianza.

Sumfold apoyó su frente en el sucio suelo en la prosternación más profunda y sumisa. Este gesto bastó para tranquilizar en buena medida los peores miedos que Defia dibujaba en su imaginación desde que se vio a la merced de sus guías. No podía leer la mente como Yecta, pero su entrenamiento le hacía distinguir lo que las reverencias ocultaban o desvelaban. Supo que Sumfold no le deseaba mal alguno, al menos, en ese encuentro.

—Levanta, hermano —le ordenó.

Sumfold sabría con seguridad mucho de lo que se tramaba desde el trono, decidió llamarle hermano y mostrar así que, por su parte, no había inconveniente alguno en considerarlo como integrante de su círculo.

—Gracias por venir a mí. La Ciudad Prohibida está plagada de espías. Ninguno tan bueno como los míos, pero las filtraciones están a la orden del día.

—He dudado mucho. No solo por miedo a poner mi seguridad en peligro, también porque me pregunto en qué me convierto al asociarme con tu casa.

Sumfold acusó el golpe. No esperaba algo así. A lo largo de los siglos, los ocupantes del trono habían recurrido a los servicios más perversos de los Sembra eliminando la conciencia de tener las manos tan manchadas como aquellos a quienes contrataban.

—Es por una buena causa —contestó.

—La mayor debilidad del ser humano es recurrir a los dioses para justificar los propios actos. La religión nos enseña un camino, pero la responsabilidad de nuestras decisiones se sustenta en nuestro propio compás moral, no podemos delegar la culpa ni la virtud. Tengo muchos defectos, pero no soy débil.

—Pero vos sois la encarnación de la diosa... Eso convierte vuestros actos en actos divinos.

Defia se echó a reír de buena gana.

—¿Estás buscando redención a través de mí y de mi causa? Soy la vasija de la diosa, su canal y su vínculo de unión con la humanidad. También soy Defia, el emperador, soy quien decide y quien ejecuta, mis acciones no son divinas, sino humanas. En realidad, no necesitamos a los dioses más que tras la muerte. Su presencia en nuestro mundo es un regalo del que podríamos prescindir.

—¿Es por eso por lo que me habéis llamado hermano, porque estáis dispuesta a asumir que sois un ser abyecto? —el dolor y la ira rezumaban en cada una de sus palabras. Sumfold se sentía vejado y ofendido, nunca había sido despreciado de esa forma. Se ponía a su servicio y ella le reducía a la categoría de criminal.

Defia se envaró. Había llegado el momento de dejar las cosas claras.

—Soy un ser humano. Tengo grandeza y miseria. Cuando llegue el final de mi vida, lo único que pretendo es haber hecho un mundo mejor que el que encontré al nacer. En cualquier caso, mi conciencia no es asunto tuyo. No creas que no conozco la historia de tu casa y las justificaciones de tus antecesores en la jefatura para convertirla en la mayor organización criminal de la Tierra —continuó—. También te conozco a ti, Sumfold Sembra. Sé que, durante generaciones, se ha creado una semblanza de justicia dirigida desde los más altos puestos de tu casa. El secuestro y la esclavitud sexual han sido prohibidos, aunque aún no habéis resuelto el abuso de la prostitución infantil. Los sindicatos del robo y la extorsión eximen a los intocables de ser objetivos lícitos. Sé que tú sufres y que te sientes dividido porque la mayor parte de tus ingresos vienen del comercio de drogas que no respeta barreras sociales ni económicas, igual que las casas de juego donde algunos nobles pierden su título y la mayoría de los intocables pierden sus pocas monedas dejando a sus hijos sin comida y a sus cónyuges sin techo. Háblame con claridad —ordenó—. ¿Para qué me has llamado? Sé que participas en la conspiración organizada por las grandes casas, también sé que no me deseas mal alguno. Explícate, porque ha llegado el momento de poner fin a tu duplicidad.

Sumfold se sintió desnudo. De algún modo, Defia tenía acceso a su alma. El miedo y el respeto a la diosa encarnada en la emperatriz aumentaron en su corazón.

—Todo lo que has dicho es cierto —balbuceó—. Mi casa empezó como una partida de rufianes. A través de las generaciones, los jefes Sembra hemos tenido un acceso a los intocables y hombres libres que ninguna otra casa de la nobleza ha cultivado y nos hemos ido haciendo sensibles a su miseria. Mantenemos un equilibrio precario entre el delito y una moralidad adaptable según la circunstancia para seguir controlando el submundo de lo ilícito. —

Habiendo recuperado la compostura, continuó—. He pedido esta reunión para haceros saber que mi casa permanece leal al trono.

Defia sabía que había grandes posibilidades de que los espías Sembra hubieran dado a Sumfold piezas clave de información. Sopesó que lo mejor era descubrir sus cartas y, si su estrategia fallaba, asesinarlo inmediatamente.

Inconscientemente, acarició el pliegue de su manga derecha donde se ocultaba una diminuta aguja. Un mínimo roce le inocularía un veneno que lo mataría mientras ella estuviera de camino hacia su palacio y antes de que Sumfold pudiera compartir la información que le iba a revelar.

—No es el trono lo que necesita tu lealtad, Sumfold. Son todas las gentes y todos los estamentos quienes te requieren a su lado. Son los sometidos y los vulnerables quienes, por fin, recibirán dignidad y humanidad en primer lugar. La diosa ha marcado el fin del imperio. Te pido que te unas a la revolución.

La mente de Sumfold se llenó de claridad. Todas las piezas del puzle cayeron en el lugar que les correspondía. Los fragmentos de inteligencia que había conseguido sobre los planes de Defia cobraban sentido finalmente.

—Estoy preparado —contestó—. Permitidme que os exponga los planes de vuestros enemigos y sabed que los mercenarios estarán de vuestro lado cuando llegue el momento.

Sumfold relató a Defia el encuentro entre Naxo y Cueta, el contenido de las reuniones de conspiradores y las alianzas que se estaban tejiendo contra ella en los altos mandos del ejército. También rindió cuentas de los mercenarios, espías y capos del hampa con cuya lealtad se podía contar por fidelidad hacia la casa Sembra. Finalmente, le expuso un número importante de altos perfiles a los que habría que asesinar para debilitar el poder de los enemigos de la emperatriz.

—No quiero más asesinatos ni magnicidios que los estrictamente necesarios. Constituiremos una sala de guerra y un mando conjunto en el que coordinaremos las fuerzas bajo tu control y los frentes restauracionistas. Identifica a los mandos de las fuerzas armadas del imperio que me sean leales y no puedan ser corrompidos por mi marido. La Laídike puede ser influida por Cueta y extorsionada por la casa Gravia, pero no serían más que facciones heréticas en el mundo de los líderes religiosos.

Pídeme audiencia mañana. Haremos la selección de la guardia que protegerá las idas y venidas de los que están de nuestro lado y te pondré en contacto con Datia. Ella está creando el pilar de la fuerza, una de las tres columnas que fundamentan mi misión.

***

Datia estaba convenientemente atada de pies y manos en el frío suelo de una sala recóndita. La iluminación que trajo el amanecer dio calidez a la atmósfera revelando los detalles de la decoración. El pico del Sol era la culminación del arte de iluminar a través de

pozos reflectantes. Los constructores habían conseguido que cada una de las piezas tuviera iluminación natural, a diferencia de los otros picos que necesitaban de varios solárium para mantener la salud de los monjes. Shadu estaba sentado en el suelo, frente a Datia, mirándola con atención mientras se despertaba. El sueño natural y el inducido se fueron despejando a girones, perezosamente, como una bruma espesa que se dispersa a disgusto y remolonea a pesar de la insistencia del sol en abrir el día.

La incomodidad de las ligaduras y el frío que atravesaba su camisón le advirtieron de que la situación en la que se encontraba era la opuesta a la seguridad de su celda. Abrió los ojos y vio a un hombre de rasgos vulgares y cuerpo mezquino que la fijaba con la mirada, como el que mira un cuadro o el espejeo de las aguas de un estanque. Datia analizó la situación, decidió permanecer en silencio, si conseguía que su captor hablara primero, tendría una ventaja psicológica sobre él.

Pasaron varios minutos sin que hablara ninguno de los dos. Datia entendió que aquel hombre tenía las respuestas emocionales de un psicópata. Hablar con él le permitiría ganar tiempo, pero tenía que buscar una forma de escapar que no fuera por la vía de la palabra. Al menos, pensó, sacarle información le podría resultar útil si conseguía salir de ese trance.

—Asumo que sabes quién soy yo. Dime quién eres y qué quieres —exigió Datia con una voz que no traicionaba miedo alguno.

—Me gusta hablar con mis trabajos, pero ahora estoy aún pensando —contestó él.

—¿Y en qué piensas? Ya que soy tu trabajo, resultaría interesante que me hicieras parte del proceso. —Era su primera baza, tenía que retrasar su proceso de pensamiento para conseguir tiempo para escapar o para ser rescatada.

—Aún no he decidido qué hacer contigo.

—Yo tengo la respuesta, dejarme ir —dijo Datia con sorna, intentaba divertirle o distraerle; si lo conseguía, tal vez pudiera evitar que la torturase.

Un asomo de sonrisa se dibujó en los labios de Shadu.

—Si no sabes que esa opción no entra en el cálculo de probabilidades es que no te han educado suficientemente bien para tratarse de una hija imperial —contestó.

Datia no demostró la emoción que sintió al ver que, en vez de obligarla a callar, entraba en su juego.

—Eh, sé un poco amable, solo soy la tercera, la educación esmerada va a las que tienen más probabilidad de reinar.

—No te preocupes, vas a tener tu momento de triunfo y se hablará de ti durante generaciones —el tono de Shadu ya era abiertamente divertido.

—Entiendo que vas a matarme. No te puedo dar una paliza y escapar, obviamente, así que podrías atarme de modo que pueda ir cambiando de posición y no estar tan incómoda.

Shadu la miró evaluando cuánto podía ser de peligrosa. No se engañaba, la apariencia de niña escondía un entrenamiento físico que no debía infravalorar. Llegó a la conclusión de que podía correr el riesgo. Nunca había tenido oportunidad de hablar con sus víctimas y hacerles

comprender la belleza de lo que haría con ellas. Datia tenía miedo, seguro, por muy bien que lo escondiera; pero la entereza que demostraba le abría la ventana a poder expresar su genio a un público que no se retorcía gimoteando. La pequeña se portó bien y no intentó nada mientras la desataba y volvía a atar, esta vez con las manos delante y dejando las piernas libres. La demostración de buena voluntad haría que le escuchara con una mejor disposición, aunque no esperaba que Datia dejara de pensar en cómo librarse del destino que, en realidad, para ella era inexorable.

Cueta y Rocco, alianza infernal

La masacre de Mer'r seguía teniendo repercusiones en la Laídike. Incluso dentro del Oficio para la Doctrina del Santo Origen se estaba fraguando una facción crítica con el exceso de celo y la liberalidad en constituir tribunales de fe a lo largo y ancho del planeta.

Rocco Varla sufría intensamente. Veía cómo el control sobre sus sacerdotes se le escurría entre los dedos. Desde su ascensión, cuando sintió el dolor exquisito de la cuchilla que separó los inmundos testículos de su inmaculado cuerpo, no había vuelto a vivir un padecimiento tan intenso. El sueño le eludía y, en su lugar, entraba en un estado de semivigilia en el que las ensoñaciones vomitaban en su mente torrentes de imágenes de sus acólitos besándose y acariciando unos a otros las partes que sujetan al hombre a sus pasiones más bajas.

Con la cuchilla ritual que sirvió para su ascensión, se hizo cortes profundos en esos pezones perversos, que reaccionaban con voluntad propia endureciéndose y frotándose contra las sábanas en un vaivén lujurioso que acompañaba el ritmo de sus visiones infernales. El dolor que sentía durante el día era la ofrenda que hacía a la diosa, la materialización de su dolor espiritual que se elevaba a los cielos pidiendo a gritos igualmente lacerantes la intervención divina.

«La salvación viene por los caminos más inverosímiles —pensó—. La suma sacerdotisa es la perra madre de los burdeles sagrados, pero su petición de reunirnos tiene que ser una señal de la diosa. Su interlocutor natural es Esilo, tiene que haber sido la propia diosa quien la haya traído hasta mí, no hay otra explicación».

Eligió cuidadosamente sus vestiduras para la ocasión. Una blanca camisa amplia cubría su torso y descendía hasta las rodillas, pero la pechera era transparente y dejaba adivinar su oración entre pequeñas manchas causadas por las gotas de sangre que rezumaban al abrirse las heridas con algunos movimientos. El pantalón naranja de enormes pliegues y ceñido a los tobillos hablaba de la energía espiritual sobre la que se asentaba su cuerpo material tras la ceremonia de castración que lo elevaba por encima del resto de los mortales, descerebrados esclavos de las sucias pulsiones sexuales.

Cuando entró en el palacio de Cueta, esperaba que lo llevaran al gran salón principal como correspondía a su estatus. Sin embargo, le guiaron hacia las profundidades de la tierra. Por un momento, temió que Cueta lo encerraría en una mazmorra para hacerle desaparecer, pero descartó ese pensamiento debilitante porque sus acólitos en el Oficio sabían dónde estaría esa mañana.

Al bajar el último peldaño y ver la pequeña puerta, su indignación subió un punto. Las venas de su cuello y sus sienes se hincharon ligeramente y cuadró los hombros pareciendo inmediatamente más grande y amenazador que de costumbre.

Cueta le esperaba sentada, dentro de la pequeña sala que resultó ser una capilla dedicada a la diosa de los infiernos. La emanación de la diosa preferida por Rocco. Karrte sabía hacer pagar a los impíos los desmanes y placeres efímeros a los que se habían entregado en vida. Con una sonrisa despiadada y manteniendo esa presencia física que parecía aplastar todo lo que estaba a su alrededor, hizo una pequeña inclinación de cabeza y saludó.

—Suma sacerdotisa, me agrada veros en un lugar tan..., digamos rebosante de la presencia de mi diosa favorita.

—Bienvenido a mi lugar más íntimo, mi querido Rocco —contestó Cueta sin levantarse —. Si te parece bien, seremos simplemente Rocco y Cueta en esta ocasión.

—Me parece perfecto, Cueta —contestó él y se sentó en la silla frente a ella—. Es un hermoso oratorio el que tienes aquí.

—No es tanto como merece esta advocación de nuestra señora, pero más importante es que los altares donde se alimenta con el tormento de las almas pierden abundancia desde que Defia ascendió.

—Abastecer los altares de Karrte es una dedicación importante del Santo Oficio. Yo lo llamo la Obra.

—Veo que quieres cambiarle el nombre a tu congregación. —Los ojos de Cueta reflejaron satisfacción ante el orgullo desmedido del inmaculado.

—Creo que cambiar el «santo» de lugar inspirará mejor a los fieles e infundirá más miedo a los herejes.

—Eso no ocurrirá mientras Defia esté en el trono. Le ha tomado demasiado gusto al poder y está dilatando la coronación del emperador. El delirio de solidaridad con las castas inferiores debilita la Laídike. Son el sufrimiento y la privación los que pavimentan el camino que conduce a los templos.

—Debo decir con consternación que mencionas un peligro muy real. Los proselitistas de la restauración han iniciado un discurso que socaba los fundamentos de la sociedad. Ahora pretenden que Defia se proclame emperador. Dicen que la dicha del paraíso debe reflejarse en la tierra, donde la riqueza puede ser mejor repartida, y afirman que los pecados de la carne no son transgresiones, sino expresión legítima del regalo que los dioses nos han hecho creando nuestros cuerpos.

—Entregaste tus testículos a la diosa, seguramente no te importará entregar una gota de sangre a Karrte para sellar un pacto de silencio. Me gustaría contarte algo, pero necesito tu discreción.

Pocas cosas le gustaban a Rocco, pero el secretismo era algo a lo que difícilmente podía resistir.

—Naturalmente —contestó—, puedes contar con mi silencio.

Cueta puso una piedra blanca sobre el pequeño altar y sacó el cuchillo ritual de entre los pliegues de su vestido. Invitó a Rocco a acercarse y poner su mano a pocos centímetros sobre la piedra. Entonó una pequeña fórmula en una lengua áspera y oscura.

—*Gadukh i'j distaourruyt khaael i gyflno ukh tiymuniadau Karrte. Buddukh jn genenhadoth i fod yn fytlun*. Sea tu silencio sumisión a los deseos de Karrte. Sea tu misión serle fiel.

Atravesó con el cuchillo la mano tendida de Rocco y una gota de sangre resbaló por el filo hasta llegar a la piedra y teñirla totalmente de un rojo denso y oscuro.

Rocco sintió un dolor exquisito recorrer su cuerpo. Las heridas de su devoción a la diosa se abrieron y la agonía de mil llagas atravesó sus sentidos como había hecho el cuchillo con su mano. El éxtasis le hizo gemir de placer y jadear como una de las putas sagradas. A pesar de ser físicamente imposible, su pene se endureció con una intensidad que le hacía daño. Ni siquiera notó cómo el cuchillo salía de su mano. Entonces, Cueta le tocó en el hombro y susurró.

—Ya es bastante.

Rocco recobró la conciencia de dónde estaba y con quién. Miró la palma de su mano y no quedaba cicatriz alguna, aunque la piedra brillante con su sangre daba testimonio de que la herida había sido real.

—Siéntate de nuevo —invitó Cueta—. ¿Quieres tomar una taza de té para estabilizar todos tus sentidos?

—No, gracias, estoy bien —mintió Rocco. Aún quedaban ecos de la tortura que había vivido y deseaba que se prolongaran tanto como fuera posible—. Cuéntame lo que me querías decir.

—Karrte ha confiado en mí uno de los secretos de la creación. Las almas de los condenados solo transitan por el infierno en tanto dura su conciencia de los pecados cometidos y el remordimiento. El sufrimiento que experimentan es el que creen merecer y Karrte se alimenta de ello.

—¡Eso no puede ser! —El concepto de infierno de Rocco se hizo añicos. Las lágrimas asomaron a sus ojos por la pérdida de la promesa de una eternidad de sadismo divino.

—Os ablandáis en el Oficio. La gente se juzga con compasión y cree en el perdón gratuito por intercesión de la misericordia de la diosa. La conciencia de pecado no es más que superficial y las almas llevan su irresponsabilidad al otro mundo esperando compensación por sus debilidades en vez del justo castigo. Karrte exige satisfacción de su apetito.

—¡Nada le ha de faltar a la diosa de los infiernos! Hemos venido a este mundo a padecer para ganar el paraíso. Instilaremos la conciencia de suciedad en esas mentes libertinas y le haremos pagar infinitamente sus transgresiones fruto de la debilidad de carácter y la falta de santidad.

Rocco habló con la intensidad de un nuevo converso. Sus frases sonaban a mantra grabado a fuego por un adoctrinamiento sectario. Se veía claramente que estaba a punto de sumergirse en un éxtasis autoinducido más propio de un demente que de un místico.

—Defia intentará desvelar el secreto que te he confiado, Rocco. Debemos hacernos fuertes para que eso no ocurra —dijo Cueta trayéndolo de nuevo a la realidad inmediata.

—¡Por supuesto! Naturalmente, el Santo Oficio recibirá mayores atribuciones para poder cumplir su cometido.

Obviamente, ni la brutalidad de la revelación ni el arrebatamiento habían embotado la capacidad de negociar del eunuco. Cueta aprovechó la ocasión que le ofrecía el inmaculado.

—Eso está desgraciadamente en manos de Defia. A no ser que sea el emperador quien tenga las atribuciones para sancionar la ortodoxia —contestó con voz humilde y un deje de tristeza ante lo imposible.

—Ya veo —dijo Rocco. No necesitó mayor elaboración para entender el sentido final de la reunión—. Naxo tendrá todo mi apoyo.

Sonrisas abyectas y un fulgor despiadado en las miradas de ambos sellaron el pacto que se acababa de pronunciar en el silencio de las palabras sobreentendidas.

Búsqueda de Datia y disposición del cadáver

Suil y Rackhal estaban en el despacho de Trocon. Suil tenía el rostro desencajado, lo que convertía la serenidad de Rackhal en una provocación a la violencia para hacerle reaccionar a la gravedad de la situación. El silencio era absoluto. Con el ceño fruncido y los ojos cerrados, Trocon repasaba en su mente la situación.

Suil sentía la necesidad imperiosa de actuar. A pesar de ello, la conciencia de que no conseguiría nada corriendo arriba y abajo del monasterio le obligaba a encadenarse a una inacción que le corroía como ácido. Había perdido la distancia con Datia, le había permitido que sus modos de niña y su mente de adulta rompieran todas sus defensas. Ahora pagaba el precio. No conseguía formular un plan de acción; en su lugar, pensamientos horribles se sucedían en el ojo de su mente para difuminarse dejando paso a escenarios cada vez más sangrientos en los que encontraba horrorizado el pequeño cuerpo sin vida.

Trocon abrió finalmente los ojos y resumió los datos que tenían.

—Han pasado como máximo tres horas desde el secuestro de Datia. La primera suposición es que el asesino de *mitres* se ha hecho con ella. Menos probable, aunque más deseable, es que la facción de relapsos más doctrinarios la haya secuestrado para hacer fracasar la alianza con la emperatriz. Los guardias que hacían ronda en vuestro sector han sido burlados utilizando una droga inhalada que los ha sumido en una desorientación total. Aún están bajo su efecto. Eso nos da la esperanza de que haya pasado incluso menos tiempo desde la abducción, pero es preferible que nos pongamos en el peor de los casos. La hija imperial lleva una baliza microscópica de adherencia renal que Suil puso en su bebida antes de salir de la Ciudad Prohibida, pero la señal no es tan fuerte como para poder atravesar toneladas de roca viva. *Mitre* Rackhal ha dado orden de localizar a todos los sospechosos de ser el asesino que estamos buscando, si alguno de sus indicios nos ha llevado a una identificación podremos deducir un área de búsqueda menos extensa. ¿Hay algo que no haya mencionado?

El silencio respondió a su pregunta.

—El monasterio es más grande que muchos pueblos y está plagado de lugares secretos, túneles y puertas ocultas —continuó Trocon—. Desde que dedujimos que el asesino de Brige no se pararía con el asesinato de *mitre* Hix, nos hicimos con un gran número de pequeños robots con análisis olfativo para detectar venenos. Podemos programarlos para detectar el

olor de Datia. No tenemos tiempo que perder en intentar adaptarlos para que sean móviles, pero tenemos abundancia de monjes para llevarlos por todas partes e identificar su rastro.

—Es una idea que tiene muy pocas posibilidades de que funcione —intervino Rackhal—, pero no hay motivo para descartarla sin hacer el intento. Voy ahora mismo a dar las órdenes oportunas.

Sin esperar, salió de la estancia sin mediar más palabras. Suil se animó en cierta medida con ese atisbo de esperanza, pero cuando habló, lo hizo con voz grave y llena de preocupación.

—No podemos esperar a tener resultados de las acciones de búsqueda. Debemos informar a la emperatriz.

—No estoy seguro, ponemos en riesgo la confianza que ha depositado en nosotros. Si yo estuviera en su lugar, pensaría que es una treta para desviar mi atención y arrancarme alguna ventaja —dijo Trocon.

—Tienes una mente demasiado tortuosa. Yo he estado en su presencia, sabrá leer la verdad en nuestros ojos —zanjó Suil—. Envía un mensaje para coordinar una conferencia con ella.

—No será necesario. Tras retirarnos anoche, recibí un mensaje para que nos reuniéramos hoy. Espera vernos a los tres, a Datia, a ti y a mí. Parece que tiene algo importante que contarnos y yo tenía pensado desvelar en la misma reunión la naturaleza de la misión que se os iba a asignar. El encuentro está previsto dentro de tres horas.

Defia estaba en la jaula, Sumfold había llegado con tiempo suficiente para dejar sentadas las bases de su negociación. Si iba a poner a disposición de la emperatriz toda su fuerza y secar las fuentes de mayores ingresos de su casa, la compensación debía tener una vertiente económica, no únicamente moral, de otro modo, sería inevitable que su propia casa se volviera contra él.

—Tu casa es, tal vez, la menos problemática para incorporarla al nuevo modelo social —dijo Defia—. La propia inserción en la legalidad es la clave para desmantelar las redes criminales. Tenéis el control de la prostitución, las drogas y el juego. Mi proyecto es acabar con el consumo de drogas en dos o tres generaciones. Los tuyos pasarán de ser los delincuentes a conformar el cuerpo policial y los puntos de abastecimiento oficiales en centros hospitalarios.

—Por un momento, he pensado que me exigirías acabar con la producción de la noche a la mañana. Eso habría sido un error catastrófico —interrumpió Sumfold.

—No, en absoluto —siguió ella—. Los cultivos y los laboratorios reducirán su producción al abastecimiento de los adictos ya existentes. Las arcas del imperio compensarán durante treinta años la pérdida de ingresos de toda la red, desde la producción hasta la venta minorista. No se permitirá la provisión de sustancias adictivas a primeros usuarios.

—¿Tienes pensados los mecanismos de control? La codicia es una de las amantes de la traición.

—Cierto. No espero que por arte de magia los traficantes cambien el hábito de la ilegalidad y se sentirán impunes al ser ellos mismos el cuerpo policial. Aunque los

compensemos generosamente, intentarán sacar aún mayor partido. Para evitarlo en buena medida, habrá unidades anticorrupción con agentes procedentes de otras casas que vigilarán a tu policía. Las penas por infracción no solo se endurecerán, los implicados en iniciación de nuevos usuarios al consumo de sustancias adictivas perderán todas sus propiedades y riquezas. Sus familiares hasta el segundo grado sufrirán la misma confiscación total. Los bienes confiscados pasarán a programas de apoyo para que rehagan sus vidas sin caer en la pobreza, pero despojados de todo lujo que hubieran disfrutado hasta entonces. Solo se librarán de la confiscación aquellos que hayan sido denunciantes de la actividad ilegal.

De primeras, Sumfold tuvo la reacción inmediata de rechazar esa propuesta alegando la imposibilidad de financiar las pérdidas con dinero público y el acto dictatorial y salvaje de castigar en esa medida. Entonces se dio cuenta de que los miles de millones que movía el tráfico de narcóticos saldrían a la luz y entrarían en el sistema impositivo. Los propios impuestos financiarían el grueso del coste y el monto adicional no sería especialmente gravoso, sobre todo porque eliminar la creación de nuevos usuarios supondría la disminución progresiva del coste social y el mantenimiento como sujetos productivos de los que habrían destrozado sus vidas de haberse iniciado en el consumo. Por otro lado, la penalización a familiares de los que violaran la ley multiplicaba exponencialmente el número de informantes para el cuerpo policial y las unidades de control anticorrupción.

Fueron revisando otros temas. Defia demostró una visión a medio y largo plazo que sacrificaba el beneficio inmediato y efímero en favor de políticas progresivas de cambio estructural en las redes delictivas. Su visión del sistema penitenciario le produjo la mayor de las sorpresas porque cambiaba el sistema exclusivamente punitivo de las cárceles por colonias penitenciarias con un funcionamiento espejo de las pequeñas poblaciones. Existirían el trabajo remunerado, el comercio, los servicios y un sistema educativo que permitiría formar a los reclusos para ocupar los puestos que se necesitaran. Un contingente de terapeutas del comportamiento trabajaría permanentemente en la sanación de conductas violentas o desadaptadas. Los convictos pasarían de ser considerados como escoria a ser tratados como pacientes y, posteriormente, como ciudadanos con derechos limitados como el de la libre circulación. En los grados de prisión menos conflictivos, los reclusos tendrían incluso derecho a la reunificación familiar permitiendo a cónyuges e hijos convivir con su familiar en un sector seguro de la colonia penal, introduciendo de este modo la recreación del tejido social como paso de transición hacia la libertad y la reinserción. La estructura económica de las colonias contribuiría de forma muy sustancial a su autofinanciación.

El tiempo había pasado sin dejarse sentir. Sumfold y Defia se habían ido entusiasmando el uno al otro a medida que iban despejando una visión de futuro en que la humanidad y la civilización eran los pilares fundamentales de la sociedad. Estaban tan enfrascados en ello que se sobresaltaron cuando Basquio entró en la jaula con los sirvientes que servirían a la comunicación ectoplasmática.

Todo estaba dispuesto, Defia, Sumfold y Basquio estaban sentados en un círculo en el que

se alternaban sus cuerpos con las correspondientes masas informes de ectoplasma que reproducirían los de Datia, Suil y Trocon. Tuvieron que esperar unos segundos a que se estabilizara la conexión. En el lugar de Datia había un anciano de mirada astuta, casi maliciosa. Antes de que Defia pudiera preguntar quién era, Trocon expuso la situación.

—Mi señora, tenemos una noticia terrible. Vuestra hermana ha sido secuestrada.

La buena disposición y el magnífico humor de Defia se esfumaron aniquilados. Sus mejillas perdieron el color y el brillo de euforia de sus ojos fue sustituido por un resplandor mezcla de ira y de pánico. No habló. Esperó un instante para recuperar el uso de la palabra sin perder la compostura.

—Dame el informe de situación —dijo con voz dura carente de emoción.

Trocon volvió a hablar.

—Hace seis horas, Suil fue a despertar a la hija imperial y encontró la celda vacía. De las dos hipótesis que barajamos, que sea una maniobra de los relapsos contrarios a la unificación con la emperatriz o que se trate del asesino de *mitres*, no teníamos indicios que nos decantaran por alguna de las dos hasta hace unos minutos. *Mitre* Rackhal nos acaba de aportar nueva información.

Rackhal tomó entonces la palabra. Su voz tomó unos tonos suaves y apaciguadores que desmentían la malignidad de sus ojillos de viejo malicioso.

—Hemos detectado la ausencia de uno de los hermanos. Se hace llamar Lecru, imaginamos que es una identidad falsa. No forma parte de ninguna de las facciones de Brige, por lo que creemos que se trata del asesino. En este momento, cientos de monjes están haciendo un rastreo del monasterio con dispositivos para captar el olor de Datia, hemos adaptado detectores de veneno para que funcionen como sabuesos robóticos.

—¿Qué posibilidades hay de encontrarla con vida? —preguntó Defia.

—Por lo que podemos deducir, Lecru planea cuidadosamente los asesinatos y la escenografía de los cadáveres. Eso requiere tiempo —contestó Suil—. Para que siga esa pauta con Datia, tiene que haberla llevado a un lugar seguro, alguna cámara secreta del monasterio. Los rastreadores han descartado ya muchas secciones gracias a los robots olfativos. La búsqueda se va reduciendo a unos pocos niveles de la cumbre del Sol y *mitre* Rackhal ha destinado un equipo que está en camino directamente hacia la zona de laboratorios, donde lo vio fingiendo que paseaba hace un par de semanas.

—El problema son las cámaras secretas que Suil ha mencionado —continuó Rackhal—. Es lo que más nos preocupa porque es posible que haya alguna que no conste en los planos que tenemos.

—Mi señora, es posible que yo pueda ayudar —dijo Sumfold—. Si me lo permitís...

Defia asintió con un gesto.

—*Mitre*, dígame en qué nivel de la cumbre del Sol sospecha que están. Suil, ¿entiendo que usted es el comandante de los Mártires del Cuchillo?

Suil no vio la utilidad de corregir a Sumfold. Obviamente, sus espías le tenían informado

sobre los frentes relapsos, pero no tenía información actualizada. Se limitó a inclinar la cabeza.

—Bien, en ese caso, diríjase a esa zona y espere órdenes.

Suil no hizo pregunta ni comentario algunos ante la orden de Sumfold, directamente se levantó y salió de la comunicación para ejecutarla sin pérdida de tiempo. En la jaula, vieron cómo su figura volvía a convertirse en un cúmulo de ectoplasma que fue inmediatamente reabsorbido por los sirvientes en coma a pocos metros de donde estaba.

—Es el quinto nivel, los sectores que sospecho son los de laboratorios y los de almacenamiento. Es una zona extensa, tardaremos unos treinta minutos en acotarla más a partir del momento en que lleguen los rastreadores —contestó Rackhal.

—Con eso me basta. Mi señora, necesito una habitación aislada de luz y sonido. Os lo explicaré más tarde, por el momento, confiad en mí.

Sumfold sonaba en control absoluto de la situación. Todos los demás se dejaron llevar por él sin cuestionarlo, no podían permitirse el lujo de poner en duda que tuviera en mente algo que serviría para localizar a la pequeña Datia. Pedir explicaciones sería retrasar inútilmente una acción que podía ser crucial.

—Basquio —dijo Defia—, acompaña a Sumfold a algún oratorio de palacio que le sirva. Abad Trocon, mantenga abierta la comunicación para que pueda seguir directamente cualquier novedad.

—Mientras esperamos, *mitre* Rackhal y yo seguiremos estudiando planos de esos sectores —contestó el abad.

Defia cerró los ojos mientras esperaba. Necesitaba disminuir sus miedos. Se concentró en su respiración y dejaba pasar cada pensamiento que surgía sin darle importancia. En esos momentos era impotente por completo, si se dejaba arrastrar por la ansiedad, solo podía entorpecer a los que sí tenían en sus manos encontrar a Datia. Tanto si estaba aún viva como si fuera tan solo su cadáver.

Shadu se acercó a Datia con una jeringa y volvió a sentarse en el suelo frente a ella.

—Quiero que seas consciente de que he puesto en peligro toda mi operación por conseguirte esto —dijo mientras sostenía la jeringa bien a la vista—. Me ha costado encontrar los fármacos adecuados, son una mezcla que no solo te inmovilizará, también te apaciguará la mente para que no tengas miedo y eliminará cualquier sensación de dolor. Todo el tiempo que hemos pasado charlando ha sido una gran experiencia para mí. Ha sido la primera vez que tenía una persona con la que pudiera hablar de verdad.

Datia quería ganar tiempo desesperadamente. Había establecido una conexión con Shadu, era evidente. De otro modo, haría horas que habría terminado con ella.

—¡Espera! —dijo—. Antes de que me inyectes, te quiero agradecer lo que haces por mí. Evitarme el sufrimiento es un privilegio sobre tus otros trabajos, pero también supone que renuncias a una parte importante de tu placer. No lo entiendo, no esperaba algo así.

—No, no, no, te equivocas —Shadu hablaba con ella como si fuera una amiga con la que tuviera una conversación interesante. No se había apartado lo más mínimo de su intención original de hacer algo especialmente atroz, pero la relación de intimidad que establecía con sus víctimas había alcanzado un nuevo nivel de satisfacción que intuía irrepetible y quería disfrutar al máximo—. Es todo lo contrario, mi placer se verá aumentado de un modo que no he experimentado nunca —explicó—. Los sujetos de mis obras de sangre han estado siempre tan asustados o sufriendo tanto dolor que yo sabía que no podían admirar mi trabajo. Contigo será distinto. Ahora ya me conoces. Te iré describiendo cada uno de mis movimientos y lo que va ocurriendo con tu cuerpo. Aunque no podrás hablar debido a la parálisis, sé que irás analizando cada paso y sabrás evaluar la cantidad de vida que se te escapa en cada uno de ellos. La calma inducida por el ansiolítico de mi mezcla me permite saber que el miedo a la muerte no nublará tu capacidad de admiración.

—¡Vaya! ¡Menuda generosidad de mierda la tuya! —Datia imprimió a su exclamación no solo el lenguaje de un intocable, sino también una indignación sobreactuada. Había visto que ese tipo de exabrupto fingido regocijaba a Shadu y le llevaba a buscar confesiones en su memoria que le provocaran a hacerlo de nuevo. Para Datia era esencial. Cada segundo que ganara era un segundo más de esperanza.

En un movimiento velocísimo, Shadu le inyectó un cuarto de la dosis que había preparado.

—¿Qué has hecho? —gritó Datia. Su plan no había funcionado. Su asesinato empezaba y ella sería testigo forzado de algo atroz que presentía largo y cruento.

Una vez abierta la compuerta que impedía el paso a sus emociones, fue imposible cerrarla de nuevo. Siguió gritando, insultando a Shadu y buscando la forma de herir esos sentimientos que sabía que no tenía.

Una bofetada brutal le hizo sentir que su cerebro chocaba con las paredes del cráneo. Había dejado de gritar y miró a Shadu con los ojos aguados por el golpe y sorprendida por esa agresión que no había anticipado.

—Shhhh —chistó el—. Tranquila —susurró.

El terror fue inmediato y profundo. Hasta ese momento, había tratado a Shadu como a un psicópata al que tenía que entretener. La esperanza de salir con vida había llegado al final de su recorrido. Por primera vez, Datia contempló a su asesino.

Con una voz muy suave, que pretendía inducir a la calma, Shadu volvió a hablar.

—No es nada. Shhh. Tranquila —repitió—. No quiero matarte de una sobredosis y quiero comprobar que la mezcla funciona. Shhh.

Lejos de parecerle tranquilizadora, a Datia se le antojó siniestra la forma en que le hablaba. Durante horas había buscado una escapatoria sin encontrarla. Esa voz era espeluznante. No era suave, sino insidiosa, estaba preñada de amenazas. Bajo la modulación amigable, asomaban subtonos de sadismo, repugnantes, como hinchadas garrapatas ahítas de sangre. Sabía que no había nada que pudiera hacer ya. Tenía el vello erizado por completo. Los ojos,

muy abiertos, se fijaron sobre él, pero no eran capaces de procesar la imagen que veían. Datia se había replegado a un lugar de su mente que le repetía como un mantra que eso no estaba pasando. Al mismo tiempo, una voz interior la empujaba a odiarse a sí misma. Había tenido la arrogancia de pensar que era una igual para los adultos y, sin embargo, la realidad era que se comportaba como una cría llorona y cobarde, en vez de mantener el control que corresponde a una hija imperial.

Shadu esperó pacientemente. Quería saborear el momento. Al final, lo tendría todo. Sentía una excitación especial por los gritos de Datia. Dejó que el cosquilleo de placer recorriera su cuerpo, pero reprimió la urgencia de seguir haciéndola gritar. Necesitaba la nueva experiencia de hablar a su víctima mientras la mataba poco a poco y saber que, en el fondo, ella podía comprender su compulsión y valorar la precisión con la que construía su nueva obra. Pasados unos minutos, preguntó.

—¿Cómo estás?

Datia le miró a los ojos.

—Furiosa —contestó.

Le inyectó otra pequeña dosis. Shadu reconoció que le había dicho la verdad. Los fármacos estaban funcionando. El terror había cedido para dar paso a la ira. La dosis justa conseguiría llevarla a la serenidad.

Datia tenía la sensación de haberse desdoblado. Su conciencia observaba desapasionadamente lo que estaba pasando.

—Vaya, ha sido necesaria la jeringa completa. Es notable tu resistencia para lo poca cosa que eres.

Shadu recogió su cuerpo del suelo con delicadeza y lo tendió sobre una camilla que había estado esperándola al fondo de la sala junto a un carro de material quirúrgico. Siguió hablando mientras le quitaba las ligaduras y las prendas de ropa que llevaba puestas cuando se quedó dormida.

—Ya te puedo contar lo que voy a hacer sin preocuparme por tu reacción —las palabras de Shadu llegaban como a través de una pared de algodones—. El lado izquierdo de tu cuerpo estará inmaculado, incluso lo maquillaré un poco para que tenga la apariencia de estar dormido y matizar la palidez. El lado derecho será una lección de anatomía. La mitad de la cara, el cuello y la pierna derecha mostrarán los músculos. El pecho y el abdomen dejarán los órganos al descubierto. Finalmente, el brazo mostrará los huesos. El toque final será depositar unas larvas en el hígado. Serás como uno de esos grabados antiguos de los tratados de anatomía. Hasta ahí, ¡el arte! Las larvas enviarán un mensaje adicional. El hígado es el órgano que purifica y permite eliminar toxinas que podrían dañar a nuestro cuerpo. En mi metáfora, es la revelación de la podredumbre del imperio encarnada en la hija imperial. La víscera horadada por los gusanos es incapaz de cumplir con su función de filtro, el veneno tiene vía libre para corromper y matar a esta sociedad enferma. ¡Poético! ¿No te parece?

Las manos de Shadu interrumpían su trabajo de desvestirla para sobrevolar las zonas del

cuerpo inmovilizado de Datia que iba mencionando.

Sumfold había salido de su cuerpo. La práctica había hecho que fuera capaz de desplazarse a la velocidad del pensamiento. Al principio, tenía que sobrevolar todo el camino para poder llegar a donde quería. Poco a poco, el dominio de la proyección astral le había llevado a un nivel de maestría que nunca había imaginado cuando era más joven.

Llegar a Brige no le tomó tiempo alguno, se trasladó allí en un parpadeo. Sin embargo, le llevó algo de tiempo identificar el pico del Sol. Lo reconoció al ver a Suil que se unía al grupo de búsqueda en la zona de almacenamiento.

—Aquí no hay ningún rastro —escuchó cómo decía uno de los monjes.

—Vamos a los laboratorios entonces, no vamos a demorarnos aquí —le contestó Suil.

Sumfold se adelantó. Sistemáticamente, hizo un recorrido perimetral de la sección. Su movimiento era como el vaivén de una aguja que estuviera hilvanando una tela, penetrando en la roca de las paredes y volviendo a las salas por las que pasaba. Ocasionalmente, encontró salas de distintos tamaños que eran seguramente cámaras secretas. Excepto una, parecían estar en desuso desde hacía siglos.

El lugar era enorme. Al menos eso le parecía a él. La percepción del cuerpo astral era ligeramente distinta. Había una mayor conciencia del volumen que en el cuerpo físico, donde la concepción de la medida de un lugar era, sobre todo, la correspondiente a la superficie, lo que reducía los recintos a una apreciación casi bidimensional muy limitativa.

Cada par de minutos volvía hacia el grupo de rastreadores. Él había decidido hacer el recorrido por un lado del pasillo hasta que terminara y, desde allí, hacer el camino inverso por el otro lado. Los rastreadores pasaban los robots por los dos laterales a medida que avanzaban.

Pasados unos minutos, un rastreador dio la voz de alarma.

—¡Aquí hay un rastro!

Suil entró con él en el laboratorio de autopsias donde dos monjes examinaban los cadáveres de animales que habían utilizado para pruebas.

—¿Quiénes sois y cuánto tiempo lleváis aquí? —preguntó Suil.

—Yo soy *mitre* Udío y mi colega es *mitre* Mig, patólogos. Hemos llegado hace dos horas. ¿Quién eres tú? —preguntó a su vez el monje.

—Mi nombre es Suil Edo. ¿Hay alguna cámara secreta en este laboratorio?

—No que yo sepa —contestó Udío mirando al otro *mitre* para confirmar. Ante el gesto de negación de Mig, prosiguió con un pequeño deje de broma—. Pero esa es la gracia de las cámaras secretas, ¿no?, que son secretas.

El gesto de Suil cortó de raíz cualquier tentación de seguir por ese camino.

—Salid de aquí —ordenó.

El rastreador y Suil pasaron sus robots olfativos por toda la sala. El zumbido de rastro positivo se hacía más fuerte hacia la pared del lateral izquierdo mientras que en el resto de las paredes no se disparaba señal alguna.

—Está aquí o, por lo menos, ha estado. Busca algún resorte que pueda abrir una puerta.

Suil también se puso a buscar. Primero con la mirada, después pasando las yemas de los dedos para detectar alguna junta que no fuera visible o algún punto que se pudiera presionar para activar el mecanismo de apertura.

Sumfold no esperó a que encontraran la forma de abrir. Pasó al otro lado de la pared.

Había un hombre de espaldas, inclinado sobre una camilla. Sumfold se colocó inmediatamente a la cabecera para confirmar que era Datia quien la ocupaba. Lo que vio le llenó de espanto.

Basquio vio cómo el cuerpo de Sumfold empezaba a tiritar y un sudor frío asomaba por sus poros. Dudó qué hacer. Pensó que tal vez debería despertarlo, pero no sabía las consecuencias que eso podría acarrear. Se acercó a su oído y le llamó en un susurro.

—Sumfold, Sumfold, vuelve.

Sumfold lo oía como en segundo plano. Escuchaba impotente lo que estaba diciendo aquel hombre que debía ser el tal Lecru.

—Bueno, querida. Hemos acabado con la cara. Lamento lo del ojo. Ese espasmo que has tenido me ha hecho dañar los músculos orbitales. Pero, de la necesidad, virtud, dicen por ahí. Sacar el globo ocular de su cuenca es un golpe de efecto fantástico. Nada como un buen golpe de efecto adicional. Voy a empezar ahora con el cuello. Espero que no haya más espasmos, no me gustaría seccionar la carótida y que te perdieras el resto.

Sumfold sintió alivio al saber que estaba aún viva. Cuando vio el desollamiento de la cara de la niña, pensó que habían llegado tarde.

Tenía que ayudar a encontrar el mecanismo de apertura. Volvió al otro lado. Suil y el rastreador seguían buscando, sin resultados aparentes. Sumfold intentó concentrarse para buscar él también. Una parte de su conciencia le advertía que no quedaba mucho tiempo antes de que las heridas de Datia fueran irreversibles. Se forzó a pensar en una solución.

La voz insistente de Basquio le molestaba para centrarse.

«Por los dioses, que se calle de una vez —pensó—. Ojalá estuviera solo en mi oratorio».

Entonces se encendió una luz. Las cámaras secretas de su propia casa palacio tenían un mecanismo oculto de apertura cuando se trataba de entrar en ellas. Para salir, bastaba con acercarse al dintel. El propio peso ejercía la presión necesaria para activar los resortes que empujaban el falso muro.

En alguno de sus viajes astrales anteriores, había intentado interactuar con objetos físicos, pero el resultado era que siempre los atravesaba. Aunque la puerta de esa cámara se abriera con el peso del cuerpo, él no tendría la capacidad de operar el mecanismo.

Al pensar en el interior de la cámara, había vuelto allí de forma automática. Lecru seguía hablando, describiendo en voz alta cómo cortaba las capas de piel y la dificultad que entrañaban.

—Sangras demasiado y eso me dificulta la visión —estaba diciendo—. No tengo aspirador para retirar la sangre. Tendré que evitar la arteria al tacto. Eres una jovencita perversa, te gusta

ponérmelo difícil.

Sumfold habría llorado de impotencia si su cuerpo astral hubiese tenido esa función. La maldita voz de Basquio seguía ahí, insistente. Hubiera querido poder bloquearla o poder ordenar a su cuerpo inerte en Baetal que le dijera que cerrara la maldita boca.

«Lástima que no puedo hacerlo —pensó—. Solo la materia puede mover la materia».

—Solo la materia puede mover la materia —repitió en voz alta—. ¡Y la energía puede mover la energía! Todo tiene un cuerpo sutil, incluso los minerales. No podía mover objetos porque mi intención era mover su parte física.

Sintió una emoción intensa por el descubrimiento. Se situó frente a la puerta y empezó a visualizar cómo su cuerpo astral se hacía más denso, hasta tal punto que empezó a notar la energía de la piedra bajo sus pies. Siguió enfocado en ser más y más denso, más y más pesado. La voz de Basquio aún le llegaba, pero había dejado de molestarle. Su cuerpo astral empujaba hacia abajo la materia sutil de la piedra que, al no poder desvincularse de esta, hundía con ella el bloque sólido.

Sonó un chasquido.

Suil y el rastreador dieron un paso atrás por la sorpresa. Una sección de la pared se desplazaba abriendo el vano a otra sala bien iluminada donde había una figura masculina que se giró hacia ellos. Tenía un escalpelo en la mano y parte del cuerpo de Datia asomaba por detrás del suyo, inmóvil.

Suil no pensó en nada. Su mano se movió mecánicamente, agarró el cuchillo que tenía en el cinto y lo lanzó como si tuviera voluntad propia.

La hoja encontró la carne antes de que Shadu pudiera reaccionar. El impulso del cuchillo lo empujó hacia atrás haciéndole aplastar involuntariamente el cuerpo de Datia. Se incorporó de nuevo, pero la vida se le escapaba veloz y le robó en su huida precipitada la fuerza de las piernas. Cayó al suelo, agarrándose con las dos manos la garganta seccionada. No pudo evitar que un chorro de sangre arterial se escapara entre sus dedos para cubrir la pared tiñéndola de un alegre color cereza vivo e intenso.

La luz de sus ojos se apagó rápidamente mientras, en un gorgoteo rasposo, intentaba articular la voz para pedir más tiempo.

Porque aún no había terminado su obra.

Todo quedó en suspenso mientras Shadu agonizaba. Eran como personajes de un cuadro macabro, congelados en el tiempo, expuesto para que los visitantes de un museo de los horrores pudieran disfrutar de la carne humana expuesta como si estuviera sobre la plancha de piedra de un carnicero.

Un último borbotón de sangre se derramó lánguido junto a la mano huesuda y amarillenta que había tratado de taponar la herida. Suil salió de su estupor culpable por no haber salvado a su protegida. Se acercó al cadáver minúsculo y, con infinita delicadeza, recubrió con la piel los músculos expuestos del rostro de Datia. Solo entonces se dio cuenta de que aún respiraba. Gritó pidiendo ayuda. Sus grandes voces recorrieron las galerías, llenas

de monjes que corrían de aquí para allá. Chillaba con urgencia, con rabia, con dolor, como si diera paso a los ayes angustiados de una madre arrodillada junto al cuerpo inerte de su primogénito.

La gran reunión

La estancia donde Defia se había vestido para su coronación daba la impresión de estar atestada. La evacuación por vía aérea de Datia, oficialmente herida en un accidente de montañismo, se había aprovechado para trasladar a Trocon y Suil. También había regresado Esilo, quien había recibido de manos de Shab el dispositivo robado en Dhajaba.

Los presentes habían acudido al palacio de la emperatriz a distintas horas con excusas diversas para no llamar la atención.

Sumfold utilizó la vía más complicada, al amparo de la noche anterior, se sirvió de pasadizos y sobornos para entrar en la Ciudad Prohibida en secreto. Para volver a su residencia en Baetal, usaría los mismos subterfugios cuando volviera a caer la noche. Esilo, Trocon y Suil, vestido de nuevo como sacerdote, se metieron en el palacio con la excusa de pasar revista a las capillas de los dioses menores.

Tras un tiempo que permitiera la llegada de todos a la sala, Defia permitió saludos y presentaciones hasta que dio comienzo a ese conciliábulo excepcional.

—Sois todos bienvenidos —inició—. Hoy es el día en que el futuro está más amenazado. Si hubiera alguna filtración, todos los que estamos aquí nos veremos en peligro. Nadie quedaría para dirigir el cambio.

De una u otra manera, cada uno de los asistentes había pensado ya en ello. Sus cuerpos denotaban la tensión, sus caras hablaban de determinación y su compromiso llenaba la sala de una energía imparable.

—Hay muchos asuntos que tratar, algunos de ellos cambiarán el concepto que tenemos de los mundos divino y humano —continuó—. En una reunión no muy lejana en el tiempo, pero que parece haber tenido lugar hace décadas, se determinaron tres pilares con sus correspondientes liderazgos bicéfalos. Aquello era necesario para estructurar de modo que nuestros movimientos no fueran caóticos. Aun así, la vida y la historia tienen sus propios designios, con lo que las áreas de responsabilidad se han desdibujado. Mantengamos las mentes abiertas para lo que se exponga. Contened las emociones e intervenid sin pasión. Basquio, te ruego que comiences.

El interpelado enderezó mucho la espalda. La responsabilidad de abrir la sesión le puso nervioso y se le notaba un pequeño temblor en las manos. Con una pequeña inclinación de cabeza a modo de saludo a los presentes, empezó a hablar.

—La economía, tal como se ha desarrollado desde tiempos ancestrales, ha seguido una

política que yo llamo de tierra quemada. Se ha basado en la sobreexplotación de los recursos en pos de un crecimiento ilimitado. Esta política económica ha causado un nivel de esquilmación del planeta hasta el límite de lo recuperable.

Durante los minutos siguientes, dibujó el cambio de paradigma, el movimiento del mercado para compensar el cierre de la bolsa y las políticas para reducir la tasa de natalidad.

—Todo está patas arriba —una ligera risa general acogió el término coloquial—. Hay protestas por todo el planeta, los estamentos y las castas se han desestabilizado al punto de la rebelión. Los niveles de hambruna y desempleo han alcanzado cotas nunca vistas. Rozamos constantemente el precipicio del fracaso.

Sumfold pidió la palabra.

—Los dígitos acordamos fomentar el descontento y los disturbios. Lo ocurrido tras la represión iniciada en la Plaza de la Lana obligó a un cambio de estrategia encabezado por Naxo. Las grandes casas temen una revolución porque no solo afectaría a la emperatriz, posiblemente la nobleza sería víctima de las masas descontroladas. Han desplegado enormes medidas de contención para evitar levantamientos y mantener un frágil equilibrio entre alentar el descontento e impedir que tome forma en estallidos de violencia. Sin saberlo, están contribuyendo a que los cambios económicos se vayan instalando sin necesidad de que la emperatriz anuncie medidas represivas impopulares.

Esilo y Trocon fueron a intervenir al mismo tiempo. Tras una pequeña danza gestual para cederse el turno uno a otro, Esilo empezó a hablar.

—Creo que este es el momento más adecuado para hacer el anuncio que traigo. Hemos conseguido en Dhajaba información sobre los depósitos de grano ilegales que son la causa de la subida de precios alimentarios y el hambre. Solo necesitamos decidir cómo usaremos esa información.

—De momento, solo se está atacando a los convoyes de grano para desenmascarar los envíos en vacío. Por cada uno de ellos, se confisca otro con mercancía y se reparte gratuitamente entre los intocables de la ciudad de destino —explicó Trocon.

—Esas acciones están ganándose el favor de las poblaciones con respecto a los relapsos, pero la figura de la emperatriz pierde popularidad tanto como ellos la ganan —apuntó Basquio.

Todos se pusieron a hablar al mismo tiempo en una lluvia de ideas caótica para remediar el problema. Defia pidió silencio.

—Tendremos que asumir el daño a mi imagen hasta que podamos hacer público el entendimiento entre Trono de la Humanidad y los rebeldes relapsos —zanjó.

El siguiente en hablar fue Suil Hedo. Todas las miradas convergieron en él.

—El pilar militar está en su momento más débil. Datia se recuperará de las heridas físicas y es suficientemente fuerte como para enfrentar las heridas emocionales. Sin embargo, no estará en condiciones de volver a asumir su liderazgo en la bicefalia hasta dentro de varias semanas. De hecho, aún no está en condiciones ni tan siquiera para asistir a esta reunión. Propongo

que no sea sustituida, pero sería conveniente que Sumfold Sembra tome temporalmente su lugar, de este modo podremos combinar y coordinar mejor la armonización de relapsos y mercenarios.

Todos los presentes dieron palmadas de aprobación sobre los muslos.

Belsia y Esilo se hicieron un gesto y se levantaron.

—La religión del imperio se ha ido corrompiendo desde el inicio. Lo que conocemos hoy como teología es el resultado de milenios de intereses políticos. —Belsia observó movimientos de asentimiento.

—Lo mismo ocurrió con la religión antigua. Los restauracionistas no somos los guardianes de la verdad como creíamos —anunció Esilo con su voz suave y tranquilizadora.

Ambos se sentaron al estallar la tormenta. Excepto ellos, el abad Trocon y la misma Defia quedaron boquiabiertos un instante. Después, abrieron mucho los ojos y empezaron a hacer preguntas desordenadamente.

¿A qué te refieres? ¿Qué vamos a hacer entonces? ¿Pero qué pasa con lo que creemos, es todo mentira? ¿La diosa se ha manifestado? ¡Habrá cismas por todas partes! ¡La religión es la base de la legitimidad de la emperatriz! ¿Qué pasará con el clero? ¡El Oficio se nos echará encima!

Cuestiones, exclamaciones, elucubraciones y peticiones de especificar detalles se entremezclaban bulliciosamente. Como habían acordado, Esilo, Belsia, Defia y Trocon permanecieron sentados sin decir palabra.

Suil, Basquio, Sumfold y los demás se levantaban y sentaban o se reacomodaban inquietos en sus asientos, confundiéndose unos a otros con nuevas dudas y temores.

Poco a poco, ante la falta de respuestas, fueron haciendo de nuevo el silencio.

Fue entonces cuando Defia se levantó.

—Trocon os contará lo que ha encontrado en una cámara del monasterio de Brige y dará sentido a lo que debo informaros.

Hizo una pausa. Lo que iba a anunciar era su secreto más íntimo. Solo su madre lo conocía hasta que, juntas, se lo revelaron a Trocon y Esilo el día anterior. Revelaría ese yo que había condenado a la clandestinidad desde que empezó a tener conciencia de quién era en realidad. Naxo lo sospechaba sin ser plenamente consciente.

El acto de voluntad que hizo para revelarlo a todos los presentes fue como arrancar un pedazo de su alma y exponerlo a un peligro que podría aniquilarlo en un instante.

La voz de Defia no era reconocible. Por primera vez desde su adolescencia más temprana, era insegura, casi débil y quebradiza.

—Me conocéis como Defia, pero mi nombre no me representa. Mi cuerpo es un error atroz de la naturaleza. Tuve conciencia de niño. Tuve la conciencia de ser un niño educado y moldeado para ajustarse a una corporalidad femenina ajena a mí mismo. Mi situación como heredera del Trono de la Humanidad me sometió a la tortura del silencio y, cuando me casaron con Naxo, tuve que soportar ser violado sin oponer resistencia. De este modo le di

dos hijos. He tenido que seguir aceptando la violación repetida con el objeto de engendrar hijas para garantizar la sucesión.

Volvió a guardar silencio, solo el tiempo necesario para reprimir una emoción que amenazaba con desbordar en llanto, y reanudó su relato.

—No soy Defia, no soy una mujer. El nombre que me doy a mí mismo es el de Liber, del nombre que se daba a los esclavos de la historia cuando se les otorgaba la libertad, liberto. Es el nombre que materializa mi anhelo de ser quien soy, no fuera más que en soledad o en compañía de mi madre, es el nombre susurrado en la clandestinidad que nadie debía conocer a riesgo de ser encerrado o asesinado. Mi libertad, eso que creía no ser más que un sueño, empieza hoy, aunque todavía limitada a este círculo.

Tembloroso por el esfuerzo, Liber se sentó envuelto en miradas de estupefacción. Belsia le puso una mano en el hombro para demostrarle su amor y ayudar a que se calmara el tumulto interior que debía estar sufriendo.

Trocon se levantó a continuación y empezó a hablar.

—Recientemente, hemos hecho un descubrimiento en el monasterio de Brige. En una cámara oculta, construida hace dos mil setecientos años, encontramos textos proféticos que decían lo siguiente: «Yo soy la virgen, la madre y la anciana. Soy el dios verdadero que será revelado en el último reino»; «cuando la emperatriz sea emperador, tendrá lugar el último reinado» y «la diosa habrá cumplido su misión y morirá para dejar su legítimo lugar a la deidad verdadera». Recordaréis que, en el éxtasis de la coronación, la deidad dijo: «¡El tiempo ha llegado! ¡La convulsión se abre paso! Mi trono es el Trono de la Humanidad. Habéis llamado a las puertas del caos y, finalmente, os las han abierto. ¡Es la época de la decisión!». Es evidente que las profecías se han cumplido en una forma que nadie podía imaginar.

Trocon sacó de su túnica un paño que envolvía un objeto. Lo abrió y, sosteniendo sobre el lienzo abierto la barba esmeralda, la mostró a ojos de todos. Avanzó hacia Liber e hincó la rodilla.

—Mi señor, os conozco como Liber, os acato como emperador y juro ante la deidad serviros así como servir a la humanidad cueste lo que cueste.

Dicho esto, le entregó la esmeralda y Liber la tomó en sus manos apoyándola en el mentón. Una luz verde iluminó los rasgos del emperador. Un poder sobrenatural emanaba de toda su figura y estremeció los cimientos del palacio.

Belsia y Esilo fueron los siguientes en tomar juramento. Tras ellos, Sumfold, Basquio y Suil hicieron lo mismo.

Liber depositó la barba esmeralda sobre su regazo.

—Mucho cambiará a partir de ahora —empezó a decir.

La puerta de la estancia se abrió. Un guardia imperial cuya lealtad había sido comprobada entró a toda prisa. Frenando en seco, se inclinó para saludar a los presentes.

—Mi señora —dijo al emperador—, esta mañana el ejército imperial ha iniciado una operación a escala global. Los destacamentos sobre el terreno están capturando civiles y

llevándolos ante sacerdotes del Santo Oficio para ser cuestionados. Aquí mismo, en el ombligo del mundo, trescientos intocables y ciento cincuenta hombres libres van de camino a las mazmorras en este mismo instante. El emperador consorte ha anunciado el toque de queda en todo el imperio.

—Se han abierto las puertas del caos —murmuró Esilo.

Fresnedillas de la Oliva
23 de marzo de 2021

Índice

Nota para el lector 7

PRIMERA PARTE

La emperatriz Belsia de la casa Ío 11

Los restauracionistas atacan Mer'r 17

Defia se viste para la coronación 29

Naxo 39

El Corazón de la Diosa 47

La familia Eru y la coronación 55

Las grandes casas juran fidelidad 65

Celebración de la coronación de Defia 71

Las conspiraciones de la corte y la Laídike 75

La profecía de los buscadores de Maarcia la Hereje 81

Conspiración en la corte. Plan de Naxo 87

Laídike: Esilo y Shab 91

La Cámara del Cosmos 97

El consejo de conspiradores 101

SEGUNDA PARTE

Laídike, reclutamiento en Brige 111

Danira y la semilla de la traición 117

La terapia de Naxo 123

Restauracionistas, Suil depuesto, subida de Olan 129

Los primeros disturbios 135

Laídike: Cueta/Shadu descubiertos por Arúa 143

Kulio visita a Naxo 149

La gran alianza, primer encuentro 155
Naxo visita a Defia 161
Visión de Sumfold, alianza infernal 167
Regreso a Brige, puesta en situación 173
Misión de Suil y Datia. Inicio del camino 181
Rocco Varla 187
Kundal y el cartapacio 191
Shab anuncia a Esla su partida 197
El Lleirgan 205
Datia y Suil, la naturaleza humana 211
Arúa, la gema del poder 217
Defia, el cambio de paradigma económico 221
Shab en Dhajaba 225
Shadu estudia el terreno 231
Datia conoce a los relapsos 237
Conspiración del consejo, Naxo se impone 243

TERCERA PARTE

La revelación de Sanichaho 251
El dios Gío 255
Damaxa y la gema del poder 261
La estética del asesinato 267
Reunión del Estado Mayor de los relapsos 273
La barba esmeralda 279
Defia y Basquio, los recursos finitos 283
Resio y Kulio, el plan B 289
En la trampa teológica de Brige 293
Shab y Palbo, el avance 297
Ligamen saeclum solve 303
Shab retorno a Baetal 307
Cueta se entrega a Karrte 311
El enjambre de Brige 315
Defia y Sumfold, inteligencia y tropas 323

Cueta y Rocco, alianza infernal 331
Búsqueda de Datia y disposición del cadáver 337
La gran reunión 353